

UAM

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVA

LEÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

LIBRARY

JORGE SAND

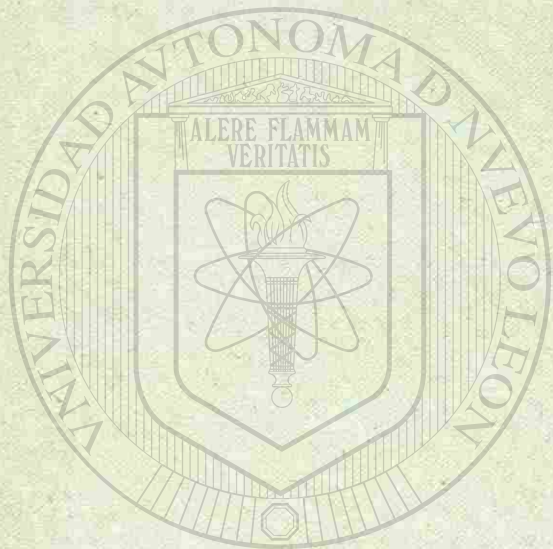
MI  
HERMANA  
JUANA

PQ2411  
M58

RALED



1020026812

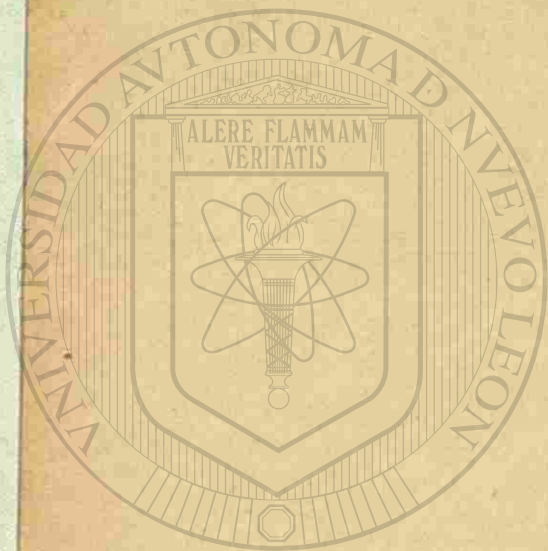


UNANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Núm. Clas.                     

Núm. Autor                     

Núm. Adg.                     

Procedencia                     

Precedo                     

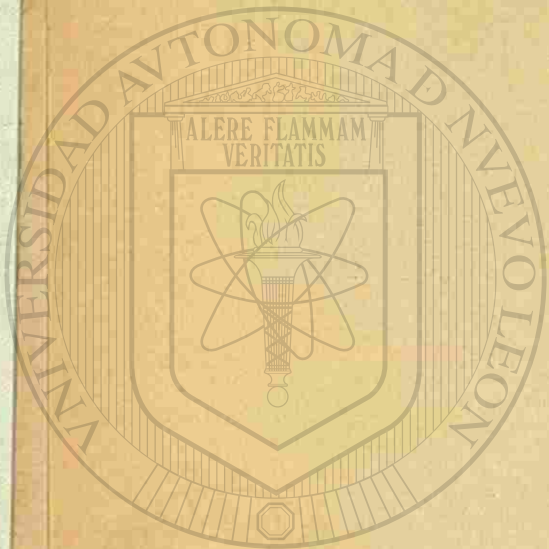
Fecha                     

Clasificó                     

Catalogó                     

N  
S 2133 m  
30715  
- 8 -  
Cg





DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

JORGE SAND

# MI HERMANA JUANA

VERSIÓN CASTELLANA

DE

P. SAN ROMÁN



MADRID

EL COSMOS EDITORIAL

ARCO DE SANTA MARÍA, 4, BAJO

1887

30715

848  
S.

PQ2911

M58



*Es propiedad.  
Queda hecho el depósito  
que marca la ley.*

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MADRID, 1887.—EST. TIP. «SUCESORES DE RIVADENEYRA»,  
Paseo de San Vicente, núm. 20.

## MI HERMANA JUANA.

I.

Soy un plebeyo: mi padre, Juan Bielsa, natural del pueblo de este nombre, y por consecuencia español, estaba naturalizado en Francia y domiciliado en Pau, de donde sus negocios le obligaban á ausentarse sin cesar. Yo me quedaba al lado de mi madre y de mi hermana Juana.

Mis recuerdos de la infancia son muy vagos y están como interrumpidos. Eramos pobres, mi madre estaba casi siempre triste, y se hablaba muy poco á nuestro alrededor.

Mi madre era costurera y yo recorría las calles abriendo las portezuelas de los carruajes y recogiendo las puntas de los cigarros, que vendía luego á industriales, que hacían de ellas excelente picadura.

Estos son mis recuerdos más remotos. Yo no

era hábil en el arte de ganar mi vida, aun cuando fuese activo y trabajador, pues era muy desinteresado y me cuidaba poco del provecho que pudiera sacar. Esto al menos decía mi padre cuando por casualidad tenía tiempo de observarme y de ocuparse de mí.

Insensiblemente nuestra posición cambió; tuvimos mejor casa, mejor mesa, y un día me enviaron á la escuela; después, cuando cumplí diez años, me pusieron en un colegio; y tres ó cuatro años más tarde vivíamos con holgura, como viven en general gentes acostumbradas á la economía y de costumbres modestas, pero sin carecer de nada ni depender de nadie.

Cuando llegaron las vacaciones, nos dijo mi padre un día:

—Hijos míos, preparaos á hacer un viaje. Os habéis portado bien, sois muy estudiosos los dos (mi hermana estaba en un colegio de monjas) y merecéis una recompensa. Os llevo con vuestra madre á la montaña, porque ya es tiempo de que conozcáis aquel hermoso país, que es el vuestro, pues mi familia ha nacido y vivido allí desde tiempo inmemorial. También quiero que conozcáis vuestras propiedades, pues, á Dios gracias, no somos ya unos pobres desgraciados, y vuestro pa-

dre, que no es un perezoso, ha sabido ganáros algo.

Nunca había oído hablar así á mi padre, y extrañé mucho ver que el rostro de mi madre permanecía frío y triste como si hubiera encontrado algo censurable en la alegría de mi padre; á quien amaba mucho sin embargo y con quien no reñía jamás.

Corría el año 1835. Yo había cumplido mis trece abriles y empezaba á observar y á reflexionar. He aquí lo que escuchando y comentando sin preguntar ni aparecer curioso, descubrí poco á poco desde esta época.

Mi madre, que había sido educada con una familia rica, era muy superior en educación á aquel hermoso español con quien se había casado por amor. En todo estaban de acuerdo, menos en una cosa ¡ay, la principal! en la vida de continuas ausencias que llevaba mi padre.

¿Por qué esas ausencias? Mi padre no tenía ningún vicio. Respetaba y adoraba á su mujer, eso era evidente. Había, pues, en la naturaleza de sus ocupaciones y en la rapidez de nuestra pequeña fortuna un punto misterioso de que nunca se había tratado delante de mi hermana y de mí. Nuestro padre se ocupaba en llevar muestras de varios artículos y en la compra y venta de géneros del co-



mercio. Cuando le preguntaban por qué estaba siempre de viaje y no disfrutaba del goce de vivir en familia, contestaba:

—Es mi deber hacer ese sacrificio. Me he casado joven y muy pobre. Mi mujer tenía un pequeño capital que he arriesgado en negocios para duplicarle y que espero cuadruplicar con tiempo y paciencia. Cuando lo haya logrado, no volveré á abandonar mi nido y habré conquistado la felicidad.

Pasaba por el hombre mejor y más honrado del mundo, y á primera vista parecía lo uno y lo otro; pero era demasiado misterioso y prudente para no tener algo que ocultar. Noté esto en cuanto nos pusimos en camino para aquel viaje á la montaña. Tenía una multitud de conocimientos que jamás habían parecido por nuestra casa. Al pronto los saludaba con aspecto franco, pero se alejaba en seguida para hablarles en voz baja y con extremadas precauciones. Mi madre le seguía con los ojos, con aire de inquietud, como si hubiese temido que nos dejase, y cuando volvía le miraba con una mezcla singular de agradecimiento y reproche. Entonces él le cogía la mano ó le decía alguna palabra cariñosa. Ella se resignaba, y nada declaraba abiertamente la especie de lucha establecida entre ellos.

Por el camino me hizo mi padre varias preguntas sobre mis estudios, y entonces ví que sabía leer y escribir y que conocía apenas la historia y la gramática, pero era muy entendido en aritmética, y conocía la geografía de una manera notable.

Puedo decir que le conocí en aquel viaje y que sentí una viva afección por él. Mi hermana, que sólo tenía diez años, había tenido siempre mucho miedo de sus maneras bruscas, de su voz fuerte y de su espesa barba negra; pero cuando le vió tan bueno y tan tierno con nosotros y tan cariñoso con nuestra madre, empezó á quererle también.

Mi madre vió con alegría nacer esta unión entre nosotros.

—Hijos míos—nos dijo en un momento en que él dormía en el coche y nosotros le mirábamos, preguntándonos á media voz por qué le habíamos temido siempre —amadle con todo vuestro corazón, porque es un buen padre que ha comprendido mucho más de lo que le han enseñado, puesto que ha creído que lo mejor que podía hacer por vosotros era daros una educación muy por encima de la que él ha recibido, y para esto no ha perdonado sacrificio. Estudiad y portaos bien en todo para recompensárselo.

—Muy bien dicho, mujercita—dijo mi padre, que se había despertado y escuchaba;—pero es necesario que los niños te quieran aun más que á mí, pues tú eres la que me has enseñado á comprender mi deber. Ahora reconozco que tenías razón, porque veo lo que cuesta ganar la vida cuando se es ignorante, y qué penosa es mi situación cuando.....

—Basta, basta—dijo mi madre interrumpiéndole.

Y habló de otra cosa.

El fin de nuestro viaje era San Juan de Luz en los Pirineos. En él pasamos la noche, y al día siguiente, en cuanto amaneció, subimos á la propiedad que mi padre había adquirido en la cima del monte Bergous. Era aquel un sitio sonriente, lleno de flores, y con una bonita casa que servía de posada á los paseantes que iban á pasar la estación en los baños de *Saint-Sauveur* y á los turistas instalados en San Juan de Luz. Teníamos un precioso jardín, un criado y dos hermosas vacas. La gente iba á almorzar ó á tomar algo á nuestra casa. Mi padre nos dijo que ganaba mucho dinero, y que aun podría ganar más si queríamos ayudarlo á recibir bien á la gente, y que sabiéndole explotar, era aquel un gran negocio, porque los aguas

estaban cada vez más frecuentadas. En una palabra: en aquel pequeño establecimiento estaba, según él, nuestro porvenir.

En efecto, tuvimos al poco tiempo muchos parroquianos, gentes ricas que pagaban muy caro y sin regatear una taza de leche ó una chuleta.

Todos empezamos á trabajar con el mayor afán. Mi madre estaba dedicada á la cocina, mi hermana á ordeñar las vacas, y yo corría por todos lados para buscar provisiones y comprar truchas, caza, huevos y fruta. Tenía para esto que ir muy lejos, pues en la montaña no se encontraban provisiones bastantes para el consumo que se hacía en nuestra casa. Esta vida activa en medio de aquel país espléndido me entusiasmaba. Al poco tiempo me hice tan fuerte, tan ligero y tan atrevido como un verdadero montañés. La estación de baños concluyó al mismo tiempo que mis vacaciones, y mi padre nos volvió á llevar á Pau, saliendo poco tiempo después para Bayona ó para algún otro punto, pues no solía decir adónde iba, ni escribirnos, y muchas veces se pasaban tres meses sin tener noticias suyas.

Al año siguiente mi madre y mi hermana volvieron con él á la posada del valle de San Juan de Luz antes de empezar el verano, y yo fui á reunir-



me con ellas en cuanto se abrieron mis vacaciones, yendo á pasar allí dos meses de entusiasmo y de febril actividad.

—¡Qué lástima que no se dedique á estas faenas!—decía mi padre en voz baja á su mujer.—  
—¡Está tan hermoso!...

—No pienses en eso—respondía ella.—Acuérdate de tu palabra.

—Porque me acuerdo—respondía él—es por lo que siento hacer de mi hijo un *señorito* y no un hombre.

Semejantes palabras, que oí por casualidad varias veces, me dieron mucho en que pensar. ¿Un señorito no era un hombre?

—Si es así—pensé entonces—¿por qué me condena mi madre á esta inferioridad?

Continué, sin embargo, instruyéndome, no tanto por amor propio como por amor al estudio. La historia, sobre todo, me interesaba mucho; en cambio no tenía gran afición al griego y al latín; pero la extremada facilidad y la prodigiosa memoria de que estaba dotado, me permitían ser siempre sin esfuerzo uno de los primeros de mi clase.

Sólo cuando ponía el pié en la montaña olvidaba mis preocupaciones intelectuales. El hombre

físico aparecía por completo, y el amor al movimiento y á la aventura se apoderaba de mí. Salía de nuestras sonrientes colinas para internarme en los sitios más salvajes y más peligrosos. Seguía á los cazadores de osos y de jabalíes, pues por esta época la caza mayor abundaba todavía, y me asociaba á los guías que conducían á los naturalistas á la brecha de *Roland*, al *Mont-Perdu*, á los circos del *Marboré* y de *Troumause*, á los *Monts-Maudits*.

Así llegué á tomar afición á las ciencias naturales, y al volver á París las estudié con ardor.

Mi padre, no sólo me dejaba libre para correr la montaña, sino que me protegía contra los dulces reproches de mi madre, que se inquietaba por mis largas excursiones y temía que perdiese el gusto al estudio al ver mi entusiasmo por el campo y mi afición á los ejercicios físicos.

Mis promesas la tranquilizaron, y yo las cumplí fielmente. Cada año conseguía más premios, y mis compañeros, al verme adelantar así, me envidiaban, pero me perdonaban al ver mi afabilidad y buen carácter. Yo era, según ellos, valiente como un león y dulce como un cordero. ¿Era así, en efecto, y soy realmente así? Nunca lo he sabido. Mi personalidad no se ha formulado jamás ante

mis propios ojos más que como una cuestión secundaria. Tengo de la sangre paterna la fuerza física, la confianza en el peligro y el amor á la lucha: de mi madre ó de sus abuelos la gravedad de las maneras, la reflexión y la rigidez de conciencia. Me he encontrado tan pocas veces en desacuerdo conmigo mismo, que no tengo ningún mérito al obrar bien en las circunstancias difíciles.

Llegué á la edad de diez y seis años sin haber pensado para nada en mi porvenir. Evidentemente los negocios de mi padre prosperaban, pues nuestro bienestar aumentaba de día en día, y hasta oí hablar de cincuenta mil francos de dote para mi hermana y de otro tanto para mí en un día más ó menos lejano. También hablaban de enviarme á estudiar la medicina á Montpellier cuando concluyese mis estudios de colegio.

Mi hermana, que estudiaba con perseverancia, y que era muy piadosa, tenía la idea de consagrarse á la educación de niñas. No quería que la hablasen de matrimonio, y decía que no deseaba correr los riesgos de este sacramento. Mi padre trataba esta idea de capricho de niña, y mi madre la combatía dulcemente, pero con cierta tristeza que me daba en qué pensar.

El año 1838, durante nuestra estancia anual en la montaña, tuve la clave del enigma que nos envolvía.

Había partido una mañana para una de mis grandes excursiones, de la que no debía volver hasta el día siguiente por la noche; pero la niebla invadió la región que íbamos á explorar algunos camaradas y yo, obligándonos á volver aquel mismo día. Cuando entré en casa era muy tarde y todos estaban acostados: no queriendo despertar á mi madre, que tenía el sueño ligero y era muy madrugadora, me deslicé en mi habitación y me acosté sin hacer el más leve ruido.

Estaba fatigado y ya iba á dormirme, cuando ví que mis padres hablaban en el comedor, cerca del tabique que me separaba de ellos. Escuché, y confieso que no era la primera vez. No sentía por esto ningún escrúpulo, porque hacía tiempo estaba persuadido de que debía sorprender un secreto, aquel secreto que era el mío por la fuerza de las cosas, puesto que yo debía tener un día la responsabilidad de él. Me encontraban muy joven para confiármelo, y yo me sentía bastante hombre para aceptarlo con todas sus consecuencias y para poner un término al doloroso desacuerdo que reinaba entre los dos esposos, que estaban al mismo tiempo tan tiernamente unidos por su cariño.



Escuché, pues. No sospechaban que estaba allí; iban á hablar sin temor y sin reticencias. El cuarto de mi hermana estaba más lejos, y el criado dormía en el piso de abajo; así es que no tenían que temer ser oídos de nadie; y sin embargo, por costumbre hablaban á media voz; pero discutiendo olvidaron esta precaución, y pude oír muy bien á mi madre que decía:

— ¡Casarle! ¿estás loco? ¡Deja que pasen diez años!

— Con que pasen cinco basta — respondió mi padre; — yo no tenía veintiuno cuando me casé contigo.

— También.....

— ¡También yo era joven, y tal vez digas que he hecho tonterías y comprometido tu dote!..... Pues tuya fué la culpa; querías que comerciase legalmente, y así no podía hacer negocio un ignorante como yo..... pero ya sabes que más tarde no he seguido tus consejos y he logrado reparar mi falta.

— No hablemos de eso..... ¡Ha sido bien á pesar mío, tomo á Dios por testigo!..... pero no hablemos de ello.

— Está bien, no hablemos, con tal de que me quieras tal como soy..... pero deja que te explique mi proyecto. Antonio Pérez tiene lo menos tres-

cientos mil reales entre dinero y mercancías, y Manuela, su hija única, es la joven más bella de las Españas, como dice la canción. Estoy seguro de que el padre desearía tener un yerno médico; eso halaga siempre á gentes como nosotros.

— ¿Como nosotros?..... ¿Es como tú?

— Sí, es uno de nuestros mejores asociados; ¡un hombre de valer!

— Pues no quiero su hija para mi hijo, aunque sea tan hermosa como dices..... ¿Y qué edad tiene?

— Quince años.

— Tiene demasiados años para él.

— ¡Demasiados años! ¿Pues no tienes tú dos años más que yo? ¿y eres por eso más fea, menos amable ó menos querida?

— ¡Cállate, bribón! Si esa niña tiene tus ideas, las de su padre por consecuencia.....

— Esa niña no tiene ideas. Es tan inocente como nuestra hija.

— ¿Dónde está?

— En un convento. No tiene madre, y la han educado allí muy bien en la religión católica.

— ¡Ah! ya sabes.....

— Ya sé que eso no te gusta mucho, señora hugonota..... A mí la cuestión de religión me es enteramente igual.

—¡Desgraciadamente!

—Tal vez. Ya pensaré en ello más tarde; tú me convertirás; pero es natural que esta joven esté educada en la religión de su país y de su familia, y te digo que su educación es la de una verdadera señorita. Todos los hombres, jóvenes y viejos, más ricos de Pamplona están locos por ella, y cuando va á la iglesia con sus compañeras, no puede pasar casi á través de aquella multitud enamorada que la mira suspirando. Figúrate un talle esbelto y flexible, ojos azules con pestañas y cejas negras, magníficos cabellos, dientes como perlas....

—Bien, bien. ¡Cualquiera diría que te has enamorado de ella!

—Me hubiera enamorado si no lo estuviese ya de otra. La única que he amado y amaré toda mi vida....

—¡Adulador!.... En resumidas cuentas, creo que no pensarás casar á tu hijo á los diez y seis años; y si crees que esa linda muchacha ha de esperar á que tenga la edad de un hombre....

—Ya lo creo que le esperará si le ama, y le amará en cuanto le vea, pues ya está hecho un hombre, y sin alabarnos, tan hermoso como pueda serlo ella.

—¡Ah, quieres presentarlos el uno al otro!

—Como dos prometidos; ¿por qué no? El padre de la muchacha consentirá, estoy seguro, y hasta nos hemos dado cita.

—¡No quiero!—exclamó vivamente mi madre.

—Pero, mujer, reflexiona....

—Ya he reflexionado. Nunca mis hijos harán alianza con gentes de ese oficio.

—Vamos, vamos, hija, no desprecies así á tu marido y á la fortuna que te ha dado. Con tales ideas tus hijos no se casarían fácilmente. Un día llegará en que se hagan informaciones minuciosas, y las gentes intransigentes como tú dirán que el origen de nuestra fortuna es impuro. Recibirás alguna afrenta por haber colocado muy altas tus miras y nuestros hijos no sacarán de todo eso más que tristeza y humillación, mientras que no saliendo de su esfera.... Vamos, no te hablo de enviar á nuestro Lorenzo á la montaña para tirar contra los aduaneros si no le dejan pasar el contrabando, ó caer muerto por ellos. ¡No! que sea un caballero, que sea médico, conforme Manolita es una señorita; pero que no puedan reprocharse el uno al otro el origen de su fortuna y la condición de sus padres. Este es el interés de nuestro hijo, bien entendido, y lo demás son ilusiones impropias de tí.



Mi madre pareció quebrantada, pero nada pudo hacerla consentir en la entrevista proyectada por mi padre. Le rogó que aplazase el hablar de aquel asunto hasta el siguiente año, y él no tuvo más remedio que acceder á aguardar hasta entonces.

¡Por fin poseía el fatal secreto! Mi padre era contrabandista, y éste era su comercio y su industria. Confieso que al principio sentí una especie de consuelo y casi alegría, porque al principio de la conversación me estremecí, temiendo que fuese algo peor, y cuando este temor se disipó, encontré á mi madre demasiado severa para él.

Después, al reflexionarlo más despacio, comprendí sus angustias y sus escrúpulos. Era bastante instruida para comprender que todo comercio fraudulento es un atentado social; y en cuanto á mí, había aprendido algo el mecanismo de las sociedades para saber que nadie falta á las leyes sin atentar contra el equilibrio de la legislación; pero *dada la especie*, como diría un abogado, yo no podía censurar á mi padre el que no tuviese ideas contrarias á lo que le habían enseñado desde la infancia, pues en su familia pasaba el oficio de contrabandista de padres á hijos, como sucede con la mayor parte de los habitantes de las fronteras. La verdad es que es una especie de bandolerismo,

pues á veces no hay más remedio que habérselas con los aduaneros que cogen en el garlito, y esta caza de géneros degenera fácilmente en una caza de hombres de las más sangrientas. Sin duda debía hacer mucho tiempo que mi padre no había corrido en persona estas aventuras; pero se las hacía correr á los demás, habiendo llegado á ser, según comprendí al final de su conversación con mi madre, uno de los jefes que mandaban una especie de ejército oculto compuesto de gentes de todas clases.

En suma, el contrabando, á pesar de la buena acogida que tiene en todas las clases, pues nadie siente escrúpulos en aprovecharse de él, es una llaga económica y social. Yo lo sabía, y tenía que resignarme á sentir en mí algo como remordimiento, mirando el bienestar de que gozaba, empezando por la buena educación que recibía, como una especie de robo cometido no sólo contra el Estado, sino contra el comercio legal de mis conciudadanos.

¿Qué hacer en semejante situación? ¿Suplicar á mi padre que abandonase aquel oficio? No me sentía con valor para hablar con él de semejante cosa; y allí donde mi madre no había podido conseguir nada, yo no podría hacer más que empeorar



la situación. ¿Protestar contra aquel género de industria sin aparentar sospechas de que mi padre especulaba con él? Eso únicamente es lo que podría hacer algún día, más tarde, cuando hubiera adquirido el derecho de hablar como un hombre.

Aferrándome á esta decisión, traté de calmarme, pero en vano, porque otra clase de agitación mucho más fuerte se había apoderado de mí. Nunca me había atrevido á mirar á una mujer, pues era un inocente que había vivido siempre en una atmósfera casta, pero que estaba muy propenso á comoverse á la primera ocasión..., y de pronto hablaban de poner en mis brazos á una criatura hermosísima, capaz de amarme en cuanto me viese. Qué, ¿ya podía ser amado el tímido escolar por una criatura maravillosa que tenía trastornada la cabeza de todo aquel que llegaba á mirarla? No lo podía creer; me hacía el efecto de un cuento de hadas; pero ¿cómo rechazar aquella embriagadora ilusión?

Confieso que no pensé en echarle en cara que fuese hija de un contrabandista, y que las reflexiones de mi padre sobre este punto me parecieran muy juiciosas y de esas que no admiten réplica. Ciertamente, era muy natural esta alianza, para borrar mejor en los lazos de la complicidad

la mancha común; aquella mancha que podía serme reprochada un día al entrar por medio del matrimonio en una clase más elevada. Mi madre hacía mal, á mi parecer, en oponerse á aquella entrevista, cuyo solo pensamiento hacía latir mi corazón como si hubiese querido escapárseme del pecho.

## II.

Traté de aparecer tranquilo al día siguiente, como si nada hubiese oído; pero estuve pensativo y mi conducta era extraña, pues tan pronto estaba taciturno como loco de alegría. No tenía ya ni apetito ni sueño; estaba enamorado, locamente enamorado de un fantasma, de un ser á quien tal vez no debía ver jamás, porque ¿cuántas cosas podrían pasar antes que mi padre volviese á hablar de su proyecto y de que mi madre dejase de combatirlo!

Tuve la idea de hablar á mis padres; pero me hubiese visto obligado á confesar que sabía todo lo demás; y sobre todo, mi amor me llenaba de una timidez invencible, teniéndome en un completo estado de confusión al mismo tiempo que de deliciosa embriaguez.

la situación. ¿Protestar contra aquel género de industria sin aparentar sospechas de que mi padre especulaba con él? Eso únicamente es lo que podría hacer algún día, más tarde, cuando hubiera adquirido el derecho de hablar como un hombre.

Aferrándome á esta decisión, traté de calmarme, pero en vano, porque otra clase de agitación mucho más fuerte se había apoderado de mí. Nunca me había atrevido á mirar á una mujer, pues era un inocente que había vivido siempre en una atmósfera casta, pero que estaba muy propenso á comoverse á la primera ocasión..., y de pronto hablaban de poner en mis brazos á una criatura hermosísima, capaz de amarme en cuanto me viese. Qué, ¿ya podía ser amado el tímido escolar por una criatura maravillosa que tenía trastornada la cabeza de todo aquel que llegaba á mirarla? No lo podía creer; me hacía el efecto de un cuento de hadas; pero ¿cómo rechazar aquella embriagadora ilusión?

Confieso que no pensé en echarle en cara que fuese hija de un contrabandista, y que las reflexiones de mi padre sobre este punto me parecieran muy juiciosas y de esas que no admiten réplica. Ciertamente, era muy natural esta alianza, para borrar mejor en los lazos de la complicidad

la mancha común; aquella mancha que podía serme reprochada un día al entrar por medio del matrimonio en una clase más elevada. Mi madre hacía mal, á mi parecer, en oponerse á aquella entrevista, cuyo solo pensamiento hacía latir mi corazón como si hubiese querido escapárseme del pecho.

## II.

Traté de aparecer tranquilo al día siguiente, como si nada hubiese oído; pero estuve pensativo y mi conducta era extraña, pues tan pronto estaba taciturno como loco de alegría. No tenía ya ni apetito ni sueño; estaba enamorado, locamente enamorado de un fantasma, de un ser á quien tal vez no debía ver jamás, porque ¿cuántas cosas podrían pasar antes que mi padre volviese á hablar de su proyecto y de que mi madre dejase de combatirlo!

Tuve la idea de hablar á mis padres; pero me hubiese visto obligado á confesar que sabía todo lo demás; y sobre todo, mi amor me llenaba de una timidez invencible, teniéndome en un completo estado de confusión al mismo tiempo que de deliciosa embriaguez.



Volví al colegio esperando que el estudio me librara de aquel tormento ó me haría tener paciencia hasta el año siguiente; pero no fué así. Aquel año estuve perezoso y apenas estudié. Mi madre lo supo y me censuró de una manera que yo no la creía capaz. Mi padre fué á verme á las Pascuas; creí que sería menos severo; pero lo fué aún más, y me declaró que si no conseguía algún premio no iría á la montaña. Me asustó tanto esta amenaza, que conseguí ganar el tiempo perdido y obtener las acostumbradas distinciones.

En cuanto estuvimos en la montaña, traté de averiguar por todos los medios si mi padre seguía pensando en su proyecto del año anterior. Yo tenía entonces diez y siete años, y ya me consideraba en edad.... ¡pero el proyecto parecía olvidado! Un día se habló de matrimonio á propósito de mi hermana, que continuaba diciendo siempre que quería hacerse religiosa, ó por lo menos institutriz. Cogi esta ocasión por los cabellos para decir muy alto y con tono decidido que hacía mal, y que yo, por el contrario, deseaba vivamente casarme joven.

En aquel momento sorprendí una mirada que dirigía mi padre á mi madre, como queriendo decirle: «Ya ves que era buena mi idea»; pero mi

madre pareció no entenderle, y dijo, dirigiéndose á mí:

—Estás tan equivocado como Juana. Es bueno casarse, ciertamente; pero cuando uno sabe lo que se hace. Sois dos niños, el uno muy joven para decir sí, y la otra más joven aún para decir no.

Insistí, pero torpemente y con un rubor que no pude ocultar.

—Mira—dijo mi padre que me observaba;—si parece que ya está enamorado!

Iba á decir que sí; pero me detuvo el pensamiento de que no podrían creer que estaba enamorado de una persona que no había visto, y mi padre, al juzgarme un loco, podría renunciar á hacérmela ver.

Yo no sé lo que iba á responder; pero la palabra amor había hecho enrojecer también á mi hermana, y hasta me pareció notar en su mirada una especie de indignación. Mi madre nos impuso silencio, y volví á caer en lo desengañado de mi destino.

Por la noche de aquel mismo día estábamos mi hermana y yo en el jardín sentados en un banco. Yo miraba las estrellas sin ocuparme de ella, que tampoco parecía cuidarse de mí. Mi hermana tenía entonces trece años; era alta, delgada, pá-

lida, rubia y extremadamente bonita y delicada. No tenía ningún parecido con mis padres ni conmigo, que éramos los tres morenos y fuertes. Su carácter no tenía ningún parecido con el de mi padre ni con el mío, y todos sus gustos diferían de los nuestros hasta el punto de que cualquiera hubiese dicho que era afectada. Tampoco tenía de nuestra madre más que el buen juicio y la bondad; pero había un punto de completa oposición entre ellas, puesto que á pesar de ser mi madre protestante, Juana había escogido desde su más tierna edad, según decían, la religión católica. Había en esto algo muy extraño, pues según la lógica de las cosas, siendo nuestros padres de Iglesias diferentes, y no queriendo estorbar los derechos el uno del otro, yo debía pertenecer á la comunión de mi padre, y mi hermana á la su madre. Sin embargo, había sucedido lo contrario; yo era protestante sin haber pedido serlo, como si la vocación de Juana por el catolicismo hubiese decidido á nuestros padres á cambiar sus respectivos derechos.

No recordé cómo habían pasado las cosas; pero en aquel momento pensaba en ellas, porque podían tener algo que ver con Manuela Pérez. Me decía que esta joven, educada en un convento, me

rechazarla tal vez por no pertenecer á su religión, y quizá sería aquel el obstáculo ante el cual se habría detenido mi padre.

No pude menos de preguntar á Juana:

—¿Sabes en qué consiste que no seamos de la misma religión?

Se estremeció como si la hubiesen despertado.

—No sé—respondió.—Sin duda cada uno habremos sido bautizados en la religión que seguimos.

—¿Tú estás bautizada en la católica?

—Sí, ¿no te acuerdas?

—No; era muy pequeño; no tenía más que tres años cuando tú naciste; pero ¿y tú? ¿cómo lo sabes?

—Porque no me han vuelto á bautizar en el convento.

—Pues qué, ¿el bautismo protestante no te hubiera valido para nada?

—Para nada; y si tú tuvieses un poco más de corazón, te harías católico.

—¡Yo!..... nunca.

Y pensando en Manuela, añadió:

—Si eso pudiera deshacerse..... quizá.....

—Siempre está uno á tiempo cuando quiere.—  
Mamá no diría que no, si papá lo exigía, y tú debías hablar de ello á papá.



—Papá no exigirá nunca nada de mamá; y además, es demasiado tarde. He llegado á comprender la superioridad de mi religión para no mirar un cambio como imposible y culpable—la respondí.

Desde entonces se estableció entre mi hermana y yo una continua discusión religiosa de que haré gracia al lector, pues ciertamente ninguno de nosotros sabía dar las verdaderas razones que hubiesen podido servir para defender su causa. Sólo declamos tonterías, como sucede siempre que no tiene razón ni una parte ni la otra. Yo censuré á mi hermana por no amar á su madre tanto como debía, puesto que aceptaba una religión según la cual esta buena y tierna madre, modelo de abnegación y de virtud, debía ser condenada en la eternidad.

Entonces ocurrió un hecho extraño, cuya explicación no debía yo tener sino algunos años después.

Mi hermana, irritada, se levantó y me respondió:

—¡Calla! no sabes lo que te dices. ¡Eres un ciego, un ignorante, puesto que no conoces que yo no soy hija de tu madre.

—¿Qué quieres decir?—exclamé estupefacto.—  
¿Acaso tu religión fanática te enseña á renegar de los tuyos.

—No—respondió;—yo no reniego de mi padre, y le amo porque es mi padre. Amo también á mamá porque es buena, porque no me aparta de mi religión, y porque es para mí tan tierna y cariñosa como si fuese su hija; pero no por eso he de sacrificarla el reposo de mi conciencia y la esperanza de mi salvación eterna.

—¡Pero eso que dices es imposible.... extravagante, incomprensible!

—Lo que es incomprensible es que tú no lo sepas.

—Puesto que tan bien lo han ocultado, ¿cómo has llegado tú á descubrir ese secreto?

—Hace poco que lo sé.

—¿Cómo? Vamos, explícate.

—He oído á papá y á mamá que decían: «Su madre ha muerto al darla vida.—Ha heredado de ella la salud delicada.—Si no quiere casarse, la dejaremos libre.»

—Lo has soñado.

—No, no lo he soñado. Es cierto.

Nos llamaron para cenar, y al ver la ternura, siempre igual y no afectada, con que mi madre trataba á Juana, creí haber soñado. Yo estaba mucho más sorprendido que Juana, pues si ésta decía la verdad, había en su nacimiento circunstancias



extraordinarias que no la extrañaban como á mí. Casta é inocente niña, no pensaba que estando mi padre casado cuando su nacimiento, no podía ella ser más que una bastarda, sin nombre y sin familia. Mi padre era, según esto, culpable de infidelidad, y mi madre estaba dotada de una generosidad sublime y casi incomprendible.

Hice inútiles esfuerzos para recordar las circunstancias del nacimiento de Juana. Estaba tan preocupado, que no pude menos de preguntar á mi madre si Juana había nacido en Pau.

—No—respondió:—ha nacido en Burdeos.

—¿Estaba yo allí por ese tiempo?

—Sí, pero no puedes acordarte. Creo que ya es hora de acostarnos.

Tenía mi madre la costumbre de cortar todas las preguntas; así es que volví á caer en mis dudas.

¿Había estado mi infancia rodeada de misterios? No, no podía ser; Juana, con su devoción exaltada, debía estar sujeta á alucinaciones. No quise preguntar más, pero permanecí triste ó inquieto.

Mi hermana era, después de mi madre, el ser que yo había amado más sobre la tierra; y aunque la impetuosidad de mi sexo me había separado á menudo de su lado, y el amor al estudio había tomado una

gran parte en mi vida, no dejaba por eso de conservar un gran fondo de ternura por la pequeña compañera de mi infancia. Lo único que mis recuerdos me precisaban bien, era el día en que mi madre, viéndome bastante fuerte para llevar aquella niña, había dicho, poniéndola en mis brazos:

—Cuida más de ella que de tí mismo. ¡Es tu hermana! ¡tu hermana! Algo más precioso que todo, y que debes defender más aún que tu vida.

Yo tomé aquello muy en serio, como todo lo que me decía mi madre, y además me enorgullecí con el cargo que me daban de pasear á aquella niña tan bonita, tan limpia y tan confiada en mí. La protegí y la cuidé tan bien, que mi madre me dejó llevarla al campo para coger flores, y cogíamos tantas, que al volver á casa traía yo á Juana sobre mis espaldas ó en su cochecillo, literalmente hundida en un montón de flores y de hojas, de donde salía solamente su preciosa cabecita rubia.

Un día nos encontró un pintor y nos detuvo para rogarnos que le dejásemos tomar un croquis del grupo que formábamos mi hermana y yo. Cuando terminó quiso besar á Juana, y yo me opuse con una dignidad que le hizo reír mucho.

Más tarde fui su profesor; la empecé á enseñar á leer, lo cual conseguí con mucha facilidad y sin

que la costara una sola lágrima. En el país, hasta el momento en que entré en el colegio, éramos inseparables, y las mujeres eruditas nos llamaban *Pablo y Virginia*.

Desde mi entrada en el colegio se enfrió algo nuestro cariño, pero no por eso la quise menos; así es que me pareció muy cruel que Juana quisiera persuadirse de una cosa imposible para dispensarse de ser mi hermana y de quererme como yo la quería.

Poco á poco este sueño pareció borrarse, tanto de la imaginación de Juana como de la mía; pero lo que siempre permanecía en mí era mi amor fantástico por la desconocida española. Viendo que mi padre parecía haber olvidado por completo sus proyectos, me dejé arrastrar por una idea romántica que ya había formado el año anterior. Resolví ir secretamente á Pamplona para tratar de ver á aquella maravilla de belleza. Ya tenía calculados el número de días necesarios para el viaje, y empecé á buscar el pretexto que daría para justificar mi ausencia, cuando una circunstancia inesperada vino á hacer mucho más fácil mi escapada.

Una mañana dejó mi padre una carta sobre la mesa, encargándome que la llevase al correo. Al fijar los ojos en las señas sentí que un estremeci-

miento recorría todo mi cuerpo, pues leí: «A don Antonio Pérez, Panticosa.» Tuve la malicia de leer en voz alta para atraer la atención de mi madre, que estaba ocupada en el otro extremo de la habitación. Lo conseguí, porque volvió la cabeza y dijo á mi padre:

—¿Vive allí ese Pérez?

—Sí; es su país, y está allí ahora con la *pequeña*.

Después se aproximó á ella y le dijo algunas palabras en voz baja, á las cuales no respondió mi madre más que encogiéndose de hombros y meneando la cabeza.

Llevé la carta al correo; pero en el momento de ir á echarla la retuve en mi mano y la guardé en el bolsillo. Partiendo en seguida, podía entregarla yo mismo á Antonio Pérez tan pronto ó más que el correo.

Estaba demasiado conmovido de mi repentina resolución para volver á mi casa, pues sin querer me hubiese descubierto. Tomé el camino de la montaña y llegué á la cabaña de un pastor que era amigo mío. Le rogué que fuese á nuestra casa aquella misma tarde y que dijera que yo no iría á dormir, porque me habían comprometido algunos cazadores amigos para que fuese á buscarlos al valle del *Ossone*. Tomé allí un poco de



pan y de leche, y seguí la dirección del *Ossone* durante algún tiempo; pero en cuanto el pastor me perdió de vista, me interné en una garganta lateral, resuelto á ganar la frontera.

Se necesitaba el gran conocimiento que yo tenía de las localidades, y la costumbre de recorrer los sitios más peligrosos, para atravesar así todos los obstáculos. Yo tenía especial gusto en esto, y había atravesado mil veces por sitios en que nadie se había atrevido á penetrar.

Llegué á la frontera por la noche y me detuve en la primera posada española, que era una pobre cabaña, donde dormí hasta el alba. Por este lado yo no conocía el país; pero hablaba con facilidad la gerga mitad española mitad francesa de esta región, y á través de nuevas montañas no menos ásperas que las francesas, llegué á Panticosa hacia el mediodía.

Era entonces Panticosa un pueblo de ochenta años miserables, á las que daban sombra magníficos nogales. Este aspecto pobre me dió valor, porque se presenta uno con más serenidad en una choza que en un palacio. Pregunté por la casa de Antonio Pérez, y me indicaron un pequeño hotelito en buen estado, que era el único del pueblo, y al cual llegué un instante después.

Encontré al patrón sentado á la mesa, servido por una joven muy bella que no podía ser otra que su hija. Estaba muy impresionado; pero la mirada atenta y desconfiada de Antonio Pérez me dió fuerzas para luchar contra mi emoción.

Presenté mi carta, y Antonio Pérez la abrió y la leyó trabajosamente, como quien no está muy acostumbrado á leer manuscrito. La hermosa joven que le servía me miraba con tanta calma y atrevimiento, que hubiese logrado sonrojarme, á no tomar el partido de volver la cabeza para no encontrar sus ojos, dedicándome por completo al examen de su padre. Era éste un hombre rechoncho, de atléticas espaldas, cabellos crespudos y hermosas facciones cubiertas de un tinte bronceado. Debo confesar que su expresión de astucia y de ferocidad delataba más al brigante que al contrabandista. Me fué antipático hasta la repugnancia, y miré á su hija resuelto á huir de ella y á olvidarla si se le parecía.

No se le parecía; era aún peor, pues se veía á través de su belleza la expresión de la más cínica impudencia. Además estaba vestida con un descuido y una suciedad notables.

Curado de mi pasión como por encanto, avergonzado, pero libre de todo temor, esperé á que

aquel hombre terminase su lectura, y me senti más decidido que nunca á no darme á conocer.

Pareció alegrarse con la lectura de la carta, porque le ví sonreír y contar por los dedos; después la guardó en el fondo de su bolsillo como si fuera un objeto que temiese perder. Entonces hizo una seña á su hija, que salió en seguida, y dijo volviéndose hacia mí:

—Está bien, muchacho. Has tenido que andar de firme para traerme esto, y te has ganado un vaso del mejor vino. ¿Cómo te llamas?

—Juan Buran—respondí.

—¿Eres de San Juan de Luz?

—De las cercanías.

—¿Y en qué te ocupas?

—En la caza de osos.

—¡Ah! Eres tan valiente y atrevido como guapo mozo. Vamos, bebe á mi salud como bebo á la tuya.

Manuela había vuelto á entrar con un jarro de vino que derramaba en un vaso de vidrio. Mientras que yo bebía de un trago aquel vino, Pérez me miraba con malicia, y tomando un tono de protección familiar, me dijo de una manera que me hizo enrojecer:

—¿Creo, bribón, que no serás contrabandista?

Le miré fijamente, y la expresión de su rostro decía bien claro: «Si eres contrabandista, sé bien venido á esta casa y dílo sin temor.»

—No, no soy contrabandista, ni espero serlo—respondí levantándome.

—Tienes razón—replicó con asombrosa tranquilidad—es un mal oficio.... y más peligroso que la caza de osos—añadió con una imperceptible mueca de desprecio.

—No es el peligro lo que yo temo, ni tampoco he dicho que el contrabando fuese un mal oficio. Sólo os he respondido que no era el mío, y nada más. Conque os saludo, así como á la señora, y me despido, á menos que no queráis responder á la carta que os he traído.

—No. Dí á Juan Bielsa que está muy bien; pero debes estar fatigado, y si quieres comer, descansar ó dormir bajo mi techo, ya sabes que aquí está todo á tu disposición.

—No—respondí—tengo que hacer. Muchas gracias.

Y salí de allí á buen paso, aunque estaba muy cansado: cené y dormí dos horas en una posada próxima, y por la noche volví á emprender mi camino.

Al día siguiente entraba en mi casa con las



orejas un poco gachas, como suele decirse; pero con el corazón tranquilo y la imaginación libre.

Como ya hacía tiempo que estaba yo triste y pensativo y me presenté alegre y hablador, mi madre se hizo cargo al momento de que estaba curado, y sin saber la causa de mi mal ni tampoco la de mi curación, se puso muy contenta y empezó á darme bromas.

Algunos días después estábamos Juana y yo en el jardín esperando la hora de la cena. Yo estaba alegre y me divertía con un pajarillo que mi hermana educaba.

—Gracias á Dios que te has vuelto otra vez amable—me dijo Juana.—Qué, ¿no estás ya enamorado?

—¿Acaso sabes tú lo que es estar enamorado? —le respondí.—No entiendes de eso, hermanita.

—Sí que entiendo—replicó.—El amor es pensar siempre en una persona que se prefiere á todas las demás.

—¿Te han enseñado eso tus religiosas?

—No, me lo han dicho mis compañeras.

—Pero tú no quieres casarte y desprecias todo eso.

—¡No sé! Tengo catorce años, y es la edad de decidirse.

—¡Oh! Aún tienes tiempo.

—Escucha. Si me prometieras no casarte nunca, yo haría lo mismo.

—¿Por qué? ¿Qué te importa que yo me case ó no?

—Tengo necesidad de amar á alguien.

—¡Claro!

—Y te amaría á tí si tú me amases á mí sola.

—¿Eres celosa?

—Muy celosa.

—¿Hasta con tu hermano?

—Sobre todo con mi hermano.

—¡Qué cosas os enseñan en el convento! Una hermana no puede estar celosa de su hermano.... Además, tú no me quieres tanto como eso.

—Te quiero *apasionadamente*.

Juana decía esto con un tono tan tranquilo y con tanto candor, que no pude menos de echarme á reír.

—¿Y á tu pájaro—la dije—también le quieres *apasionadamente*?

—No, no quiero así á todo el mundo. El amor es loco y culpable cuando no es legítimo y santo. El amor que se tiene por la familia es puro y meritório. Puedo, pues, amarte con toda mi alma sin desagradar á Dios, y así te amo; pero á tí, como



eres de la mala religión, no te han enseñado eso y me quieres muy poco.

—Estás equivocada. Te amo tiernamente.

—Pero ¿con toda tu alma?

—¡Oh! me parece que debo gran parte de ella á nuestros padres.

—Eso te lo permito, pero no admito á nadie más.

—Entonces no querrás que me case.

—No, no quiero, te lo prohíbo. ¡Me moriría de pena!

—No morirás, porque jamás he tenido menos ganas de casarme que ahora. Hasta que me dé esa idea tendrás tiempo de hacerte una persona razonable y de comprender lo que es la vida, sobre la cual veo tienes unas ideas extravagantes. Á mi parecer, las monjas te han educado muy mal, y debías no volver al convento y quedarte con tu madre todo el año.

—Me quedaré.

—¿Lo hablais ya decidido? ¡Muy bien!

—He sido yo quien lo he decidido ahora mismo, en vista de que lo deseas.

—¡Te estás burlando de mí y te hablo formalmente!

Juana prorrumpió en llanto, y ya no pude obte-

ner una palabra más. La encontré incomprendible y me alarmé al verla tan excéntrica. ¿Era un corazón agitado por la duda, ó un cerebro turbado por el misticismo?

Creí deber hablar á mi madre, y me sorprendí al ver que no se inquietaba.

—Juana es así—me dijo—muy singular, aunque muy buena y muy dócil. Tú no puedes hacerte cargo de su carácter, porque apenas estáis juntos; pero ahora la observas y te extraña. No te inquietes y sé siempre muy bueno para ella; es una naturaleza á la cual no se puede persuadir, pero sí vencer por la ternura. No se la puede llevar hasta hacerla pensar como uno piensa, pero con la afección se hace de ella lo que se quiere.

—¿Por qué, entonces, la has dejado abrazar el catolicismo?

—Proque lo había prometido.

—¿Á quién? ¿Á nuestro padre? ¡No creo que le importa mucho eso!

—¿Me reprochas? Pues no lo merezco..... Pero ahí llegan unos viajeros. Sal pronto á su encuentro.

Éramos así interrumpidos á cada instante, pues mi padre no se había equivocado. Los baños de *Saint-Sauveur* estaban en boga, y nuestro pe-

queño establecimiento parecía prosperar. Sin embargo, yo que hacía las cuentas extrañaba la desproporción que había entre la carestía de los comestibles y la baratura de nuestras ventas. Mi padre decía que era necesario obrar así y saber perder al principio para hacer parroquianos y ganar después; pero más tarde supe que nuestra venta no era más que un pretexto para ocultar el verdadero origen de nuestra fortuna, que no tenía otro que el contrabando, al cual se entregaba mi padre con más actividad que nunca, aunque sin salir de su casa y sin que nos fuese posible saber quiénes trabajaban de acuerdo con él. Al famoso Antonio Pérez no le veíamos jamás, y sin embargo la correspondencia era constante entre mi padre y él.

Libre al fin de la obsesión amorosa que tanto me había hecho sufrir, estudié más que nunca, y al año siguiente (1840) terminé mis estudios y tomé el grado de bachiller.

Cuando fui á ver á mis padres con mi diploma y la esperanza de empezar en seguida la medicina, encontré á mi hermana instalada en la casa.

Había dejado el convento definitivamente, y llamándome aparte me dijo:

— Te prometí quedar bajo la tutela de mamá,

y si no lo cumplí en seguida no ha sido por mi culpa, sino por la de ella, que ha querido que reflexionara antes de renunciar á mis ideas. Ahora estamos de acuerdo. Ya no quiero ser religiosa ni dejar á mi familia, y estudiaré en nuestra casa. ¿Estás contento?

—Contentísimo—dije abrazándola—pues creo que eres y serás desde ahora tan sensata como hermosa y buena.

Juana enrojeció, respondiendo que no era hermosa ni buena.

—Una santa como tú—la dije—no tiene por qué enrojecer. Es Dios quien te ha dado la belleza, y es indudable que Él ama lo bello, puesto que lo ha derramado á manos llenas sobre el universo.

Mi hermana se ruborizó aun más y fué á ocultarse, como si la lisonja de un hermano la hubiese escandalizado ó asustado. Pensé que aquel era un rasgo de su antiguo y extraño carácter.

Mi padre estaba entonces en casa; yo tenía vacaciones, y aquel año no debíamos ir á la montaña, pues habíamos alquilado por una buena cantidad la casita por la estación veraniega. Todos tuvimos un sentimiento al saber que no íbamos.

—Volveremos el año que viene—nos dijo mi



padre;—allí somos conocidos y estamos acreditados por nuestra baratura. He conseguido obtener la preferencia sobre los demás restaurants campestres. Ahora la casa está acreditada, pero no puedo doblar los precios de la noche á la mañana, que es precisamente lo que hará el que me reemplaza. Se volverán contra él y verán con alegría que vuelvo yo el año que viene; pero tragarán el anzuelo y pagarán lo que deban para que nuestros negocios marchen bien. Sin embargo, como ahora no marchan demasiado mal, no quiero privaros de viajar durante vuestras vacaciones. Os llevaré á Burdeos, donde conozco mucha gente, y ya vereis cómo os gusta.

Yo nunca había visto el mar, y la idea de ir hasta el Océano me llenó de alegría. Mi hermana sonrió y dijo que también se alegraba. Mi madre no hizo objeción ninguna y partimos.

En cuanto llegamos, mi madre condujo á Juana á los almacenes de novedades y la compró un precioso vestido que mi hermana se puso con un poco de vacilación y temor. En el convento usaba un trajecillo de uniforme que aun no había querido abandonar. Tuve que decirle que estaba ridícula así, porque yo tenía sobre ella, no influencia, pues como había dicho muy bien mi madre, no

se la persuadía, sino una singular autoridad. Bastaba una palabra mía para que hiciese al instante lo que yo deseaba.

Cuando la ví vestida como convenía á su edad y á su posición, me deslumbró la gracia y la distinción de su persona, y como quería siempre ir colgada de mi brazo, pude ver, cuando salía con Juana y con mi madre, que todo el mundo se fijaba en ella y la admiraba.

Mi madre conocía muy bien Burdeos y sus alrededores; así es que mi padre, después de habernos instalado en un buen hotel, no tuvo necesidad de volver á ocuparse de nosotros. Parecía que se había establecido en el puerto como si fuera en sus dominios. No pasábamos por allí nunca sin encontrarle hablando con los armadores ó los capitanes de los buques mercantes, y algunas veces con hombres de rostros problemáticos. Estaba, al parecer, muy ocupado, no explicando nunca la naturaleza de sus ocupaciones, pero siempre contento y lleno de confianza. Su carácter igual le hacía agradable á todo el mundo. Era el tipo de la bondad, á pesar de su tono brusco y de su fisonomía enérgica.

No contaré aquí nuestra excursión al mar, nuestra sorpresa ante tantos objetos nuevos, ni mi ale-

gría al ver un teatro hermosísimo y oír en él á buenos artistas. Mi hermana vaciló mucho en asistir á esta diversión profana. Por fin la decidí á que fuese, y estuvo muy atenta; pero no pude saber si lo que experimentó fué placer ó espanto. Había en ella algo de misterioso que se sentía uno obligado á respetar.

Ya lo habíamos visto todo, y al día siguiente debíamos volver á nuestra casa, cuando, encontrándome solo con mi padre, ví venir hácia nosotros un hombre de fisonomía no vulgar, pero sí inquietante, que al principio no reconocí; mas en cuanto estuvo á dos pasos de nosotros me alejé, no queriendo ser reconocido yo mismo; era el famoso contrabandista Antonio Pérez.

Como yo había cambiado mucho desde hacia dos años, y mi traje difería tanto como el suyo de aquel con que nos habíamos visto, Pérez no se fijó en mí y entabló con mi padre una animada conversación.

Había en el puerto un vapor que partía para España, y ví que Pérez se disponía á tomar en él su pasaje. Mi padre parecía hacerle muchas preguntas y recomendaciones. Fueron interrumpidos por la llegada de dos mujeres: la una de mediana estatura, con una graciosa mantilla que cubría

se rte de su rostro, de talle flexible y bien formado, y manejando el abanico que llevaba en la mano con una gracia especial; la otra alta, gruesa y bella, pero vulgar, vestida como una camarera y llevando algunos paquetes. Esta, que reconocí al instante, era Manuela, la que yo había visto en Panticosa; pero la otra, ¿quién podía ser?

Pérez tomó el brazo de la de la mantilla y subió con ella al vapor; la otra los siguió. Mi padre los acompañó hasta la escalerilla, saludó á la primera, hizo una seña de despedida á la segunda, estrechó la mano á Pérez y volvió á mi lado.

—¿Quiénes son esos?—le dije.

Y para disculpar mi curiosidad añadí que creía haberlos visto en alguna parte.

—Te equivocas—respondió mi padre—no puedes conocerlos. Es mi amigo y asociado Antonio Pérez y su hija Manuela.

—¿Cuál?

—¿Cuál ha de ser! Esa tan bonita que lleva la mantilla. La otra es la criada.

—Pues tiene un aire muy atrevido la criada—añadí por decir algo que no dejase decaer la conversación.

—¡Ah, diablo!—dijo mi padre sonriendo—está algo mimada.... Antonio Pérez es un poco



amigo de.... Es viudo, no muy delicado, y esa montañesa.... ¿pero en quién diablos has ido á fijar tu atención, hombre? A la hija debías haber mirado. ¡Esa sí que es bonita y bien educada!

—No he podido ver su rostro.

—¿Por qué te has separado?

—Por discreción. Podríais tener que hablar reservadamente.

—¡Qué lástima! Hubiera querido presentarte á ellos; pero aun tardará el vapor algunos minutos en salir. Subamos á bordo.

Rehusé, porque Pérez hubiese podido reconocerme y me hubiese visto en un apuro para explicar mi escapada del año anterior. Además tuve mucho miedo de volver á caer en mi locura. ¡Me había turbado tanto el nombre y el fantasma de aquella Manuela! Por verla, en otro tiempo había andado treinta leguas por entre rocas, torrentes y abismos.... y ahora estaba allí y no me atrevía á dar un paso para conocerla.

La verdad es que Pérez, aquel hombre que viajaba descaradamente con su hija y su querida, me era cada vez más odioso.

—¿Dónde van?—pregunté á mi padre con indiferencia.

—Van á hacer un viaje de recreo—me respon-

dió.—Creo que piensan dar la vuelta á España y que volverán por Gibraltar, á menos que no se detengan algún tiempo en Cádiz. No sé si serán ricos, pero se divierten en grande.

—¡Que les aproveche!—pensé.

Sin embargo, no podía alejarme de allí. Mis miradas estaban fijas en la toldilla de aquel barco donde había visto entrar á las dos mujeres.

Por fin dieron la señal de partida, y cuando el barco comenzó á agitar sus ruedas, ví á Pérez que saludaba á mi padre, y á su hija que acudía al puente para decirle adiós también. Había levantado su velo y me pareció bella como un ángel, pero el viento llevaba hacia ella el humo del vapor; una nube la envolvió, y ya no la ví más que como una sombra ligera que se fué borrando poco á poco. No conservé de sus facciones más que una viva impresión, pero no un recuerdo bastante claro para que pudiese evocar su imagen en mis sueños.

## III.

Volví para tomar órdenes de mi madre, que me había dado varios encargos. Había salido con mi

amigo de.... Es viudo, no muy delicado, y esa montañesa.... ¿pero en quién diablos has ido á fijar tu atención, hombre? A la hija debías haber mirado. ¡Esa sí que es bonita y bien educada!

—No he podido ver su rostro.

—¿Por qué te has separado?

—Por discreción. Podríais tener que hablar reservadamente.

—¡Qué lástima! Hubiera querido presentarte á ellos; pero aun tardará el vapor algunos minutos en salir. Subamos á bordo.

Rehusé, porque Pérez hubiese podido reconocerme y me hubiese visto en un apuro para explicar mi escapada del año anterior. Además tuve mucho miedo de volver á caer en mi locura. ¡Me había turbado tanto el nombre y el fantasma de aquella Manuela! Por verla, en otro tiempo había andado treinta leguas por entre rocas, torrentes y abismos.... y ahora estaba allí y no me atrevía á dar un paso para conocerla.

La verdad es que Pérez, aquel hombre que viajaba descaradamente con su hija y su querida, me era cada vez más odioso.

—¿Dónde van?—pregunté á mi padre con indiferencia.

—Van á hacer un viaje de recreo—me respon-

dió.—Creo que piensan dar la vuelta á España y que volverán por Gibraltar, á menos que no se detengan algún tiempo en Cádiz. No sé si serán ricos, pero se divierten en grande.

—¡Que les aproveche!—pensé.

Sin embargo, no podía alejarme de allí. Mis miradas estaban fijas en la toldilla de aquel barco donde había visto entrar á las dos mujeres.

Por fin dieron la señal de partida, y cuando el barco comenzó á agitar sus ruedas, vi á Pérez que saludaba á mi padre, y á su hija que acudía al puente para decirle adiós también. Había levantado su velo y me pareció bella como un ángel, pero el viento llevaba hacia ella el humo del vapor; una nube la envolvió, y ya no la vi más que como una sombra ligera que se fué borrando poco á poco. No conservé de sus facciones más que una viva impresión, pero no un recuerdo bastante claro para que pudiese evocar su imagen en mis sueños.

## III.

Volví para tomar órdenes de mi madre, que me había dado varios encargos. Había salido con mi



hermana hacía un minuto. El mozo del hotel me indicó la dirección que habían seguido, y me reunió á ellas al final de la calle.

—Vamos al cementerio—dijo mi madre.—¿Quieres venir con nosotras?

—¿Por qué no? Es lo único que no he visto.

Y las seguí.

Mi madre parecía conocer perfectamente el plano de aquel inmenso jardín de los muertos. Se dirigió á un bosque de cipreses, y cogiendo á Juana de la mano le dijo:

—Hija mía, quiero que reces conmigo sobre la tumba de mi amiga más querida. No la has conocido; pero si viviese, la amarías tiernamente y ella á ti también. Ruega á Dios que permita á su alma que te bendiga.

Ambas se arrodillaron ante un pequeño mausoleo, muy sencillo, sobre el cual se leían estas palabras:

«Á la memoria de Fanny Ellingston, Marquesa de Mauville, muerta en Burdeos el 12 de Junio de 1825.»

Aquel nombre de Mauville, que mi madre había pronunciado varias veces delante de mí, era el del castillo donde había sido educada. Su padre había sido administrador de aquella propiedad, y ella

había recibido una educación tan completa como las hijas de la casa. Allí había sido íntima amiga de la Marquesa, que murió muy joven y sin hijos, y allí también había conocido á mi padre, que había sido llevado de los Pirineos por el Marqués de Mauville para cuidar un considerable rebaño de carneros de España. Su matrimonio había sido censurado por los dueños del castillo, que encontraban á Juan Bielsa demasiado pobre y demasiado inferior por su educación, Juan Bielsa, á quien llamaban entonces por su apodo español *Moreno*, herido de su desprecio, los había dejado, llevándose á su mujer para entregarse á un comercio en pequeño en que no había prosperado.

Esto era todo lo que yo sabía del pasado de mis padres, y al volver del cementerio pregunté á mi madre por aquella amiga querida sobre cuya tumba acababa de verla llorar.

—Fanny Ellingston—nos dijo—era una huérfana, inglesa pariente de la entonces Marquesa viuda de Mauville, que era inglesa también. Fanny, que era de mi edad, fué recogida desde su infancia por esta dama y se educó conmigo. No poseía nada en el mundo; pero era bella, inteligente y sumamente bondadosa. Nos queríamos como dos hermanas, prefiriéndonos la una á la otra á las

hijas de la Marquesa, viuda y sobre todo al joven Marqués, cuyo carácter imperioso y turbulento nos asustaba. Sin embargo, llegó un día en que este joven Marqués se casó con Fanny, haciéndola Marquesa de Mauville, á pesar de la oposición de su madre. Amaba mucho á mi amiga y se hizo amar de ella, que sin embargo le seguía temiendo todavía. Él era muy violento y no fueron muy felices. Quizá se hubiesen entendido mejor más tarde; pero Fanny cayó mala en Burdeos y tuve el dolor de verla espirar en mis brazos, pues aunque ya estaba casada y muy próxima á dar á luz á Juana, me llamó á su lado y no vacilé un momento en acudir.

Miré á Juana que escuchaba esta historia con ávida emoción. Lo que nuestra madre acababa de decir desmentía claramente la novela que me había contado sobre su pretendido nacimiento misterioso.

Quise insistir para que se convenciese de su error.

—De modo—dije á mi madre—que en medio de ese gran dolor diste á luz á Juana.

—Precisamente. Nació pocos días después, y la llegada de esta niña me consoló, pues no hay cariño comparable al que se tiene por los hijos.

Juana abrazó á mi madre con ternura. No sé por qué me pareció que no era aquel el arranque

de alegría que hubiese debido tener al reconocer que aquello que me dijo un día eran locas quimeras. Entonces á mí mismo me exaltaron no sé qué dudas que al momento quise poner en claro.

—Todo eso me hace pensar—dije á mi madre—que pronto voy á necesitar mi acta de nacimiento para ser inscrito en la escuela de Montpellier. ¿Quieres que vaya por ella á la alcaldía, puesto que he nacido aquí?

—Es inútil—respondió mi madre;—las copias de vuestras actas de nacimiento están en nuestra casa de Pau, y las tendréis en cuanto tengáis necesidad de ellas.

En efecto, cuando volvimos á Pau, mi madre me enseñó aquellas actas y yo hice por que Juana viese la suya. Estaba inscrita como hija nacida en legítimo matrimonio de Adela Moessart, costurera, y de Juan Bielsa, comerciante en Burdeos, el 15 de Junio de 1825.

—Ya ves—dije á mi hermana cuando estuvimos solos—que tienes una cabecita muy dura y que tenía razón para burlarme de tí.

—Entonces—respondió—¿crees que he mentado?

—No, te has equivocado, tomando tus sueños por realidades.



—Podrás decir lo que quieras—exclamó Juana con aquel fuego súbito que atravesaba por momentos su acostumbrada languidez — pero yo no soy hija ni de Juan Bielsa ni de Adela Moessart. Soy una extraña, hija de otra raza y de otra naturaleza; no soy tu hermana y eres libre para retirarme tu afección. He vivido más que tú en esta casa y he sorprendido palabras y conversaciones que tú no has podido oír. No estoy loca ni miento, ni tampoco tengo nada de romántica. Mi madre ha muerto, y mi padre no es el Marqués de Mauville.

Juana no me permitió combatir esta nueva versión que tendía á probar que era hija ilegítima de la Marquesa, y fué á encerrarse en su habitación. Después me fué imposible hablarla, porque siempre me impuso silencio con una energía singular, y ¡cosa extraña! desde entonces perdí, al menos en apariencia, el ascendiente que tenía sobre ella. Se encerró conmigo en una extrema reserva y evitó toda ocasión de que estuviésemos solos.

¿Debía revelar á mi madre la idea fija de aquella pobre niña? No me atreví; mi pobre madre no gozaba una dicha sin nubes, pues su marido, casi siempre ausente, la dejaba toda la responsabilidad del hogar y de la familia, siguiendo con obstinación en aquellos negocios que ella no aprobaba,

temiendo siempre la deshonra y el castigo que le impondrían si llegaban á descubrirle. Además, amaba á Juana más que á mí, y yo lo encontraba natural, pues tenía más necesidad de solicitud, de cuidado y de dirección; aceptaba sus excentricidades con una indulgencia á toda prueba; ¿debía, pues, decirle que mi hermana me parecía un poco trastornada? No.

Por otra parte, Juana estaba en esa edad en que las jóvenes suelen ser excéntricas; en esa edad en que sufren una crisis, tanto en el desarrollo intelectual como en el físico.

Creí que la vida del convento había sobreexcitado su imaginación, y esperé que se calmaría al lado de mi madre, tan buena y tan paciente.

En efecto, cuando la volví á ver después de haber estudiado mi primer año de medicina, la encontré muy cambiada. Estaba aún más bella, y su salud, antes delicada, se había fortalecido. Estudiaba mucho para llegar á ser una persona instruída, y un nuevo talento se había revelado en ella de pronto: tocaba el piano de una manera admirable; era una consumada artista. Yo había sido siempre apasionado por la música, y tocaba un poco el violín; así es que experimenté un gran placer al oír á mi hermana, y la prometí estudiar



yo también, á fin de poder tocar duos con ella.

Vivíamos muy agradablemente, á pesar de lo cual oímos con placer que íbamos á ir á tomar nuestro oficio de posaderos en la venta del monte Bergonz. Mi madre tenía mucho empeño en hacer prosperar aquel establecimiento, esperando sin duda hacer que mi padre se retirase de su industria oculta, considerando suficiente el producto anual de este establecimiento ó de algún otro más importante del mismo género que pudiésemos poner.

Pero al acabar aquel verano conoció que aquello no era un sitio conveniente para vivir Juana, que era ya una joven encantadora que llamaba la atención. Desde entonces nadie fué á nuestra casa para ascender al pico Bergonz, sino que esto sirvió de pretexto para ver á la señorita Bielsa y tratar de hablar con ella. No pensaban que la hija de un posadero, por bien educada y buena que fuese, pudiese resistir á ofrecimientos brillantes. Nosotros nos ocupábamos en interceptar y quemar las cartas de amor que le dirigían. Mi madre declaró que no volvería á San Juan de Luz, y su marido, queriendo darle gusto, alquiló la casa por tres años.

Juana se alegró mucho de esta decisión, porque aunque al parecer había aceptado siempre con

gusto aquella ocupación, empezaba á sentirse molestada por las indiscretas miradas de los que la perseguían, y sentía además no poder satisfacer su pasión por la música en medio de aquellas montañas. En cuanto á mí, que quedaba libre para seguir haciendo en las vacaciones aquella vida de campesino que tanto me agradaba, celebré no tener que seguir ejerciendo el oficio de gendarme alrededor de la casa. Por otra parte, desde la aventura de Panticosa, en que tanto me avergoncé de mi romántica pasión, ya no me atraía tan poderosamente esta región de los Pirineos.

Pensaba yo que no tenía derecho á alarmarme de las manías que había creído ver en mi hermana, puesto que yo mismo había estado maniático un año entero, ¿y estaba bien curado de aquella especie de locura? No, aun no. Cierto que no me sentía ya agitado hasta el punto de descuidar el estudio; pero el pensamiento de aquella Manuela que había vuelto á reaparecer ante mis ojos con todas las primeras ilusiones, me perseguía aún, á pesar de que procuraba desecharle colocando entre ella y yo la repulsiva imagen de su padre. Sin embargo, ella no tenía la culpa, y quizá se encontraba muy humillada y muy desgraciada; quizá no tenía yo más que decir una sola palabra para que



acceptase la idea de dejarle..... ; La había amado tanto antes de mi decepción, y es tan difícil desecher una idea con que se ha vivido un año!

Sin embargo, no hice nada por saber lo que había sido de Manuela. Quería antes que todo ser médico y tener una carrera con que sostener á mi madre y á mi hermana si los negocios de mi padre iban mal. Además, amaba á la ciencia y me entregaba á ella por completo, diciéndome que, después de todo, mi quimera amorosa me había sido útil, puesto que me había preservado de los ciegos arrebatos de la primera juventud.

Algunos meses más tarde, mi madre, que me escribía á menudo cartas muy largas, me hizo saber que Juana había sido pedida en matrimonio por un joven abogado que parecía muy buen partido y que era persona muy agradable, pero que mi hermana había rehusado, encontrándose demasiado joven y queriendo continuar sin preocupaciones el estudio de la música, que era su única pasión. « Bien es verdad, añadía mi madre, que hace grandísimos progresos y revela dotes sorprendentes, de una manera tan notable, que no me atrevo á demostrar mi admiración, porque temo verla aún más apasionada y que esa pasión llegue á quebrantar su ya delicada salud, sumergiéndola

continuamente en el éxtasis en que ahora cae algunos momentos. Ya ves que sigue siendo lo que tú llamas excéntrica. Yo la considero excepcional, lo cual es muy diferente. A Dios gracias, cada día está mejor y más hermosa, pues velo por ella y la dirijo con bastante acierto para que siga un buen régimen, porque á ella no hay que pedirle que se ocupe de sí misma.»

Juana, cuyo talento empezaba á notarse á pesar de la vida modesta y escondida, por decirlo así, que había llevado con su madre, fué de nuevo y muchas veces solicitada en matrimonio, pero siempre rehusó. Ya no decía como antes que no quería casarse nunca; pero mi madre temía que hubiese formado en su interior esa resolución. Yo no me inquietaba. ; Era aún tan niña mi hermana!

En la escuela de Montpellier me encontraba tan dichoso como podía estarlo lejos de mi familia: veía á ésta todos los años en las vacaciones, y mi padre pasaba algunos días con nosotros por aquella época; una vez me propuso llevarme á París, donde tenía precisión de ir. Acepté apresuradamente, y aunque mi madre se asustó al ver que iba á abordar los peligros de lo que en el fondo de nuestras tímidas provincias llaman aún la *gran Babilonia*, convino conmigo en que había ganado con mis



estudios y mi buena conducta cualquier premio que pudiera servir al mismo tiempo para mi desarrollo intelectual. Una circunstancia particular me hacía aquel viaje aun más agradable. En Montpellier me había hecho amigo de un muchacho de clara inteligencia y excelente corazón. Se llamaba Medard Vianne, y era dos años mayor que yo. Podría, pues, guiar mi inexperiencia; viviríamos juntos, lo cual vendría muy bien á mi padre, que no tenía costumbre de hacer el papel de vigilante.

Vianne vino á buscarme á Pau, y mi madre le invitó á comer. Mi amigo la fué muy simpático y la inspiró tal confianza que me entregó á sus cuidados, haciéndole mil recomendaciones como si yo hubiese sido un niño.

En cuanto Vianne vió á mi hermana, quedó prendado de su belleza. Como Juana hablaba tan poco, era difícil saber en qué pensaba, ni si pensaba en algo; pero se prestó á tocar algo al piano y su genio se reveló. Yo mismo me exalté como nunca, y cuando terminó la pieza cogí sus dos manos y las besé con entusiasmo.

—¡Gracias, gracias!—le dije;—me has hecho pasar uno de los ratos más felices de mi vida.

Vianne estaba tan conmovido, que no pudo hablar. Estaba muy pálido, así como mi hermana,

que no levantó los ojos ni hacia él ni hacia mí y fué á sentarse al lado de la ventana, sin parecer acordarse de que había producido ó sentido emoción.

Al día siguiente, cuando la diligencia nos llevaba á Paris, y siguiendo sus costumbres de viaje mi padre dormía profundamente, mi amigo me habló de Juana con cierta vivacidad impropia de su carácter.

—Ten cuidado—le dije. —Es un ángel, y tú eres demasiado joven para el matrimonio.

—Hoy soy demasiado joven—me contestó.—Dentro de un año, seré médico. Tengo alguna fortuna; ya sabes que no soy malo.....

—Como que eres muy bueno. Por mi parte aceptaría con gozo; pero ¡cuántas conveniencias hay que guardar para que un matrimonio se haga sin tropiezos! Tú perteneces á la antigua nobleza de Montpellier, y nosotros somos unos ricos de ayer. En mi infancia he jugado por las calles de Pau con los chicos de los pobres: tú tienes una fortuna clara y asegurada, mientras que nosotros..... quizá no tenemos nada. Ese hombre excelente y cariñoso que duerme á tu lado, gana mucho dinero; pero he descubierto que hace dos ó tres años juega á la Bolsa, y cualquier día podemos perderlo todo.



—Todo eso me es por completo indiferente— respondió Vianne— y hasta desearía que tu hermana no tuviese nada en el mundo y fuese aún más plebeya de nacimiento, porque así y todo aun sería muy superior á mí y valdría mucho más que yo.

—Me extraña oírte hablar así—le dije algo sorprendido.—Te creía más positivista, y te felicito al ver que me he equivocado.

—Si me supones romántico—replicó—rechazo tu cumplimento. Creo estar en la lógica estricta de las cosas no pidiendo á mi futura mujer más que me agrade, y me parece que la opinión de los calculistas y de las gentes que tienen preocupaciones, es un obstáculo del que las personas sensatas no deben hacer caso. No haré en mi vida lo que yo crea que es una calaverada; pero seré el solo juez de mi conducta, y quizá lo que el vulgo llame locura, me parecerá á mí la cosa más natural del mundo. Por ejemplo, nunca una mujer, por seductora que sea, me llevará donde no quiera ir; pero si tiene verdadero mérito, hará de mí lo que quiera.

París me interesó mucho, aunque fingiese verle con ese desdén que los ricos de provincia afectan por la capital. Vianne me le enseñó muy bien, y

supo combatir y vencer mis preocupaciones provinciales. Supo también criticar y afear á mis ojos el lado corrompido é insensato de esta gran población. Así que si nuestra conducta no fué de anacoretas, nos defendimos bien contra los atractivos del vicio, haciendo reflexiones filosóficas, y abandonamos sin sentimiento las delicias de la gran ciudad al cabo de ocho dias.

Durante nuestra estancia en París traté de vigilar á mi padre y me aseguré de su afición por el juego de la Bolsa. La mañana de nuestra marcha noté que debía haber sufrido alguna decepción, porque su rostro estaba ligeramente alterado. Nos condujo á la estación, y como allí fuese alguno á hablarle, nos dijo que le era imposible partir aquel día, pero que en aquella misma semana iría á Pau á reunirse con nosotros. Sin duda acababa de darle alguna buena noticia, porque su fisonomía se puso radiante de alegría, por lo cual le dejé sin inquietud.

Vianne pretextó algunos negocios en Pau para permanecer en él algunos días y visitar nuestra casa. Noté que cada vez se iba enamorando más de mi hermana, y creí prudente hablar de ello á mi madre.

—Háblale á Juana—me dijo;—porque si yo lo

hago, sería con demasiada solemnidad á pesar mío, y quizá se asustara; tú puedes decírselo bromeando, y averiguar si está verdaderamente resuelta á permanecer soltera.

Obedecí; pero Juana no pareció entenderme y me habló de otra cosa. Al cabo de algunas horas volví á traer esta conversación, y me contestó mi hermana:

—¿Quieres saber lo que me parece tu amigo? Pues que está muy bien educado y que es simpático. Puedes decirle que me gusta mucho.

—Tienes una manera de decir las cosas, que parece que te estás burlando.

—No. Creo que tu amigo merece la estimación y el cariño que tú tienes por él; pero ya sabes que á mí me son indiferentes las personas y tan sólo me ocupo de la música.

—Entonces, no querrás más que á tu viejo profesor, y será con él con quien te cases.

—No, es casado; y además, no pienso casarme: ¡mi amor no es de este mundo!

—¿Piensas aún en tomar el velo?

—No, quiero conservar mis cabellos.

—¿No eres ya devota?

—Mejor que eso; soy cristiana.

—Yo también soy cristiano..... ¿me riñes aún?

—No, ya no riño á nadie. ¿Has acabado de confesarme?

—Todavía no, querida mía, y puesto que te veo tan razonable, ¿por qué te imaginas que dejarías de ser artista al ser una buena madre de familia?

—Porque soy exclusiva y no me siento con fuerza para tener varias pasiones á la vez. Probablemente amaría á mi marido y adoraría á mis hijos. Presiento que abandonaría la música. Esas otras pasiones me harían tal vez muy desgraciada: ¡quién sabe lo que nos reserva el porvenir!..... mientras la música encanta y llena mi vida. ¿Por qué sacrificar lo cierto á lo desconocido? Pero basta de reflexiones y no me hables más de esto; es inútil.

Referí esta conversación á mi amigo Vianne, que partió algo triste, pero que no creyó por esto tener motivo para renunciar á toda esperanza.

—Si estás seguro de que no tiene otra afección — me dijo — esperaré.

—Tan seguro estoy — le respondí — que te doy mi palabra.

Volvió á Montpellier, donde vivía su familia, y ya estaba haciendo mis preparativos para ir á reunirme con él, cuando mi padre volvió de París muy enfermo, por lo cual permanecí á su lado y



llamé á un médico muy bueno, pero que no comprendió la gravedad de su mal. Conocía la fuerte constitución de mi padre y no creía que aquella afección pudiera tomar un carácter serio, ni aun duradero. Sin embargo, fué empeorando con una rapidez espantosa.

Mi padre no había tenido nunca disgustos. Una sola vez en su vida se había afectado vivamente al ver comprometido el dote de su mujer; pero muy pronto había conseguido reparar este tropiezo. Esta vez había tenido una pérdida más grave. Hombre positivo, no podía resignarse á perder la fortuna que había adquirido con tanto trabajo. Deseó la muerte, y murió. Fué éste un golpe terrible para mi madre, que con tanta ternura le había amado siempre, y un dolor inmenso para mí, que le quería muchísimo y que siempre había visto en él bondad y cariño. Juana también parecía desolada y lloró mucho. No sé si se obstinaria aún en no considerarle como su padre; pero le sintió verdaderamente y mostró una extremada sensibilidad que unió más nuestros corazones. Ocultamos nuestras lágrimas á nuestra pobre madre llorando á escondidas; pero lloramos juntos y nos prometimos amarnos aun más por haber perdido á aquel que nos había amado tanto.

Cuando tuvimos precisión de ocuparnos de la liquidación de nuestros asuntos, pudimos ver que mi padre había realizado un haber de trescientos mil francos; pero había querido llegar á ser millonario, y había expuesto y perdido cerca de las dos terceras partes de su capital. Lo que nos quedaba se componía de la casita que habitábamos en Pau, y que era nuestra, de la venta de los Pirineos, de algunos cupones y de unos cuantos créditos más ó menos seguros, entre ellos un préstamo hecho á Antonio Pérez, cuyo recibo me pareció que no ofrecía todas las garantías que eran de desear. Mi pobre padre, juzgando por la lealtad de sus sentimientos, había tenido confianza en aquel hombre que á mí no me inspiraba ninguna.

Esta deuda era de unos veinte mil francos, lo cual era algo para nosotros. Cuando ví que la resignación sucedía en nuestra casa al primer dolor, pensé que mi deber era ordenar nuestros asuntos de la mejor manera posible, é hice la firme intención de subvenir á mi pobre existencia en cuanto pudiese ejercer la medicina, y dejar mi parte de herencia á mi madre y á mi hermana.

Todo estuvo ordenado y liquidado en seguida, exceptuando los veinte mil francos de Pérez, que hice reclamar sin conseguir una respuesta clara y

precisa. Resultó de mis informaciones que Pérez estaba entonces en Pamplona. Consulté á un abogado, y llevando los papeles necesarios partí para España.

El deseo de ver á la verdadera Manuela no entró para nada en mi resolución. Bajo el golpe de la desgracia que acababa de herirnos, la había olvidado; pero al ver las torres y los campanarios de Pamplona, cierta inquietud nerviosa que me era bien conocida, se apoderó de mí como en otro tiempo.

—¿Qué es esto?— me dije, queriendo burlarme de mí mismo.—¿Acaso tengo tiempo ni humor para hacer aquí el colegial romántico?

Aquella inquietud aumentó y se complicó con fuertes latidos de corazón, cuando, después de haberme detenido á tomar un bocado en una venta, me dirigí hacia la fonda ó parador general, que era el más hermoso de la villa, y me había sido designado como en el que acostumbraba á estar Antonio Pérez.

Me sorprendí de la sonrisa con que el criado que salió á recibirme me dijo estas palabras:

—Está ausente.

—¿Desde cuándo?

—Desde hace quince días.

—¿Por mucho tiempo?

—Indefinidamente.

—¿Se sabe dónde está?

—No, señor, nadie lo sabe.

Impacientado con este laconismo enfático, pedí que me dejaran hablar con el dueño del establecimiento, que era un hombre muy simpático que me examinó con temor.

—¿Antonio Pérez? ¿Le conocéis? ¿Sois amigo suyo?— me preguntó.

—Sí, le busco y necesito verle para un asunto que me interesa.

—No le encontraréis por aquí. Se ha.... marchado. ¿Quizás os debe dinero?

—¿Creéis que en ese caso no le encontraré en ninguna parte?

—Precisamente. A mí también me debe y sé que es dinero perdido.

—¿Está arruinado?

—¿Arruinado Antonio Pérez el contrabandista? ¡Oh, no! Ha huído, llevándose el dinero de todos los que trataban con él.

—Sospechaba que era un pillo.

—Pues podéis tener la certeza de que lo es. Ha liquidado cuanto tenía y se ha ido á disfrutar en América el fruto de sus infamias.



—¿No llevaba consigo una persona?

—¿Os referís quizá á una tal Pepa, su querida?

—Sí. ¿Estuvo aquí solo con ella?

—La última vez sí; había dejado á su hija en otra parte.

—¿En el convento?

—No, señor.

—He oído decir que había sido educada aquí en un convento de monjas.

—Es cierto: ha estado en él dos años, según creo; pero según dicen, hizo una locura escapándose cierta noche con un joven oficial. ¡Pobrecilla! ¡Era tan bonita y estaba tan perseguida! El padre, al saber esto, vino á buscarla diciendo que quería meterla en otro convento. Partieron para Francia, y volvieron al poco tiempo en dirección á Madrid, donde dicen que la ocurrió otra aventura. Unos dicen que se escapó con un inglés, otros que su padre se la vendió á un ruso en una crecida cantidad, y yo le creo muy capaz..... pero si tenéis interés en encontrar á ese hombre, informaos en Madrid. Tal vez allí encontraréis algún indicio. Nadie aquí podrá deciros más que yo. Sin embargo, si queréis almorzar, haré que vengan varias personas de la localidad que le conocen.

Pedí un almuerzo é invité á almorzar conmigo

al dueño de la fonda, á fin de hacerle hablar aun más. Lo conseguí, porque á poco se hizo comunicativo y me puso en relación con algunos parroquianos suyos. Entonces supe las cosas más vergonzosas y más inmundas, cometidas por mi deudor. Temblaba oír pronunciar el nombre de mi padre entre los de sus amigos; pero felizmente no fué así. Me guardé muy bien de preguntar por Manuela, de quien me dijeron más que quería saber. Según los unos, era una muchacha sin experiencia, interesante y digna de compasión; y según los otros, era una ambiciosa coqueta que había enviado á paseo al joven oficial porque era pobre, para aceptar de la mano paterna, no un esposo más rico, sino una intriga más lucrativa.

Pasé el resto del día tomando todos los informes que pude. Al siguiente me dirigí á Madrid, donde recogí datos que concordaban con los de Pamplona. Creían que Pérez había partido para la América del Sur, donde había hecho ya trata de negros. En cuanto á su hija (que á mi pesar parecía que en todas partes tenían empeño en recordármela), convenían cuantos me hablaban en que era una perla de belleza, y la compadecían por tener semejante padre. No sabían lo que había sido de ella, y se hacían varias versiones, pero



ninguna dejaba duda de que la joven había seguido mal camino.

Volví á Panticosa, donde pasé algunas horas. Para no tener que reprocharme que no había hecho todo cuanto estaba de mi parte, quise hacer más investigaciones; pero pronto ví que había caído en un nido de contrabandistas que temían responder y que desconfiaban de mí.

Si tenían quejas de Pérez, estaban demasiado mezclados en sus empresas para hacerle traición. Esquivaban las preguntas que respecto á él les hacía, y se obstinaban en hablarme de la gentil Manuela, hermosa, dulce y buena, que hacía tanto bien y tenía buenas palabras para todo el mundo cuando habitaba el país, antes de ir al convento de Pamplona. Después no la habían vuelto á ver, y decían que debía estar casada con algún grande de España.

Volví á pie por la montaña y pasé á San Juan de Luz para cobrar el alquiler de nuestro parador de Bergouz. Allí respiré: ya no temía oír hablar de mi pobre padre: allí era tenido en muy buena opinión. Ví que su muerte había sido tan sentida por muchas gentes honradas, que me convencí de que había procedido siempre legalmente en negocios ilegales, y no me equivoqué, pues el tiempo

me ha dado después numerosas pruebas de esto. Era el tipo de esa inconsecuencia que conduce á ciertos hombres muy prudentes y muy listos á ser engañados fácilmente por los pillos y á encontrarse comprometidos en negocios dudosos.

Me consolé al pensar que si mi padre había debido algunas ganancias á su asociación con el innoble Pérez, nosotros no recogeríamos el beneficio, pues lo que éste le debía no había de poder ser cobrado. Lo que nos quedaba debía ser considerado como legítimamente adquirido por un trabajo en el cual habíamos tomado parte, pues el parador del pico Bergouz prosperaba y nos daba tres mil francos al año. El que nos le tenía alquilado iba aumentando su clientela, y según la aristocracia iba acostumbrándose á ir á las aguas de los Pirineos, así iban pagando más caro, sin hacer excepción de la casa Bielsa.

Pasé allí un día de dulces recuerdos: en todo se me representaba mi padre y los vehementes y entrañables movimientos de efusión que había tenido conmigo. Durante su rápida y terrible enfermedad se había hecho sombrío y taciturno. Había muerto sin dar ninguna explicación, ignorando ó pareciendo querer ignorar nuestro porvenir, dejando la vida como un hombre avergon-



zado de haber perdido su causa y faltado á sus deberes. No apercibí en él ningún escrúpulo de conciencia. Miraba la ley como pudiera hacerlo un salvaje que desprecia las instituciones humanas y que en su guarida se vuelve dulce, hospitalario y sociable.

Pensando en él conocí más que nunca cuánto debíamos á nuestra madre, que había luchado siempre para no entregarle la educación de sus hijos. ¿Dónde me hubiese llevado, si hubiese hecho de mí un asociado de Pérez ó el marido de su hija?

Me esforcé en pensar sin emoción en aquella mujer que, sin saberlo, había tenido un papel tan importante en mi vida. Me felicité de no haberla visto en mi primera excursión á Panticosa; y sin embargo, ¿quién sabe si mi amor hubiese hecho de ella una mujer honrada?

Casi todos los que me habían hablado de ella la compadecían, y los que la habían conocido y tratado, habían quedado prendados de su gracia y de su hermosura. Traté de recordarla. Había hecho en mí la impresión que produciría la aparición de un ángel. ¿Había en ella cierta seducción particular, ó era mi imaginación la que la representaba así?

## IV.

Volví á Pau, donde informé á mi madre del inútil resultado de mi viaje. Entonces me dijo ésta que se contentaba con vivir de la renta de lo que habíamos realizado, impidiendo con su perseverancia y su economía perjudicarnos en lo más mínimo.

—No hables de mí ni te inquietes—respondí; —no te seré gravoso más que el tiempo necesario para terminar mis estudios, que emprenderé con más afán que nunca.

Traté de ganar con grandes esfuerzos el tiempo que había consagrado á nuestros asuntos de familia, y volví á Montpellier, encontrando á mi querido Vianne siempre estudioso y formal, hablando de mi hermana como de su ideal más puro, pero sin dejar sus estudios ni perder la cabeza, como me había sucedido á mí en el primer año de mi amor por Manuela. Sin revelar lo que concernía á mi padre, le conté esta aventura. Extrañó encontrarme tan romántico con mi cuerpo de atleta y mi rostro que rebosaba salud.

—Noto una cosa—me dijo— y es que, según el

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

NO. 1625 MONTERREY, MEXICO

zado de haber perdido su causa y faltado á sus deberes. No apercibí en él ningún escrúpulo de conciencia. Miraba la ley como pudiera hacerlo un salvaje que desprecia las instituciones humanas y que en su guarida se vuelve dulce, hospitalario y sociable.

Pensando en él conocí más que nunca cuánto debíamos á nuestra madre, que había luchado siempre para no entregarle la educación de sus hijos. ¿Dónde me hubiese llevado, si hubiese hecho de mí un asociado de Pérez ó el marido de su hija?

Me esforcé en pensar sin emoción en aquella mujer que, sin saberlo, había tenido un papel tan importante en mi vida. Me felicité de no haberla visto en mi primera excursión á Panticosa; y sin embargo, ¿quién sabe si mi amor hubiese hecho de ella una mujer honrada?

Casi todos los que me habían hablado de ella la compadecían, y los que la habían conocido y tratado, habían quedado prendados de su gracia y de su hermosura. Traté de recordarla. Había hecho en mí la impresión que produciría la aparición de un ángel. ¿Había en ella cierta seducción particular, ó era mi imaginación la que la representaba así?

## IV.

Volví á Pau, donde informé á mi madre del inútil resultado de mi viaje. Entonces me dijo ésta que se contentaba con vivir de la renta de lo que habíamos realizado, impidiendo con su perseverancia y su economía perjudicarnos en lo más mínimo.

—No hables de mí ni te inquietes—respondí; —no te seré gravoso más que el tiempo necesario para terminar mis estudios, que emprenderé con más afán que nunca.

Traté de ganar con grandes esfuerzos el tiempo que había consagrado á nuestros asuntos de familia, y volví á Montpellier, encontrando á mi querido Vianne siempre estudioso y formal, hablando de mi hermana como de su ideal más puro, pero sin dejar sus estudios ni perder la cabeza, como me había sucedido á mí en el primer año de mi amor por Manuela. Sin revelar lo que concernía á mi padre, le conté esta aventura. Extrañó encontrarme tan romántico con mi cuerpo de atleta y mi rostro que rebosaba salud.

—Noto una cosa—me dijo— y es que, según el

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

NO. 1625 MONTERREY, MEXICO



carácter, la fisonomía y los gustos de un joven, se pueden deducir sus inclinaciones y predecir la marcha de su existencia, exceptuando un punto esencial, independiente de todo lo demás y misterioso, por no decir ilógico: la naturaleza de sus ideas sobre el amor. Creo saber al examinarte, que eres activo, estás lleno de valor, eres naturalmente casto, muy generoso é inclinado á acciones caballerescas. Todo esto no basta, sin embargo, para que te declares al abrigo de alguna gran tontería en desacuerdo con tan felices instintos, porque ignoro de qué manera amarás á la mujer. Lo que acabas de decirme me extraña, y parece propio de un temperamento linfático-nervioso, de algún pálido estudiante de los cuentos de Hoffman, mientras que tu organización es la de un cazador ó la de un pastor de las montañas de España. Te estudiaré más bajo ese punto de vista, y te diré lo que haya descubierto, á fin de que si hay peligro te preserves de él, y si hay fatalidad la combatas. No soy de aquellos que creen que la fatalidad ó inclinación orgánica es imposible de vencer.

Cuando la casualidad trajo más tarde esta conversación y dejé ver á mi amigo cierta solicitud y compasión por la hija de Pérez, me dijo:

—¿Sientes no haber podido hacer la experien-

cia de casarte con ella para hacerla una mujer honrada? No digo que no lo hubieras conseguido, porque no la conozco; pero vuelvo al examen de tu manera de amar. Eres de aquellos que tienen en sí mismos una confianza excesiva, y que bajo pretexto de respeto por la naturaleza humana, creen, gracias á sus perfecciones, santificar cuanto tocan.

—No te burles—le dije—porque ya sabes que soy un rústico que no hago teorías ni me conozco, y por consecuencia ni me desprecio ni me estimo. Me siento llevado á compadecer la debilidad y á protegerla; no me pregunto si puedo salvarla, santificarla, como tú dices, sino que me precipito á socorrer á cualquiera que cae al mar, sin pensar si me ahogaré con él.

—Crees eso, lo piensas, eres sincero, no lo dudo; pero al arrojarte así al mar, es porque cuentas con tu fuerza y tu destreza. Si estuvieras seguro de perecer sin salvar á nadie, permanecerías en la orilla, ó bien te precipitarías únicamente por amor propio.

—¿Tratas de vanidad el deber de dar ejemplo?

—¡Ah! ¡dar ejemplo! Eso es lo temo en tí! Eres demasiado idealista para la sociedad en que estamos llamados á vivir. Eres capaz de muchas cosas buenas, pero no estoy seguro de que fuesen todas



razonables, y precisamente si hay algo en el mundo que pida el dominio soberano de la fría razón, es la práctica de la ciencia que estudiamos. El médico no debe obedecer á la inspiración del momento, y hasta en los casos desesperados niego que tenga el derecho de escuchar la voz de su corazón.

Aquellas conversaciones eran muy frecuentes entre nosotros, y nos llevaban á veces á cien leguas del punto de partida. Esto no era conveniente, pues sucede que en estas discusiones entre jóvenes cada uno se acostumbra á mirar las ideas que defiende como una propiedad exclusiva, aunque no hayan sido muy seguras en un principio; pero la juventud sólo vive de teorías, y la sociedad presente es más positiva. La madurez, lejos de disipar los errores de la juventud, se apodera de nuestras creencias ó de nuestras pasiones en provecho de las suyas.

No fueron tales, sin embargo, ni mi destino ni el de mi amigo; y si he hecho mención de nuestras amistosas reyertas, ha sido porque al pensar en el desenlace imprevisto que tuvieron para él, no puedo menos de reír.

Concluidos los cinco años de estudio fuimos investidos con los títulos de licenciados en medicina

los dos en el mismo día. Tenía entonces mi amigo veintiséis años, y yo veinticuatro. Quiso ir conmigo á Pau, confiándome que pensaba hacer su declaración á mi hermana, si ésta seguía teniendo libre el corazón. No confiaba yo mucho en que sus deseos se realizasen, porque Juana á los veintiún años era la misma que á los diez y siete, más hermosa y más artista, pero desechando la idea del matrimonio sin vacilación ni duda alguna. Mi madre seguía siempre respetando su voluntad en este punto, y no le decía nada en ningún sentido.

Vianne era el mejor partido que mi hermana podía esperar. Estaba tan bien reputado en Montpellier, que podía sin gran esfuerzo crearse en seguida una buena clientela. Además poseía bienes de fortuna y no tenía ni padre ni madre que pudiesen discutir el nacimiento ó la posición de la que fuera á ser su esposa. Sólo tenía un tío ya anciano que no veía más que por sus ojos. Se hubiese considerado dichoso con que mi madre fuese á vivir con ellos á su casa de Montpellier, pudiendo de este modo vender ó alquilar la de Pau. Su petición merecía, pues, pensarse, y mi madre la admitió, pero nos dijo que era necesario no decir nada á Juana. El único medio de conseguir algo era que



Vianne, yendo á verla de cuando en cuando, lograrse agradarla.

Mi amigo se estableció en nuestro pueblo por algunas semanas bajo el pretexto de prodigar sus cuidados á un amigo suyo que residía allí, y yo partí en dirección á los Pirineos, donde iba casi todos los años á pasar algunos días para vigilar nuestra pequeña propiedad.

Esta vez estuve más tiempo, porque el antiguo médico de las aguas de *Saint Sauveur*, que me había conocido de niño y me quería mucho, había deseado siempre que le sucediese en sus humanitarias tareas. Hablaba ahora de retirarse, y al saber que me había licenciado me aconsejaba que hiciese diligencias para obtener su empleo, prometiendo ayudarme con su concurso durante algún tiempo, para impedir cualquier error de que pudiera ser causa mi juventud é inexperiencia. Estaba yo tan bien mirado en el país, que no había que temer oposición. Sin embargo, pedí tiempo para reflexionar. La clientela era buena, pero no fija, por lo cual tenía que establecerme en uno de los pueblos vecinos para pasar el invierno y tener en esta época del año en que no había bañistas, una clientela segura; mas no encontré ningún puesto vacante en las cercanías. Pasé una semana averi-

guando este punto importante, y quedé por fin sin saber qué partido tomar. No podía pensar en ejercer mi profesión en Pau, pues había allí más médicos de los que hacían falta, por lo cual no había pensado siquiera en establecerme en esta población; pero no quería alejarme mucho de mi familia, y San Juan de Luz estaba ya muy lejos, según la opinión de mi madre.

La casualidad debía muy pronto dar desenlace á esta situación.

Una mañana que subí á pasearme por entre el grupo de *chalets* situados en el pico Bergouz, ví dos viajeros que hacían su ascensión al pieo, el uno á pie y el otro en una silla de manos.

El que iba á pie era un inglés de distinguida apariencia, un hombre cuya fisonomía agradable y cuidada representaba cincuenta años, mientras que su figura y cabellos blancos indicaban sesenta. La persona que iba en la silla de manos conducida por dos robustos montañeses, era una joven de veinticuatro años poco más ó menos, algo pálida y fatigada, pero extremadamente bella y elegante. No llevaban guía, porque no es necesario para la ascensión de Bergouz, que ni es complicada ni difícil.

Me eran conocidos casi todos los enfermos y

*touristas* de la localidad y sin embargo, no había visto nunca á éstos. Debían haber llegado la víspera por la noche, ó quizá aquella misma mañana.

Se detuvieron en una cabaña, y el viejo pastor dueño de ella se apresuró á ofrecerles leche. La joven rehusó, diciendo que acababa de almorzar en casa de Bielsa, es decir, en casa del que tenía mi parador alquilado. El *gentleman* le dijo algunas palabras en inglés. Ella no debía ser inglesa, pues no comprendió bien é hizo que se las repitiesen. Entonces el caballero dijo en un francés puro y correcto:

—Es necesario que descansen esos hombres y que beban un vaso de vino.

Preguntó al pastor si había vino. Siempre habría algunas botellas de *ocultis*, pues aunque el pastor había hecho trato con el que tenía alquilado nuestro parador, obligándose á no vender más que leche, no era probable que lo cumpliera rigurosamente. Noté que mi presencia, aun cuando aquello no tenía nada que ver conmigo, le impedía responder, y me alejé por no estorbarle, siguiendo el sendero de subida.

Volví á bajar al cabo de algunos instantes; mi intención no era subir al pico, cuya piedra más pequeña me sabía de memoria, sino volver á ver

el pálido y encantador rostro de la joven. Estaba acostumbrado á encontrar, tanto á las más hermosas viajeras como á las más feas y había hecho bastantes años de mozo de comedor, para mirar á todos aquellos pájaros de paso como caza fuera de tiro.

Únicamente, como á la edad que yo tenía se miran siempre con interés esos personajes, sean de la clase que quieran, había adquirido cierto discernimiento y distinguía perfectamente una compañera legítima de una asociada *eventual*; una noble inglesa excéntrica, de una aventurera preciosa; una parisíen de la *fashion* ruidosa, pero perteneciente á la buena sociedad, de una cortesana vestida con el mayor gusto y que pareciese del mejor tono. Mi padre que embrollaba todo esto, y mi madre que no lo comprendía ni poco ni mucho, se admiraban de mi perspicacia cuando después de salir de nuestra casa les explicaba yo qué clase de gente era la que acababa de marcharse.

Volví, pues, sobre mis pasos y examiné á la viajera, sorprendido de no poder conocer su verdadera condición.

La elegancia era irreprochable. Una mezcla del gusto francés y de la sencillez británica. Era in-



dudablemente francesa y parienta de aquel inglés, del cual no debía ser hija, pues no se le parecía y sólo tartamudeaba su lengua. Podía ser lo mismo su querida que su mujer; pero en el primer caso no era una querida vulgar, pues él la seguía paso á paso, ofreciéndola la mano para saltar una piedra é inclinándose, aunque ya no estaba muy ágil para separar una rama de su camino.

Extrañe verles aún allí paseándose alrededor de la choza y como esperando. El pastor me dijo en voz baja que uno de los mozos que llevaban la silla de manos se había puesto súbitamente enfermo, y me rogó que entrase al establo, donde se había echado sobre la paja y se revolvió, presa de violentos calambres de estómago. El pobre me suplicó que no se lo dijese á sus viajeros.

—Esto se me pasa—dijo;—cinco minutos de descanso, y vuelvo á ponerme en camino.

Yo le conocía y sabía que aquellos calambres no se pasaban tan fácilmente. Le prohibí que se pusiera en camino, y le di un calmante que llevaba conmigo, aconsejando á su compañero que bajase al parador, donde era muy fácil que encontrase otro mozo, encargándome de ir á explicar á los viajeros el accidente por que estaban detenidos.

—Pues bien—dijo la joven—subiremos á pie. Se puede subir á pie muy bien, ¿verdad?

—Muy bien—respondí.

—No—dijo el inglés;—tres horas de marcha es demasiado para vos, querida mía, y me opongo á ello en absoluto.

—¿Pero se necesitan tres horas?—exclamó ella dirigiéndose á mí.

—Sólo habrá hora y media de camino.

—Pues bien, decidse lo á *mi marido*.

Miré al inglés, que no pestañeó.

—Se puede hacer una cosa muy sencilla, y es, que llevéis vos la silla de la señora con el otro mozo que no está enfermo.

Y al verme sonreír añadió:

—Pagaré cuanto queráis.

Yo estaba vestido lo mismo que un montañés, según era mi costumbre en cuanto llegaba al país: el pastor, que me había conocido niño, me tuteaba: así es que era natural que me trataran de aquel modo. No me ofendí, pero me negué, diciendo que nadie tiene derecho á llevar una silla de manos sin tener la licencia que se da para esto.

—Entonces, esperemos—dijo el inglés.

—No, no esperemos—replicó su mujer.—Que vaya el mozo á buscar otro y que se nos reúnan

arriba. El pastor, ó bien este joven (y me señalaba), nos servirá de guía. Vamos, amigo mío, ¿consentís?

—Sí, con tal que tengáis un guía para sosteneros; pero el pastor es muy viejo y ese joven no es guía tampoco.

—Eso no importa—respondí;—puedo guiar por el pico Bergonz, donde los viajeros no corren ningún peligro y no es, por este motivo, indispensable un guía de oficio.

¿Por que di esta respuesta que debía decidir mi destino? Lo ignoro. Hay momentos en que no tenemos conciencia de la impulsión que recibimos. Esta impulsión nació en mí de la mirada suplicante, é imperativa al mismo tiempo, que la joven me dirigió.

Recibí con un movimiento de sorpresa prontamente reprimido el paletó y el quitasol que el inglés arrojó negligentemente sobre mi hombro, y eché á andar delante.

Estaba picado por no sé qué curiosidad, al mismo tiempo que sufría extraña fascinación. Aquella joven me recordaba la emoción que había sentido en Burdeos al ver durante dos ó tres segundos la poética figura de Manuela Pérez. Era, por lo que yo podía acordarme, un tipo de la mis-

ma clase, ni alta ni baja, más bien delgada, con inimitable gracia, cabellos oscuros ó negros; pero ésta tenía más distinción y menos viveza. Era una parisién *pur sang*; su acento no dejaba la más pequeña duda.

## V.

Estaba, como ya he dicho, bajo el imperio de una fascinación completa, y al mismo tiempo debo añadir que de una desconfianza singular. Mi educación, mi naturaleza, la influencia de la casta atmósfera en que siempre había vivido, habían hecho de mí un compuesto raro de impetuosidad y de prudencia; pero llegaba el momento en que la juventud y la inexperiencia recobraban sus derechos.

La joven que tanto me preocupaba iba andando delante de mí apoyada en el brazo de su marido; no se tuteaban, y él la llamaba Elena y la juraba que no le causaba absolutamente nada aunque se apoyase bien en su brazo. Ella respondía que estaba segura de lo contrario y que la dejase andar sola.

La cuestión estuvo pronto resuelta, porque el



arriba. El pastor, ó bien este joven (y me señalaba), nos servirá de guía. Vamos, amigo mío, ¿consentís?

—Sí, con tal que tengáis un guía para sosteneros; pero el pastor es muy viejo y ese joven no es guía tampoco.

—Eso no importa—respondí;—puedo guiar por el pico Bergonz, donde los viajeros no corren ningún peligro y no es, por este motivo, indispensable un guía de oficio.

¿Por que di esta respuesta que debía decidir mi destino? Lo ignoro. Hay momentos en que no tenemos conciencia de la impulsión que recibimos. Esta impulsión nació en mí de la mirada suplicante, é imperativa al mismo tiempo, que la joven me dirigió.

Recibí con un movimiento de sorpresa prontamente reprimido el paletó y el quitasol que el inglés arrojó negligentemente sobre mi hombro, y eché á andar delante.

Estaba picado por no sé qué curiosidad, al mismo tiempo que sufría extraña fascinación. Aquella joven me recordaba la emoción que había sentido en Burdeos al ver durante dos ó tres segundos la poética figura de Manuela Pérez. Era, por lo que yo podía acordarme, un tipo de la mis-

ma clase, ni alta ni baja, más bien delgada, con inimitable gracia, cabellos oscuros ó negros; pero ésta tenía más distinción y menos viveza. Era una parisién *pur sang*; su acento no dejaba la más pequeña duda.

## V.

Estaba, como ya he dicho, bajo el imperio de una fascinación completa, y al mismo tiempo debo añadir que de una desconfianza singular. Mi educación, mi naturaleza, la influencia de la casta atmósfera en que siempre había vivido, habían hecho de mí un compuesto raro de impetuosidad y de prudencia; pero llegaba el momento en que la juventud y la inexperiencia recobraban sus derechos.

La joven que tanto me preocupaba iba andando delante de mí apoyada en el brazo de su marido; no se tuteaban, y él la llamaba Elena y la juraba que no le causaba absolutamente nada aunque se apoyase bien en su brazo. Ella respondía que estaba segura de lo contrario y que la dejase andar sola.

La cuestión estuvo pronto resuelta, porque el

sendero era muy estrecho y la joven tuvo que quedarse entre nosotros dos. Después el terreno se hizo escarpado, y el inglés quiso ir por el lado próximo al abismo, á fin de impedir que al verle su compañera fuera acometida del vértigo. La joven tuvo miedo por él, y viéndole vacilar dos veces, le dije forzando mi acento meridional, pues su equivocación al creerse un labriego me divertía y quería hacerla durar todo el tiempo posible:

—Perdonad, caballero. Desde el momento en que me habéis tomado por guía tengo responsabilidad. Es necesario que me dejéis sostener á la señora y que paséis delante de nosotros separándoos del abismo.

Consintió con la tranquilidad de un *gentleman* que no puede tener celos de un rústico.

La joven apoyó su pequeña mano sobre mi hombro. Una vez nos encontramos interceptando nuestro camino el pico de una roca, y como no la podía salvar por sí sola, la levanté rodeando mi brazo á su cintura.

Seguimos subiendo así cerca de media hora, lo cual era para mí, que no me causaba nunca, un agradable paseo. También la joven parecía incansable y ligera; pero el inglés estaba anhelante.

—¡Pobre amigo mío!—dijo la joven en voz alta

y como hablándose á sí misma, en un momento en que su marido se habia quedado atrás;—esto es demasiado rudo para él: se cree siempre joven....

—¿Y no lo es?—dije afectando sencillez, impulsado quizá por un mal sentimiento.

Ella se volvió hacia mí y me miró al principio con expresión de enojo; pero se ruborizó como si la hubiese humillado la comparación que podía establecer entre mi juventud y la vejez de su marido.

Quise que me hablase.

—Perdonad—le dije— creí que hablabais conmigo.... y como me habéis tomado por otra cosa de lo que soy....

—¿Pues qué sois?

—Un hombre muy mal educado, un cazador de osos.

—¡Ah! debe ser divertido eso de cazar osos.

¿Habéis cazado muchos?

—Muchos.

—Será muy peligrosa esa caza, ¿verdad?

—Muy peligrosa.

—¿Y no habéis tenido miedo nunca?

—Cuando se tiene miedo á los osos, se es hombre muerto; y pues que me veis aquí....

—¿Cómo hacéis para matarlos?



—A la antigua manera del país, que sigue siendo la mejor: se rolla la capa alrededor del brazo izquierdo y se presenta á la fiera, que se dirige á él inmediatamente. Entonces, con la mano derecha se la clava un puñal en el corazón.

—¡Ah, es horrible! Debe ser aún más conmovedor que las corridas de toros que he visto en España.

—¿Venís de España?

—No, vengo de Londres; pero también he estado en España. Mi marido es muy aficionado á los viajes.

—¿Y vos también?

—A mí me van causando algo; pero héle aquí. No habléis delante de él de caza de osos, porque tal vez querría ir y me teudría muy inquieta.....

—Debe ser un excelente marido.

—Es un ángel—respondió, mirándome fijamente como para decirme que una mujer como ella no temía la familiaridad de un hombre como yo.

Al mismo tiempo llegaban el *gentleman* y los dos mozos con la silla. La joven subió á ella rogándome que no dejase sólo á su marido.

Yo pensaba que ya no era necesario, y al mis-

mo tiempo deseaba seguir con ellos; así es que cuando el inglés me dijo «venid, joven, no quiero haberos molestado por tan poco», pensé que ya teudría tiempo de renunciar el dinero y que entretanto podía aceptar el paseo.

Trató de seguir á la silla de manos, pero pronto tuvo que renunciar á ello; y como su mujer no le veía ya porque estaban muy delante, me pidió mi brazo con mucha política y bondad. Yo le había tomado por un anciano hermoso, pero algo ridículo, y vi que me había equivocado en esto último. Era un hombre muy simpático, que luchaba contra los primeros achaques de la vejez por no disgustar á los demás.

—Yo he sido un gran andarín—me dijo deteniéndose un momento—no un hércules como vos; pero sí un cazador fuerte, activo y apasionado por el peligro. Ahora ya la edad me va haciendo sentir su peso. Iré hasta donde pueda, y después me resignaré.

—Hacéis bien en luchar—le dije—pero no con demasiada violencia. ¿Qué edad tenéis?

—No la oculto, sesenta y dos años..... ¿Y vos, hijo mío?

—Veinticuatro..... Pero no habléis, os falta la respiración; tenéis un principio de asma, pero no

por eso os diré que es necesario que no os mováis; precisamente soy de opinión contraria. He visto asmáticos cuyo mal estaba en principio, curar con un ejercicio moderado, pero continuo, para devolver al órgano enfermo sus funciones normales.

—Pero—dijo deteniéndose y mirándome con fijeza—estáis hablando como un médico, mejor que un médico, pues el mío me prescribe el descanso.

—Entiendo algo de medicina: en la montaña hay que saber de todo un poco. ¿Queréis hacerme el obsequio de permitir que os examine un instante? Respirad lo más fuerte que podáis.

Obedeció.

—Pues bien. Os respondo de que os podéis curar si tenéis paciencia y perseverancia. Andad todos los días, pero no tanto como hoy. Esto es demasiado.

El inglés me miró sorprendido. Me hacía traición á mí mismo: estaba fuera de mi papel.

Como los mozos que llevaban la silla iban á paso gimnástico, y por consiguiente nos habían adelantado mucho, la joven había ordenado que se detuviesen para esperar á su marido.

Había salido de la silla y venía á nuestro encuentro.

—Ahora quiero andar yo—dijo—y que vos vayáis en la silla.

El inglés se negó. Delante de la joven procuraba disimular su fatiga, y me pareció notar en sus miradas inquietas el temor de que fuese á pronunciar delante de ella la palabra asmático; pero creí deber insistir, y la joven me secundó.

—Querido amigo—le dijo con una gracia encantadora—hoy no estáis bien, no andáis como de costumbre. Si rehusáis—añadió bajando la voz—creeré que ya no me amáis.

Pareció vencido y cedió. Los mozos emprendieron su paso gimnástico, y al poco tiempo estaba solo con ella.

—¡Tenemos que hablar ahora, señor doctor! Los mozos acaban de decirme muchas cosas que ignoraba. Tenéis el título de médico á los veinticuatro años, lo cual es muy bonito; sois de una familia muy buena y muy estimada; vais á ser el asociado del médico de las aguas de *Saint-Sauveur*; en fin, sois un hombre distinguido y hasta un hombre de mundo cuando queréis, puesto que os burláis de los pobres viajeros engañándoles con ese traje y diciendo que sois un cazador de osos en lugar de Laureano Bielsa, propietario de la linda casita en que nos hemos detenido tantas ve-



ces. ¿Por qué esta comedia, y qué placer encontraréis en burlaros de personas que ni siquiera conocéis?

Respondí que yo no había ofrecido mis servicios, sino que me los habían reclamado sin consultarme; que no extrañé aquel desprecio y que acepté una lección debida á lo rústico de mi traje y de mi persona.

—¿Estáis ofendido con mi marido? Pues hacéis mal; es algo distraído; hay que convenir en que la costumbre de ser ricos inclina á los ingleses á creer que con el dinero se puede mandar á todo el mundo como á un criado; pero si conocieseis á Sir Ricardo Brundel, se lo perdonaríais todo. ¡Es el hombre más afable del mundo, el más bueno, el más cariñoso, el mejor que existel. Vamos, olvidad esa ofensa ó yo no olvido á mi vez la de que me hayáis engañado.

—¿En qué?

—Pues en nada. ¿Cuántos osos habéis cazado?

—Si hubieseis preguntado más á los mozos, de fije os hubieran informado mejor. He matado siete osos, con cuyas garras podéis ver festoneada la puerta de mi casita. Las pieles las he regalado á nuestros amigos y he repartido las primas que dan los pueblos con mis compañeros.

—En ese caso me rindo..... sois un hombre extraordinario y nos vemos obligados á disculparnos.....

—Acepto vuestras disculpas, y en cuanto á Sir Ricardo, hemos hecho ya las paces y una consulta en regla.

—¡Ah! ¿acaso se siente mal?

—No temáis; vivirá mucho tiempo.

—¡Dios os escuche! Por esas palabras, y para sellar el perdón que nos concedéis, dadme la mano.

Recibí con emoción su pequeña mano en la mía, y no me atreví á estrecharla.

—Vamos—dijo ella;—á la inglesa; ¡*Shake!* ¡*Shake!* Apretad, apretad: creí que sabíais inglés. En cuanto á mí, no le aprenderé jamás. Es una lengua que detesto. Me gusta el español, pero en el fondo sólo quiero el francés, la Francia y Paris.

—¿Habéis nacido allí?

—De padres pobres; mi infancia ha sido muy humilde; más tarde he sido rica y nada feliz. Sir Ricardo me amó, fué mi providencia y ahora no tengo nada que desear.

—¿Habéis sido casada otra vez?

—No. ¿Por qué esa pregunta?

—Cree comprender.....

—¡Ah! Mi historia sería demasiado larga de contar y nada alegre. Habladme de vos. ¿Váis en efecto á estableceros aquí?

—Aun no lo sé.

—¿No pensáis en casaros?

—Es demasiado pronto.

—¿Según eso, aun no amais á nadie?

Esta brusca pregunta me hizo enrojecer como un niño, y respondí que aun no había amado.

—¿Y cómo es eso?—continuó ella con la misma franqueza que hubiese interrogado á una joven-cita.

—No he tenido tiempo.

—Ah, sí; ¡el trabajo, el deber! Sois un hombre serio. Sir Ricardo no ha tenido una juventud tan tranquila. Parece que ha sido uno de los hombres más brillantes de su tiempo y que á vuestra edad había tenido ya muchas aventuras.

—¿Os las ha contado él?

—Nunca; lo he oído decir. ¿Pero de qué os estoy hablando? Soy una aturdida. Tengo la costumbre de decir mis pensamientos en voz alta. Mi educación ha sido tardía, incompleta. Mi marido es quien me ha civilizado con una paciencia y una bondad de ángel.

La pendiente se hizo más rápida y la joven cesó de hablar, aun cuando parecía tener deseo de que continuáramos nuestra conversación.

Yo sentía un gran atractivo hacía ella; me parecía cándida, buena y de una gracia irresistible. Había, sin embargo, algunos momentos en que la encontraba desprovista de tacto y demasiado comunicativa conmigo á quien apenas conocía.

Sin duda sir Ricardo al casarse había sido indulgente con aquella joven candorosa, de quien sólo había visto el encanto, disculpando la falta de su primera educación, que se revelaba á mis ojos, al pronto deslumbrados y admirados. Se pensará tal vez que yo era difícil de contentar para ser hombre de tan modesta condición; pero á despecho de los sermones de Vianne y de mi misma reflexión, era un idealista llevado por naturaleza á mirar siempre todo bajo un punto de vista menos práctico de lo que realmente era.

Y, además, tenía ante mis ojos un punto de comparación: era éste el marido de aquella mujer, cuya distinción alababa ella tanto. Se notaba en él la aristocracia natural desarrollada por la reflexión y la voluntad. Ella también había nacido elegante. Su naturaleza física era de primer orden, y debía rechazar instintivamente todo lo que no



fuera superior; pero, ó carecía de cultura, ó su inteligencia no era grande.

Sir Ricardo había llegado á la cima y contemplaba el país. Hacía un tiempo hermosísimo y el día estaba claro y espléndido.

Como era la primera vez que aquellos viajeros recorrían el interior de los Pirineos, empecé á detallarles todas las localidades del admirable panorama que se extendía ante nosotros. No había un surco ni una roca que no hubiese recorrido y cuya historia geológica no me fuese fácil contar.

Aunque el *gentleman* supiese ya perfectamente quién era yo, parecía no extrañar nada.

—Gracias, doctor—me dijo con el tono más natural del mundo cuando hubo acabado el capítulo de las interrogaciones.—Sois un guía inapreciable, con el cual es una fortuna tropezar. El sentimiento de separarnos aquí sería muy vivo para nosotros. ¿No podríais prolongar un poco nuestro placer aceptando el comer con mi mujer y conmigo en casa de vuestro arrendatario, ó en la fonda de San Juan de Luz donde nos hospedamos? Pensadlo y decidme que sí, si no queréis causarme una pena.

Hablaba así con una gracia perfecta, sin parecer sorprendido ni arrepentido de su error; por el

contrario, buscaba por este medio ocasión para trabar amistad conmigo, lo cual era mucho más amable ó ingenioso que excusarse.

Acepté la comida en San Juan de Luz, donde tenía que hacer, y temiendo ser indiscreto si permanecía más tiempo á su lado, quise retirarme; pero me retuvieron, y accedí á permanecer á su lado en vista de sus reiteradas instancias.

Bajamos todos á pie. La señora de Brundel aceptó de cuando en cuando mi brazo y tuvimos algunos apartes.

Era decididamente una persona amable, buena, deseosa de agradar y nada coqueta. Noté que hasta con los mozos que conducían la silla era amable y cariñosa. La preocupación, ó más bien el distintivo de su carácter, parecía ser una continua efusión de benevolencia. Tenía talento natural y no trataba de disimular su ignorancia, preguntándolo todo y extasiándose con cualquier motivo como una niña curiosa, dócil, excelente y adorable en sus cuidados y gracia con su anciano esposo. Exhalaba un perfume de candor que no dudé un instante que le amaba por encima de todo. Él era á su vez tan digno de ser amado, que no tenía nada de extraño.

La joven habló poco en la comida; estaba fati-



gada y se retiró en seguida. Debían partir al día siguiente por la mañana temprano para Bagnères-de-Bigorre. Creí que debía retirarme, pero Sir Ricardo me detuvo.

—Permitidme unas palabras aún—me dijo.—Tengo algunas preguntas que dirigiros. Vamos al balcón, y entretanto fumaremos un cigarro.

Me habló de su salud.

—No es que me preocupe por mí—me dijo, ofreciéndome el mejor cigarro que había fumado en mi vida;—pero cuando hablo de mi salud es para decidir algo y quedarme conforme con la decisión tomada. ¿Ha sido por hablar, ó ha sido cosa pensada, lo que me habéis dicho hoy en la montaña, de que con un buen régimen podría, si no curar, al menos conservarme?

—Ha sido en la más completa convicción de mis palabras.

—Entonces, estáis en completo desacuerdo con mi médico, y os doy la razón, porque su régimen me debilita, y en cuanto no he seguido sus prescripciones me he sentido mejor. Era un muchacho amable y distinguido, que llevaba siempre conmigo hasta en mis viajes; pero nos separamos porque no estábamos de acuerdo en este punto. Creo que estaba cansado de nuestra vida errante

y que deseaba que nos fijásemos en cualquier parte para hacer una buena clientela. Estaba en su derecho, y sin embargo, no creo que haya sido muy acertado en su elección, porque tenía en mi casa diez mil francos por año de honorarios, lo cual era una buena posición para un joven.

—Creéis, por lo que veo—repliqué—que se ha equivocado sobre la naturaleza del régimen que debíais seguir. Pues bien, antes de participar en absoluto de vuestra opinión necesaria conoceros y examinaros más. Me sería necesario ante todo auscultaros.

—Pues ahora mismo—replicó vivamente.—Venid á mi habitación.

Resultó de mi examen y de sus respuestas á todas las preguntas que tuve que dirigirle, que aun estaba lleno de salud y podía vivir diez años ó más sin enfermedades que provinieran de su constitución. Aprobé su vida, no de viajes continuos, pero sí de locomoción frecuente y de cambios apropiados á las fases de su afección; se trataba sólo de tener mucha constancia y mucho método, y él mismo podía ser su propio médico.

Iba á despedirme, y de nuevo me detuvo.

—¿Estáis decidido—me dijo—á haceros el médico de estas aguas?



Yo estaba casi decidido á no serlo, y le expliqué mis razones.

—¿Y en Pau con vuestra familia?

—No hay ahora ni una sola plaza vacante por aquellos alrededores. Como supondréis, me he informado bien.

—Entonces, puesto que estáis libre, aceptad mis ofrecimientos.

—¿Vuestros ofrecimientos?

—¿Pues no me habéis comprendido? Deseo daros diez mil francos de renta, á condición de que viajéis conmigo ó viváis conmigo todo el tiempo que encontréis en ello gusto y ventajas.

Sorprendido de esta pronta determinación por parte de un hombre que no me conocía, pedí tiempo para reflexionar, y añadí que si aceptaba sería con la condición de comprometerme sólo por un mes, porque no creía que sir Ricardo tuviese necesidad de dar diez mil francos al año á un médico exclusivamente á su servicio, pudiendo quizá curarse solo.

Mis escrúpulos aumentaron su deseo de llevarme con él.

—Os doy ocho días para reflexionar—me dijo— porque tenéis también necesidad de informaros con quién vais á ir; pero no acepto vuestro mes

de prueba. Yo soy el único juez de la necesidad moral que puedo tener de un médico. Conque consultad con vuestros amigos y vuestra familia. Si no aceptarais, escribidmelo así á Perpignan dentro de ocho días, y de lo contrario id allí á reunirnos conmigo.

Me dió una tarjeta, y al día siguiente partí hacia Pau.

Mi madre se sorprendió mucho y se estremeció al nombre de sir Ricardo Brundel.

—¡Él!—exclamó; — ¡sir Ricardo! Yo le creía para siempre en Inglaterra; ¿y dices que está casado?

Por este estilo me hizo muchas preguntas, y cuando le habe dicho todo lo poco que sabía de la mujer y todo lo bien que pensaba del marido, me contestó:

—En cuanto á ese, no te engañas. Cuando yo le conocí era un hombre digno y bueno, muy estimado en la familia de Mauville; ¡pero hace tantos años de esto!... Y además, ¿dónde va á llevarte si sigue aún con esa pasión por los viajes?

—Sus viajes no serán ni lejanos ni peligrosos, porque tiene una mujer que no participa de sus gustos y que está algo delicada.

—¿Está muy enamorado de ella?



—Parece que sí.

—Tiene mucha edad para que esa joven participe de su pasión. Tú eres joven y no feo. ¿No temes que algún día tenga sir Ricardo celos de tí?

—Podemos separarnos si eso llegase á suceder; pero no daré yo lugar á que las sospechas crucen por su imaginación, haciéndome aparecer indigno de su confianza.

—Veo que tienes deseo de aceptar.

—Sí. Tengo gana de ganar desde mañana lo que no ganaría de otro modo en diez años. También deseo viajar, porque creo que así se aprende mucho. Sin embargo, como no quiero disgustarte, si quieres, rehusaré.

—No, no tengo derecho á perjudicar tu porvenir..... y además.....

—¿Y además que?....

—Nada. Hablaba conmigo misma. Acepta.

Se levantó, y cogiendo mi cabeza entre sus manos, la cubrió de lágrimas y besos.

Después, separándose de mí con visible esfuerzo, me dijo:

—Parte mañana, y sin decir nada á Juana, que no sabe como yo dominar sus sentimientos. Yo me encargo de hacerla comprender que debías aceptar.

—Si mi hermana y tú habéis de tener un sentimiento, no aceptaré; pero ¿creéis acaso que voy á expatriarme? ¿Habíais esperado que podría establecerme á vuestro lado?

—No, no nos hacíamos ilusiones; pero las mujeres creen siempre que se hará en su favor un milagro.

—¿Y quién sabe si ese milagro no se hará más tarde? Tén seguridad de que si la Providencia está á tu favor, el milagro se hará: también yo lo deseo..... además, si Juana quiere por fin á mi buen amigo Vianne, serás bastante feliz para esperar con más calma mi regreso. ¿Qué piensa Juana?

—¡Ah! no sé—respondió mi madre suspirando. —Parte sin decirle nada, porque será mejor, y parte pronto, para no darme tiempo á arrepentirme.

—Dime—la pregunté al día siguiente en el momento de separarme de ella,—¿cómo es que tú conoces á sir Ricardo, y él, á pesar de saber mi nombre, no me ha hablado de tí?

—Háblale de Adela Maesart, y tal vez se acuerde. No me ha conocido casada y no sabe el nombre de tu padre. Dile..... no, no le digas nada; le recordaría cosas tristes. Sin embargo, si se presenta ocasión sin que tú la busques, háblale del



castillo de Mauville; observa sus respuestas y gestos y me los transmitirás; pero no tengas prisa, aunque lo que te digo tiene para mí mucha importancia. ¡Qué singular es este encuentro entre él y tú!

—Vamos, explicame tu extrañeza y tus reticencias, porque tengo curiosidad.

—Si fuera un secreto mío, te lo diría en seguida; pero debo callarme.

—¿Concierne acaso á mi padre?

—¡Oh, no! ni á ti tampoco. Háblale del castillo de Mauville y..... veremos.

## VI.

Al cabo de una semana llegué á Perpignan y me dirigí al hotel que indicaba la tarjeta de sir Ricardo. Este había salido, y me recibió su esposa con grandes muestras de alegría.

—¡Querido doctor! ¡qué placer nos dais!—me dijo.— Por mi parte hago más que daros las gracias, ¡os bendigo!

Vió la sorpresa que me causaba esta acogida, y añadió:

—¡Ah! ¡ porque no sabéis que mi marido tiene pasión de ánimo. El otro médico le había persua-

dido de que tenía algo en el pecho, una enfermedad mortal, y vos le habéis quitado ese temor que le mataba.

—Creo que exageráis un poco. Vuestro esposo no me ha parecido tan inquieto como decís.

—Pero, en fin, ¿vos creéis que está enfermo? Decidme la verdad, porque tengo valor y le cuidaré sin que me conozca nada.

—No tendréis necesidad de vuestro valor. Sir Ricardo no tiene nada que temer por ahora. Sólo tendréis que conformaros con mis prescripciones, y aunque estéis muy cansada de viajes, tendréis que continuar si lo juzgo necesario.

—Haré lo que gustéis si lo ordenáis, doctor. Además, me agradan los viajes. ¿Os he dicho alguna vez que me disgustaban?

—O no os acordáis de vuestras palabras, ó no pensáis siempre lo mismo.

La joven me miró fijamente. Sus dulces ojos se iluminaron y después se echó á reír.

—¡Tenéis razón!—exclamó.— Hablo muchas veces sin darme cuenta de lo que digo. Sir Ricardo se divierte mucho con mis contradicciones.

Acepté esta explicación llena de bondad..... ¿Por qué me causó mal humor? ¿Qué derecho tenía yo para hablar así? Estaba tan confundi-

castillo de Mauville; observa sus respuestas y gestos y me los transmitirás; pero no tengas prisa, aunque lo que te digo tiene para mí mucha importancia. ¡Qué singular es este encuentro entre él y tú!

—Vamos, explicame tu extrañeza y tus reticencias, porque tengo curiosidad.

—Si fuera un secreto mío, te lo diría en seguida; pero debo callarme.

—¿Concierne acaso á mi padre?

—¡Oh, no! ni á ti tampoco. Háblale del castillo de Mauville y..... veremos.

## VI.

Al cabo de una semana llegué á Perpignan y me dirigí al hotel que indicaba la tarjeta de sir Ricardo. Este había salido, y me recibió su esposa con grandes muestras de alegría.

—¡Querido doctor! ¡qué placer nos dais!—me dijo.— Por mi parte hago más que daros las gracias, ¡os bendigo!

Vió la sorpresa que me causaba esta acogida, y añadió:

—¡Ah! ¡ porque no sabéis que mi marido tiene pasión de ánimo. El otro médico le había persua-

dido de que tenía algo en el pecho, una enfermedad mortal, y vos le habéis quitado ese temor que le mataba.

—Creo que exageráis un poco. Vuestro esposo no me ha parecido tan inquieto como decís.

—Pero, en fin, ¿vos creéis que está enfermo? Decidme la verdad, porque tengo valor y le cuidaré sin que me conozca nada.

—No tendréis necesidad de vuestro valor. Sir Ricardo no tiene nada que temer por ahora. Sólo tendréis que conformaros con mis prescripciones, y aunque estéis muy cansada de viajes, tendréis que continuar si lo juzgo necesario.

—Haré lo que gustéis si lo ordenáis, doctor. Además, me agradan los viajes. ¿Os he dicho alguna vez que me disgustaban?

—O no os acordáis de vuestras palabras, ó no pensáis siempre lo mismo.

La joven me miró fijamente. Sus dulces ojos se iluminaron y después se echó á reír.

—¡Tenéis razón!—exclamó.— Hablo muchas veces sin darme cuenta de lo que digo. Sir Ricardo se divierte mucho con mis contradicciones.

Acepté esta explicación llena de bondad..... ¿Por qué me causó mal humor? ¿Qué derecho tenía yo para hablar así? Estaba tan confundi-



do, que ni me apercibía de mis inconveniencias.

—No apruebo —dije— que hable uno así de sí mismo. Este es uno de los medios que los niños emplean á menudo para asegurar la impunidad de sus yerros.

—Los niños son niños —respondió la joven con dulzura.

—Y vos queréis ser niña toda vuestra vida.

—¡Ese es mi destino! No soy yo quien le ha escogido, y tengo que conformarme con él. Si hubiese tenido juicio y previsión, no hubiese aceptado ser la compañera de un hombre tan superior á mí. Yo no tenía más que mi edad y mi figura, y puesto que se ha contentado con tan poca cosa, es señal que tiene un gran corazón; pero comprendo que os parezco tonta á vos que no me debéis indulgencia. Afortunadamente la suya es inmensa, y aunque hicieseis brillar mi incapacidad delante de él, sólo serviría para aumentar su cariño.

Sentí que mi proceder había sido absurdo y que lo seguía siendo, pues no se podía explicar ni excusar el mal tono de mis groseras observaciones. Creí comprender que mi lógica estaba basada en el desacuerdo grande que había entre el encanto físico que se desprendía de aquella joven y el poco cuidado que tenía en agradar á la imaginación.

Me hacía el efecto de una risueña odalisca privada del sentido de la reflexión. Me prometí sustraerme de la influencia de aquel encanto que al principio se había apoderado de mí, á fin de no irritarme al ver su falta de tacto y de prudencia.

Desde las primeras horas de nuestra vida común comprendí que me sería muy fácil aislar mi vida de la suya.

Sir Ricardo llegó, y entusiasmado al verme, me abrazó paternalmente; después salió conmigo y no volvimos hasta la hora de la comida, que hicimos juntos en el hotel. La señora de Brundel solía comer sola y á otras horas. Después de comer fumamos un cigarro y tuvimos una hora de conversación. Sir Ricardo tomaba café y en seguida una botella de vino de Burdeos que bebía lentamente; pero nunca iba más allá, queriendo, decía él, estar entre las costumbres de Francia y las de su país. Una hora justa después de la comida miró su reloj, y levantándose dijo:

—Ahora sois libre. No os pido que viváis siempre en la misma casa que nosotros, aunque allí tendréis siempre vuestras habitaciones dispuestas, ni que tengáis obligación de hacer vuestras comidas conmigo. Cuando mi mujer quiera acompañarnos, ella misma os invitará, y mientras estemos



buenos ella y yo, tenéis todo el tiempo libre: así, modo que el que nos consagréis le recibiremos como de una prueba de amistad.

Este arreglo me convenía mucho; pero sin de escrúpulos de ganar con tanta facilidad mis honorarios, y creí deberlo decir.

—No os inquietéis por eso—me respondió sir Ricardo.—Si me dejáis, trataré en seguida de reemplazaros y no me será tan fácil. De modo que ya veis que me perjudicaríaís.

Al día siguiente estábamos almorzando y sir Ricardo me consultaba si debía ó no ponerse en camino. Aun hacía calor, y deseaba pasar el otoño en los Alpes y el invierno en Italia.

No tuve objeción alguna que hacerle, y tomamos el pasaje aquella misma tarde en Port-Vendres.

No ví á la señora de Brundel, á Elena, como la llamaba su marido, hasta llegar al vapor, donde había ido ella antes con su doncella para instalarse en su camarote. Viajaba con un equipaje enorme, cuyo estorbo no causaba jamás la más leve queja á su marido. Llevaba además dos perros, una cotorra y un mono, de cuyos animales se ocupaba tanto como si fuesen sus hijos, á pesar de que un negrito estaba dedicado exclusivamente

de su cuidado. Un anciano ayuda de cámara, indolente, flemático, puntual y silencioso, completaba nuestro acompañamiento.

En el momento en que íbamos á subir á bordo, Ricardo y yo vimos en lo alto de la escalera á la esposa de éste que nos aguardaba. Se había quitado el sombrero, y un velo negro de encaje flotaba sobre sus oscuros cabellos. El humo del vapor la cubría de una ligera nube. Creí ver entonces la visión de Manuela Pérez en su viaje á España, y me imaginé que el parecido era asombroso; pero su acento parisién vino á disipar esta ilusión.

—¡Cuánto habéis tardado!—nos dijo.—He temido que el vapor partiese sin que hubieseis llegado.

—Jamás me ha ocurrido llegar tarde cuando voy de viaje. Sobre todo, en ciertas circunstancias—dijo sir Ricardo con gravedad.

—Cuando yo soy de la partida, ¿verdad? Si el vapor hubiera salido, hubieseis hecho algún milagro para alcanzarnos, ¿no es cierto?

—Tal vez—respondió él con una sonrisa un poco forzada.

—¡Venid á ver mi lindo camarote!—dijo la joven tomando su brazo.



Y le llevó consigo.

Sir Ricardo debía amarla tiernamente, con seguridad; pero tenía el pudor inglés llevado hasta el más alto grado. No era difícil ver que todo lo que parecía familiaridad, hasta con su propia mujer, le hacía sufrir como hubiese alguien delante. Esto me explicó el cuidado con que la tenía oculta. La joven vivía en el vapor como había vivido en San Juan de Luz y en Perpignan; es decir, como una mujer turca, siempre encerrada en el gineceo.

La señora de Brundel parecía vivir bien en aquel aislamiento, pues no trataba de salir de él ni quería dar un paso sin su marido, que paseaba con ella de cuando en cuando sobre cubierta, yendo la joven entonces cuidadosamente tapada con un velo.

Descansamos un día en Marsella. En el lago *Mayeur* estuvimos muy pronto instalados en una preciosa quinta donde habían pasado ya el otoño anterior y donde tenía yo una lujosa alcoba y un magnífico despacho. Desde mis habitaciones no podía ver nada de lo que pasaba en las de la joven. Unas cortinas de seda cubrían sus balcones, y de sir Ricardo estaban entre nosotros. Lo que llegaba hasta mí era el ruido que se

hacía en el cuarto de la reclusa; tan pronto eran sonoras careajadas con la doncella española, como una interminable charla, ó exclamaciones para separar al mono y á los perros que reñían; después ruido de guitarra y de castañuelas, como si bailasen, y por encima de todo los agudos gritos de la cotorra, que se redoblaban cuando querían enseñarla á hablar.

Teníamos un hermoso jardín, donde comprendí que no debía pasearme por estar reservado á la señora. Sir Ricardo mismo no penetraba allí. Las alamedas, cuyos árboles formaban una espesa bóveda de verdura, ocultaban los paseos. Por algunos claros apercibía yo á veces á la hermosa Elena haciéndose mecer en una hamaca por el negrito ó jugando con sus perros y su mono. Si me veía asomado, me saludaba amistosamente. Vestida con una bata blanca, con pequeñas babuchas escarlata, el talle rodeado de un cinturón de seda bordado de oro y los cabellos sueltos cayendo en lustrosas ondas sobre sus delicadas espaldas, estaba verdaderamente encantadora. Jamás he visto mujer más graciosa en todas sus posturas y hasta en sus menores movimientos, y todo esto naturalmente, sin la más pequeña afectación. Al verla á alguna distancia parecía aún

más hermosa, pues estaba algo ajada á pesar de su marcado aire juvenil. Apenas podía separar mis ojos de aquella odalisca, y censurando para mis adentros los amores turcos de mi inglés, envidiaba por momentos su suerte.

PERO esto no hacía que estuviese enamorado de su compañera. Me parecía demasiado falta de inteligencia, demasiado irresponsable en la vida que llevaba, para ser amada de otro modo que con los sentidos, y como yo sabía contenerme, permanecía tranquilo á pesar de la impresión que me causaba. Además, no estaba siempre igualmente seductora. Cuando por las mañanas montaba á caballo con su marido, el traje de amazona que hacía resaltar la delgadez de su busto, la gorrita de jockey que no favorecía á su rostro, su torpeza en la manera de montar, sus gritos pueriles cuando tenía miedo, ó sus risas inextinguibles sin motivo, no convenían á su tipo flexible é indolente.

Al principio viví muy aislado. El país era admirable, y yo me había ocupado mucho de las ciencias naturales para no encontrar un gran placer en mis excursiones.

No perdía ocasión de visitar á los enfermos pobres que me llamaban, á los cuales prestaba gra-

titamente mis cuidados, porque tenía necesidad de ejercer mi carrera para adquirir la experiencia que da la práctica. Temía olvidar la medicina al lado de un hombre cuya salud era excelente. Pronto, sin embargo, pude ver mi gran influencia en su sensible mejoría. Yo le medía cuidadosamente cada día la dosis de ejercicio que debía hacer. Velaba por su alimentación, en su manera de vestirse y en sus ocupaciones intelectuales, con el mayor cuidado. Le estudiaba, y al mismo tiempo le enseñaba á estudiarse á sí mismo. Pronto me acompañó en mis paseos, y como se acordaba de haber sido robusto é infatigable, se propasaba y tenía que detenerle. Tenía gran afición al manejo de las armas, y me rogaba á veces que le acompañase. Era un tirador de primera fuerza, pero yo no era torpe: á veces se apasionaba en este ejercicio, y yo tenía entonces que usar de mi autoridad para contenerle. Comprendí que para obtener buen efecto del ejercicio que le permitía, era necesaria una prudencia extremada.

Ví revelarse su carácter en aquella amigable y continua lucha. Bajo su aire dulce y político era una naturaleza ardiente é insaciable en sus pasiones. Parecía veinte años más joven; pero alcanzado por los achaques sin que lo notase apenas,



era incapaz de la resignación que él creía tener en caso de necesidad. Enfermo y desfallecido hubiese sabido callar y sonreír, consumiéndose rápidamente en una muda desesperación. Vi que su mujer le había juzgado mejor de lo que yo creía, y tomando con todo mi corazón la misión que había aceptado, puse toda mi voluntad y todo mi empeño en curarle. Sabía que habían juzgado su mal incurable en teoría; pero había visto un ejemplo de curación, y creía, creo aún, que se puede curar de todo mientras quede una gota de aceite en la lámpara.

Su amable carácter y sus generosos sentimientos hacían que mirase á mi enfermo como un artista mira su obra. El lo adivinó, vió el afecto que me inspiraba, y cada vez fué uniéndose más á mí. Muy prudentemente al principio, dejándome siempre libre, en el temor de que á mi edad no gustase de su compañía, no supo abandonarme cuando reconoció que su sociedad me era sumamente agradable. Tenía muchos conocimientos, una instrucción literaria vastísima y un supremo gusto por las artes, pues había visto mucho en sus grandes viajes. Su conversación estaba llena de encanto y de interés.

Poco á poco nos hicimos inseparables en las

horas que sir Ricardo no consagraba á su *oriental* hogar. Tomaba interés en mis estudios y se volvía joven en nuestros recreos. Por la noche me enseñaba á jugar al ajedrez, y por la mañana le enseñaba yo á él la anatomía. Durante la tarde estudiábamos juntos la historia natural, esa ciencia inagotable donde se descubre siempre; y después, á las comidas, nos hacíamos literarios. Sir Ricardo conocía á fondo la poesía helénica y recordaba lo mejor de sus clásicos.

Nos separábamos generalmente á las nueve de la noche, hasta el día siguiente á las diez de la mañana. A las tres se retiraba él á sus habitaciones ó á las de su mujer, hasta la comida. El domingo me invitaba la señora de Brundel para que comiéramos juntos, mostrándose como siempre buena y graciosa y abandonándonos en cuanto tomaba el café. Tal fué nuestra vida durante las primeras semanas; pero esta situación, hasta aquí tan bien arreglada, fué modificada por un incidente imprevisto. Lady C....., hermana mayor de sir Ricardo Brundel, cayó gravemente enferma en Niza, teniendo su hermano que ir apresuradamente á verla. Yo pensaba acompañarle, pero me rogó que permaneciese al lado de su mujer, y por primera vez me habló de ella, pues era oriental

hasta el punto de no pronunciar jamás su nombre delante de mí á no haber absoluta necesidad.

—Elena— me dijo— no sabría estar sola, porque es lo mismo que un niño de tres años. Dejaría entrar á un ladrón por toda la casa, con tal que éste fingiera ser un mendigo. Respondería inocentemente á cualquiera tentativa de mal género, y al volver la encontraría comprometida ó desvalijada. Os confío, pues, las llaves del *harem*, pues no ignoro que mi hogar os parecerá algo raro. Esto no proviene de un sistema de autoridad como quizás creáis, sino del conocimiento que tengo del carácter adorablemente excepcional de Elena. No soy celoso, como habréis podido apreciar; es decir, no soy injusto ni mal pensado. No estoy tampoco enamorado en el sentido sensual de la palabra; á mi edad, querido doctor, se ama sobre todo con el alma, paternalmente, y más cuando, como yo, se ha descado ser padre toda la vida. El carácter, los gustos y el aspecto de Elena se prestan tan bien á mi fantasía, que no podría esperar una compañera más dulce. Pero dejemos esto y entendad bien que no debéis alejaros de esta casa en mi ausencia y que me respondéis de la salud y seguridad de mi mujer.

—No puedo rehusaros nada— le respondí— ni

aun esta comisión tan delicada para un hombre de mi edad. ¿Aceptaré la señora de Brundel esa autoridad de que me investís, si alguna circunstancia imprevista me obliga á usar de ella?

—Todo está previsto; os obedecerá ciegamente. Una sola cosa la asustaría, y es que reclamasen de ella un acto de voluntad ó un sentimiento de independencia.

—Entonces tendré que pensar en todo; ¿si el fastidio de vuestra ausencia la sugiriese la idea de llamarme ó de salir conmigo?....

—No salgáis— respondió vivamente— no salgáis nunca con ella. Además, Elena me ha prometido no salir jamás sin mí. En cuanto á lo de verla, podéis hacerlo siempre que queráis. Sólo temo que Elena no quiera aprovechar vuestra agradable compañía.

—¿Debo no salir de casa?

—Salid como de costumbre; pero volved á la caída de la tarde y no salgáis en toda la noche. Elena padece á veces de accidentes y de ataques nerviosos que me alarman. Hace mucho tiempo que no le ha dado ninguno, y espero que no os causará ningún cuidado; pero....

—Tranquilizaos. Velaré por ella. ¿Estaréis ausente mucho tiempo?



—Ocho días cuando más, porque mi hermana está con su familia y no necesita de mis cuidados; además, estamos unidos por los deberes de la sangre mucho más que por la conformidad de ideas. Si me llama á su lado, es para confiarme alguna voluntad testamentaria que no discutiré.

Fué á despedirse de su mujer, y no quiso que ésta le acompañase hasta el sitio de partida, pues hubiese tenido que volver sola ó conmigo.

Despedí á sir Ricardo haciéndole todas mis recomendaciones higiénicas, y después, como le veía aquel día muy expansivo y teníamos aún media hora para hablar, me acordé de lo que mi madre me había dicho, y le pregunté si se acordaba de ella. En cuanto pronuncié el nombre de Adela Moessart, palideció, pero respondió sin vacilación:

—¡Adela! ¡la hija del honrado administrador! ¡Una joven buenisima, casi perfecta! Presentadle mis respetos y decidle que no le olvidado nada del castillo de Mauville y que os amo doblemente al saber que sois su hijo. ¿Cómo no me habíais hablado de esto antes?

—Mi madre me había dicho que el recuerdo de ese castillo os sería penoso, y antes que todo soy médico.

—Es cierto; pero deseo recordar esas cosas, por tristes que sean. ¿Acaso vos las conocéis?

—Las ignoro por completo.

—Quizá algún día las sabréis. Pero ya tenemos que separarnos. Cuidad de Elena.

La última presión de su mano parecía decir: —«Sois mi amigo, y mi honor debe seros sagrado.»—Yo no necesitaba esta recomendación, porque Elena no turbaba ni mi corazón ni mi cabeza. Acostumbrado á vivir á su lado como al de una joya preciosa cuidadosamente encerrada en su estuche, no me inquieté, y temí solamente que me ordenase pasear á sus perros, tarea diaria que su marido cumplía religiosamente.

## VII.

Al volver á casa encontré una carta de mi hermana que al pronto me inquietó. Juana me escribía tan pocas veces, que ereí á mi madre enferma; pero pronto me tranquilicé. He aquí lo que Juana me decía:

«Quiero que esta vez sepas de nosotras por mí. Mamá está muy buena y ahora voy á hablarte de mí. No ignoro cuánto quieres á Vianne y cuánto

—Ocho días cuando más, porque mi hermana está con su familia y no necesita de mis cuidados; además, estamos unidos por los deberes de la sangre mucho más que por la conformidad de ideas. Si me llama á su lado, es para confiarme alguna voluntad testamentaria que no discutiré.

Fué á despedirse de su mujer, y no quiso que ésta le acompañase hasta el sitio de partida, pues hubiese tenido que volver sola ó conmigo.

Despedí á sir Ricardo haciéndole todas mis recomendaciones higiénicas, y después, como le veía aquel día muy expansivo y teníamos aún media hora para hablar, me acordé de lo que mi madre me había dicho, y le pregunté si se acordaba de ella. En cuanto pronuncié el nombre de Adela Moessart, palideció, pero respondió sin vacilación:

—¡Adela! ¡la hija del honrado administrador! ¡Una joven buenisima, casi perfecta! Presentadle mis respetos y decidle que no le olvidado nada del castillo de Mauville y que os amo doblemente al saber que sois su hijo. ¿Cómo no me habíais hablado de esto antes?

—Mi madre me había dicho que el recuerdo de ese castillo os sería penoso, y antes que todo soy médico.

—Es cierto; pero deseo recordar esas cosas, por tristes que sean. ¿Acaso vos las conocéis?

—Las ignoro por completo.

—Quizá algún día las sabréis. Pero ya tenemos que separarnos. Cuidad de Elena.

La última presión de su mano parecía decir: —«Sois mi amigo, y mi honor debe seros sagrado.»—Yo no necesitaba esta recomendación, porque Elena no turbaba ni mi corazón ni mi cabeza. Acostumbrado á vivir á su lado como al de una joya preciosa cuidadosamente encerrada en su estuche, no me inquieté, y temí solamente que me ordenase pasear á sus perros, tarea diaria que su marido cumplía religiosamente.

## VII.

Al volver á casa encontré una carta de mi hermana que al pronto me inquietó. Juana me escribía tan pocas veces, que ereí á mi madre enferma; pero pronto me tranquilicé. He aquí lo que Juana me decía:

«Quiero que esta vez sepas de nosotras por mí. Mamá está muy buena y ahora voy á hablarte de mí. No ignoro cuánto quieres á Vianne y cuánto



desearías tenerle por cuñado. Pues bien, sabiendo esto, le he autorizado para volver dentro de un año, si al cabo de ese tiempo persiste en su resolución, y hasta le he permitido que me escriba cada quince días. Mamá se ha alegrado mucho; ¿y tú?

»En cuanto á mí, estoy un poco asustada de haber prometido tanto. Dicen que el amor es una cosa grande, sublime ó terrible. Sea como quiera, yo he pensado siempre que estando la mujer llamada á obedecer, sólo un gran amor, sólo un inmenso amor podría hacerle la obediencia agradable y sagrada. Yo no siento hácia tu amigo Vianne más que una cordial amistad. Mamá cree que llegará á inspirarme un sentimiento más vivo; ese sentimiento será sin duda el entusiasmo ó la ternura. Vianne es muy pacífico para exigir tanto fervor. Está bien educado, tiene talento, buena posición. ¿Qué necesidad tiene de una compañera como yo? En cambio á mí me hace falta tener un culto, porque no soy pacífica ni tranquila. Mi culto es la música. ¿Qué comparación hay entre la música y el matrimonio?

»Me dirás lo que ya me has dicho: que no se vive únicamente de goces intelectuales y que un corazón vacío es un corazón muerto. ¿Pero no bas-

ta mi cariño á vosotros? ¿No podéis llenar por completo mi corazón mamá y tú? ¡Me quiere tanto mi madre! Si mi facultad de amar llegara á extinguirse, ella la haría revivir muy pronto con el ardor y la delicadeza exquisita de su ternura. ¿Por qué habéis de suponerme un alma fría al ver que no amo á nadie fuera de mi familia? ¡Hemos tenido una infancia tan cuidada, y más tarde una vida tan dichosa! Tú también estás en edad de casarte, y sin embargo no piensas en ello, puesto que te has unido á la existencia de ese gentleman cuya amistad te hace dichoso. ¡No vayas á quererle más que á tu madre y tu hermana! Pero no, nada temo. ¡Te desafío á que quieras á nadie más que á nosotras! Aquella á quien pertenezcas, podrá muy bien darte el porvenir, pero no te dará el pasado, ese gran fondo, ese gran tesoro de ternura y de confianza; las alegrías y los dolores pasados tanto tiempo en común.

»En cuanto á tu amigo Vianne, no existe el pasado ni creo que existirá el porvenir. A veces me siento tan asustada, que cierro los ojos y me precipito á mi piauo para olvidar lo que soy y lo que quieren que sea.

»Cumpliré mi palabra, pues que lo he prometido. Recibiré las cartas y trataré de contestarlas,

y al cabo del año aceptaré la entrevista; pero si no he cambiado, si el cariño no ha venido, si sigo en el temor de abjurar de mi personalidad y de mi libertad ¿será culpa mía? ¿Causaré un disgusto á mi madre? ¿me aborrecerá Vianne? ¿me reñirás tú? Recordad que no he prometido que diría sí, sino que haría todo lo posible por decirlo; pero si me viese obligada á decirlo contra mi voluntad, con el terror en el alma, ¿encontraría en tí un protector, un amigo, un verdadero hermano para preservarme del espanto y de la desesperación? Te ruego me respondas inmediatamente.»

Así lo hice de la siguiente manera:

«Sí, seré un protector, un amigo, un verdadero hermano. Sé libre, querida mía, sé libre en las emociones de tu corazón, como lo eres en las inspiraciones de tu arte. Piensa sin miedo en la resolución que vas á tomar dentro de un año. Tu madre lo aceptará todo con su inalterable bondad y su elevado espíritu de justicia. Mi amigo Vianne sabrá resignarse sin perder nada del respeto y del aprecio en que te ha tenido siempre. En cuanto á tu hermano, ha consagrado su porvenir á un solo fin: el de no costarle lágrimas á su madre é impedir por todos los medios que estén á su alcance que su hermana Juana tenga que derramar una sola.»

Escribí también á mi madre para participarle mi corta conversacion con sir Ricardo. Después llevé mis cartas al correo y comí fuera, no queriendo hacerme servir en casa de mi amo durante su ausencia, y volví á la puesta del sol.

Me preparaba á estudiar, y pensaba en aquel miedo al matrimonio que tenía mi hermana, y las extrañas ideas que había tenido tanto tiempo sobre un secreto imaginario relativo á su nacimiento. Me pregunté si las seguiría teniendo aún y se creería demasiado noble para casarse con Vianne. ¿Por qué mi madre tenía interés en conocer la naturaleza de los secretos de sir Ricardo sobre el castillo de Mauville?

A la rojiza claridad en que envolvía mi habitación el reflejo del sol poniente, se perdía mi imaginación en confusos y fantásticos sueños. Siempre me había rodeado una atmósfera como de misterio, y mi hermana era el ser misterioso por excelencia. Si ahora no parecía ya dudar de su identidad legal, ¿por qué había dudado antes?

Algunos momentos había (y esa había sido la causa de mi lentitud en hablar á sir Ricardo de mi madre) en que tenía pensar en las relaciones que podrían haber existido entre ésta y él;.... ¡pero imposible! Mi madre era una santa. La recti-



tud de su vida entera se reflejaba en sus palabras y en su rostro.

Iba á encender una lámpara cuando oí que daban unos golpecitos en la puerta de mi habitación:

—Entrad—grité, creyendo que era el criado.

La puerta se abrió, y júzguese de mi sorpresa al ver á la señora de Brundel.

—No extrañéis mi visita—dijo—ni encendáis luz. Aún es de día y podemos hablar en el balcón, porque quisiera preguntaros una cosa, doctor.

—Aceptad mi brazo—respondí—y vamos á hablar al salón. Allí estaréis mejor, porque aquí he fumado mucho y.....

—Me es igual. Vamos donde queráis.

La conduje á la habitación que llamaban en la casa *le parloir*. Era una gran sala decorada con estatuas, que merecía bien poco esta denominación íntima del *horne* inglés. La señora de Brundel se arrojó en un sofá. Me senté en una silla, y esperé á que hablase la primera.

—¿Habéis acompañado á Ricardo hasta el vapor—me dijo con el embarazo propio de una persona que no sabe cómo entrar en materia.

—Sí, señora, hasta el vapor.

—¿Ha encontrado un buen camarote?

—Muy bueno.

—¿Y no os inquietáis al verle partir solo?

—No veo ningún motivo de inquietud estando John á su lado.

—Le queréis mucho, ¿verdad? ¡Es tan bueno!

—Excelente. Le quiero como á mi mejor amigo.

—Él también os quiere, y tiene la mayor confianza en vos.

Esta no me pareció una pregunta, y me abstuve de responder.

—Decid—replicó vivamente.—¿Os confía todo lo que le interesa?

—Nunca me ha confiado nada.

—¿Pero no os ha hablado de mí?

—Nunca.

—¡Ah Dios mío! ¡Qué carácter tan singular! Hoy, sin embargo, ha debido deciros algo.

Le repetí fielmente las palabras de sir Ricardo, en las cuales no había ciertamente nada de confidencial ni que no le hubiese oído cien veces ella misma.

La joven pareció desconcertada.

—¿Me juráis que es eso todo?—dijo.

—Puedo jurároslo.

—Nada de su hermana, ni de sus negocios de familia, ni de sus proyectos, ni de ciertas even-

tualidades.... ¡Ya sabréis que no estamos casados, según la ley inglesa!

—No sabía nada.

—Pues os lo explicaré....

—No, no, os lo suplico. No debo escuchar confidencias que el señor Brundel no juzgaría quizá conveniente que me hicierais. Si no tenéis ninguna orden que darme, permitidme que me despida.

—No, no, esperad. He dicho una palabra imprudente, y no quiero que vayáis por eso á creer que soy su querida.

Y como yo insistiese en encender una bujía y acompañarla á su habitación, exclamó con repentina energía:

—¡Escuchad! Necesito vuestra estimación y la mía propia. Mi situación es equívoca: ¡Ricardo se imagina que esto no me hace sufrir, y me está matando. Quiero que sepáis lo que soy.

—¡Pero qué me importa!—exclamé impaciente;—no tengo ninguna curiosidad por saberlo.

—¿Demostráis desprecio? ¡He aquí á lo que me condena el misterio de que Ricardo me rodea, cuando la verdad sería tan natural á los ojos de un amigo, de un hombre honrado como vos.... pero me oiréis, ó creeré que no soy á vuestros ojos más que una entretenida, una aventurera!

—Sólo os escucharé con una condición: la de que todo cuanto me digáis se lo he de repetir á sir Ricardo.

Vaciló un momento, y ya iba yo á aprovecharle para retirarme, cuando me cogió por un brazo con un movimiento nervioso que contrastaba con su habitual indolencia, y me dijo:

—Consiento en que se lo repitáis todo, pero sentaos.... ¡Yo permaneceré de pie, porque estoy tan agitada!.... pero lo diré todo y respiraré después. No soy lo que parezco; no soy francesa ni me llamo Elena. Soy española y me llamo Manuela Pérez.

No sé si notaría en la obscuridad la impresión que me hicieron sus palabras; pero se asustó al verme dar un salto hasta en medio del salón, como si me hubiese picado una víbora.

—¿Qué es eso?—exclamó.—¿Nos escuchan?

—Es muy posible. Este salón es inmenso y no se ve nada.

—Venid á mi *boudoir*. Allí podremos hablar sin temor y tendremos luces.

La joven salió, y yo la seguí maquinalmente, aturdido y sin saber lo que me pasaba.

Entró en una pieza ricamente decorada, iluminada por una lámpara, y se sentó. Yo permanecí en pie, y Manuela me habló así:



—He nacido en España, como ya os he dicho. Mi madre era una mujer muy honrada y muy pobre, abandonada por su marido, á quien yo no recuerdo haber visto hasta la edad de diez años. Mi madre había salido con mi padre de España en mi primera infancia, y aun me estaba criando cuando el se fué, dejándole algún dinero que la pobre supo economizar, esperando siempre que volvería pronto. Era una buena obrera, pero no podía ir al taller por mi causa, ¡y una mujer gana tan poco! Me enseñó su oficio de iluminar estampas y también á leer y escribir regularmente. Nunca he sabido ortografía. Un poco de costura, un poco de español, un poco de baile y mis oraciones en latín que nunca he comprendido, esto es, poco más ó menos, todo lo que ella sabía. No me dió noción alguna del bien y del mal. Honrada y fiel á su marido, no sabía hablar de moral. Creo más bien que no se atrevía á pensar en ella en el temor de tener que condenar á mi padre; en cambio me vigilaba mucho. No me dejaba ir á ninguna parte sin ella, y yo era muy inocente por la fuerza de las circunstancias, sin saber que se podía ser de otro modo. Entretanto nuestros recursos se agotaban, siendo insuficiente el escaso producto que nos proporcionaba el trabajo, y ya íbamos á cono-

cer la última miseria, cuando mi padre nos envió dinero, anunciando que vendría pronto.

Dos años pasaron aún hasta que mi padre volvió, diciéndonos que había ganado mucho oro sin explicarnos cómo. Nos anunció que viviríamos á su lado, y nos llevó á un pueblo llamado Panticosa, que está en las montañas de Navarra. Pronto vimos que mi padre estaba al frente de una porción de contrabandistas, lo cual asustó mucho á mi madre; pero mi padre se burló de sus temores y nos instaló en una casa muy bonita, tomando dos criadas para nuestro servicio y yéndose, Dios sabe dónde, para volver de cuando en cuando muy ocupado y rodeado de hombres con caras de asesinos que nos daban miedo.

No carecíamos de nada, ni aun de hermosos trajes y alhajas; pero ¿para qué nos hacían falta en aquel desierto? Á mi madre y á mí, no nos gustaba aquella vida. No podíamos soportar el campo, acostumbradas á los alegres boulevares de París, á aquel ruido continuo y á aquellos rostros animados. Echábamos de menos nuestra buhardilla y todo aquel movimiento, hasta ese que da el trabajo y que hace que no se piense en nada. En Panticosa estábamos constantemente asustadas. Aquellos contrabandistas que nos rodeaban esta-

ban siempre sombríos y hablaban en voz baja ó por señas. Traté de ser agradable y buena para ellos, que á su vez parecían quererme; pero mi madre desconfiaba siempre y no me dejaba separarme de ella. La pobre sufría allí mucho, y por fin cayó enferma.

Llegó un día en que descubrió que mi padre se ocupaba de otras mujeres, y esto vino á dar el último golpe á su delicada salud, y la mató. Cuando mi padre volvió una noche, la encontró muerta en mis brazos. No lo sintió ni trató de consolarme, y tres días después me condujo á Burdeos, donde le llamaban sus negocios. Iba acompañado de su criada Pepa, sin tomarse el trabajo de ocultarme la naturaleza de sus relaciones con ella. Yo sentí aquel ultraje, y amenacé á mi padre con escaparme para no tener que sufrir la autoridad de semejante madrastra; pero ¿dónde me hubiera refugiado? No lo sabía, estaba encolerizada y no razonaba.—Puesto que te rebelas—dijo mi padre—voy á separarme de tí y á encerrarte en un convento. Allí te aburrirás porque has querido. Así como así, ahora eres rica y es preciso educarte como una señorita. Estudia mucho, y ya te sacaré cuando estés en edad de casarte.

Nos embarcamos aquel mismo día. Yo había

horado mucho, y al salir de Burdeos, donde nada había visto durante mi estancia, llevaba el rostro cubierto con la mantilla, porque tenía estar fea.

Llegamos á Pamplona, donde mi padre me dejó. Tenía yo entonces diez y seis años, y deseaba entrar en el convento, porque ya no tenía á mi pobre madre, que era el único ser en el mundo á quien yo había amado, y no sentía dejar la casa de Pauticosa ni la antipática compañera de mi padre. No deseaba otra cosa que instruirme, pues no me creía menos capaz de ello que cualquiera otra; pero era demasiado tarde para empezar, y sólo aprendí lo que mis compañeras me enseñaron con su ejemplo, como el arte de prenderse la mantilla, de manejar el abanico, de coquetear y de hablar de amor antes de saber lo que es amor. Nuestras religiosas, como no sabían nada, no nos enseñaban nada.

Abreviaré para no impacientaros. Pasaron dos años así. Decían que yo era cada vez más hermosa, y en la calle, en paseo, en todas partes, cuando salíamos, se paraban los hombres para verme pasar, y me escribían á montones billetes de amor. Yo me enorgullecí, pero no amaba á nadie. Enseñé aquellas cartas á mis compañeras, y sirvieron para hacerme reír. Por el día refía sin cesar, pero



por la noche acariciaba sueños de color de rosa. Todos mis enamorados me parecían feos ó ridículos. Soñaba con uno hermoso y deseaba encontrarle. Mi deseo se hizo tan ardiente, que no pensé más que en esto, y tuve fiebre, una fiebre que coloreó mis mejillas y puso mis ojos brillantes.

¡Por fin apareció! Era un joven oficial sin fortuna y sin nombre, pero muy hermoso, muy apasionado, y que sabía escribir dulces cartas. Pasaba las noches bajo mi reja, y como era listo y atrevido, consiguió penetrar en el jardín del convento. Me habló con pasión, me estrechó en sus brazos, me deslumbró, me volvió loca y me sacó del convento, llevándome á casa de una mujer que se encargó de ocultarme hasta que pudiésemos dejar el pueblo secretamente.

Estaba perdida. ¡Perdida por mi culpa!

¡Oh! es verdad que no tengo disculpa; que ni la razón ni la prudencia me preservaron; que fui tan culpable como si me hubiese entregado; pero la casualidad, una casualidad bien triste, se encargó de evitarme la caída irreparable.

Amanecía en el momento en que llegamos á aquella casa, que yo creía honrada y segura. Mi amante tuvo que acudir á la llamada de las armas, viéndose obligado á dejarme hasta la noche, en que

pensaba volver. Rendida de fatiga y de emoción, ¡era aún tan niña! caí sobre un sofá y me dormí.

Pasaron algunas horas, cuando una voz, ¡voz terrible! me despertó. Era la voz de mi padre que hablaba con aquella mujer que se había encargado de ocultarme. Le hablaba como á un amigo íntimo, pues según la oí, había ocultado en su casa contrabando, y ahora se dedicaba á un oficio tan peligroso como aquél, pero más lucrativo: á guardar muchachas robadas. Le habló de mí, diciéndole que ignoraba mi nombre, quién era y de dónde venía, pero alabó mi figura y encendió su curiosidad.... ¡Ah! ¿por qué ocultarlo? ¡era un ser infame! Quiso verme.... la mujer se opuso, pero él la rechazó, y dando una patada á la puerta, entró, encontrándome allí de rodillas y medio muerta. Al reconocermme me insultó, me llenó de golpes é hizo venir un coché, donde me condujo á Madrid.

Diréis que estaba en su derecho al hacer esto quizá que cumplía con su deber. ¡Oh! ¡pero veréis luego! Me dijo que iba á meterme en otro convento de donde no saldría jamás. Respondí, para apaciguarle, que lo merecía y que me sometía gustosa, suplicándole que me perdonase. Entonces estalló en extraños reproches, diciéndome que era baja y vil por naturaleza al haber amado á un cualquiera,

pudiendo pertenecer á un hombre rico y poderoso. Yo no comprendí, ó temí comprender. Tapé mis oídos y lloré.

No quise comer, y mi padre me encerró en un cuarto de una posada.

Cuando llegó la noche, volvió con un hombre espantoso, de grandes bigotes, mirada traidora y con lujosos botones de brillantes en la pechera y puños de la camisa.

—Aquí la tenéis—dijo.—No está hermosa en este momento porque está encolerizada; pero ya la habéis visto en Pamplona y sabéis lo que es. Lleváosla.

Y añadió volviéndose hacia mí:

—Este señor es un extranjero inmensamente rico, que está encargado de buscar una señorita de compañía para su hermana y va á conducirnos á su lado. Allí estaréis muy bien tratada y no tendréis que ir á un convento. Vamos, pronto, poned la mantilla que el coche espera abajo.

Yo había visto á aquel ruso andar á mi alrededor en Pamplona; después me había escrito groseramente. Comprendí que lo que mi padre decía no era verdad. Quise gritar; pero la voz se ahogó en mi garganta, y una lucha terrible se entabló para hacerme salir de allí. Consiguieron

llevarme hasta el dintel de la puerta; mas logré escaparme y fui corriendo á la casualidad, queriendo pedir socorro, pero completamente muda y como loca. Ví delante de mí una puerta abierta. Me lancé á ella y entré en una habitación donde un hombre de cierta edad y de fisonomía dulce estaba con un periódico en la mano que ya no leía, pues el ruido sordo de aquella lucha había llamado su atención y tenía fijos sus ojos en la puerta.

Me arrojé á sus piés y cogiendo sus rodillas con mis brazos conseguí decirle:

—¡Salvadme!

Entonces no sé lo que pasó, porque me desmayé.

Cuando recobré el conocimiento, me encontré sentada en una butaca. Un joven me hacía respirar un olor fuerte, y un hombre de más edad me sostenía la cabeza, diciendo: «Parece que se reanima.»

Aquel hombre era sir Ricardo Brunel, y aquel joven su médico. Cuando volví en mí, me dejaron con una mujer para que me cuidase, diciéndome que no tuviese ningún temor y que procurase descansar.

Yo estaba rendida; pero el miedo de ver venir



á mi padre me tuvo despierta toda la noche, mientras que la enfermera dormitaba; sin embargo, mi padre no volvió, ni le he vuelto á ver más. Sé que ha muerto en América de la fiebre amarilla hace poco tiempo, no dejando absolutamente nada. ¡Me alegré, porque nada hubiese yo tomado!

El médico vino á informarse varias veces de cómo seguía, diciéndome siempre que estaba segura y que me tranquilizase. Por la mañana, sir Ricardo me hizo saber que deseaba hablarme, si podía recibirle. Me levanté, y arreglándome un poco, le recibí. Mandó salir á la enfermera y me dijo:

—Señorita, ¿sois en efecto la hija del señor Pérez?

—¡Ah! Sí.

—¿Es verdad que habéis tenido cierta aventura en Pamplona?

—¡Es verdad, caballero!

Se lo conté todo, y vió que no mentía.

—¿Esperabais casaros con ese oficial?

—¿Podéis dudarlo?

—¿Entonces, estaréis segura de que no tenía intención de engañaros?

—¡Oh, segurísima!

—¿Y le amáis?

—Sí, le amo.

—Escribidle que venga á buscaros aquí. Decidle que vuestro padre le perdona y que desea casaros en seguida; añadid que pone por condición que ha de ser sin ninguna especie de dote. Tal es la voluntad de vuestro padre.

Escribí, y el señor Brundel envió un hombre con el encargo de poner mi carta en manos del oficial y de traer su respuesta. El mensajero vino con las manos vacías. El oficial había recibido la carta, diciendo que respondería más tarde, pues en aquel momento, no tenía libertad para escribir.

Mientras esperaba la solución de la prueba hecha por mi bienhechor, no volví á ver á éste. Teníamos en el hotel habitaciones muy separadas. Cuando vino á anunciarme tan triste resultado, lloré amargamente. Vió que estaba aún demasiado quebrantada para soportar la verdad, y trató de dejarme alguna esperanza.

—Probablemente—dijo—ese joven no será libre para comprometerse sin consultar á su familia. ¿Dónde está ésta, y qué posición ocupa?

Yo no sabía absolutamente nada, ni aun sabía escribir bien su apellido. Sir Ricardo frunció ligeramente las cejas, y su sonrisa de lástima me humilló profundamente.

—Vamos—dijo viendo mi desesperación,—sois aún más niña de lo que había pensado; pero no os avergoncéis así. Vuestra locura prueba que vuestro padre no se equivocaba al decir que no comprendíais lo que él llama vuestros *intereses*. Tanta imprevisión é imprudencia no son propias de una persona corrompida, y os disculpan; pero....

—¡Pero estoy envilecida por haberme entregado así á la lealtad de un desconocido!

—No estáis envilecida; pero lo estaríais muy pronto si no cambiáis.... ¡Habéis recibido una educación detestable!

—No he recibido ninguna.

—Sí, esa es la desgracia; pero aun tiene remedio. ¿Queréis que yo os enseñe á pensar y á mirar las cosas como se debe?

—Sí, sí, os lo suplico; ¿pero lo permitirá mi padre?..... ¡Si supierais!

—Lo sé todo. No tenéis más padre que yo; me ha cedido sus derechos.

—¿Cedido?

—Sí, *vendido* muy caro, y ha partido para América. No os diría tan rudamente las cosas si hubieseis recibido otra educación; pero debo deciroslo brutalmente para despertar vuestra alma dormida y hacer nacer en vos la conciencia de la dig-

nidad humana. Vamos, mirad; me pertenecéis, y si fuese un libertino, calculad á qué degradación os hubiese conducido vuestra ligereza. Vuestro padre, sea lo que quiera, no se hubiese atrevido á traficar con vos, si vuestra falta no le hubiese hecho pensar en que queríais perderos. Ahora lo que debéis hacer, pobre niña, si, como creo, valéis más de lo que parece, es tratar de elevaros á vuestros propios ojos y á los de todo el que os rodee. Soy un hombre honrado y no estoy enamorado de vos, queriendo sólo, al mezclarme en este asunto, hacer una buena acción. No soy un santo, y tengo quizá que expiar algunos pecados de la juventud. La expiación me es fácil, porque soy rico. Os trataré, pues, como á mi hija adoptiva, si os mostráis digna de ello. He querido ante todo casaros con el que os ha comprometido, y pensaba asegurar vuestra existencia. Si no se lo he hecho saber así á vuestro seductor, ha sido porque quería probarle.

—¡Ah!—exclamé;—es un infame, un miserable!

—Tal vez sí, y tal vez no; más vale creer que es un niño irreflexivo y sin principios ni conciencia del bien y del mal, obedeciendo al primer instinto, al primer movimiento.... como vos, querida



mía. Sin duda no tiene recursos, y teme conocer la miseria con una mujer tan pobre como él. La prueba está hecha; sin embargo, aun no es decisiva. Quizá piense venir él mismo á traer la respuesta. Démosle un mes de plazo, dos, si queréis; pero pasado este tiempo, habrá que tener valor para abandonarle sin debilidad.

No tuvimos que esperar tanto tiempo. Dos días después el señor Brundel recibía una carta, la cual recuerdo palabra por palabra.

«Caballero: Iba á dirigirme á Madrid con la intención de reparar el mal que he podido hacer á la señorita Manuela. Creí encontrarla allí con su padre, y veo que éste ha partido y que vos le reemplazáis; esto es muy sospechoso á mis ojos, y por esta y otras razones que vale más no escribir, pero que vos comprenderéis perfectamente, desisto de mis pretensiones y renuncio al deber que pensaba cumplir.»

—Esto es la cobarde retirada de un hombre que intenta romper sus compromisos ultrajándose y ultrajándose. Vamos, mi pobre niña. ¿Estáis ya curada de un amor tan mal empleado?

—¡Oh, sí!—respondí;—pero jamás curaré de la vergüenza de mi locura.

—Es preciso olvidarla; comenzar una vida nue-

va y haceros digna de la afección de un hombre honrado. No puedo ocuparme de vos directamente, porque mi vida es demasiado errante. Como no tengo familia, viajo sin cesar. Además, si estuviérais á mi lado, sospecharían de vos, y no os he salvado para perderos. Voy á conducirlos á Francia ó á Inglaterra para ponerlos en un colegio ó al lado de una familia honrada, y más tarde, si os portáis bien, me ocuparé de vuestro matrimonio con el mismo interés que lo haría un padre.

Caí á sus piés para darle gracias y bendecirle. Al momento me levantó, y besándome en la frente se retiró en seguida.

Yo había sufrido un golpe tan terrible, que no estuve en disposición de partir en seguida. Sentía palpitaciones de corazón que me sofocaban. Por fin, á la semana siguiente estábamos el señor Brundel, su médico y yo, camino de Francia.

Aquel viaje me pareció delicioso en compañía de un hombre tan amable y tan bueno como el señor Brundel. Sentía que podría tener en él una absoluta confianza. Tenía entonces unos cincuenta y cinco años, y estaba tan bien conservado, que sólo representaba cuarenta. Yo le amaba sin acordarme de haber amado á otro la víspera, á otro que entonces despreciaba y cuyo recuerdo me era

odioso. ¡Cuánto hubiera deseado borrar mi falta, para ser digna de la ternura de mi bienhechor! Pero bien vi en la reserva del señor Brundel que tenía que hacer mucho para merecerla, y me contuve para que no sospechase nada.

Me puso en un colegio de París, en cuya población pasó el invierno. Allí estaba muy bien tratada, y hubiese podido ser dichosa, si no hubiera estado tan atrasada en comparación de las jóvenes de mi edad. El señor Brundel, que iba á verme cada quince días, comprendió mi humillación y la vergüenza que pasaría al verme en la sección de las niñas de diez y doce años. Se informó y decidió que tomase mis lecciones aparte en la habitación de la directora.

Al principio hice cuanto pude; pero estaba escrito que no me instruiría. No tenía costumbre de estudiar, y no podía fijarme en nada.

No salíamos, y el barrio en que estaba situado el colegio era entonces un desierto rodeado de jardines y de solares. Mi pensamiento se dirigía sin cesar hacia el señor Brundel, á quien hubiese querido ver á todas horas, y á quien sin embargo veía muy poco, y siempre en presencia de las maestras.

Me sentí atacada de un profundo fastidio y de un secreto desaliento. En el convento de España

estaba más libre y más alegre. Allí se bailaba el bolero á escondidas, se hablaba de amor y se cantaban romanzas en voz baja, no observando ninguna regularidad en las costumbres.

En París era otra cosa. No sé si las jóvenes hablaban de los placeres del mundo, porque vivía casi sola en la sociedad de las profesoras, que no eran nada alegres y que me hacían el efecto de mogigatas muy descontentas de su suerte.

Mis profesores no eran ni jóvenes ni hermosos, salvo el de música, que sin ser guapo era entusiasta y algo loco. Se enamoró de mí perdidamente y me lo dijo. Yo me sentí confundida, y el miedo se apoderó de mi pobre cabeza. Obtuve permiso para hablar un día á solas con el señor Brundel, y le supliqué que me hiciera cambiar de colegio ó me llevase á viajar con él. Me regañó dulcemente y me interrogó hasta que se lo confesé todo.

—Me siento en peligro—le dije.—No sé qué encaento me atrae hacia ese músico. Me he jurado ser formal y fuerte, pero veo que no lo he conseguido y que no puedo permanecer tranquila en cuanto me hablan de amor.

—Sí, bien lo veo—respondió el señor Brundel—la necesidad de amar os consume. Sois una naturaleza apasionada. ¿Queréis que os case? Me



informaré, y si ese hombre que os agrada es honrado....

—No—exclamé—no me agrada, no le amo, no quiero casarme con él; amo á otro.

—¿A quien? ¿todavía al oficial?

—No, á otro que no lo sabrá nunca y á quien amaré toda mi vida.

—Muy bien—exclamó sir Ricardo, que más penetrante de lo que yo había creído me había adivinado;—pero ¿qué garantías de fidelidad daríais á ese otro? ¿No os conmoviera el primero que llegase á hablaros de amor? Niña, tenéis demasiada ternura al servicio de la ocasión, y os aconsejo que no juréis amor á nadie, porque no podréis cumplir vuestra palabra.

Merecía sus reproches; pero su severidad no era á propósito para animarme en mis confesiones. Se separó de mí diciendo que yo sola debía librarme de la influencia del maestro de música, y que si llegaba á conseguirlo sin ayuda de nadie, lo tomaría en cuenta.

Lloré mucho, pero algo me consolaba. Me parecía que había más despecho celoso que severidad verdadera en las palabras de sir Ricardo. ¡Tal vez me amaba! pero si era así, ¿por qué me lo ocultaba? ¡Sin duda me amaba seriamente y pen-

saba casarse conmigo, puesto que me quería fuerte y fiel!

Tuve valor. Me negué á recibir las lecciones del profesor de música y le devolví sus billetes sin leerlos. Esto agradó mucho al señor Brundel, quien sin embargo se fué á Inglaterra y me dejó en París sin que, al parecer, sintiera separarse de mí.

Me resigné; pero el aburrimiento de la inacción, junto á mis vanos esfuerzos para aprovechar las lecciones, alteraron mi débil salud. Cuando sir Ricardo fué á verme el invierno siguiente, me encontró enferma con una anemia tan pronunciada, que se inquietó y resolvió hacerme viajar un poco con él y su médico. Me llevó á Italia, donde me restablecí con una prontitud asombrosa. Entonces volví á hablar de ponerme otra vez en un colegio de Milán ó de Florencia. Le oí con mucha sumisión; pero volví á caer mala, y un día mientras yo dormitaba oí que su médico le decía:

—No os desembarazaréis fácilmente de este precioso fardo. Si la abandonáis, morirá.

—¿La amáis?—dijo el señor Brundel bruscamente.

—La amaría de muy buena gana—respondió el otro con mucha tranquilidad;—pero procuraré defenderme de este amor como de la peste.

—¿Por qué?

—Porque soy un hombre honrado y conozco vuestras intenciones. Queréis que el que la ame se case con ella, y comprendo la lealtad de vuestra adopción; pero yo no me casaré nunca más que con una mujer muy tímida, muy fría ó muy fea, pues tengo poco tiempo y aun menos gana de vigilar un *tesoro*.

Fingi no entender nada; pero esta severa lección me quedó muy impresa. El señor Brundel era tan dulce y tan bueno, que no me había dejado conocer qué carga tan pesada debía yo serle, y cuán poco merecedora era del serio amor que á veces me lisonjaba haberle inspirado. El desprecio de aquel médico que me había tratado siempre como á una niña estúpida, me hizo examinarme y proponerme formalmente llegar á ser una persona razonable. Vi ó creí ver que sir Ricardo no me amaba, puesto que proponía á su médico que se casara conmigo. Sin duda deseaba desembarazarse de mí, y esclavo del deber que se había trazado, quería casarme honradamente y jamás me propondría que fuese su querida. Era pues necesario, para tranquilizar su conciencia, hacerme digna de ser su mujer. A fuerza de méritos quizá llegase á inspirarle amor. Oculté mi pesar

y pedí que me pusieran en un colegio en cualquier parte.

El señor Brundel se decidió por Venecia y me llevó allí. Yo fingía estar sumisa y alegre, pero mi debilidad y palidez me desmentían. Sir Ricardo me llevó en una góndola hasta la puerta del monasterio, observándome mucho, pero pareciendo completamente decidido á separarse de mí.

Sostuve aquella prueba sin saber que lo era, y cuando ya iba á saltar al muelle mi protector me detuvo.

—Basta—me dijo— habéis mostrado más valor y resignación que esperaba de vos. Veo que vais adquiriendo fuerza de voluntad y que vuestro carácter comienza á merecer estimación. Permaneceremos en Venecia, pero aun no me separaré de vos.

Me arrojé á sus pies y besé sus manos loca de gozo. Sir Ricardo parecía muy conmovido; pero al cabo de un momento de turbación me rechazó suavemente y dijo:

—Es necesario reprimir estas expansiones, que serían tomadas en mal sentido si no nos ocultase la cortina negra de esta góndola.

—Pero, puesto que nadie nos ve—respondí— ¿no debo demostraros mi alegría y adoraros por todo lo que habéis hecho por mí?



—No—respondió sir Ricardo—no debéis adorarme, puesto que yo no puedo devolveros un sentimiento tan exaltado, y en cambio debéis acostumbraros á las conveniencias del pudor. Bien veo que en el fondo de todo esto hay más inocencia que nada; pero si me fiase demasiado en vuestras buenas intenciones y en las mías, podría olvidar la reserva que me he impuesto y vuestra sería la culpa. Aprended á guardaros de los peligros con que parecéis jugar y á combatir hasta contra mi mismo si perdiese la cabeza, porque me despreciaría y os dejaría al momento.

Todo aquello era muy severo; pero traté de no ver más que la intención de educarme á su gusto y me esforcé en adelantarme á su deseo. Puse una pantalla ante mis ojos y una coraza sobre mi corazón y fui tímida y reservada como él me quería, tomando la actitud de una hija sumisa y cariñosa.

Ví que mi ignorancia le hacía sonreír y reír algunas veces, y traté de instruirme aprendiendo el inglés, historia y geografía.

Habitábamos un antiguo y gran palacio, donde, como en todas partes, tenía yo mis habitaciones separadas y alejadas de las suyas. No salía más que con él y su médico ó con la doncella que ha-

bía puesto á mi servicio, que es la misma que tengo ahora. La había escogido española para no olvidar mi idioma. Cuando sir Ricardo venía á mis habitaciones á pasar un rato á mi lado, quería que aquella mujer estuviese siempre delante. Viendo esta resolución, nunca traté de estar sola con él, lo cual pareció agradarle mucho.

Tuve libros, profesores, piano, un perro y pájaros para distraerme. Nada faltaba para instruirme y alegrarme; pero tengo la cabeza dura y ninguna memoria. Aprendí poco y mal, y en las cosas que he retenido hay algunas que no comprendo. Yo era más bien artista. Tengo una voz bonita y me vuelvo loca por el baile. Dolores me enseñó á bailar los bailes españoles en que ella es maestra; pero en la ciencia musical no adelanté mucho, pues aunque canto agradablemente, no soy música.

El señor Brundel vió que yo no tenía la culpa de adelantar tan poco, y no me hizo por ello el más ligero reproche.

Nuestras relaciones no cambiaron, y yo entretanto me acostumbraba á tener valor y paciencia. Un día supe por los criados á quienes Dolores hacía hablar, que Ricardo tenía una intriga amorosa con una célebre cantante. Sentí una pena horrible y resolví suicidarme. Tomé un veneno que no me



mató, pero que me hizo tanto daño que aun me resiento de los estragos que en mí causó. Hice jurar á Dolores, que lo descubrió, que no me haría traición, pero el médico vió muy pronto la causa del mal y la obligó á confesarla. De este modo se enteró sir Ricardo de la pasión que me inspiraba, que aun cuando sin duda había ya adivinado, no creía tan violenta.

Cuando estuve en estado de oírle, me dijo en español, pues sabe muy bien todas las lenguas:

—Manolita, queríais que os amara y lo habéis conseguido. Os amo tiernamente. Sois dulce, buena, sincera y dócil; mi amor ha sido hasta aquí el de un padre, á pesar de que vuestro cariño ha tendido á hacerme faltar á mis deberes. En mi juventud, que ha sido muy agitada, me impuse por orgullo y por una repugnancia invencible, la ley de no pagar jamás el amor. Esto no quiere decir que yo haya sido indiferente á los atractivos de las mujeres que especulaban con ellos; pero jamás he tratado de comprarlas. Ellas lo sabían, y me han concedido sus favores únicamente porque les agradaba. Con vos la situación es excepcional. He comprado el derecho de ser vuestro padre, y si llegase á ser vuestro amante, cometería un perjurio y una cobardía de que soy incapaz, y ya os lo he

dicho, si me abandonase al delirio de una pasión irreflexiva, me creería igual á Antonio Pérez, que os ha entregado á mí sin condiciones de ninguna clase. Es pues necesario que sea vuestro padre en toda la santidad del nombre, ó vuestro marido. ¿Y habéis pensado en esto? Tengo triple edad que vos, y estoy amenazado de una enfermedad del pecho que es incurable; además, no debo casarme hasta después de la muerte de mi hermana mayor que puede sobrevivirme. Compromisos de familia en los que juega mi honor me hacen imposible eludir esta obligación. Reflexionad que puedo prometeros el matrimonio y al mismo tiempo no cumplir mi promesa. No quiero ser, no seré vuestro amante. Renunciad, pues, á un sueño de niña, y haced un esfuerzo supremo para amar á otro y olvidarme.

—¡Jamás!—exclamé.—Os respeto, os adoro, no quiero ser ni vuestra mujer ni vuestra amante. Venceré este amor que os inquieta y os estorba. Seré vuestra hija ciegameamente sumisa, y me consideraré dichosa. Me avergüenzo de mi exaltación y os juro estar tranquila y resignada, aunque tuvierais diez queridas ante mis ojos, y hasta si queréis casaros con otra.

—Nunca—respondió.—Os juro desde ahora que



si alguna vez estoy en situación de casarme, no será con nadie más que con vos; ¿pero váis á sacrificar vuestra juventud á semejante eventualidad? ¿Váis á consumirla en la soledad en que estoy forzado á dejaros vivir? Mirad, tengo cerca de mí un hombre honrado y joven, instruido y de una figura regular, Bretón, mi médico. Al principio no os quería; pero ahora os juzga mejor y os aprecia. Si en un tiempo dado, habiendo renunciado á mí por completo, sentís alguna inclinación hacia él, no me lo ocultéis, porque me consideraré dichoso....

—¡No, no!—exclamé;—me desagradan; todos los hombres me desagradan. Consideradme como vuestra hija y tratadme tan severa, tan fríamente como queráis; seré feliz y os bendeciré al ver que no me alejáis demasiado de vos.

Cedió, reservándose su libertad; pero pronto supe que no usaba de ella. Había dejado partir á la cantante, á la que no le unía ninguna afección seria y vivía muy retirado, preocupándose de su salud que no era buena entonces, y entregándose á un trabajo sobre la historia de Venecia. Poco á poco me permitió cenar con él y pasar á su lado cerca de dos horas con el médico ó con algunos amigos íntimos, á los que me presentó como su hija adoptiva. Todos eran personas de edad. El médico no

me dijo nunca una sola palabra para indicarme que me amaba. Sir Ricardo no se preocupaba ya con la idea de casarme. Insensiblemente me pareció que se unía á mí y que mi sociedad le era necesaria á ciertas horas. Fué á mi habitación y Dolores se olvidó varias veces de estar presente. Sir Ricardo no se apercibió de ello ó no quiso apercibirse, y una dulce intimidad se estableció por fin entre nosotros. Ya no temía estar solo conmigo: le había aprisionado con mi casta confianza. Al año siguiente me llevó á Inglaterra, donde hizo la vida del gran mundo, y me puso una casita en un barrio lejano adonde estaba su hotel. Todos los días iba allí á pasar dos horas conmigo. No estaba celoso, y sin embargo, me hacía vigilar por John, su ayuda de cámara, que había puesto á mi servicio.

De este modo pudo asegurarse de la austeridad de mi vida y de la inocencia de mis ocupaciones. Varias veces se creyó en el deber de decirme que no había ninguna apariencia de que pudiésemos casarnos; que su hermana tenía mejor salud que él; que me devolvía mi libertad, y que si quería usar de ella no tenía más que una palabra que decir y dejaría de venir á verme. Mi dote estaba siempre dispuesta, pues sir Ricardo la había ase-



gurado para cualquier eventualidad. Le respondí como siempre que no quería dote ni marido, ni libertad, que no me ocupaba del porvenir, y que sería dichosa con tal que le viese todos los días aunque no fuese más que un instante.

Mi desinterés y mi cariño le enternecieron. Bebaba mis manos á menudo, y mi frente algunas veces, llamándome su querida hija. Nunca, os lo juro delante de Dios, ha habido entre nosotros más que eso. Ricardo tenía aún asuntos del corazón en su patria; yo lo sabía, pero dominaba mi inquietud y mis celos al ver que no perdía mi puesto en sus afecciones.

Pero permitidme que descanse para acabar más pronto. Á pesar mío he entrado en detalles que no hubiera querido; vuestra fisonomía, siempre burlona, me ha obligado á ello. Hagamos una pausa, y decidme ahora lo que pensáis de mí. ¡Parece que no me creéis sincera!

Me encontraba tan turbado, sin poder decir por qué, que vacilé en responder; por fin dije:

—Si sois sincera, yo también quiero serlo. Os estudio friamente (mentía, pero creía decir la verdad). Vuestra historia me extraña mucho, porque es inverosímil. Sin embargo, puede ser posible, dadas la edad, la enfermedad y ante todo el cora-

zón de oro de sir Ricardo. Si mi fisonomía os ha parecido burlona en algunos momentos, es porque, francamente, no comprendo que hagáis tales confianzas á un hombre que apenas conocéis.

—¡Cómo, que apenas conozco!—exclamó.—Vivimos bajo el mismo techo; sir Ricardo me habla de vos á todas horas como de su mejor amigo, y no he de procurar merecer vuestra estimación, cuando es posible que pasemos diez años, toda la vida juntos? Sé que como vos no dejéis á sir Ricardo, él no se separará de vos y hará todo cuanto le sea posible para conservaros á su lado. Es preciso pues que seáis mi enemigo ó mi amigo, y como no sabéis nada de mí, he tenido que hacerme conocer con mis desgracias, mis defectos y mis buenas cualidades, si tengo alguna.

Obligado á responder, dije:

—Hasta aquí no he tenido lugar de seros hostil, sino al contrario. Tened la bondad de continuar, y resumiré mis observaciones si tengo alguna que hacer.

Mannela Pérez continuó:

—En la primavera de aquel año íbamos á seguir viajando, cuando sir Ricardo cayó gravemente enfermo de una fluxión al pecho. Me había prohibido tan terminantemente que fuese á su casa, que



no me atreví á desobedecerle. Pasé los días en la calle á la puerta del hotel, para que el médico pudiese darme noticias suyas á cada instante. Un día aquel joven, que era muy bueno, compadecido de mí, me hizo entrar.

—Está muy mal—me dijo—y no quiero que muera sin bendeciros. Si le vuelve el conocimiento, estoy seguro de que os llamará. Venid, pues, á su lado.

Pronto tomé la cofia y el delantal de Dolores y entré con el Sr. Bretón como una enfermera llevada por él. Estas precauciones no eran inútiles, porque la hermana de sir Ricardo, esa anciana interesada y cruel, estaba en la habitación del enfermo.

El médico estaba convencido de que sólo la llevaban allí miras interesadas y de que su presencia hacía sufrir al pobre Ricardo. Logró persuadirla de que se retirase, haciéndola entender que aun tenía esperanza. La hermana de sir Ricardo había escogido una enfermera que la era adicta y que de todo cuidaba, menos del enfermo. El Sr. Bretón, con su autoridad de médico, la despidió y me puso en su lugar.

Cuidé á mi querido protector con pasión. No dormí un instante durante quince días y quince noches. Siempre estaba atenta á su respiración,

con el corazón oprimido ó lleno de esperanza, según el suyo parecía reanimarse ó morir.

Al cabo de algunos días en que fué mejorando notablemente, abrió los ojos y me reconoció, dando muestras de lo agradable que le era mi presencia, y siendo sus primeras palabras para bendecirme y para darme las gracias.

Apenas convaleciente, quiso dejar á Londres y volver á Italia. Desde aquella enfermedad me hice verdaderamente necesaria á mi amigo, que ya no volvió á hablarme de casarme con otro, y me renovó á menudo una promesa que yo no exigía: la de casarnos en cuanto fuera libre. Nuestra intimidad no pudo permanecer escondida, y como las gentes juzgan por las apariencias, pasé por la querida del Sr. Brundel. Me resigné, pues lo aceptaba todo por su amor; pero él no pudo sufrir que fuese calumniada y despreciada por mi abnegación, y dijo que nos habíamos casado. Sus amigos no creyeron la noticia, pues su hermana sabía la verdad y dijo en todas partes que yo era un capricho sin consecuencias; pero al menos, en la vida errante que llevábamos y entre las personas que nos rodeaban, no tuve el sentimiento de ser mirada con desprecio. Si en los hoteles en que nos hospedábamos, los amigos que sir Ricardo encuentra y



los criados que nos sirven no están completamente persuadidos de nuestro matrimonio, al menos al oírme llamar la señora de Brundel piensan que soy una compañera digna y respetable de él.

ALE. Ahora ya sabéis que mi suerte está en vías de decidirse. Sir Ricardo en un tiempo, y por causa que no me ha explicado, tuvo necesidad de una suma considerable que no poseía, pues se había casi arruinado y su padre era un avaro inflexible. Su hermana mayor, que estaba ya casada y era inmensamente rica, le prestó aquella suma con la condición de que no había de casarse, á fin de que la fortuna del padre de ambos pudiese quedar íntegra para sus hijos. El padre ha vivido hasta la edad de noventa años, y Ricardo no le ha heredado hasta hace algunos años. Entonces ha querido pagar la deuda á su hermana y recobrar su libertad; pero se había comprometido sin saber lo que hacía, y el contrato estaba hecho en tales términos, que le obligaba á no casarse jamás, sin que la devolución de la suma pudiese anular esta cláusula. La hermana se ha negado en absoluto á recibir el dinero, á menos que Ricardo hiciese testamento dejando todos sus bienes á sus sobrinos; pero Ricardo no quiso, esperando siempre que su hermana transigiría. Ahora está muriéndose. ¿Sostendrán

sus hijos tan grandes exigencias? Lo ignoro. Ha sido, pues, necesario que Ricardo me dejase ahora para ir á arreglar este asunto. Yo le he suplicado que cediese sus derechos. ¿Qué me importa lo que pueda dejarme? ¿No lo perderé todo al perderle? ¿Acaso me importan algo las riquezas? ¿Sé yo si le sobreviviré? ¡Creo que si él muere, moriré! Todo lo que deseo es ser su compañera legítima y poseer conocer por fin su amor; diré más, conocer el amor que ignoro, pues á los veintitrés años puedo decir que no sé lo que es. ¡No sonriáis, doctor! Estoy pura, sin mérito ninguno, lo confieso, puesto que mi virtud proviene de las circunstancias y no de mi voluntad; pero heme virgen en la edad en que las pasiones se despiertan y el corazón habla seriamente. ¡Seguís sonriendo! Vamos, está decidido; no queréis concederme ninguna estimación; pero al menos habré conseguido que no me despreciéis.

—Ya os he dicho —repliqué— que tal vez tendría que haceros algunas observaciones: ¿me las permitís?

—Ciertamente, las exijo.

—Pues bien; si el señor Brundel es en todo digno de la pasión que os inspira, no estoy tan persuadido como vos de que hayáis hecho todo lo



posible por inspirarle una igual. Es cierto que sois amable, dulce, que merecéis la aprobación por haber vencido en vos instintos que hacían callar la prudencia y el orgullo; pero, puesto que habéis podido hacer este esfuerzo, que es el más difícil de todos, bien podíais haber hecho el de cultivar vuestro espíritu para llegar á ser, no digo la igual del señor Brundel, porque tiene una inteligencia superior, pero sí su verdadera compañera, una amiga bastante instruída para comprenderlo todo y para hablar á todas horas con él. Os he observado poco, pero lo bastante para convencerme de vuestra indolencia y pereza ante cualquier trabajo sostenido. Decís que no tenéis memoria y hasta que carecéis de inteligencia, y lo que es peor, lo decís sin sentimiento y sin rubor, haciendo de ello una broma, un juego, una especie de bravata. Esto es de muy mal gusto, os lo advierto. Parece que decís á la gente: «Mirad, soy ignorante y limitada; pero admiradme á pesar de eso; ¡soy tan hermosa! ¡Amadme! ¡soy tan seductora!» Pues bien; á mi parecer, cuando una mujer se alaba de su inferioridad intelectual para conceder todo el mérito al prestigio de su belleza, se coloca á la misma altura de los animales domésticos, y es como un hermoso pájaro que sólo sirve para colo-

carlo en una jaula. Gusta silbar á su lado, hacerle una caricia al pasar, mirándole saltar con gracia, pero se pasa en seguida á distracciones más serias, y me parece, no os enfadéis, que tales son y tales serán siempre vuestras relaciones de corazón con el señor Brundel: habéis querido unir su existencia á la vuestra, y lo habéis aceptado todo, hasta verdaderos sufrimientos. Soy médico y conozco perfectamente lo que la falta de expansión ha debido costar á una existencia como la vuestra y vos creéis haber hecho bastante para tener derecho á asociaros á la vida de un hombre tan bueno. Pues bien, no; os habéis equivocado, es demasiado poco lo que habéis hecho. Nunca sir Ricardo pasará más de dos horas á vuestro lado, y aun éstas las pasará haciendo un gran sacrificio pues tiene experiencia y no ignora que existen mujeres con las cuales se pueden compartir todas las sensaciones intelectuales y vivir sin descender de sí mismo.

Manuela quedó un momento tristemente pensativa y después dijo:

—¿Creéis que Ricardo ha conocido á esas mujeres?

—Lo supongo, puesto que á menudo os ha dejado por ellas.



—Sí; pero siempre las ha dejado para volver á mí. Mi dulzura y mi belleza, puesto que no me concedéis nada más, le han parecido preferibles á su gran talento. En cuanto á vos, veo que os estimáis en más alto grado que sir Ricardo, puesto que necesitáis por lo menos una musa. Sin eso, por lo visto, para vos no hay amor ni amistad.

—¡Amistad sí!—respondí tendiéndole mi mano con fingida alegría.—Este sentimiento se concede á los inferiores.

La joven se echó á reír, diciendo sin la más leve sombra de resentimiento:

—Sí, eso se le concede á veces á un perro. Ricardo, según vos, me ama como yo á mi cotorra ¡Muchas gracias! ¡Qué salvaje, qué brusco, qué original sois! Sois peor que Bretón, que se contentaba con llamarme tesoro frágil y precioso fardo. ¡Bien veo que nunca tendré partido entre los médicos!

—Tal vez son gentes que ven muy claro y son muy positivas; pero pronto os consolaréis. Un inglés noble y rico es más á propósito para una mujer bonita que quiere vivir en una hamaca de seda en medio de su perfumado *boudoir*; permaneced en vuestro nido de pluma, bello pájaro de los trópicos; pero tengo que trabajar, y os pre-

sento mis respetos como á la futura señora de Brundel, sin daros las gracias por confidencias que no he provocado. ¿Habrá que decir á vuestro futuro esposo que se apresure á iniciaros en ciertos misterios cuya revelación declararéis esperar con impetuosa impaciencia?

—¡Como queráis!—respondió con mal humor.

Creí ver una lágrima en sus ojos, y me apresuré á salir, cerrando detrás de mí la puerta de su *boudoir* con involuntaria brusquedad.

Me sentía muy agitado, pero no quise confesármelo á mí mismo. Traté de trabajar y me fué imposible. Creí que tenía sueño, y no pude cerrar los ojos; pero logré calmarme y hacer, á pesar mío, examen de conciencia. ¿Por qué al encontrar con sorpresa á Manuela en Elena había sentido redoblar mi despecho, mi desconfianza y mi necesidad de ser un pedante crítico con aquella criatura inofensiva? ¿No era aficionado al examen, y el examen trae la indulgencia, la desconfianza de sí y la tolerancia para los demás? Por otra parte, al ver á aquella hija de Antonio Pérez, á quien habla creído irremisiblemente perdida y que encontraba ahora rehabilitada hasta el punto de poder ser la esposa del señor Brundel, ¿no debía alegrarme?..... Un hombre de bien había podido hacer



floreecer la conciencia de un ser todo instinto, arrancado de un centro impuro....; pero yo estaba encolerizado, no creía en su conversión, me burlaba de su necesidad de amor y rebajaba su inteligencia. ¡Sobre todo, estaba indignado al ver el esfuerzo que aquella joven hacía para conquistar mi estimación!

¿Y por qué todo esto? ¿Por qué mi dureza, mis sospechas y mi injusticia? ¿Por qué aquella antipatía y repulsión? ¿Por qué aquella cólera sorda, como si Manuela, al disponer de sí misma, me hubiese arrancado un bien que me pertenecía? ¿Acaso estaba celoso de ella? ¿Acaso la amaba todavía?

Pues bien, sí; preciso es confesarlo. La había amado, la amaba siempre. Era mi ideal largo tiempo acariciado, mi presa secretamente disputada, mi tormento tantas veces maldito, la esperanza y el sufrimiento de mi juventud, y el escollo de mi honor si no lograba escapar al encanto en que, sin saberlo, me había envuelto.

El insomnio aumenta las tentaciones y los peligros. A medida que pasaban las horas de la noche sentía yo crecer mis agitaciones, tomando por fin la resolución de no volver á ver á la futura esposa de sir Ricardo.

## VIII.

Por fin logré dormirme y me desperté más tranquilo. La carta de Juana estaba abierta sobre la mesa. Quise volverla á leer, para encontrar en aquel casto y dulce sentimiento de amistad inalterable la lucidez de mi conciencia. Una frase me había extrañado, y trataba de comprenderla bien. «Te desafío—decía mi hermana—á que quieras á nadie más que á nosotras; tu futura compañera no te dará más que el porvenir, mientras que nosotras somos el pasado, la alegría y el dolor llevados tanto tiempo en común.»

—Es verdad, una profunda verdad—me dije;—y si Manuela me ha conmovido tan vivamente ayer, es porque también ella es mi pasado; pero no es ese de que habla mi hermana; no es la santa ternura, la solícitud, la expansión de todos los días, la confianza tranquila y sagrada; es el insomnio, la curiosidad, el despecho, el disgusto. He pasado por todos estos tormentos, y quisiera volver á pasarlos. ¿Por qué? El porvenir de esta joven pertenece al señor Brundel, y su vida pasada ha sido mi tormento. Ella me ha inoculado la en-



floreecer la conciencia de un ser todo instinto, arrancado de un centro impuro....; pero yo estaba encolerizado, no creía en su conversión, me burlaba de su necesidad de amor y rebajaba su inteligencia. ¡Sobre todo, estaba indignado al ver el esfuerzo que aquella joven hacía para conquistar mi estimación!

¿Y por qué todo esto? ¿Por qué mi dureza, mis sospechas y mi injusticia? ¿Por qué aquella antipatía y repulsión? ¿Por qué aquella cólera sorda, como si Manuela, al disponer de sí misma, me hubiese arrancado un bien que me pertenecía? ¿Acaso estaba celoso de ella? ¿Acaso la amaba todavía?

Pues bien, sí; preciso es confesarlo. La había amado, la amaba siempre. Era mi ideal largo tiempo acariciado, mi presa secretamente disputada, mi tormento tantas veces maldito, la esperanza y el sufrimiento de mi juventud, y el escollo de mi honor si no lograba escapar al encanto en que, sin saberlo, me había envuelto.

El insomnio aumenta las tentaciones y los peligros. A medida que pasaban las horas de la noche sentía yo crecer mis agitaciones, tomando por fin la resolución de no volver á ver á la futura esposa de sir Ricardo.

## VIII.

Por fin logré dormirme y me desperté más tranquilo. La carta de Juana estaba abierta sobre la mesa. Quise volverla á leer, para encontrar en aquel casto y dulce sentimiento de amistad inalterable la lucidez de mi conciencia. Una frase me había extrañado, y trataba de comprenderla bien. «Te desafío—decía mi hermana—á que quieras á nadie más que á nosotras; tu futura compañera no te dará más que el porvenir, mientras que nosotras somos el pasado, la alegría y el dolor llevados tanto tiempo en común.»

—Es verdad, una profunda verdad—me dije;—y si Manuela me ha conmovido tan vivamente ayer, es porque también ella es mi pasado; pero no es ese de que habla mi hermana; no es la santa ternura, la solícitud, la expansión de todos los días, la confianza tranquila y sagrada; es el insomnio, la curiosidad, el despecho, el disgusto. He pasado por todos estos tormentos, y quisiera volver á pasarlos. ¿Por qué? El porvenir de esta joven pertenece al señor Brundel, y su vida pasada ha sido mi tormento. Ella me ha inoculado la en-



fermedad de la duda y me ha hecho amargo y escéptico en el amor en la dichosa edad de las ilusiones. ¡Si hoy fuese libre, no podría amarla sino con las más dolorosas restricciones! ¡Ay! sin saberlo, Juana tiene razón; ya no creeré, y cualquiera que sea el pasado de una mujer, será para mí como un obstáculo á la fe ó á la seguridad.

Al pensar en la angelical rectitud de mi madre y de mi hermana, no ví en Manuela más que un fantasma sin conciencia, y mi noche de fiebre me pareció el resultado de una excitación nerviosa.

Al día siguiente me dirigí á las islas del lago para estudiar historia natural. Aquel hermoso país, todo luz, con sus fondos violeta, donde las aguas surcan con reflejos de plata la base de las montañas; esa profundidad límpida, espejo ardiente que redobla el poder del sol; aquellas riberas frescas, aquellos indefinidos murmullos misteriosos, todo convidaba á la tranquilidad y al reposo.

Llegada la noche, y teniendo que guardar el frágil tesoro de sir Ricardo, volví, y entrando en mi habitación, empecé á leer, cuando la criada española dedicada al servicio de Manuela llamó á la puerta. Creí que era ella misma. Como estaba encerrado, fui á abrir la puerta, después de preguntar con tono seco quién estaba allí.

—La señora está muy enferma—me dijo la sirvienta— y aunque no me ha dicho que venga á buscar al doctor, y hasta me lo ha prohibido, tengo una responsabilidad tan grande, que no puedo dejarla que se ponga peor sin avisar al médico, que tiene tanta responsabilidad como yo.

—¿Y qué es lo que tiene la señora?—pregunté poniéndome la levita.

—No ha dormido en toda la noche.

—¡Bah, yo tampoco! El calor, los mosquitos....

—Es que no ha comido en todo el día.

—Entonces es más serio; ¡á mí no me ha pasado lo mismo!

—¡El señor doctor ha tenido buen apetito!

—¡Devorador!

—¡Alabado sea Dios!— exclamó Dolores con un acento que quería decir: «¡Qué hombre tan bruto!»

Desconfié de aquella mujer, pues su aire no era franco. Era una solterona seca que podría haber sido hermosa antes de padecer las viruelas. Su edad era problemática. Se la consideraba más bien como ama de gobierno. Decía que era noble, pero que había sufrido muchas desgracias de familia, y lo cierto es que tenía muy buena educación; hablaba el francés, el italiano y el inglés con bas-

tante perfección, aunque con alguna afectación. La miré como espía de sir Ricardo y de toda su casa, ya por complacer á su señora, ya por tener algo de que hablar en las muchas horas que pasaban juntas.

La seguí, pues era mi deber y no debía sustraerme á él, por ligera que fuese la indisposición de aquella que en mi pensamiento continuaba llamando la odaisca. Por otra parte, me sentía muy fuerte y seguro de mí en aquel momento. Encontré á Manuela en la terraza de sus habitaciones, tomando el freseo tranquilamente y saboreando un helado de limón. La joven tenía un traje extraño, un verdadero traje español rosa vivo con encajes negros, el cuello descubierto, los brazos desnudos y cubiertos con largos mitones de guipur negro, la falda corta cubierta de volantes, los cabellos recogidos entre rosas y el abanico en la mano. Se hubiera dicho que iba al baile ó á una corrida de toros.

—La enfermedad no es grave—dije á Dolores, que me introdujo.

Manuela dió un grito.

—¿Qué queréis?—dijo levantándose.

Su sorpresa y su descontento no eran fingidos. No me esperaba. Dolores había obrado por sí mis-

ma, y ella fué la que tomó la palabra para decir que no había querido dejarme acostar sin que hubiese tomado el pulso á su señora; y como hablaba de su responsabilidad y de la mía, viendo mi aire frío, Manuela se calmó y tendiéndome su mano, dijo sonriendo:

—Pulsadme, doctor, pero no tengáis miedo; estoy bien y no tendréis necesidad de ocuparos de mí.

—Me ocuparé si hay motivo—respondí—y para empezar hago constar que tenéis fiebre.

—Dolores no os ha dicho—replicó Manuela—que acabo de bailar con ella una jota aragonesa; pero mi vestido os lo revela.

—Sí; pero vos no decís—replicó Dolores—que en medio del baile os habéis desvanecido.

—No me he desvanecido. He tenido un momento de vértigo, pero no he perdido el conocimiento; y ese refresco que me habéis traído me ha repuesto en seguida.

—Pero tenéis fiebre, según ha dicho el doctor; no habéis dormido esta noche ni comido hoy. Estáis pálida....

—Lo estoy siempre. Vamos, dejadme tranquila. Buenas noches, doctor; id á trabajar, que voy á seguir bailando.



—Prohibídselo, doctor—exclamó Dolores con acento patético.—Conmigo es una niña mimada y no me hace caso.

Volví á tomar el pulso, que iba calmándose y hasta debilitándose.

—Cómo—dijo Manuela—¿también vos vais á hacer el tirano conmigo?

—No; bailad si os parece; pero no antes de haber tomado una sopa. Prometédme lo.

—Obedezco en seguida; tanto más que no tenía apetito hoy y que esta es la única causa de mi desvanecimiento. Vé, Dolores, y trae esa sopa.

—Voy al momento, pero quedaos, doctor; quizá vuelva á desvanecerse.

—¿Padecéis de estos síncope?—dije á Manuela cuando estuvimos solos.

—Sí—respondió;—pero lo que he tenido ahora no valía nada.

—Creo que tenéis buena salud, porque nunca me habéis llamado como médico.

—Tengo buena salud—replicó la joven con acento breve—y aunque así no fuese, Ricardo no lo sabría, y por consecuencia vos tampoco. No comprendo que Dolores, que me ha visto tanto tiempo enferma y debilitada, os haya llamado por tan poco.

—Me creí en el deber de interrogarla con insistencia. La joven respondió:

—Pues bien, sí, la vida que hago me perjudica, y si no acaba pronto me matará. ¡Pasar meses enteros sin salir del mismo jardín! ¡ver todos los días las mismas flores! ¡Que hastío cuando Ricardo no está á mi lado!

—También montáis á caballo con él.

—Eso me perjudica aun más. Tengo un miedo horrible al caballo.

—¿Sois cobarde hasta ese punto?

—Ahora sí; de niña era valiente; pero desde el miedo que me hizo pasar mi padre en esas escenas que os he referido.... además el mimo de Ricardo también me hace miedosa. Cuando uno es tan dichoso, se hace cobarde.

—Sin embargo, desafiáis á veces algo peor que un caballo, puesto que desafiáis la enfermedad al estar indispuesta y no querer que os cuiden.

—Dolores basta, y cuando el señor Brundel está aquí, no se inquieta como hoy, ni avisa, porque sabe muy bien que no quiero que él sepa que me ahogo en mi dorada jaula.

—Sin embargo, ahora lo sabrá, porque mi deber es decírselo.

—¡Es que no quiero!

—¿Qué importa?

—¿Os insubordináis? Pues bien, tenéis razón; ¿qué importa, si vamos á casarnos y mi cautividad va á concluir?

—¿Estáis segura?

—¿Y vos?

—Yo no estoy seguro. El señor Brundel os mira como á un niño, pero no parece consideraros como una persona formal.

—Sí, ya lo sé, pero suya es la culpa. Él es quien me ha hecho hacer esta vida de reclusa y quien me ha impedido comprender nada de la vida práctica. Después de todo, ¿qué me importa esto? Si estoy verdaderamente, enferma prefiero no saberlo; pero, Dolores, trae la sopa. Dámela para que acabe de reponerme.

La joven comía con mucha gracia, prontitud y limpieza, aunque sin apetito. Me prometí indicarle un regimen y me despedí.

Apenas había llegado al dintel de la puerta, cuando el ruido estridente de las castañuelas me hizo volver la cabeza. Manuela estaba de pie, en una postura arrogante, con el codo derecho elevado á la altura del rostro y el brazo izquierdo formando un ángulo gracioso. Las castañuelas repicaban con ligereza entre sus pequeños y ágiles

dedos; la cabeza, un poco inclinada á la derecha, tenía una expresión de nobleza extraordinaria, mientras que los ojos á la vez ardientes y severos parecían decir: «¡De rodillas ante mí!»

Me detuve involuntariamente; jamás hubiese creído que aquella mujer tan torpe al montar á caballo, pudiese tener tanta valentía, gracia y majestad bailando. Cada país tiene su gracia, la inglesa es centaura y la española Manuela, era el tipo ideal del pájaro, cuando bate sus alas.

Vió que estaba fascinado; no era coqueta, pero sabía serlo cuando quería agradar.

—Miradnos bailar—me dijo haciendo seña á Dolores.—Nunca habréis visto estos bailes, y es curioso, porque en nada se parecen á los vuestros.

¿Por qué me quedé? No lo sé, pero hice mal.

Dolores había tocado un timbre, á cuyo sonido entró el negrito y sin decir nada tomó una guitarra que había en una butaca y se puso á tocar la jota aragonesa. Dolores pasó rápidamente por sus dedos los cordones de seda de un par de castañuelas de marfil. Las de Manuela eran de ébano y hacían menos ruido. El negro tocaba muy bien. Manuela volaba como una paloma ó se retorció como una culebra. Dolores, más nerviosa aún, se



había transfigurado: sus formas angulosas, su talle demasiado largo, sus ojos apagados, todo en ella parecía fundirse en un nuevo molde. Tenía músculos de acero y saltaba como una pantera. Ridícula de ordinario, llegaba hasta ser hermosa bailando; sus ojillos negros lanzaban relámpagos, y su energía hacía resaltar la mirada voluptuosa y lánguidas posturas de su compañera. Era verdaderamente un hermoso baile, una pareja seductora, un ritmo que volvía loco.

Terminado el baile, desapareció el negrito como por encanto. Dolores arrojó un chal sobre sus hombros, y Manuela me dijo riendo:

—Decid, doctor, ¿no opináis que es este un buen remedio contra el *spleen* de la prisión?

Yo estaba turbado. Pregunté si el señor Brun-  
del, que también era algo médico, aprobaba aquel ejercicio.

—Por lo menos no se opone á él— contestó Manuela.

—¿Y le gusta veros?

—¡No! ¡no bailamos delante de él! ¡Es demasiado inglés!

Pensé que sir Ricardo debía juzgar aquel espectáculo demasiado excitante para un hombre que rechazaba aquella clase de emociones, y me

reproché por no haberle imitado. Manuela vió mi confusión.

Empecé á alabar á Dolores con exageración, diciendo que me gustaba mucho aquel baile, pero que se necesitaba un vigor de que sólo ella era capaz.

—¿Es decir—replicó Manuela—que Dolores baila mejor que yo?

—Mucho mejor; fuerza es confesarlo.

—Es natural—dijo Manuela sin ningún despeño;—ella es la profesora y yo soy la discípula.

—Hay que añadir también—observó Dolores—que no estáis lo mismo cuando alguien os mira. Bailáis cien veces mejor cuando estamos solas.

Ví que iban á comenzar de nuevo, y huí, tratando de ponerme á estudiar, sin conseguir mejor resultado que la víspera.

Tenía que convenir conmigo mismo en que estaba bajo el imperio de una fascinación. Resolví tratarla como una enfermedad cuyos síntomas debía observar con cuidado, procurando para curarme no apartarme ni un ápice de mi deber.

Manuela sólo amaba en el mundo á sir Ricardo, y éste, de cualquier manera que amase á su hija adoptiva, la había confiado á mi honor. Lo mejor hubiese sido alejarme de la joven al mo-

mentó; pero no me era posible porque había jurado velar por ella. Tenía, pues, que aceptar mi penosa situación y vivir conteniendo todos mis instintos y dominando mi despecho y mis celos.

Aquella situación no debía durar más de ocho días.

—Sería — pensé — muy débil y muy cobarde, si no supiese sufrir ocho días. ¡Con tal que nadie conozca mis sufrimientos!

En este punto no me inquieté, porque el orgullo es una gran arma á falta de la virtud, y si dejaba conocer mis sentimientos me pondría en ridiculo, lo cual me contenía bastante.

Renuncié á volver á usar con la joven aquel tono de necio despecho que á sus ojos me haría aparecer grosero y excéntrico. Resolví ser amable, cariñoso y desinteresado.

Al día siguiente por la mañana iba á pedir noticias de Manuela, cuando Dolores vino á dár-melas.

—No ha dormido — me dijo. — Os aseguro que está enferma, señor doctor, y quizás gravemente. Yo no sé, pero en cuanto no está el señor aquí, no estoy tranquila ni un momento. Tal vez os parezca mal mi inquietud.

—¡Á mí! ¿por qué?

—¡Ah! ¡sois á veces tan extraño!

—¿Yo?

—Sí, no os enfadéis. ¡Parece que odiáis á mi pobre ama!

—Sería muy extraño que odiase á una persona á quien conozco tan poco y á quien sir Ricardo, que es mi mejor amigo, quiere indudablemente mucho.

—Quizás por eso mismo — dijo Dolores con páfida sonrisa.

—¿Eh? — dije frunciendo las cejas y mirándola frente á frente.

Noté que se desconcertaba.

—Dispensad á una extranjera — replicó con tono meloso; — no sé si habré dicho alguna palabra sin conocer bien su valor.

—Por el contrario, siempre he notado que habláis muy bien el francés.

—Sois muy indulgente, señor doctor; pero habéis dicho que no conocíais bien á mi ama, y eso es posible hace dos días, mas no ahora que os ha contado su historia, según me ha dicho. Yo la he censurado porque no había ninguna necesidad de deciros todo eso; pero en fin, ya lo sabéis, y comprendéis tan bien como yo, por qué está enferma.



—No sé si está enferma. Creo que no come bastante y que baila demasiado.

—¡Que baila demasiado! ¡Pobrecilla! ¿Y en qué queréis que emplee las fuerzas de su hermoso cuerpo? ¿con qué queréis que aturda su corazón lleno de amor?

—Esas son bonitas frases y nada más, señora, pero yo no puedo formar mi juicio sin previo examen, y como la señora se niega á él, esperaré á que vuelva su marido.

—¡Su marido! ¡bien sabéis que no es ni marido ni amante! Sois médico y no debíais rehusar una consulta.

—Si no me la piden.....

—Sí, esta mañana ya no se negaba.

—En ese caso, decid á la señora que espero sus órdenes.

Dolores vió que desconfiaba de ella, salió y volvió al cabo de un instante con un billete de Manuela que decía estas palabras: «Ruego al doctor que venga á verme.»

Guardé el billete para mostrarle á sir Ricardo caso de necesidad, porque no sé lo que temía por parte de aquella maldita camarera.

Encontré á Manuela más pálida que de costumbre, envuelta en un peinador de cachemir blanco,

los cabellos apenas sujetos; estaba verdaderamente seductora con su aire abatido y sus ojos cargados de languidez.

Me entregué resueltamente á los peligros de la auscultación. El médico dominó por completo al joven, y estuve lúcido y atento, encontrando, al parecer, un comienzo de hipertrofia en el corazón. Prohibí el baile, prescribí un régimen, y me retiré diciendo que el mal no tenía ninguna importancia si se me obedecía.

Una hora después vino Dolores á mi cuarto.

—Vamos, señor doctor, ¿es verdad que no es nada?

—Siempre se le dice al enfermo que no es nada, pero cuando he prohibido el baile, es que hay algo. Os hago responsable del cumplimiento de mi prescripción.

—¡Oh! tranquilizaos, doctor, Manuela es muy sumisa y no bailará más; ¿pero qué hará para distraerse un poco? ¡Si pudiésemos salir en carruaje!.....

—El señor Brundel os habrá dado las órdenes necesarias sobre este punto.

—A vos es á quien ha dado todas sus instrucciones.

—Mis instrucciones se limitan á estar siempre

á la disposición de la señora en lo que concierne á mi profesión y á la próhibición de salir con ella.

—¿Pero no estaréis encargado de impedir que salga sola?

—No hubiera aceptado el oficio de carcelero.

—En ese caso..... Pero no, no querrá desobedecerle.

—¡Que le escriba! no está tan lejos. Yo voy á escribirle por mi parte el resultado de mi examen. El permiso llegará dentro de dos días; pero me parece que sería mejor esperar algunos días más y no alarmar al señor Brundel. El mal no es tan grave que haya peligro en la tardanza.....

—Sí, porque vos creéis que el señor Brundel.....

—¿Qué?

—No puedo decir nada.

—Entonces, nada digáis.

Salió como despechada y volvió en seguida.

—Quiero decirlo todo—exclamó.—Es necesario que salvéis á mi ama querida; es necesario que hagáis que sir Ricardo diga la verdad.

—¿Qué verdad?

—La de que nunca se casará con ella.

—¿Pues no se lo ha prometido?

—No tan en absoluto como Manuela se figura; pero no hay duda que lo ha prometido en los mo-

mentos de piedad y de ternura. En el fondo no está enamorado de Manuela, ni lo ha estado nunca. Al principio se ha sentido algunas veces conmovido á su lado, ¡era tan bonita y le amaba tanto!; ¡pero estos ingleses! Al librarla de las infamias de su padre se juró no amarla, y ha cumplido su palabra. Sin embargo, ha sucedido una cosa que él no había previsto, y es, que la joven iba á serle tan amante y tan fiel, que se acostumbraría á sus cuidados, á su dulce carácter, y no podría pasarse sin su amistad; pero en cuanto á su amor, le teme, le huye, y quisiera poder quemarle y arrojar al viento sus cenizas. El matrimonio la pondría en la obligación de responder á él..... El señor Brundel se ha acostumbrado á mirarla como á su hija, y creería cometer un incesto casándose con ella. Aun hay otra razón: si acepta su hermana el pago de esa deuda que sabéis, quizá quede apurado y con una mujer á quien ha acostumbrado á ser sultana, es decir, á gastar mucho y á no servir para nada..... Además, que se case ó no se case, nunca consentirá en que Manuela sea libre de ir y venir como las demás mujeres, porque no tiene confianza en ella y cree que no debe su virtud más que al aislamiento en que la tiene. Cree que Manuela es frágil, variable.....



—Y quizá no se equivoca.

—No se equivocará si ha de ser la mujer de un anciano; pero si no, os aseguro que se equivoca. Manuela es más fuerte y más digna de lo que parece.

—Es posible; pero nada de eso me importa. El señor Brundel no me ha hecho confidencias y no tengo el derecho de aconsejarle. Así es que podíais muy bien haberme evitado el disgusto de oír estas revelaciones que la delicadeza me obliga á comunicarle si me pregunta.

—Decídselo todo—exclamó Dolores;—si yo me hubiese atrevido, hace tiempo que le hubiese hablado como os hablo, pues sé que es necesario que la suerte de Manuela cambie ó que la pobre niña muera.

Y Dolores salió dramáticamente, dejándome muy confuso con la situación difícil en que me habían colocado las circunstancias. Dolores, que ocultaba un gran cinismo bajo su énfasis natural, había puesto el dedo sobre la llaga del futuro hogar. La joven había esperado demasiado para no llegar á la explosión, y el anciano había dominado con demasiada fuerza los peligros de la intimidad para encontrar la pasión necesaria á una unión tan desproporcionada.

## IX.

Por la noche volvieron á llamarme. Encontré á Manuela más enferma que por la mañana, y al día siguiente aun peor. Los síntomas, sin ser alarmantes, estaban más caracterizados: tuve que visitarla durante el día y por la noche, tomando el partido de escribir á sir Ricardo.

Éste acababa de escribir por su parte á Manuela bajo un sobre dirigido á mí:

«Mi hermana ha muerto, aceptando la restitución pura y simple de la suma que me había prestado. Para satisfacer más pronto á sus herederos tengo que partir á Burdeos en cuanto terminen los funerales; es decir, mañana por la noche. Espero estar á vuestro lado dentro de ocho ó diez días. Paciencia, hija mía. Vuestro amigo Ricardo os bendice.»

Este lacónico billete me fué al momento comunicado por Manuela.

—¿Qué pensáis?—me dijo la joven.

—Que aquí no dice nada que confirme la palabra que decís os ha dado.

—Y quizá no se equivoca.

—No se equivocará si ha de ser la mujer de un anciano; pero si no, os aseguro que se equivoca. Manuela es más fuerte y más digna de lo que parece.

—Es posible; pero nada de eso me importa. El señor Brundel no me ha hecho confidencias y no tengo el derecho de aconsejarle. Así es que podíais muy bien haberme evitado el disgusto de oír estas revelaciones que la delicadeza me obliga á comunicarle si me pregunta.

—Decídselo todo—exclamó Dolores;—si yo me hubiese atrevido, hace tiempo que le hubiese hablado como os hablo, pues sé que es necesario que la suerte de Manuela cambie ó que la pobre niña muera.

Y Dolores salió dramáticamente, dejándome muy confuso con la situación difícil en que me habían colocado las circunstancias. Dolores, que ocultaba un gran cinismo bajo su énfasis natural, había puesto el dedo sobre la llaga del futuro hogar. La joven había esperado demasiado para no llegar á la explosión, y el anciano había dominado con demasiada fuerza los peligros de la intimidad para encontrar la pasión necesaria á una unión tan desproporcionada.

## IX.

Por la noche volvieron á llamarme. Encontré á Manuela más enferma que por la mañana, y al día siguiente aun peor. Los síntomas, sin ser alarmantes, estaban más caracterizados: tuve que visitarla durante el día y por la noche, tomando el partido de escribir á sir Ricardo.

Éste acababa de escribir por su parte á Manuela bajo un sobre dirigido á mí:

«Mi hermana ha muerto, aceptando la restitución pura y simple de la suma que me había prestado. Para satisfacer más pronto á sus herederos tengo que partir á Burdeos en cuanto terminen los funerales; es decir, mañana por la noche. Espero estar á vuestro lado dentro de ocho ó diez días. Paciencia, hija mía. Vuestro amigo Ricardo os bendice.»

Este lacónico billete me fué al momento comunicado por Manuela.

—¿Qué pensáis?—me dijo la joven.

—Que aquí no dice nada que confirme la palabra que decís os ha dado.



—Nunca se ha comprometido formalmente, y sir Ricardo escribe siempre de esa manera.

—¿A qué llamáis comprometerse formalmente?

—A una promesa escrita que nunca me ha ocurrido pedirle.

—Habéis hecho mal—dijo Dolores.—El viento se lleva las palabras.

—¿Quieres hacerme dudar de él? Veamos, doctor, ¿qué decís vos que le conocéis tan bien y que le amáis tanto?

—Yo no puedo formar opinión, no sabiendo si sus palabras han sido tan explícitas como decís.

—¡Dios mío, no sé! Me ha dicho que nunca se casaría con otra.... ¡Oh! y de eso estoy segura, porque me lo ha jurado.

—Y cumplirá su palabra; pero eso no es decir que se casará con vos.

—Convengo en ello; ¿pero cómo ha consentido en dejarme llevar su nombre y pasar por su mujer?

—Lo ha consentido porque no ha podido hacer otra cosa—observó Dolores.—Acordaos de cómo pasó todo esto. Yo fui la que empecé á llamaros señora y á decir á los criados que estabais casada con él. Mi nacimiento y mis principios no me permitian servir á una persona que no fuese res-

petada. Erais inocente, bien lo sé, pero nadie hubiese querido creerlo. Por entonces el señor Brun-  
del estaba ausente. Cuando volvió le dije lo que había tenido que inventar para evitar las murmuraciones, y me riñó por no haberos hecho pasar por su hija; pero ya era tarde y tuvo que conformarse con el papel que yo le había dado; mas no creo que eso solo le lleve hasta casarse.

—¡Veis!—exclamó Manuela dirigiéndose á mí.—¡Quiere desesperarme! ¡Pretende amarme más que nadie en el mundo, y sus palabras me exaltan y me matan!

—Pero—le dije yo—¿por qué desesperaros, si continuais con sir Ricardo en las mismas condiciones privilegiadas en que estáis desde hace cinco ó seis años? ¿Qué os falta? Nada, ni aun la consideración, puesto que os ha dejado llevar el nombre de esposa. Os aburrís, sufrís porque estáis encerrada; pues pedidle que os deje salir más á menudo y que en lugar de ir á caballo os lleve en coche. Esto me parece muy fácil, y más que cuando sepa que estáis enferma se apresurará á complaceros.

—Ciertamente—replicó Dolores—es un hombre muy bueno y la trata con ternura; ¿pero llamáis á esos paseos el placer y el bienestar de la



libertad? ¿Se puede vivir siempre con un hombre que no tiene las necesidades ni los gustos de la juventud? Nada de conversaciones, ni de visitas, ni de teatro, ni de baile. Vamos, señor doctor, si tuvierais una mujer, ¿la trataríais así?

—Si me casara, exigiría que mi mujer no se ocupase más que de su casa y de sus hijos, y jamás me casaré con una persona que necesite para vivir bien conversaciones, visitas, teatro y bailes.

—Y haríais muy bien—replicó Dolores—porque tendríais vuestro hogar y vuestros hijos para ocupar las atenciones de vuestra mujer.... ¡y además os tendría á vos! Nadie está triste y enfermo cuando está en compañía de un hombre joven y hermoso, mientras que....

—¡Basta!—dijo Manuela, que se había puesto roja y cuya voz temblaba.—¡Calla, Dolores, porque no dices más que tonterías ó impertinencias!

—Pero todo esto no tiene nada que ver con mis visitas, observé. Hablemos de vuestra salud.

—¡Mi salud!—exclamó;—no, no quiero ocuparme de eso. Quiero dejarme morir, porque estoy cansada de la vida.

Y viendo que yo iba á reñirla—exclamó con vehemencia.

—¡Dejadme! Ahora veo claro. Ricardo piensa tal vez que sueño con su rango y su fortuna.... y vos parece que lo pensáis también.... ¡Ah, qué desgraciada soy! Yo le amaba por él, por su belleza moral, por su gran talento, por su bondad, que es inmensa; por sus beneficios, de que tanto he abusado; pero sobre todo, por el profundo y verdadero amor que creía poder inspirarle. Vosotros me abris los ojos, ¡erueles!.... Ricardo no me juzga aún digna de él y quiere continuar la prueba indefinidamente, ¡hasta que me muera! Pues bien, sea; moriré, y me llorará, mientras que si le atormento dejará de quererme. Calla, Dolores; te prohibo que me hables de él. ¡Dejadme, doctor, no quiero ocuparme de mi salud; quiero quedar esclava, prisionera, objeto de lujo en mi hamaca de seda!.... ¿Acaso merezco otra cosa, yo, que no tengo inteligencia, ni paciencia, ni instrucción; yo, con quien un hombre de mérito no puede hablar; yo, en fin, que he deshonrado mi vida el día en que he amado sin saber adónde conduce el amor? ¿Acaso se me puede perdonar esto? Me he dejado llevar, arrastrar á los más ignobles peligros, porque no comprendía, porque era estúpida. ¡Creía marchar hacia el altar, y caía en un lupanar! ¿Qué importa que saliese de allí



como había entrado? ¡Las señoritas bien educadas lo saben todo y se las respeta, y yo estaba deshonrada antes de conocer nada!.... ¡por eso es necesario que á pesar de mi larga expiación siga sufriendo el castigo hasta la muerte!

Los sollozos la sofocaron. Dolores la tomó en sus brazos y con una fuerza varonil la llevó á su lecho; después salió para buscar un calmante, dejándome solo con Manuela.

Me sería imposible recordar lo que le dije para consolarla y devolverle el valor, porque estaba demasiado conmovido en aquellos momentos y no sabía lo que hacía. Creo que le dí la razón contra el señor Brundel, y que la aconsejé rompiese un lazo que tenía que ser fatal á uno y otro. Acepté, á pesar mío, las ideas sugeridas por Dolores, no suponiendo que sir Ricardo estuviese resuelto á realizar las esperanzas que había hecho concebir.

¿Me entendía Manuela? ¿me comprendía? No sé. La pobre lloraba con las manos en las mías, los ojos velados por sus largas pestañas, las mejillas encendidas y el corazón oprimido.

La obligué á tomar la poción, y al verla mejor, quise retirarme.

—No la abandonéis—dijo Dolores.—Bien veis

que yo la incomodo y la irrito á pesar mío; vuestra presencia y vuestras palabras la consuelan. Quedaos otro poco, os lo suplico.

Tuve la cobardía de quedarme al lado de la enferma, que aletargada por el calmante, se fué durmiendo poco á poco.

Tomé un libro para leer, y Dolores salió de puntillas.

El objeto de aquella mujer era visible: quería unir *nuestros destinos*; ¿pero cómo entendía esto? ¿Deseaba hacerme faltar á la confianza de sir Ricardo, dándome los derechos del amor y reservándole á él los del matrimonio? ¿Había adivinado mis agitaciones? ¿Creía realmente que sir Ricardo no pensaba casarse y le agradaría casarme con Manuela? ¿Era una pobre mujer romántica, ó una infame intrigante?

Y ella, Manuela, ¿era verdaderamente el ser desinteresado y sincero, cuyo porvenir me interesaba tanto? ¿No era la cómplice bien afeitada de su doncella? ¿No pretendía ser, ó la mujer rica y honrada de sir Ricardo, ó por lo menos su hija adoptiva espléndidamente tratada y con un amante discreto instalado en la casa?

Dejé caer el libro sobre mis rodillas, y mis ojos se fijaron, sin poderlo remediar, en aquella joven



dormida, que parecía ahora indiferente á todas las cosas de este mundo.

Aquel profundo sueño no era fingido: el opio hacía su efecto.

La joven tenía la misma posición de un niño vencido por la fatiga. No había en ella pudor afectado; tenía el hombro un poco descubierto y el brazo extendido; parecía la imagen de la castidad inconsciente, y no me inspiraba en aquel momento ningún deseo de los sentidos. Examiné las líneas de su rostro que aún no me eran familiares. Su frente, estrecha como la de una estatua griega, indicaba más espontaneidad que razonamiento; su mejilla sin brillo, pero pura y aterciopelada, sus cejas inmóviles, sus párpados enrojecidos por lágrimas no simuladas, su pecho verdaderamente virginal, sus delicadas manos, indicios de dulzura, sus dedos delgados, expresión de un espíritu sin cálculo y sin egoísmo..... ¡No! no era ni una intrigante ni una ambiciosa; todo en ella era sincero: ¡aquel rostro de ángel no podía engañar!

La examiné con el interés del fisiólogo. Su corazón no levantaba ya al latir la ligera tela del peñador. ¿Estaba aquel corazón atacado de alguna lesión grave? No; los nervios solos estaban verdaderamente enfermos, y el equilibrio en peli-

gro de ser destruído. Aquella alma tierna necesitaba amor; aquella organización delicada necesitaba felicidad; pero entonces sir Ricardo, que había podido apreciar sus cualidades y admirar su abnegación, debía amarla con pasión y guardarla celosamente, debiendo prever..... ¿Por qué la dejaba sola, confiada á un hombre de mi edad? Me debía creer muy frío ó muy fuerte.

Al cabo de una hora despertó Manuela. Estábamos solos, y quise llamar á Dolores; pero ésta había salido.

Manuela me miró con vago asombro, quedando algunos instantes sin acordarse de por qué estaba yo allí y sin querer preguntármelo. Ví que hacía esfuerzo por recordar sin ayuda de nadie.

Era la hora de la siesta. La habitación sombría y fresca le daba á uno cierta indolencia, y el olor de las rosas del jardín penetraba, á pesar de las ventanas cerradas, con el agudo canto de la cigarra.

—Vamos—dijo Manuela cuando hubo coordinado sus ideas—ahora me siento bien. ¿Está ahí Dolores?

—Ha salido.

—¡Ah! verdad es que le he dado algunos encargos. Quiero levantarme, doctor..... Estoy comple-



tamente vestida.... No tenéis más que darme la mano. Estoy aún algo trastornada, pues por lo que veo, me habéis dado opio.

La conduje á una butaca.

— Permaneced á mi lado — dijo; — os molesto hoy por última vez.

— ¿Qué queréis decir? ¿Nos amenazáis aún con dejaros morir?

— No; cuando lo he dicho estaba loca, pero ya me tenéis tranquila y razonable. No creáis todo eso que ha dicho Dolores. No necesito bailes, ni espectáculos, ni conversaciones. Comprendo que no me puedo casar con sir Ricardo, y renuncio á ello.

— Encuentro que variáis con mucha facilidad. Antes estabais desesperada....

— Ha sido un momento de debilidad, pero ya me he hecho fuerte. Creo que no habéis comprendido bien mi estado moral. No estoy enamorada de sir Ricardo, como pensáis. Le amo, ¡oh, sí! le amo como á mi padre si no quiere ser más que mi padre, como á mi marido si quiere que sea su mujer; es decir que le daré la ternura que me pida, sin echar de menos la que no me pida.

— ¿Estáis segura?.....

— Estoy segura de conseguir esto con un poco de tiempo; no soy fuerte, pero soy dulce y me se-

meto siempre, porque está encarnada en mí la costumbre de la sumisión.

— ¿Y pensáis que no estaréis enferma cuando hayáis tomado vuestro partido?

— Lo espero; pero ¿qué importa que esté bien ó mal? La cuestión es cumplir con mi deber, y mi deber consiste en complacer á sir Ricardo y hacerle dichoso.

— ¿Hasta de ser su querida si él lo desea?

— No, jamás lo deseará.

— Sin embargo, si lo exigiese....

— Entonces, no sé; pero el día en que quisiera envilecerme, después de haberme respetado tanto, moriría de vergüenza y de dolor.

— ¡No habéis pensado siempre así!

— Es verdad; ¡pero ahora he comprendido tantas cosas que no sabía!....

— ¿Ahora enrojeceríais, lloraríais quizá, pero cederíais?

— ¡Dios mío! ¿por qué esas preguntas? ¿Qué os importa?

— Nada absolutamente. Es el médico el que os habla, para saber si vais á contraer una enfermedad grave por falta ó por exceso de valor.

Quedóse un momento pensativa, y luego dijo:

— Doctor, voy á pedir os un consejo.

—Sois muy buena—respondí con amarga sonrisa.

La joven me miró con asombro.

Comprendí mi yerro, y al momento cambié de tono.

—Si os diese un consejo—añadí—no le seguiríais.

Insistió de nuevo, y volvió á impacientarme.

—Es extraño—dije—que una mujer pida consejo en semejante caso. Creo que el sentimiento de su dignidad debía bastarla. Sería muy embarazoso dar un consejo á una persona que se abandona así cuando la pasión enciende su enferma imaginación.

La pobre joven no trató de defenderse, sino que por el contrario, me dió la razón.

—Es cierto—dijo—que no tengo el mérito de mi virtud, puesto que la hubiese sacrificado por completo si él hubiese querido, y aun ahora mismo.... no me siento con ninguna energía contra él. No tengo más protección que su honor. ¡Qué queréis!.... Y no consiste en la imaginación, como decís; es agradecimiento inmenso; es un sentimiento filial....

—¡Oh, no profanéis esa palabra!—exclamé.—  
¡No sabéis lo que es eso!

Los celos me devoraban. Mi vehemencia asustó á la joven, que me miró con un asombro que me turbó hasta el punto de no oír entrar á Dolores. Verdad es que ésta entró sin hacer el más ligero ruido y se quedó en la puerta sin moverse. El asombro de Manuela me irritó aun más. Su inocencia me parecía una inmoralidad incurable; pero ¿por qué quería que fuera moral, yo, cuyos deseos sólo podían ser culpables? Es que sin duda me faltaba valor para seguirlos venciendo, y hubiera querido encontrar en ella la fuerza que me abandonaba.

—Os falta el instinto del respeto de uno mismo—le dije con despecho.—El señor Brundel no abusará de esta enfermedad; pero que no espere casaros con un hombre que tenga ni siquiera nociones de lo que os falta.... Después de todo, ¿qué os importa? Encontraréis fácilmente un necesitado sin delicadeza, que se considerará dichoso al recibir una buena dote y poseer una mujer bonita. Vos no os apercebiréis de su cobardía, y seréis dichosa también.... Hay destinos lógicos, desenlaces naturales; pero los buenos consejos y la indignación de las almas honradas no pueden mezclarse en esto.

Salí creyendo que me estaba haciendo traición, y me encontré frente á frente con Dolores. Creí



que iba á detenerme, y me dispuse á apartarla de mi camino; pero ella se separó para dejarme paso, clavando en mí una mirada de burlona penetración y sonriendo.

«Estoy perdido—pensé al entrar en mi cuarto,—á menos que no haya logrado ofender para siempre á la odalisca, en cuyo caso su odio me preservará de mi locura.

Creí en efecto haberlo conseguido, pues durante tres días no solamente no la ví, sino que Dolores no pareció por mi cuarto. Mandé á preguntar por la señora, y el negrito vino á decirme que la señora me daba las gracias y que seguía mejor.

No le creí, porque ví el jardín triste y silencioso y no volví á oír ruido de risas ni de castañuelas. Se hubiera dicho que los perros y la cotorra se habían vuelto mudos.

Sentí remordimientos por haber cuidado tan mal á la enferma, dándole con una mano la medicina y con la otra desgarrando su corazón.

Y ¡cosa extraña! cuando estaba á su lado, todo me exasperaba, y sólo la recordaba buena y encantadora, olvidando su irritante situación, cuando me alejaba de ella.

Buscaba un pretexto para volver á verla, cuando recibí una carta del señor Brundel. En cuanto lei

las primeras palabras ví que no había recibido la mía. Aquella carta estaba fechada en Pau.

«Mi querido doctor—decía—estoy en camino de Burdeos, donde tengo que conferenciar con mi banquero para pagar una gran cantidad á los herederos de mi hermana. Es un asunto fácil y sencillo, pues desde hace tiempo la suma está colocada en casa de dicho banquero esperando lo que hoy ha llegado. Mis rentas disminuirán mucho, pero recobraré mi libertad y tendré lo suficiente para seguir viviendo como hasta aquí, gracias á mi vida retraída y á las pocas locuras que he hecho desde hace algunos años. Nada, pues, cambiará en mi existencia; quedaréis á mi lado si me amáis como yo os amo, y mi querida Elena, cuyo porvenir está asegurado, no tendrá que sufrir ninguna privación.

»Ya véis que mi carta está fechada en vuestro pueblo, donde he tenido que detenerme para descansar un poco, y no quiero irme de él sin ir á ver á vuestra respetable y excelente madre, á quien sin duda costará algún trabajo reconocerme; pero puesto que no ha olvidado mi nombre, espero que no la disgustará que vaya á hablarle de vos y á decirle lo mucho que merecéis el cariño que os tengo.»

La carta había sido cerrada y vuelta á abrir para poner un *post-scriptum*.

«He visto á vuestra madre; no ha envejecido, y me ha reconocido antes de que yo me nombrase. Hemos hablado y llorado juntos. Sí, querido mío, hemos llorado por muertos que vos no habéis conocido y que nos serán eternamente queridos.... Y además he visto á vuestra hermana.... ¡un ángel!.... ¡un hada divina!.... pero ya os escribiré desde Burdeos. Entre tanto os estrecho las manos.»

Apenas había acabado de leer aquella carta, cuando Dolores llegó diciéndome que si había una carta para la señora en la que yo acababa de recibir.

—¿Por lo visto, mis cartas pasan por vuestras manos?—dije.—No tengo nada para la señora; pero el señor me habla de ella. Rogadla que me reciba.

—Os espera, doctor. Seguidme, porque está muy impaciente.

Llevé la carta á Manuela, que me pareció muy cambiada, y al demostrarla mi inquietud,

—No es nada—me dijo.—Me habéis prohibido el baile, y sin embargo no me encuentro mejor; pero dadme la carta. ¿Puedo leerla?

En efecto, la leyó y la releyó. Dolores también

leía tranquilamente por encima de su hombro, y al momento expresó su opinión.

—Ni una palabra de matrimonio—dijo dirigiéndose al mismo tiempo á su ama y á mí.—Bien podéis ver que ya no piensa en eso, si es que ha pensado alguna vez.

Me repugnaba mezclar aquella criatura en los secretos pensamientos de mi amigo. Guardé silencio, á pesar de las miradas suplicantes de Manuela, que hubiese querido saber mi opinión.

Se decidió á responder á Dolores que Ricardo hablaba de su libertad conquistada y de su porvenir asegurado.

—Es al doctor á quien habla—replicó Dolores;—no hay una palabra que se dirija á vos.

—Sí; pero soy siempre su querida Elena.

—De quien se ha acordado en su testamento y á quien continuará guardando en una jaula de oro—añadió Dolores.

—¡Vamos, hablad!—me dijo Manuela.

—Teneis—la dije mostrando á Dolores—un consejero listo y discreto. Yo no quiero hacer comentarios; pues podría equivocarme.

—¡Véte!—dijo la joven á su doncella;—no agradas al doctor. Hablará cuando tú te vayas.

Dolores, ligera y como incapaz de rencor, sonrió



y salió, después de haber dicho una palabra en voz baja al oído de Manuela.

Manuela, con un candor sin igual, repitió aquella palabra en cuanto estuvimos solos.

—El *post-scriptum*—murmuró poniéndose á leer el final de la carta de sir Ricardo.—¡Calla, dice que ha visto á vuestra madre!..... la conoce, tiene secretos con ella.... Esto no tiene nada que ver conmigo..... también de vuestra hermana..... ¡un hada divina! ¡un ángel!..... ¿Es bonita vuestra hermana?

—Os ruego que no hablemos de mi hermana.

—¿Por qué no? ¡Un hada divina! Es decir que tiene grandes talentos que yo no poseo; pero la ha visto un instante y ha partido. No puedo estar celosa de ella.

—No habléis de celos á propósito de mi hermana. Hay palabras imposibles de asociar con ciertas ideas.

—Dios mío—exclamó Manuela levantándose rígida.—¿No soy digna de pronunciar el nombre de una joven honrada?

—Sí por cierto—respondí cogiendo su mano y obligándola á sentarse;—también vos sois una joven honrada; pero vuestra imaginación está turbada, y la triste compañera que habéis elegido para

vuestras confidencias acaba de extraviaros haciendo nacer en vos ideas absurdas. ¿No comprendéis que suponer al señor Brundel enamorado de mi hermana es hacerle una mortal injuria á él y á mí?

—¿Por qué? Es una santa, un ángel. Si la amo no vacilará en pedir su mano.

—No haría semejante insensatez—repliqué;—pero si la hiciera, sería rechazado.

—¿Le encontraría demasiado viejo?

—Mi hermana no encontraría nada, porque no quiere casarse; pero mi madre y yo la preservaríamos de las ridículas pretensiones de un anciano.

—Un anciano que es mucho para mí.

—Me hacéis sufrir mucho, señora. Me forzáis á heriros sin cesar cuando no lo deseo, y no quiero hablar.

—Hablad, pero dejadme á mí que os hable de vuestra hermana, y tranquilizaos, porque no olvidaré el respeto que le debo. ¿Cómo se llama?

—Juana.

—¿Qué edad tiene?

—Veintiún años.

—¿Por qué no quiere casarse?

—Porque quiere consagrarse á su arte.

—¿Cuál? ¿La música tal vez?

—Sí.

—¿Y puede pasar la vida sin amar por la música?

—Sin duda, puesto que eso llena su alma.

—¿Y es muy bonita?

—Notablemente hermosa.

—¿La pedirán en matrimonio?

—Ya lo creo. ¡Como que ha rehusado los mejores partidos!

—¡Qué singular! ¡La música! ¿Se puede preferir la música al amor? Jamás lo hubiese creído, y no lo comprendo.... ¡Será devota quizá! ¿Quiere ser religiosa?

—No.

—¿No tenéis otra hermana?

—Es la única.

—¿Y le permitís que no se case?

—Debemos respetar su voluntad, puesto que todo en ella es respetable.

—¿Y dejaría de ser respetable si amase á un hombre excelente y buenísimo, á un hombre de mérito como sir Ricardo? ¿Lo impediríais?

—Sí, porque ese matrimonio no podría halagar á una joven, á no ser que estuviera obcecada.

—Pero ¿por qué? ¿por qué?

—Porque el objeto del matrimonio para una mujer joven es la maternidad.

—¡Ah!....—dijo Manuela llevando una mano á su corazón como si hubiese experimentado un agudo dolor.... ¡Sí, sí, yo no puedo hablar de eso; jamás he pensado en ello! Una vez lo deseé apasionadamente; quise adoptar, educar á algún pequeño desgraciado; eso hubiera sido mejor que tener monos y cotorras; pero Ricardo no ha querido. Ha creído que no sabría, ó que dirían que aquel niño era nuestro. ¡Ah! bien lo veo.... ¡mi abnegación por él no me ha rehabilitado! Ricardo no me ha hecho útil á nadie ni para nada....

—No digáis eso. Ha querido casaros. Vos sois quien os habéis empeñado en estar pegada á él. Vuestra dulzura aparente ha escondido una profunda obstinación, y diría un cálculo hábil si dudase de vuestro desinterés.

—¡Ah, tal vez dudáis! ¡Mirad, no quiero soportar más esta existencia! ¡Ya os lo he dicho desde el primer día, esta situación me hace sufrir horriblemente, y es necesario terminar!

—¿Qué queréis hacer?

—Aceptaré el primer marido que sir Ricardo me presente; es seguro que no me ha de entregar á un hombre que no sea bueno.

—De fijo no será esa su intención; pero puede equivocarse.



—¿No puede quererme un hombre honrado?

—¿Con una dote? ¡No!

—Pero ¿y sin dote?

—Sin dote, el hombre honrado que os pretendiese no haría bien, á menos que no fuese muy rico.

—¿Porque no sé hacer nada y porque soy una sultana, ¿verdad? Comprendo; pues bien, entonces renunció al matrimonio, pero quiero irme de aquí. Cien veces he estado á punto de hacerlo, y ahora estoy resuelta.

—¿Y dónde iréis?

—Á cualquier parte donde pueda trabajar sin deber nada á nadie.

—¿Trabajar en qué?

—Es verdad, no sé hacer nada. Sin embargo, hablo español y francés.

—No tan bién como Dolores, y está sirviendo.

—Mi madre ganaba su pan iluminando estampas. En París se vive con nada cuando gusta la vida que allí se hace, porque el placer de estar en él lo compensa todo. Sí, volveré á ser obrera y me consideraré muy dichosa.

—Sí, con tal que tengáis algún dinero, os irá muy bien hasta que encontréis el amor que os ensalzará tal vez, pero que tal vez también os arrojará en el lodo.... Vuestros proyectos no son razo-

nables. Habéis vivido demasiado en el lujo para pasaros sin él. Además, vuestra salud está muy quebrantada para que podáis soportar una vida de privaciones. ¿Queréis un consejo?.... pues no decidáis nada; tened valor y consultad francamente á sir Ricardo. No le ocultéis ni vuestra enfermedad, ni vuestros pesares, ni nada. En él solo debéis poner toda vuestra confianza, puesto que él solo puede aceptaros por esposa ó hacer su adopción menos triste para vuestro espíritu y menos perjudicial para vuestra salud. Mañana ó pasado os escribirá sir Ricardo, de seguro, confirmándoos la promesa de volver pronto.

Creí decir la verdad, pero el Sr. Brundel no escribió, y durante quince días continuó aquella situación.

## X.

Desde que el mundo es mundo, un hombre á quien una mujer bonita confía sus penas es un hombre expuesto á caer en la tentación, expuesto á ser vencido. Al principio censuré en mi interior al Sr. Brundel por su silencio; después llegó á inquietarme, y por último tuve el egoísmo de ale-

—¿No puede quererme un hombre honrado?

—¿Con una dote? ¡No!

—Pero ¿y sin dote?

—Sin dote, el hombre honrado que os pretendiese no haría bien, á menos que no fuese muy rico.

—¿Porque no sé hacer nada y porque soy una sultana, ¿verdad? Comprendo; pues bien, entonces renunció al matrimonio, pero quiero irme de aquí. Cien veces he estado á punto de hacerlo, y ahora estoy resuelta.

—¿Y dónde iréis?

—Á cualquier parte donde pueda trabajar sin deber nada á nadie.

—¿Trabajar en qué?

—Es verdad, no sé hacer nada. Sin embargo, hablo español y francés.

—No tan bién como Dolores, y está sirviendo.

—Mi madre ganaba su pan iluminando estampas. En París se vive con nada cuando gusta la vida que allí se hace, porque el placer de estar en él lo compensa todo. Sí, volveré á ser obrera y me consideraré muy dichosa.

—Sí, con tal que tengáis algún dinero, os irá muy bien hasta que encontréis el amor que os ensalzará tal vez, pero que tal vez también os arrojará en el lodo.... Vuestros proyectos no son razo-

nables. Habéis vivido demasiado en el lujo para pasaros sin él. Además, vuestra salud está muy quebrantada para que podáis soportar una vida de privaciones. ¿Queréis un consejo?.... pues no decidáis nada; tened valor y consultad francamente á sir Ricardo. No le ocultéis ni vuestra enfermedad, ni vuestros pesares, ni nada. En él solo debéis poner toda vuestra confianza, puesto que él solo puede aceptaros por esposa ó hacer su adopción menos triste para vuestro espíritu y menos perjudicial para vuestra salud. Mañana ó pasado os escribirá sir Ricardo, de seguro, confirmándoos la promesa de volver pronto.

Creí decir la verdad, pero el Sr. Brundel no escribió, y durante quince días continuó aquella situación.

## X.

Desde que el mundo es mundo, un hombre á quien una mujer bonita confía sus penas es un hombre expuesto á caer en la tentación, expuesto á ser vencido. Al principio censuré en mi interior al Sr. Brundel por su silencio; después llegó á inquietarme, y por último tuve el egoísmo de ale-



grarme. Me parecía que aquello significaba claramente una ruptura con su Elena, y que había sir Ricardo conquistado su libertad de casarse para legitimar alguna antigua pasión cuya existencia no sospechaba Manuela. Hice una especie de minuciosa requisitoria en que confronté sus respuestas con las de Dolores, resultando de ellas que sir Ricardo no había hablado nunca de matrimonio.

Quedaba la promesa que realmente había hecho de no casarse con nadie. ¿Podía ésta considerarse como un compromiso irrevocable? ¿Se acordaba de ella sir Ricardo? ¿Consideraba como deber de conciencia sacrificar su vida por favorecer á aquella pobre joven?

Llegó un momento durante aquella terrible quincena, en que me encontré completamente desanimado. Manuela estaba cada vez más enferma, y empezaba á temer la invasión de un mal serio. La joven no se ocupaba de su salud, y yo la reñía con bastante dureza, pero con una animación que no pasaba desapercibida para la maliciosa Dolores. Sin duda cuando yo no estaba delante comentaba todas mis palabras, haciendo que su ama las interpretase como confesiones involuntarias.

Una noche que estábamos solos en el *boudoir*, noté que á todos mis reproches sonreía, mirándome

me con ternura como si le hubiese dicho las cosas más agradables del mundo. Tuve miedo, y cada vez fuí haciendo más amarga mi ironía, llegando á ser hasta grosera.

De pronto, no sé qué dije, que sentí sus dos brazos flexibles alrededor de mi cuello.

—¿Me odias mucho?—dijo la joven inclinando su mejilla hacia mi rostro.

—¡Desgraciada! callaos—exclamé—ó creeré....

—Cree lo que quieras—replicó la joven precipitadamente y con voz apasionada;—pero escucha, no quiero sufrir ni luchar más. No es á Ricardo á quien amo; le he amado, ya te lo he dicho, y todo cuanto me hayas oído es verdad, porque yo no tengo imaginación para inventar nada; pero ya no me acuerdo de ese amor, como si jamás hubiese existido. Este amor no me ha hecho cometer la más leve falta, dejándome pura y siendo una pasión de niña que nunca me reprocharé, porque me ha preservado de mí misma y ensalzado á mis propios ojos.... Mirame, soy buena y dulce; aun soy bonita, y tal vez estoy destinada á ser una buena esposa, si se mezcla en mi vida un poco de felicidad. No he amado apasionadamente á nadie, ni á nadie he pertenecido. Tengo un tesoro de ternura y de pasión reservado para aquel que me ame sin

ceramente... ¿Quieres amarme? ¡Responde!.... Me amas, lo sé, lo veo, lo siento. Tu cólera, tu ironía, tu sarcasmo es una llama que ha salido de tu pecho y que me ha envuelto á pesar tuyo y también á pesar mío. Es necesario amarse ó morir. No te defiendas más; sé como yo, que me entrego y me confieso vencida.

Yo me defendía enérgicamente.

—¡Callaos, por Dios, callaos!—le dije.—Esperad para hablarme así á que sir Ricardo esté presente, y si es verdad que él no piensa ni ha pensado jamás....

Manuela puso sus dos manos en mi boca.

—Es preciso decirme me que amáis, ó no decirme nada—replicó con resolución.—No tenemos necesidad del permiso de sir Ricardo, porque es demasiado bueno para no aprobar vuestra conducta, y os conoce y estima en mucho; ¿pero cómo queréis que yo le abra mi corazón, si vos no me entregáis el vuestro? Vamos, una palabra divina ¡te amo! eso es todo lo que pido. ¿Está sellada tu boca, ó es impura la mía para que no podamos decirlo juntos? ¿Qué temes de mí? ¡Habla!

—Lo temo todo—exclamé—y más que nada....

—¡Ah, sí, ya sé! Los beneficios de sir Ricardo y la dote que me destina. Un hombre honrado no

aceptará eso jamás; tú lo has dicho en un momento en que dudabas de mí; pero ahora lo sabes, lo ves muy bien, que no he sido suya ni de nadie. Ricardo tiene derecho á tratarme como si fuese su hija natural, y es necesario que yo acepte sus beneficios, pues que no sé hacer nada para asegurar mi existencia.

—¿Y mi honor?—le dije temblando y con la frente empapada en sudor.—¿Quién más que yo creará que has vivido con él y llevado su nombre sin ser su querida? ¿Quién creará que he rehusado el dote como pago de mi vergüenza?.... ¡No, no, mi madre y mi hermana se avergonzarían de mí. No os amo, no quiero amaros, no quiero deshonorarme!

Oculté el rostro entre mis manos para no ver el de Manuela, que estaba radiante, irresistible, bajo la influencia de la pasión.

Sostenía un combate horrible en mi interior. Me veía envilecido por mis deseos y no podía desearlos ni huir de aquella casa maldita, salvando mi conciencia y mi dignidad.

Hubo un momento de silencio. Por fin la joven se levantó, y poniendo sus dos manos sobre mis hombros, dijo con tristeza:

—Sí, tienes razón; no puedes, no debes casarte



conmigo. Estoy perdida y no puedo colocarme entre las mujeres honradas..... ¡estaría escrito! He vivido como mi cotorra, sin pensar en nada y sin saber adónde me conduciría mi voluntaria esclavitud. He consentido en ser la odalisca que nunca puede elevarse á la dignidad de la mujer legítima..... ¡mía es la culpa! Pues bien, no seas mi marido; pero ámame puesto que ya sabes que estoy pura y te adoro. No te pido más que amor. Todo lo demás nada me importa. Más te digo: sé que no me amarás bien, que tendrás siempre sospechas y celos insensatos; que tus palabras serán crueles muchas veces y te dejarás dominar por arrebatos de odio y de furor. Ya he visto lo que pasa en tí, y todo lo espero con la mayor resignación. Amame como puedas, y me consideraré dichosa, porque mi vida tendrá un objeto y habré vivido para alguien. ¡No ves que me da miedo vivir sólo para mí misma!

Yo había levantado la cabeza y la miraba. Jamás la sinceridad había hablado con una convicción tan entusiasta y tan profunda. Cai á sus pies y la contemplé en silencio. Su belleza estaba como divinizada por el heroísmo del verdadero amor. Con su palidez mate, que el reflejo de la luna hacía azulada, sus grandes ojos negros surcados por

el sufrimiento y su sonrisa extática, parecía uno de esos mártires que la pintura española ha sabido colocar entre los martirios de la vida y las delicias del cielo.

—Soy tuyo—le dije—has vencido, te pertenezco. Cuál será el porvenir, lo ignoro; no quiero pensar más que en el presente. Te amo, sí, y quiero decírtelo; te he amado toda mi vida. Tenía diez y seis años, y sólo pensaba en tí sin haberte visto jamás: nuestros padres nos destinaban el uno para el otro. Te adoraba en el colegio y te veía en todos mis sueños estrechando tu imagen contra mi corazón. He ido á Panticosa á través de las montañas; y de los precipicios, sólo para verte, y no lo conseguí, pero después te vi un momento en Burdeos cuando ibas á España con tu padre. Más tarde fui también á Pamplona con esperanza de encontrarte, y allí supe cosas que me destrozaron el corazón. Quise olvidarte cuando te encontré en los Pirineos y creí reconocerte; pero tu nombre y tu acento parisién me lo impidieron. Desde que vivo á tu lado en combate, me defiendes, y ahora, en el momento en que quiero odiarte y huir de tí, caigo á tus pies.... ¡Pues bien, héme aquí vencido; te amo, te adoro, me vuelves loco! Tú lo has querido.

—Sí, yo lo he querido—respondió la joven es-



trechando mis manos—y nunca tendré derecho para reprochártelo, pues te has defendido contra mí como un esclavo de tu deber. Esta victoria no es, sin embargo, el resultado de mi habilidad, porque en todo he sido sincera. Me has hablado de tu amor.... Vamos, díme que me amas; dímelo cien veces, mil. Quiero saborear esa palabra, que es toda mi vida. Mira, creo que cuando deje de oírla, moriré.

La repetí mil veces que la amaba, cubriendo sus cabellos y sus manos de ardientes y castos besos, porque la primera efusión de amor verdadero tiene algo como de paternal. El hombre siente entonces la necesidad de divinizar y de adorar á la débil criatura que se refugia en su seno. Hasta aquel momento me había sentido conmovido y avergonzado á la vez de la sed de aquel amor tan ingenuamente confesado por mi joven enferma. Me encontraba abrasado y humillado á la vez por el fuego de aquella pasión pensando que en cualquiera hubiese podido inspirarla lo mismo....

Pero dulce y tranquila entre mis brazos Manuela se rehabilitaba á mis ojos; aquella niña no tenía nada de terrenal, y me hacía subir con ella á la región de los ángeles.

¡Pobre joven inocente como la paloma; pero

como ella ardiente y dulce! Yo la había juzgado mal al suponerla capaz de tener miras interesadas, puesto que ahora se entregaba por completo sin querer mirar detrás de sí, y era su alma la que daba sin que para nada interviniesen los sentidos. ¡Los sentidos! ¡Parecía que jamás había aquel ángel oído su lenguaje ni sentido su poder!

Rodeada de mis brazos y apoyada en mi pecho, no sentía ni fiebre, ni estremecimientos, ni turbaciones, repitiendo sin cesar con el candor de una niña mimada: ¡Me ama! Y en el momento en que un deseo material me dominaba, al ver su mirada espiritual y su sonrisa infantil, caía de rodillas ante ella como un ferviente devoto caería delante de su madona adorada.

De pronto nos sorprendió un ruido extraño y el movimiento que en la casa se produjo: yo corrí hácia la ventana.

—¿Qué tienes? — me dijo Manuela; —¿qué temes?

—Me parecía haber oído el ruido de un coche, ¿Si habrá vuelto sir Ricardo?

—Nos hubiese avisado Dolores.

—¡Ah, esa Dolores me es odiosa! ¡Es tu genio del mal! La echarás, ¿verdad?

—La echaré, si tú quieres; pero no eres justo



con ella. Ya ves, le debo la dicha de haber comprendido que tu odio era amor. Yo no quería creerla, pero me ha aconsejado que te hablase francamente, y me he atrevido á riesgo de ser despreciada. ¡Ah! ¡bendito sea el valor que Dolores me ha inspirado!

—¿Pero no te habla aconsejado que te entregases sin condiciones? Sin duda espera que aceptaré los dones de sir Ricardo y que ella permanecerá á tu lado.

—Que espere y calcule lo que quiera, ¿qué nos importa? Y si me ha dado malos consejos, ¿crees acaso que yo los he seguido alguna vez?

—¡Ah, perdóname!—exclamé cayendo á sus pies.—Tu lealtad está por encima de todo; ya lo sé, y cuando dudo, soy un cobarde.

—¿Crees en mí?—dijo la joven colocando sus pequeñas manos entre las mías.—¡En fin, Dios mío, bendito seas! ¡Oh, qué dichosa soy!

—¡Os felicito, señora!—dijo una voz seca y glacial que partía del fondo de la habitación.

En el rayo de luna que se proyectaba entre nosotros y la puerta vimos dibujarse la pálida silueta de sir Ricardo Brundel.

Hice un movimiento para desprender mis manos de las de la joven; pero ésta las retuvo con fuerza.

—No—exclamó—quédate así, para que vea cuánto nos amamos. ¿Acaso deseo yo engañarle?

Pero como sir Ricardo, volviendo la espalda bruscamente, se dispusiese á salir, me dejó, y corriendo hacia él le detuvo.

—Amigo mío, padre mío, perdonadme por haber entregado mi corazón sin consultaros; pero bendecid mi amor, que es siempre digno de vuestra protección.

—Siempre digno.....—replicó el Sr. Brundel con voz alterada;—significa que vuestro honor se ha salvado en una tabla por la casualidad de mi intervención. No es la primera vez que la casualidad os protege, Manuela. Ponéos, pues, bajo la protección de esa diosa, porque la mía no sería suficiente.

Era la primera vez que yo oía salir de los labios de sir Ricardo una palabra dura.

—¡Estamos perdidos!—pensé.—¡La amaba!

Manuela debió hacer la misma reflexión, pues bajó la cabeza y quedó anonadada.

Yo estaba resuelto á toda costa á no dejarla ultrajar. Sin embargo, me contuve, porque quería saberlo todo, y ya había recobrado el imperio de mí mismo, esperando una explosión; pero ya sir Ricardo había recobrado á su vez su sangre fría,

y me dirigió la palabra como si nada hubiese pasado.

—Perdonad—me dijo con extremada finura—que me haya distraído hasta el punto de regañar á esta niña delante de vos. Ya hablaremos de ella, pero ahora me retiro porque estoy fatigado. Creía agradaros viniendo á veros, pero la frialdad de vuestra acogida me prueba que para vos al menos, doctor, estoy demás. No me incomodo, porque sé que en ciertas circunstancias hasta los mejores amigos son importunos. ¡Oh Dios mío! yo no lo extraño; solamente censuro la precipitación, la falta de confianza; pero después de la censura viene siempre el perdón, con el cual podéis contar el uno y el otro.

Después de haber hablado así, con acento irónico, se dispuso á salir.

Manuela se colocó delante de la puerta.

—No, no os iréis así—le dijo.—Reñidme, lo merezco ciertamente, puesto que no parecéis contento de mí; acepto todos los reproches, pero quiero justificarme, ó por lo menos explicarme. Estáis fatigado, amigo mío; vais á descansar aquí; os traerán vuestro té y os le serviremos, y después os lo diremos todo.

—Pero si lo sé—replicó el señor Brundel con

una benevolencia un poco burlona, arrojándose en un sillón.—Todo lo he oído. Dolores me ha suplicado que os escuche, á fin de juzgar de la situación. Si me he mezclado en vuestra entrevista, es porque quería evitaros una falta seria: la de entregáros irrevocablemente el uno al otro, sin acordaros de vuestro mejor amigo. Llamad, querida niña. Es hora de que traigan luz.

Quedé sin saber qué contestar mientras que Manuela hacía servir el té y hablaba á sir Ricardo de su viaje con entera libertad de espíritu. Dolores iba y venía rápidamente, escudriñando con muda angustia las palabras y los rostros. Era evidente que nos había hecho traición queriendo dar un gran golpe: romper las cadenas de Manuela y obligar á Ricardo á que nos casara.

Cuando salió, el señor Brundel, que aun no había levantado los ojos para mirarnos, fué á cerrar las puertas y nos miró sonriendo. Aquella sonrisa me pareció forzada y me desgarró el corazón.

—Hijos míos—dijo—ya estamos solos y reconciliados por adelantado. ¿Queréis una explicación? pues voy á daros ejemplo de franqueza..... Sí, de la franqueza más completa.

Se sentó y habló así:



—Sé, doctor, que Manuela — habrá que darle su verdadero nombre — os ha contado punto por punto toda su historia. No tengo nada que rectificar; únicamente debo aclarar un punto que ha quedado dudoso en su espíritu, y por consecuencia en el vuestro. Manuela ha creído por momentos, en el curso de nuestra larga intimidad, que yo había sentido, en despecho de mí mismo, el imperio de su belleza. Pues se ha equivocado por completo. Ni estoy ni he estado nunca enamorado de ella. Nunca le he prometido más que una cosa: no casarme con ninguna otra. Disimuláis mal cierta sonrisa, doctor; pensáis que exagero un poco mi inverosímil y estúpida indiferencia. Me haréis el honor de creer que hubiera sabido resistir hasta la más violenta tentación antes que profanar la santidad de mi adopción; pero de seguro creéis que mi objeto al deciros lo que he dicho, es escapar del ridículo, fingiendo para ello una indiferencia que no tengo. Voy á probaros que soy un verdadero inglés, flemático cuando llega la ocasión. Sabed que venía aquí en la firme resolución de casarme con mi hija adoptiva, si ella me hacía el honor de olvidar mi edad, aceptando mi nombre y mi fortuna. Yo había tomado esta resolución suprema por razones á las que Manuela es absolu-

tamente extraña. Quiero y debo deciros estas razones que son muy graves.

Una casualidad imprevista, inesperada, me ha hecho encontrar á mi hija, mi verdadera hija, perdida, escondida para mí desde su nacimiento. He formado el proyecto de reunirme á ella, de tenerla á mi lado para siempre. Este descubrimiento ha hecho nacer en mí una esperanza, un orgullo, una alegría inmensa; pero no puedo tener á mi lado á esta hija adorada, á quien en mucho tiempo no podré presentar como tal á los ojos del mundo, sin que la calumnias ó por lo menos la sospecha venga á manchar su limpia reputación. La misma injusticia se había cometido, bien á pesar mío, con la pobre Manuela. Pues bien, era preciso impedir una de esas desdichas y reparar la otra. Al casarme con Manuela, del modo más ostensible que se pudiera, aseguraba á ésta la consideración que le es debida, ofreciendo por amiga á mi hija una compañera legítima. Mi casa estaba purificada ante todos por este matrimonio. Llego aquí, después de haber hecho prodigios de actividad, creyendo traer la mejor de las soluciones; pero el amor va aun más ligero que el pensamiento, y os sorprendo en una actitud por completo ajena á mis

planes. Me he desconcertado un instante al pensar en mi hija; pero el mal es reparable. Haré un matrimonio más propio de mi edad y en cuanto al vuestro, hijos míos, creo que el doctor no verá dificultades para efectuarle y no aceptará egoístamente el romántico sacrificio que le ofrecíais cuando yo llegué. He dicho: ¿Qué tenéis que responder?

—¡Nada! — respondió Manuela besándole la mano. — Sois un ángel de bondad, y como siempre mi alma se prosterna ante la vuestra. Queríais hacerme el honor, sabiendo muy bien lo poco que valgo, de elevarme hasta vos en el momento en que un amor verdadero y completo ha reemplazado en mí al amor filial. Entonces he comprendido que había ambición en mi cariño hacia vos; no la ambición de la codicia, sabéis que no conozco ese sentimiento, sino la ambición, la aspiración justa de haber conquistado á un hombre como vos.... La severidad que el doctor ha empleado conmigo me ha iluminado, haciéndome comprender que si os casabais conmigo alguna vez, sería por bondad y no por inclinación. Me he juzgado á mí misma, y he visto que tenía razón. Me felicito de no ser ya un obstáculo en vuestra vida, y siempre quedaré orgullosa de haber recibido vuestras bondades,

des, en lugar de estar humillada; y en lo que me concierne....

—Precisamente — replicó sir Ricardo — de eso es de lo que tenéis que hablarme, por delicado que sea el asunto. Los tres somos personas de educación, y puede decirse que de la misma familia. No hay nada que no podamos decirnos. Sé, Manuela, que amáis sin cálculo y que lo confesáis sin condiciones; ¡lo he oído! eso es muy noble; pero no creo haber desmerecido en mi papel de padre con vos, y os aconsejo que no os estiméis tan poco que os entreguéis así al destino sin ninguna garantía. No me digáis nada, hija mía. Sé que cuando el corazón está sobreexcitado, encuentra la elocuencia que jamás habéis querido estudiar en los libros, porque no creíais necesitar. Sois, Manuela.... ¡lo que sois! una admirable naturaleza de niña, heroica porque jamás miráis el peligro. En fin, sois vos misma, diferente de todas las demás, capaz de rodar al abismo sin haber tenido ni un mal pensamiento. Es necesario que no seáis así. Laureano Bielsa debe comprenderlo, y hasta ahora no he podido arrancarle un monosílabo.

Por fin me decidí á romper el silencio, aunque no me habían explicado á mi gusto todo lo que acababa de pasar.



Rogué al señor Brundel que me dejase hablar á solas con él, y Manuela hizo un movimiento para retirarse.

—¡No!—exclamó el señor Brundel, cuyas mejillas se colorearon vivamente;—no quiero confianzas que uno de vosotros no pueda escuchar. O yo soy un hombre honrado en quien se tiene absoluta confianza, ó estamos representando aquí una infame comedia. Hablad, Laureano, hablad delante de ella, lo quiero; lo exijo. Tengo el derecho de aconsejar, y el deber de hacerlo bien.

Cogí sus temblorosas manos y las estreché contra mi pecho.

—No me toméis por un cobarde—exclamé;—os estimo y os venero. Jamás hubiese aceptado el sacrificio de Manuela, ó si arrastrado por la pasión hubiera olvidado mi deber, pronto hubiese tratado de reparar mi falta. Tengo fe en ella y en vos, y si os parezco vacilante y turbado, es porque tengo otro temor que me atormenta; ¿tendré que deciros cuál es? ¿no lo adivináis? ¿Habláis de heroísmo! ¿Vos sí que sois capaz de heroísmo y sabéis unir á las acciones estoicas toda la bondad de vuestro carácter!... Mirad: si he abusado; si mi felicidad os cuesta un pesar; si ciego y sordo he pagado con ingratitud vuestra

leal amistad, no quiero permanecer aquí ni una hora. Renuncio á Manuela y nunca volveré á verla.

—Está bien, amigo mío—respondió el señor Brundel—en esas palabras os reconozco; pero tranquilizaos: no soy un héroe, sino un hombre razonable; estoy contento al haberos probado que Manuela merece vuestra estimación, puesto que yo no hubiese vacilado en darle mi nombre. Hubiese sentido en el alma no haber adivinado que os amaba esta niña, porque su cariño filial la hubiese obligado tal vez á sacrificarse. He aquí por qué en tan graves circunstancias para el porvenir de todos tres no he tenido escrúpulo en sorprenderos. He llegado á tiempo para saber á qué atenerme, y nada turbará en adelante nuestra amistad. Permitidme ahora que me retire porque estoy muy fatigado de mis rápidos viajes, y en vano luché contra el sueño. Mañana hablaremos de la salud de Manuela, la que sólo creo alterada por causas morales que ya no existen....

—Pero ¿y la vuestra?—le dije asustado por la alteración de sus facciones, repentinamente cubiertas de mortal palidez.

—¡Oh, no hablemos de eso!—replicó con viveza.—¡Ahora mi vida tiene un objeto! ¡Tengo á mi hija, quiero vivir para ella, y viviré!

Le seguí á su habitación, pero rehusó mis cuidados y me despidió con palabras afectuosas y dulces.

Volví á decir á Manuela que la palabra dada era sagrada para mí, pero que, hasta nuestro matrimonio, no quería volver á verla más que en presencia del señor Brundel.

— Todo lo que tú quieras me parece bien — respondió. — ¡Véte, y que Dios te bendiga por la felicidad que me das!

Estaba de tal manera abatido por tantas emociones, que me dormí profundamente. ¡Hacia tanto tiempo que no conciliaba el sueño! ¡Quince noches que me proponía problemas insolubles! Pero la solución había venido brusca, imperiosa y como fatalmente. Cualquiera que fuese, era el fin de mis angustias, ó al menos me lo figuraba así.

¡Ay, un sufrimiento, un suplicio incomparable á ningún otro iba á comenzar!

## XI.

Al día siguiente me sentí como rendido y no pude escribir á mi madre á pesar de ser éste el primer cuidado que hubiese debido tomar.

Me senté ante mi mesa de despacho, y la carta de Juana cayó bajo mi mano. Por un movimiento instintivo la eché en el fondo del cajón, como hacen los italianos supersticiosos cuando ven á la Madona.

Encontré á sir Ricardo muy tranquilo y como absorto en reflexiones á las que yo era extraño.

Durante el almuerzo me interrogó sobre las cosas insignificantes que habían pasado en su ausencia; pero ignoro si oyó mis respuestas. Había para mí no sé qué de espantoso en aquella amabilidad glacial.

En cuanto estuvimos solos,

— Amigo mío — me dijo — ahora vamos á hablar de cosas positivas. El capítulo del sentimiento ha concluido ayer noche. Puedo disponer de pocos días para estar aquí: el tiempo preciso para descansar, y parto. ¿Podéis decirme con fijeza la época en que debo venir á consagrarme á vuestra dicha?

— ¿Pero queréis partir?

— Es absolutamente preciso, y esta vez tengo la dulce certidumbre de que no habéis de estar tristes en mi ausencia.

— En vuestra ausencia no habrá aquí felicidad, si ha de ser á expensas de la vuestra.



Le seguí á su habitación, pero rehusó mis cuidados y me despidió con palabras afectuosas y dulces.

Volví á decir á Manuela que la palabra dada era sagrada para mí, pero que, hasta nuestro matrimonio, no quería volver á verla más que en presencia del señor Brundel.

— Todo lo que tú quieras me parece bien — respondió. — ¡Véte, y que Dios te bendiga por la felicidad que me das!

Estaba de tal manera abatido por tantas emociones, que me dormí profundamente. ¡Hacia tanto tiempo que no conciliaba el sueño! ¡Quince noches que me proponía problemas insolubles! Pero la solución había venido brusca, imperiosa y como fatalmente. Cualquiera que fuese, era el fin de mis angustias, ó al menos me lo figuraba así.

¡Ay, un sufrimiento, un suplicio incomparable á ningún otro iba á comenzar!

## XI.

Al día siguiente me sentí como rendido y no pude escribir á mi madre á pesar de ser éste el primer cuidado que hubiese debido tomar.

Me senté ante mi mesa de despacho, y la carta de Juana cayó bajo mi mano. Por un movimiento instintivo la eché en el fondo del cajón, como hacen los italianos supersticiosos cuando ven á la Madona.

Encontré á sir Ricardo muy tranquilo y como absorto en reflexiones á las que yo era extraño.

Durante el almuerzo me interrogó sobre las cosas insignificantes que habían pasado en su ausencia; pero ignoro si oyó mis respuestas. Había para mí no sé qué de espantoso en aquella amabilidad glacial.

En cuanto estuvimos solos,

— Amigo mío — me dijo — ahora vamos á hablar de cosas positivas. El capítulo del sentimiento ha concluido ayer noche. Puedo disponer de pocos días para estar aquí: el tiempo preciso para descansar, y parto. ¿Podéis decirme con fijeza la época en que debo venir á consagrarme á vuestra dicha?

— ¿Pero queréis partir?

— Es absolutamente preciso, y esta vez tengo la dulce certidumbre de que no habéis de estar tristes en mi ausencia.

— En vuestra ausencia no habrá aquí felicidad, si ha de ser á expensas de la vuestra.



—¡Todavía!— exclamó—¿persistís en creer?.... ¿Son celos? ¿Con qué derecho sospecháis que finjo una tranquilidad que no siento? ¿No me he explicado ayer claramente? ¿Mi palabra no significa nada á vuestros ojos?.... ¡Ah! mirad que hay una mujer de por medio, y si no tenemos cuidado llegaremos á odiarnos.... Mañana partiré.

—Yo soy quien debo partir—dije con firmeza.—Cuanto más habláis de vuestro legítimo orgullo, más conozco que soy culpable y que me despreciáis.... ¡Me habíais confiado á Elena, á la que vos llamabais vuestra Elena!.... No debía mirarla, no debía recibir sus confidencias, no debía haberme conmovido; en fin, no debía haberme enamorado de ella. Sabed que me condeno en absoluto y deseo ser castigado, aunque me costase la vida este esfuerzo supremo.... Os dejo; recibid mi despedida y perdonad á Manuela. La pobre niña no es culpable; os amaba; soy yo quien la hice desechar ese amor como una vergüenza; yo, sí, con esa perversidad egoísta que el deseo ciego sugiere á las mejores conciencias; yo, quien la he hecho avergonzarse de su situación, y quien afectando desdenarla la dejé ver los celos, y por consecuencia, la pasión que me devoraba; y además, esa Dolores que en todo interviene y á quien odio,

nos ha impulsado á pesar nuestro hacia el abismo, consiguiendo persuadirnos de que os agradaría mucho desembarazaros de Manuela. El despecho, sí, el despecho ha arrojado á esa niña en mis brazos; pero vos lo sabéis todo, puesto que nos observabais; sabéis que no hemos cambiado más que palabras....

—¡Y besos!—replicó sir Ricardo riendo;— ¡muchos besos!

—Sí, besos que podéis olvidar, pues que habéis olvidado lo que pasó en Pamplona. Vos sólo conocéis bastante á Manuela, sus grandezas y sus debilidades, su irreflexión y su franqueza, los peligros de su aislamiento, y todo, en fin, para ser indulgente con ella.... La perdonaréis y os amaré.... ¡me olvidará!

—Si á través de vuestras palabras no se estoviesen oyendo los sollozos—respondió sir Ricardo con voz alterada—creería que os arrepentíais de los compromisos contraídos con ella; pero bien veo que la amáis y que queréis responder á mi pretendido heroísmo con un heroísmo real. Vamos, tranquilizaos, hijo mío. Dolores no es lo que vos creéis. En medio de su espionaje tiene una gran cualidad, que es su cariño verdadero, su abnegación sin límites hacia Manuela. Este cariño la ha



dato valor para hablarme con franqueza, pues no me ha ocultado que ha trabajado cuanto ha podido contra mi matrimonio, prefiriendo ver á Manuela unida á un joven enamorado de ella, que á un anciano que no lo estaba. En pago á esta franca declaración la he acordado toda mi confianza y sé por ella hasta los menores detalles de vuestros amores. Sé que habéis resistido como probablemente no hubiese yo sabido resistir á vuestra edad. De modo que, gracias á ella, os doy mi absolución completa y os prohibo que me habléis de vuestros remordimientos infundados, que me hacen aparecer ridículo y creo que no merezco serlo.

No había más remedio que aceptar las denegaciones de sir Ricardo ú ofenderle cruelmente. Le declaré que sólo esperaba sus órdenes para efectuar mi matrimonio, pero que sin embargo, deseaba no pasar adelante sin haber obtenido el consentimiento de mi madre.

—¡Ah, ah!—dijo el señor Brundel, sin poder ocultar un movimiento de satisfacción;—¡he ahí un obstáculo! vuestra madre no ha sido consultada, y es preciso saber..... Una madre como la vuestra, no solamente debe pedirle consentimiento, sino aprobación. ¡Partid pues!, pero no..... es-

peradme; partiremos juntos, ó..... en fin, esta noche os diré con fijeza lo que hay que hacer.

Me pareció que me hacía seña para que le dejase solo.

—Escuchadme todavía un instante—le dije.—Ya que me habláis de mi madre quiero advertiros que hay una cosa en la cual no consentiré jamás.....

—En que yo dote á vuestra prometida; ¿es eso lo que queréis decir?

—Precisamente, y hasta en que tomaseis una disposición de otra clase, haciéndole un don á escondidas, ignorado del público.

—Sí, entiendo; es necesario que la pobre Manuela sea castigada por haber tenido confianza en mí. ¡Pues bien, sea! ¿pero llevaréis el escrúpulo hasta no querer seguir ambos á mi lado cuando os caséis?

—Por desgracia mía, sé que le llevaré hasta el temor *del qué dirán*.

—No, no os creo tan meticoloso..... ¡Vos estáis celoso, Laureano, decid la verdad, estáis celoso de mí!

—No en este momento, no. ¡Os estimo y os amo demasiado para eso!..... pero lo estaré mañana sin poderlo remediar. Manuela os ha amado, según me ha repetido mil veces, y su deseo de agrada-

ha sido la causa principal de su rehabilitación. Nada más natural ni más honrado; pero el amor es desconfiado, injusto, irreflexivo.....

—Vamos, sí, tendremos que separarnos..... ¡Qué fatalidad ha habido en todo esto! He debido venir un día antes..... No os reprocho nada, Laureano; pero vuestro amor ha de ser causa de muchos disgustos para los dos.

¡Ay! demasiado lo sabía, y este pensamiento me torturaba.

Salí, y mientras iba andando, absorbí en tristes meditaciones, calculé todas las dulzuras y todos los deberes de mi situación.

Estaba á dos pases del hotel, deseando ver á Manuela y no atreviéndome á presentarme delante de ella, pues no hubiera podido ocultarle mi tristeza; pero cuando ví que llegaba la hora en que el señor Brundel tenía costumbre de presentarse en su cuarto, volví á casa precipitadamente, presa de una terrible excitación nerviosa.

Entré en el portal sin saber qué hacer, qué actitud tomar, ni qué pretexto dar á mis escrúpulos y á mis celos.

Estaba yo paseando á largos pasos por el vestíbulo, cuando vino Dolores y me dijo, señalando la puertecilla del jardín.

—Ahí está esperándoos.

—¿Con el señor Brundel?

—No; sir Ricardo ha mandado recado de que no vendría hoy á ver á Manuela.

—Entonces, yo tampoco puedo ir á su lado—respondí.

Y subí á mi habitación.

Desde allí veía á Manuela en uno de aquellos sitios descubiertos que á menudo me habían permitido aperecibirla, sonriente y juguetona con su doncella y sus animales favoritos, que desdeñados ahora, la llamaban en vano.

Manuela estaba sentada en un banco, con los ojos fijos en mi ventana. Al verme asomado sonrió y quedó sin hacer un movimiento, y sin dirigirme el menor signo de impaciencia ó de reproche, pero pálida como una azucena y triste como una tumba. No pude resistir á la inquietud que sentía, y la pregunté por señas si estaba enferma. Me respondió del mismo modo que no sabía nada. Insistí con aire de autoridad, y Dolores, que estaba allí, me dijo en pantomima que su señora estaba muy mala.

En aquel instante resonó en toda la casa el ruido de una campanilla, y un minuto después John entró en mi cuarto. Aquel John de rostro



impasible y de porte irreprochable me pareció menos escrupulosamente vestido que de ordinario, y creí encontrar en su acento, siempre respetuoso, algo más glacial que de costumbre. Era el amigo tanto como el servidor de sir Ricardo; imaginé que lo sabía todo y que estaba descontento de mí. Le pregunté con inquietud si su amo estaba enfermo.

—Su Honor desea veros—dijo sin responder á mi pregunta.

Y añadió:

—*En seguida*—con un acento que no tenía nada de imperativo, pero que me irritó.

Todo me hería y exaltaba, creyendo que nadie me miraba ya bien en aquella casa.

Encontré á sir Ricardo leyendo al lado de la ventana una carta que dobló en seguida, pero no tan pronto que no pudiese yo fijarme en ella y quedar asombrado: ¡era la letra de Juana! Creí que soñaba despierto, y esperé sus órdenes.

—¿Qué significa esto?—me dijo sonriendo y mirando á la ventana que daba al jardín;—¿por qué no vais á ver á vuestra enferma, doctor descuidado? Os han hecho señas de que no está buena. Llevadla mis recuerdos. Tengo muchas cartas que escribir y no puedo acompañaros.

—Pues no iré á su habitación más que acompañado de vos—respondí.

—¿Por qué?

—Porque en la agitación en que estoy, hablaría demasiado ó muy poco. Quiero quedar dueño de mí mismo, y cada palabra dicha fuera de vuestra presencia parecería agravar mi falta.

—Pues bien, hijo mío—replicó bondadosamente—puesto que la pasión es tan violenta y vuestro orgullo tan escrupuloso, vamos juntos á ver á la enferma, y estemos alegres para que ésta se tranquilice. Escribiré más tarde.

Se vistió, y tomando mi brazo entró alegremente en el jardín.

Fué á saludar á Manuela, y llamando aparte á Dolores, se alejó por no estorbar, según él, la consulta medical. Encontré á la enferma bastante agravada, aunque ella no se diese cuenta de nada. Tenía fiebre y no lo sentía. Su mirada extática, fija en la mía, parecía decirme: «¿En qué piensas? háblame de amor; ¿qué importa que yo muera?»

No me atrevía á provocar aquel género de emociones. Me parecía que podía serle perjudicial y hasta funesto.

—Es necesario que os tranquilicéis—le dije;—absolutamente necesario.

—¡Pero si estoy buena!—me dijo con una sonrisa tan lánguida que me asustó.—No siento ningún mal, ni cabe en mí más que la felicidad. ¿Qué médico eres tú que no ves que sólo existo para amar? ¿Por qué estás triste? ¿Crees que Ricardo no está contento? ¡Ah, no le conoces! ¡Es tan bueno y tan noble!.... Esta mañana ha debido hablarte. ¿Por qué no me dices nada de lo que habéis convenido?

—Nuestros proyectos no se han discutido—respondí.—Sir Ricardo los acepta con la magnanimidad que le distingue; pero ¿no teméis que esto le haga sufrir algo? ¿No nos obliga la delicadeza á contenernos y á saber esperar?.... Tengo que ir á pedir á mi madre su consentimiento, ¿me prometéis no pensar más que en restableceros hasta que yo vuelva?

—Haré todo lo que queráis; pero ¿por qué creéis que disgustamos al señor Brundel? ¿No le dejaremos, verdad? Nada cambiará en su vida. Le cuidaremos y tendrá en nosotros dos hijos que se revelarán por hacerle dichoso, ¡y además su hijo!.... ya le habéis oído decir que tiene una hija.... y estoy segura que no piensa más que en ella. Cuando la traiga, también la querremos como á él. Seré su compañera, ó su criada si quiere; si se pa-

rece á su padre, tendremos un ángel más en la casa.... Vamos, ¿hay en todo esto algo triste ó inquietante?

Vi que Manuela seguía en sus sueños de confianza y felicidad, y no me atreví á desengañarla, pero debió notar lo embarazoso de mis respuestas.

Cuando el señor Brundel volvió hacia donde estábamos, Manuela se levantó y se apoyó en su brazo con aquella gracia cariñosa, tan parecida al amor, que muy bien podía confundirse. Tenía esta misma gracia al dar una orden á su doncella ó al acariciar á su gata. Mil veces me había chocado, haciéndome pensar que en el amor ó en la coquetería debía ser irresistible, tanto más cuanto que lo hacía sin darse cuenta de ello.

La manera que tuvo de inclinar su frente para solicitar el beso paternal que el señor Brundel no le había dado al llegar, hizo pasar por mí un estremecimiento de cólera. Manuela lo notó y se quedó indecisa de pronto, mirándome y sumisa á mi capricho más que hubiera sido conveniente dejarlo conocer en tan delicadas circunstancias.

Mi mal humor aumentó, y quise alejarme á mi vez para dejarlos juntos, como si mis celos hubiesen experimentado la necesidad de buscar mayor pretexto que tenían.



El señor Brundel, que adivinaba mis angustias, me retuvo, haciéndome sentar entre Manuela y él y desplegando todos los recursos de su generosidad é inteligencia.

—Doctor—me dijo—no quiero irme sin saber lo que el médico ha sacado de su examen. ¿Cómo encontráis á vuestra enferma? ¿mejor ó peor que ayer?

—No tan bien,—respondí.—Necesita descanso ó distracción, no sé; pero tiene exceso de agitación moral.

—¿La convendría cambiar de aire?

—Quizá....

—¿Qué decís vos, hija mía?

—Estaré bien en todas partes como estoy ahora; entre los dos.

—Mejor aún estaríais sola con vuestro marido—dijo sir Ricardo;—pero ante todo hay que pensar en curaros y temo que este país no os convenga. Tenía proyectado que trasladásemos á Francia nuestros bártulos, al pie de los Pirineos, muy cerca del país del doctor, en un sitio delicioso donde he visto un hermoso chalet, por lo menos tan confortable como éste. Desde ahora está á mi disposición; no tengo más que escribir para apresurar ciertos preparativos, y dentro de ocho días podemos estar allí. ¿Qué os parece?

—¡Oh, sí, sí, viajar, viajar!—exclamó cándidamente Manuela, que se volvía una niña con aquel padre acostumbrado á mimarla.

—¿Y vos, doctor?—me dijo el señor Brundel. Yo no podía sino aprobar aquel viaje que me aproximaba á mi familia, á la cual pensaba consular.

—Pues bien, partiremos dentro de dos días, si Manuela está mejor.

—Entonces nos casaremos en Francia: ¡qué dicha!—exclamó Manuela mirándonos á los dos como si fuese á casarse con ambos.

Por lo menos mis celos vieron esta monstruosidad en la cándida mirada de la pobre niña.

—Es necesario concluir—pensé;—no puedo soportar este suplicio.

Sir Ricardo adivinaba lo que pasaba en mí, y llamó en su ayuda todos los recursos de su amable é ingenioso talento para distraer á Manuela y devolverme la confianza.

En cuanto á ella lo consiguió. La distrajo, haciéndola reír y devolviéndole sus instintos infantiles.

Indudablemente la conocía mejor que yo, y sabía las cuerdas que tenía que hacer vibrar para devolver á aquel carácter la viveza que le era pro-



piá. También él usaba de su poderosa coquetería, y bien vi que la había tenido siempre hasta en su papel de padre. De ahí el encanto que su trato tenía para Manuela, encanto que probablemente jamás podría yo reemplazar.

Conseguí ocultar la amargura de mis reflexiones, y sir Ricardo pareció congratularse de haber vencido mis resistencias con su gracia y su talento. Al cabo de una hora quiso dejarnos solos, pero me levanté decidido á seguirle, pues temía dejar ver á Manuela mis tormentos interiores.

—Es indispensable que vaya á despachar por lo menos una parte de mi correo— dijo el señor Brundel;—pero luego podemos comer juntos. ¿Verdad, doctor?

—¡Comer!... ¡pero si Manuela tiene fiebre!

—¿Estáis seguro?— dijo la joven tendiéndome su brazo.

Su mano estaba fresca: bajo la benigna influencia de sir Ricardo la fiebre se había disipado de repente.

Esta fué una nueva puñalada que recibió mi corazón. Mi pasión mataba á Manuela, y la dulce amistad del señor Brundel le daba la vida.

La comida fué casi alegre, y después se proyectó un paseo en coche. Seguimos la orilla del

lago, que no estaba distante de nuestra casa.

Las primeras brisas de otoño se dejaban sentir. El aire era tibio y el lago estaba admirable á los últimos reflejos del sol poniente. El acompasado y suave balanceo del coche sobre la finísima arena nos permitía hablar sin esforzar la voz.

El señor Brundel hablaba de todo con su encanto acostumbrado, y Manuela se entregaba sin reserva. Por primera vez delante de mí estaba hablando á sir Ricardo *en confianza*, como ella decía. Hasta entonces, en nuestras comidas de los domingos, la había encontrado siempre tímida y temerosa hasta la exageración; ahora se entregaba, interrogaba atrevidamente y razonaba á su manera diciendo: «Comprendo esto», ó bien «No lo comprenderé jamás», y hacía sus objeciones, ya risibles por su candidez, ya ingeniosas y sutiles como son á veces las de los niños.

Sólo entonces comprendí la distracción que su inocencia y su gracia podían procurar al espíritu elevado y severo de sir Ricardo. ¿Cómo era posible que nunca hubiera estado enamorado de ella? y si lo había estado, como yo me obstinaba en creer á pesar de todo, ¿por qué no se había casado antes? ¿Había que tomar en serio el singular contrato hecho con su hermana? ¿No existía en dicho



contrato alguna otra razón que hacía temer á sir Ricardo desmerecer á los ojos de la joven?

Adopté interiormente esta conclusión, que era la más verosímil y que me explicaba por qué el señor Brundel había llevado á Manuela, por medio de aquel género de vida, á contentarse para el porvenir con una tranquila amistad. La había dejado hundirse en la indolencia y acostumbrarse á la existencia fácil y exenta de emociones que él la había creado.

En su ausencia había yo llevado el desorden, la pasión y el sufrimiento á aquella alma que tan hábilmente había él aletargado. Sir Ricardo debía maldecirme, y no pude menos de admirar el triunfo de su fuerza de voluntad sobre mi debilidad.

Después que Manuela estuvo charlando un rato con la mayor animación, se quedó como cansada. El sol se ponía, y sir Ricardo dió orden de volver á casa. Manuela dejó caer la cabeza en el hombro de su amigo, que estaba á su lado en el carruaje.

—Querido Laureano— me dijo sir Ricardo con exquisita naturalidad— veo que esta niña se ha quedado dormida, y yo no podría sostenerla sin fatiga. Ocupad mi sitio. Estas cosas son de vuestra edad.

Levantó dulcemente la cabeza de Manuela y

me hizo sentar á su lado; pero al cabo de un instante la joven se despertó y se puso á hablar otra vez vivamente, estrechándose contra mí con ardor. Pronto ví que le volvía la fiebre. ¡Debía matarla mi solo contacto!

Al día siguiente tuve esperanza de haberme engañado, pues Manuela estuvo mucho mejor todo el día, y este alivio se acentuó de tal manera por la noche, que decidimos ponernos en marcha al día siguiente.

Manuela había dirigido sin fatigarse toda la intrincada *confección* de su enorme equipaje y estaba loca de contento al hacer un viaje tan agradable entre su *amor de padre* y su *amor de marido*. Pensaba que jamás había de separarse ni del uno ni del otro, y yo conseguí contenerme para no turbar su ilusión. La ví tan bien, que al llegar á Francia la creí completamente curada.

## XII.

Nos embarcamos en Génova y desembarcamos en Marsella. En cuanto estuvimos instalados en el hotel, salió sir Ricardo para ir al correo.

Preparaban la comida. Manuela y yo estábamos

contrato alguna otra razón que hacía temer á sir Ricardo desmerecer á los ojos de la joven?

Adopté interiormente esta conclusión, que era la más verosímil y que me explicaba por qué el señor Brundel había llevado á Manuela, por medio de aquel género de vida, á contentarse para el porvenir con una tranquila amistad. La había dejado hundirse en la indolencia y acostumbrarse á la existencia fácil y exenta de emociones que él la había creado.

En su ausencia había yo llevado el desorden, la pasión y el sufrimiento á aquella alma que tan hábilmente había él aletargado. Sir Ricardo debía maldecirme, y no pude menos de admirar el triunfo de su fuerza de voluntad sobre mi debilidad.

Después que Manuela estuvo charlando un rato con la mayor animación, se quedó como cansada. El sol se ponía, y sir Ricardo dió orden de volver á casa. Manuela dejó caer la cabeza en el hombro de su amigo, que estaba á su lado en el carruaje.

—Querido Laureano— me dijo sir Ricardo con exquisita naturalidad— veo que esta niña se ha quedado dormida, y yo no podría sostenerla sin fatiga. Ocupad mi sitio. Estas cosas son de vuestra edad.

Levantó dulcemente la cabeza de Manuela y

me hizo sentar á su lado; pero al cabo de un instante la joven se despertó y se puso á hablar otra vez vivamente, estrechándose contra mí con ardor. Pronto ví que le volvía la fiebre. ¡Debía matarla mi solo contacto!

Al día siguiente tuve esperanza de haberme engañado, pues Manuela estuvo mucho mejor todo el día, y este alivio se acentuó de tal manera por la noche, que decidimos ponernos en marcha al día siguiente.

Manuela había dirigido sin fatigarse toda la intrincada *confección* de su enorme equipaje y estaba loca de contento al hacer un viaje tan agradable entre su *amor de padre* y su *amor de marido*. Pensaba que jamás había de separarse ni del uno ni del otro, y yo conseguí contenerme para no turbar su ilusión. La ví tan bien, que al llegar á Francia la creí completamente curada.

## XII.

Nos embarcamos en Génova y desembarcamos en Marsella. En cuanto estuvimos instalados en el hotel, salió sir Ricardo para ir al correo.

Preparaban la comida. Manuela y yo estábamos



en un gran salón, escasamente alumbrado por un par de bujías. Era la primera vez que nos encontrábamos solos desde la terrible entrevista en que sir Ricardo nos había sorprendido. Manuela vino á mí con los brazos abiertos.

—¡Qué esquivo eres conmigo!—me dijo.—No me has dado un beso ni me has dicho una palabra de amor durante todo el viaje..... ¡Ah! no me amas ni me amarás nunca como *él*.

—¿*Él*?—dije sin poder contener mi repentina cólera.—¿De quién habláis? ¿Del oficial de Pamplona, del profesor de música, ó del señor Brundel?...

Me detuve, asustado de mi violencia. Manuela se había puesto densamente pálida, pero seguía sonriendo.

—¡Qué celoso eres!—exclamó.—El señor Brundel no me ha reprochado jamás el pasado con esa amargura.

—¿Es *él* el preferido? Pues tenéis que escoger entre *él* y yo, Manuela.

—¡Escoger!.... ¿Tendré que dejar á ese ángel que me ha permitido amarte? ¡Ah! ¡qué injusticia y qué crueldad!

Hice vanos esfuerzos para contenerme. Cada una de las palabras de Manuela me exasperaba

más. Aquella naturaleza espontánea carecía siempre de tacto y de oportunidad. Creyó que había llegado el momento de explicarnos en cuanto á nuestro porvenir, y que era necesario no dejarlo escapar. Provocó una discusión que ni el uno ni el otro estábamos en estado de sostener prudentemente, y me obligó á decirle que quería dejar al señor Brundel para siempre.

—Bueno—respondió—te seguiré, y mi voluntad será la tuya, pues que te pertenezco.

Y se arrojó á mi cuello; pero la sentí desfallecer y deslizarse en mis brazos, y hubiese caído al suelo á no haberla sostenido y llevado á una butaca. Estaba fría, inmóvil, y hubo un instante en que la creí muerta.

Llamé precipitadamente. Dolores vino á ayudarme á hacerla volver en sí. Manuela se había desvanecido sonriendo, y se reanimó del mismo modo. Dolores me miró con aire de reproche, adviniendo que yo tenía la culpa de todo aquello.

La joven no tardó mucho en recobrar por completo sus sentidos; pero su respiración era febril y su fisonomía estaba alterada. Un instante de estar á solas conmigo había bastado para destruir el bienestar adquirido durante algunos días. Manuela nos suplicó que no dijésemos nada al señor

Brundel, pues temía asustarle. La pobre hizo un gran esfuerzo por su parte para que no notase nada, comiendo á la fuerza y teniendo que retirarse antes de acabar la comida, pretextando que estaba vencida por el sueño.

Yo estaba sumamente inquieto, y noté que al señor Brundel le pasaba lo mismo.

—Os suplico—le dije—que no salgamos de aquí sin llamar á consulta á los primeros médicos. La responsabilidad que pesa sobre mí es demasiado grande.

—Bueno—dijo levantándose—voy á casa de mi amigo C.... á rogarle que venga mañana. Id vos á avisar á los demás.

Sali, y pronto despaché mi comisión, volviendo á poco, triste y pensativo, cuando sentí que me tocaban en el hombro; me volví y ví á mi amigo Vianne, que me abrazó cariñosamente.

Acababa de llegar á Marsella, llamado por un negocio, y al momento quiso instalarse en el mismo hotel que yo, subiendo ambos á mi habitación.

—¡Ah, ah!—dijo al verme á la luz de la lámpara.—Tu actitud no me había engañado en la calle. No eres el mismo; á tí te ha sucedido algo. ¿Has estado enfermo? ¿has tenido alguna contra-

riedad? A mí hay que decírmelo todo. Tu madre y tu hermana no deben verte con esa cara, porque se asustarían.

—Te lo diré todo, pero antes háblame de ellas. Hace mucho tiempo que no me escribes. ¿Las has visto últimamente? ¿Sigues escribiendo á mi hermana? ¿Esperas decidirla al matrimonio? ¡Si supieras cómo necesito pensar en su felicidad y la tuya para soportar mi mala suerte!

—¡Tu hermana! ¡tu hermana!—exclamó Vianne mirándome con fijeza y subrayando estas palabras de una manera extraña.—Tu hermana Juana.....

—Y bien, ¿qué hay?—exclamé.—¿Qué le ha sucedido á mi hermana? ¡Habla pronto, que me asustas!

—No, no; nada malo le ha ocurrido, á Dios gracias. Creí que sabías..... pero por lo visto me he equivocado..... no sabes una palabra. Pues bien, tu hermana no me amará nunca. Me había permitido escribirla, y no ha recibido ni aun mi primera carta. Tu madre me la ha devuelto sin abrir, rogándome que fuese á hablarla. He ido, en efecto, y me ha dicho cosas que se reserva decirte ella misma.

—Pero ¿qué cosas? ¿Ha dispuesto Juana de su porvenir?



—Juana es un ángel y yo soy tu mejor amigo. Hé aquí la explicación con que tienes que contentarte hasta nueva orden. Su salud es buena y está más bella que nunca. Tu madre también está bella y es buena como un ángel. ¡Sé digno de las dos! Temo que hayas hecho alguna locura. Me has dicho que eres desgraciado; vamos, habla pronto. Es importante que no me ocultes nada; ¿me lo prometes?

—Te lo juro.

Le referí hasta en sus menores detalles todo cuanto había pasado entre Manuela, el señor Brundel y yo. Me escuchó atentamente, y cuando llegué á la conclusión de que la vida de Manuela me parecía amenazada por mi amor, me dijo:

—Basta; lo esperaba. He seguido tu relato como amigo y como médico; el médico te declara que debes romper para siempre con Manuela, porque la efusión la matará, y el amigo te prescribe lo mismo, porque tu posición es imposible. No puedes soportar la rivalidad con el señor Brundel, pues por inocente que su intimidad con Manuela pueda parecer á las gentes desinteresadas, para un amante, como para un marido, no hay intimidad en absoluto inocente entre personas que han pensado pertenecerse. El señor Brundel perdona-

rá á esa joven, aunque le cueste mucho trabajo, porque la ama por costumbre, y la costumbre es en la vejez una segunda naturaleza. Él solo, bien lo habrás observado, puede perdonarlo todo, y está más comprometido que tú que aceptaste el porvenir en una hora de vértigo, mientras que él ha aceptado el pasado durante muchos años de abnegación. Tus sentidos te han engañado, mi querido Laureano, y aun más que tus sentidos, tus teorías sobre la rehabilitación de las almas desviadas. ¿Te acuerdas de nuestras discusiones? Héte aquí haciendo el experimento fatal de nuestros problemas filosóficos. ¿Se puede lavar un alma como se lava un lienzo? Yo decía que no, y lo sigo diciendo. Por sincero que sea el arrepentimiento del pasado, está la organización que protesta y cuyo primer arranque queda invencible. Esa española te ha amado sin reflexión y sin razonamiento, como á los diez y seis años amó al oficial que la robó del convento de Pamplona. Desde ese día seis años han transcurrido en el retiro y la abstinencia, con la voluntad bien entendida de llegar pura al matrimonio, y ahí la tienes que de repente abandona ese proyecto tan lentamente madurado y te le sacrifica, únicamente porque tienes veinticinco años y eres un guapo chico. Tú admiras



ese sublime sacrificio con la vanidad inseparable de la inexperiencia y de la juventud; le encuentras tan meritorio, que das en cambio tu honor, el dueño soberano de toda la vida; pero ahora hay que retroceder, pues al cabo de tres días te apercibes de que no te han sacrificado nada; de que la salud, la calma, la ternura y la alegría están en las manos magnéticas de sir Ricardo. Tú no haces más que llevar los transportes de tu vitalidad á una enferma que los llama, pero que no puede participar de ellos sin morir. ¿Sabes lo que tienes que hacer? Parcir al instante, ir á contárselo todo á tu madre. No puedes temer que ella te dé un consejo egoísta y cobarde, porque es un alma superior. Creo que te prohibirá confiar nada á tu hermana; tu sentimiento por Manuela no es bastante puro para que ella le conozca, y si, como espero, esto no pasa adelante, la evitas un sentimiento inútil. Vé, pues, sin esperar el permiso de Manuela, porque no le obtendrás sino reiterando promesas que no piensas cumplir. No consultes tampoco al señor Brundel, cuyo papel en todo esto queda bastante obscuro; tu madre ante todo. El correo pasa por aquí á las doce de la noche. Tiene, pues, tiempo de disponerlo todo.

—Tus consejos son buenos—respondí—pero

no te he dicho que mañana debe tener lugar una consulta de médicos y no puedo menos de darles cuenta de los síntomas observados por mí y de los resultados de mi medicación.

—Es muy justo. Pues bien, vamos á dormir, y mañana al salir de la consulta te pondré en camino de tu país natal.

Mi alcoba tenía dos camas. Vianne se arrojó en la más próxima y se durmió en seguida.

Al escuchar su respiración igual y tranquila, me pregunté si alguna vez había conocido el amor, y si la negativa de Juana era un disgusto serio para él.

El señor Brundel creyó no deber ocultar á los médicos que Manuela estaba en vísperas de casarse y que su prometido la inspiraba un sentimiento muy exaltado. Dos médicos declararon que era necesario apresurar el matrimonio, y los otros cuatro dijeron que esa sería su sentencia de muerte. Había, según estos últimos, que alejar á su prometido, distraerla y hacérsele olvidar á toda costa.

—Si está inconsolable—dijo el señor C...—vivirá seis meses; pero si se casa no dura seis días.

—Ahora—me dijo el señor Brundel cuando estuvimos solos—todo ha cambiado. Tenemos dos



probabilidades de perderla, y una sola de poderla salvar; creo, amigo mío, que no vacilaréis.

—Parto en este instante—respondí.

—¿Renunciáis á ella—replicó con vivacidad—para siempre, aun cuando curase?

—En ese caso no puedo ni debo. He dado mi palabra, y ella sola puede devolvérmela.

—¿Pensaríais así si vuestra madre os aconsejase de otro modo?

—Mi madre no puede aconsejarme que falte á una palabra, aunque la haya dado imprudentemente.

—Una promesa que cause la muerte de la persona amada, ¿no debe ser nula el día en que se conocen sus funestas consecuencias?

—Estamos razonando sobre una hipótesis. Habéis supuesto el caso de curación completa.

—Muy bien; pero aun queda otro caso que prevenir; aquel en que Manuela, curada, reclamase de vos su libertad.

—Me sometería á su deseo—respondí.

Y me despedí de sir Ricardo, el cual me pareció desenmascarado por completo. Seguía amando á Manuela, la amaba quizá más que nunca y quería disputársela obstinadamente á la muerte y á mí. Tomaba una revancha, con la cual sin duda había

contado. Su desinterés no había sido probablemente más que paciencia.

Estaba casi resuelto á no marcharme cuando Vianne vino á buscarme para conducirme á la diligencia.

—¿Quién sabe—le dije—si el sentimiento de mi marcha y la extrañeza de no haber recibido mi despedida serán fatales para Manuela? ¡Va á creer que la he engañado y la abandono!

—El señor Brundel procurará tranquilizarla.

—¡El señor Brundel trabaja por su cuenta!

—¿Ahora lo notas? Pues ten seguridad de que ganará su causa; la perdonará y se casará con ella. ¿Vienes?

—¿Qué sé yo? Ya que en todos los casos hay que arriesgar la existencia de esa pobre niña, ¿por qué he de dejar á otro la tarea de la abnegación y la gloria del triunfo? Si yo consiguiese.....

—O te vienes, ó no te vuelvo á ver en mi vida—exclamó Vianne.—No me gustan las cobardías. Si eso es amor, desprecio ese sentimiento egoísta y jamás quiero conocerle.

Me acompañó hasta la diligencia, y como tenía necesidad de permanecer dos días aún en Marsella, me prometió informarse de la salud de Manuela y darme noticias suyas. Yo le había presen-



tado al señor Brundel, que le había hecho muy buena acogida, instándole repetidas veces á que volviese á su casa.

Mi madre me esperaba, aunque no la había anunciado mi llegada; pero por lo que pude ver, sostenía correspondencia con el señor Brundel, y la encontré muy enterada de los secretos de mi corazón.

—El ver que no has tenido valor para escribirme todo eso—dijo mi madre—me indica que hay algo grave entre esa española y tú. Ya lo temía yo, y tu alterada fisonomía me dice que tenía razón en atormentarme. ¿Sabes al menos quién es ella?

—Es la hija de Antonio Pérez, y ella misma me lo ha confesado todo, hasta su falta.... ¿pero cómo estás al corriente?.... ¿Te lo ha contado todo el señor Brundel sin consultarme? ¿ó ha hecho á Manuela que se confiese contigo sin conocerte? ¡y yo que hubiese querido tener el mérito de mi propia confesión!

—Muchas preguntas me has hecho á la vez, hijo mío. Ya te iré contestando, y verás que sir Ricardo es digno de toda tu consideración y respeto. Sólo te pido dos ó tres días para hablar contigo y decidir.

—¿Quieres esperar el recibo de una nueva carta del señor Brundel?

—Quizá.

—Ignoraba que se hubiese metido á alterar la paz de nuestra casa.

—¡Más has alterado tu la paz de la suya!.... No te muerdas los labios, que no estás para perder ni una gota de sangre. ¡Estás tan pálido, pobre hijo mío! Quiero saberlo todo, pues en una carta no se pueden dar todos los detalles necesarios para poder formar juicio. Tranquilízate, que mañana hablaremos, pues oigo que tu hermana vuelve de paseo y va á tener una sorpresa al verte. No tengo necesidad de decirte que ignora por completo tus aventuras, y que tengas cuidado de no dejar escapar una palabra delante de ella.

Juana entró, y su emoción al verme fué tal, que se puso pálida; pero en seguida recobró sus frescos colores y se arrojó en mis brazos con efusión. Nunca la había visto tan bella ni tan cariñosa conmigo. ¡Qué contraste con la pálida y calenturienta Manuela! La vida se desbordaba en aquella organización privilegiada, pero su curso era tranquilo y mesurado, poderoso y sin intermitencia. ¡Qué inteligencia tan clara se reflejaba en aquellos ojos azules como el cielo! ¡Qué



franca era la purísima sonrisa que iluminaba su rostro!

—¡Dios mío!—le dije—¡qué hermosa y robusta estás! Veo que la música es un buen régimen para la salud.

—No es la música—respondió Juana abrazando á nuestra madre—sino esta personita. Al separarse de ella se pierde la salud, pues veo que tú estás desmejorado, has necesitado volver al redil. No tengas cuidado, que ya te mimaremos ahora. Yo misma quiero hacer algún extraordinario en la comida, con tu permiso mamá, y te prometo no estropear por ello mis manos de pianista.

—¿Vas á ocuparte de la cocina? ¡tú!..... ¡cómo has cambiado!

—No, no he cambiado. Tengo los mismos instintos de princesa; pero veo que mamá se cansa, y no hay princesa que valga. Hace más de veinte años que me sirve, y es natural que yo pretenda servirla á mi vez..... ¿Vas á ayudarme?

—¿A guisar?..... ¡si no entiendo una palabra de eso!

—Pues sí es necesario, á guisar. Veo que tus libros te han hecho palidecer, y quiero hacerte trabajar como un segador, te lo advierto.

—No deseo otra cosa. ¿Qué hay que hacer?

Manda y obedeceré, que tengo gana de trabajar. ¡Hace tanto tiempo que vivo como un príncipe! ¿Hay que encender el fuego?

—Todavía no. Descansa por hoy de tu viaje. ¿Cómo has dejado al señor Brundel?

—¿El señor Brundel?..... es verdad que tú le conoces ahora.

—¡Ya lo creo! Ha venido dos veces á vernos; una al ir y otra al volver, y esta última ha estado tres días con nosotras.

—¿De veras? Mamá no me lo ha dicho. ¿Y te ha gustado mi gentleman?

—Mucho. ¡Te quiere tanto y es tan bueno! Háblanos de él y de la..... señora.

—¿Qué señora?—dije mirando á mi madre con aire estupefacto—¿Sabe Juana?.....

—El señor Brundel—replicó mi madre con calma—nos ha hablado de sus interioridades domésticas. En tres días se pueden decir muchas cosas cuando se simpatiza, y nos ha confiado que tenía en su casa una hija adoptiva, que no era su mujer como suponían, pero con la cual pensaba casarse para demostrarla su estimación. Después me ha contado á mí la historia de esa joven que me interesaba, porque he conocido á su padre, con muy malos antecedentes por cierto; pero esa no es una

razón para que la señorita Manuela no sea una persona virtuosa.

—Yo estoy segura de que es encantadora—replicó Juana con ingenuidad.—El señor Brundel no puede hacer sino una buena elección. Tú que la conoces, Laureano, háblanos algo de ella.

—Eso no puede interesarnos gran cosa—respondí;—mejor es que hablemos de ti. ¿Has hecho grandes progresos en la música?

Y como viese que iba á insistir para que la hablase de Manuela, la interrumpí diciendo:

—Vamos, toca algo, tengo sed de música. ¡Hace tanto tiempo que estoy privado de ella!

—Será preciso confesarte que hace ocho días que no abro el piano. No he vuelto á tocar desde que estuvo aquí el señor Brundel.

—¿Has perdido tu afición á la música?

—Al contrario; pero en eso, como en todo, hay sus fases de recogimiento.....

—Además es necesario que se ocupe de la comida, según ha prometido—dijo mi madre—y por hoy no me mezclaré yo en nada, á fin de quedarme contigo. Vamos, Juana mía, no hay tiempo que perder si quieres servir á tu hermano sus platos favoritos.

Juana salió cantando alegremente.

—¿Qué transformada está!—dije á mi madre.—No la reconozco al verla con esa alegría y esa animación. ¿Dónde han ido aquellos accesos de melancolía y aquellas horas de tristeza sin causa?

—Todo eso se ha modificado poco á poco, conforme ella, que era delicada, se ha ido robusteciendo cada vez más.

—¿Pero qué transformación tan rápida! ¿No será debida al paso de sir Ricardo?

—¿Qué quieres decir?—respondió mi madre mirándome fijamente.

—¡Ah! no sé; pero el señor Brundel me ha parecido tan prendado de la belleza y el talento de mi hermana que he pensado que quizá se habría enamorado de ella.

—¿Qué locura!

—¿Por qué no? Ese anciano tiene el corazón joven y la imaginación viva. En cuanto se vió suplantedo me dijo que su matrimonio no se descomponía por eso, sino que sería con persona más á propósito para él.

—Mi madre me escuchaba riendo.

—Si me dijese que el señor Brundel pensaba en mí—exclamó—te diría que estabas loco; pero al creer que se refería á tu hermana, eres verdaderamente tonto.



—Es posible. Sin embargo, sir Ricardo tiene grandes seducciones, y yo mismo le miro como un rival temible. ¡Son tan extrañas las mujeres!

—Juana no tiene nada de extraña, y te ruego que no continúes esa broma, que había de herirla y que me aflige.

—Perdónamela; pero dime si Juana ama á alguien.

—¿Qué te lo hace suponer?

—He hablado con Vianne, el cual renuncia á Juana sin decirme por qué, pues cree que es á tí á quien corresponde hacerme cierta revelación que espero impaciente.

—¡Y seguirás esperando!.... Si hubiese en el corazón de mi inocente hija un secreto cualquiera, no te le diría antes de saber si el tuyo permanece digno de recibir tan delicadas confidencias.

—¡Ya no tienes confianza en mí!.... Creía encontrar aquí el bálsamo para la herida, y sólo siento que se redobra mi tristeza, incertidumbre y confusión.

—¡Hijo mío!—exclamó mi madre oprimiendo mi cabeza contra su seno;—¡cuándo pienso que á no ser por ese capricho que te ha inspirado una desconocida, hubieses podido ser tan dichoso!.... Pero quizá todo esto tiene menos gravedad de la que

pensamos. Tengamos paciencia y ocultemos á Juana nuestras angustias.

—Tendrás que confesar que siempre la has querido más que á mí; pero no estoy celoso: los sentimientos puros y sagrados ignoran lo que es egoísmo.

La comida fué sencilla, como todas nuestras costumbres; pero llena de todos esos detalles cariñosos de familia que constituyen la felicidad. Juana estuvo contenta y cariñosa; nuestra madre adorable. Me dieron vino del que se hacía en nuestra casa, que yo prefería á todos los del mundo: mi hermana pretendía emborracharme, pero la embriaguez sólo ganó mi corazón. En el hogar de la familia hay una influencia verdaderamente soberana. En un momento olvidé mis tristezas, imaginándome que tenía aún doce años.

Después de comer Juana cedió á mis ruegos y se puso al piano. Estuvo admirable y me sumergió en un éxtasis tan delicioso, que al entrar en mi alcobita de la infancia me pareció que estaba curado por completo de mi amor á Manuela.

Al día siguiente mi madre escuchó mi confesión entera, impregnándose en ella, por decirlo así, pues me interrumpió con cien mil preguntas tan meticulosas, que llegó á ver en mí como en un es-



pejo. Sin embargo, no pronunció aún su fallo y se negó rotundamente á hacer ninguna reflexión, no ocultándome que esperaba una carta de sir Ricardo para conocer más á fondo la situación.

## XIII.

Este tiempo de espera se pasó en visitas que tuve que devolver á nuestros amigos, y en paseos á que mi madre y Juana me rogaron las acompañase. Juana, en otro tiempo dedicada por completo á sus estudios, tuvo gusto en salir conmigo, interesándose en todo lo que pudiera distraerme. Al hablar largos ratos con ella me chocó su vasta instrucción. Desde que éramos colegiales no habíamos hablado nunca juntos de ninguna cosa en que pudiera apreciarse el valor de la persona con quien se discute; así es que puedo decir que no la conocía verdaderamente. Juana había vivido siempre en una especie de aislamiento en que la gustaba encerrarse misteriosamente; pero ahora salía de él como la brillante mariposa, desplegando sus alas. La gustaba poetizar sus apreciaciones; pero ella misma se reía de esta tendencia romántica, que le seducía á uno al escucharla; tan bien decía

lo que quería decir. Aquella alma muda que por tanto tiempo sólo había encontrado su única expresión en la música, parecía ahora haber adquirido el don de manifestarse por la palabra. Yo la ocultaba mi sorpresa y mi admiración en el temor de despertar un orgullo que yo mismo sentía al verla, admirando sobre todo la belleza de sus ideas y la aplicación que hacía de sus sentimientos. No se adivinaba en ella á la niña, porque no lo veía todo de color de rosa; pero lo que era negro lo iluminaba con los rayos de su indulgencia y de su piedad. Parecía haber tomado la resolución de extender su amor por todo el mundo y de sacrificarse universalmente, por decirlo así. Juana decía haber leído muy poco. ¿Era, pues, en el éxtasis musical donde había encontrado la revelación de aquellos tesoros de mansedumbre y de aquellos manantiales de amor y caridad?

La admiración y ternura que me inspiraba mi hermana iba creciendo; hablé de esto con mi madre, y empecé á comprender que una mujer como Juana no hubiese encontrado aún nadie que fuese digno de su amor. Hasta mi querido Vianne me parecía ahora sumamente inferior á ella y no me hubiese atrevido á defender su causa.

—Es porque tú no has comprendido nunca á



pejo. Sin embargo, no pronunció aún su fallo y se negó rotundamente á hacer ninguna reflexión, no ocultándome que esperaba una carta de sir Ricardo para conocer más á fondo la situación.

## XIII.

Este tiempo de espera se pasó en visitas que tuve que devolver á nuestros amigos, y en paseos á que mi madre y Juana me rogaron las acompañase. Juana, en otro tiempo dedicada por completo á sus estudios, tuvo gusto en salir conmigo, interesándose en todo lo que pudiera distraerme. Al hablar largos ratos con ella me chocó su vasta instrucción. Desde que éramos colegiales no habíamos hablado nunca juntos de ninguna cosa en que pudiera apreciarse el valor de la persona con quien se discute; así es que puedo decir que no la conocía verdaderamente. Juana había vivido siempre en una especie de aislamiento en que la gustaba encerrarse misteriosamente; pero ahora salía de él como la brillante mariposa, desplegando sus alas. La gustaba poetizar sus apreciaciones; pero ella misma se reía de esta tendencia romántica, que le seducía á uno al escucharla; tan bien decía

lo que quería decir. Aquella alma muda que por tanto tiempo sólo había encontrado su única expresión en la música, parecía ahora haber adquirido el don de manifestarse por la palabra. Yo la ocultaba mi sorpresa y mi admiración en el temor de despertar un orgullo que yo mismo sentía al verla, admirando sobre todo la belleza de sus ideas y la aplicación que hacía de sus sentimientos. No se adivinaba en ella á la niña, porque no lo veía todo de color de rosa; pero lo que era negro lo iluminaba con los rayos de su indulgencia y de su piedad. Parecía haber tomado la resolución de extender su amor por todo el mundo y de sacrificarse universalmente, por decirlo así. Juana decía haber leído muy poco. ¿Era, pues, en el éxtasis musical donde había encontrado la revelación de aquellos tesoros de mansedumbre y de aquellos manantiales de amor y caridad?

La admiración y ternura que me inspiraba mi hermana iba creciendo; hablé de esto con mi madre, y empecé á comprender que una mujer como Juana no hubiese encontrado aún nadie que fuese digno de su amor. Hasta mi querido Vianne me parecía ahora sumamente inferior á ella y no me hubiese atrevido á defender su causa.

—Es porque tú no has comprendido nunca á



Juana—me decía mi madre;—yo en cambio la presentía y la adivinaba. Ha sido muy lenta en encontrar su camino, y hasta en la música, que tanto la apasionaba, temía no llegar á ser nada. A la vez ambiciosa y modesta, temía no encontrar su ideal, y tímida, ha dudado mucho tiempo de sí misma, siendo necesaria la admiración de los demás para tranquilizarla; y debo decir que la de sir Ricardo ha concluido por hacerla adquirir por completo la conciencia de su propio mérito. Ha visto que era un juez competente, y desde aquel día ha cerrado su piano como para saborear su victoria. Y no vayas á imaginarte que Juana piensa producirse en público. Escribe sus composiciones sin esperar que nunca vean la luz pública, pues no se editan con entusiasmo más que los nombres célebres, y Juana no lo querrá ser nunca. Es modesta, no desea la riqueza, y nuestra humilde posición le basta; creo que hasta la misma pobreza la sería poco sensible. Todo el problema que desea resolver es encontrar la expresión de los pensamientos musicales que se agitan en su cerebro. Si vuelves á verla como aquellos días en que estaba silenciosa y triste, es que la inspiración lucha en ella. Después, cuando encuentra bajo sus dedos el verdadero sentido de su sueño entusiasta, renace, se anima y es dichosa.

He necesitado mucho tiempo para darme cuenta de todo esto, pero por fin lo he conseguido.

Mi madre se había expresado siempre con mucha facilidad, pero desde que se ocupaba en la educación de Juana era aun más elocuente que antes. Admiré un progreso notable en aquella mujer de cincuenta años, que había adquirido todo lo que había querido que adquiriese su hija.

—¿Cómo te extraña eso?—replicó mi madre;—no es seguramente un milagro hecho con una varita de virtudes. Hace veinte años que tu hermana y yo tratamos de crecer juntas. Tú no lo notabas porque eras muy niño y no podías apreciar que cada día estábamos algo más adelantadas que la víspera. Después has tenido que dedicarte á estudios más serios, y entonces, ocupado de tí solo, como es natural, no has hecho gran caso de nosotras.

—Es posible; y además, como no tenía ninguna experiencia, me faltaba punto de comparación. Ahora, en cambio, al compararme con vosotras, veo que soy un niño en presencia de dos seres superiores; ¡tal vez un niño poco digno de tener tal madre y tal hermana!

—Siempre has sido un niño digno de la más viva ternura y de la más alta estimación—replicó



mi madre;—sólo que en estos últimos tiempos te has extraviado algo. Veremos, veremos; aun no puedo hacer ningún juicio.

Recibí una carta de Vianne, en la que me decía que Manuela estaba bastante tranquila. Mi partida no había provocado la crisis que se temía, pues el señor Brundel había dicho á la enferma que yo estaba muy impaciente por ir á buscar el consentimiento de mi madre, y pensaba llevarse á la joven á Montpellier, donde se detendrían algunos días antes de dirigirse á su nueva residencia. El señor Brundel—decía Vianne—me ha encargado que alquile unas habitaciones en Montpellier, donde piensan venir. De modo que volveré á verlos y podré hablarte de ellos con conocimiento de causa.

También mi madre recibió una carta de sir Ricardo, que no quiso enseñarme; sólo me dijo que la enferma había soportado muy bien el viaje hasta Montpellier, y que se detendrían allí algunos días antes de aproximarse más á nosotros. Sir Ricardo decía haber tranquilizado á Manuela con respecto á mí, *sabiendo bien que era incapaz de faltar á mi palabra.*

A estas cortadas y lacónicas frases añadió mi madre un comentario no menos conciso:

—De modo—me dijo—que ya sabes que sir Ricardo piensa que, en caso de curación, Manuela debe ser tu mujer.

Yo estaba irritado contra sir Ricardo. Respondí que no hacía más que mezclarse en asuntos que no le concernían, puesto que yo estaba resuelto á cumplir mi palabra sin necesidad de que nadie me lo advirtiese, y que me extrañaba mucho que mi madre tuviese necesidad del asentimiento de un extraño para concederme el derecho de cumplir mi deber.

—¿Me censuras?—dijo mi madre con aquella hermosa sonrisa á un tiempo altiva y dulce que la colocaba por encima de todas las sospechas.—Ya verás como más tarde me das la razón. En cuanto ahora, aun no te he dicho nada, y tú eres quien me haces hablar. Te he hecho conocer la opinión del señor Brundel, pero aun no he dado la mía.

—¡Pero la tuya, la tuya es la que pido!

—Pues bien; todo depende de la conducta que observe el señor Brundel. Tengo la certeza de que será soberanamente desinteresada y de que subordinará todas sus resoluciones al estado de salud de Manuela. Has comprometido la existencia de esta joven, y á él le toca juzgar si tu presencia debe perderla ó salvarla. Ten paciencia y espera.



En cuanto á mí estoy resignada á aceptar las consecuencias de tu ligereza, por penosas que me fueran, antes que dejes de hacer lo que nos dicte la conciencia.

Admiré la rectitud y el valor de mi madre, pues no me era difícil conocer lo mucho que la desagradaba mi elección.

Manifesté deseo de ver al señor Brundel sin que lo supiera Manuela, y mi madre no se opuso.

No lo hice, sin embargo, y hasta fuí poco á poco retrasando mis cartas á sir Ricardo, pensando que ya me avisaría él si juzgaba necesario conferenciar conmigo. Sin poderlo remediar experimentaba una extremada repugnancia en reiterar mis promesas.

Mis nervios se iban calmando poco á poco; la tranquila y dulce vida de familia restablecía mi salud, y el fantasma de Manuela se borraba lentamente de mi imaginación como un mal sueño. Me parecía que si la joven consentía de buen grado en mi alejamiento, era sin duda alguna porque prefería los dulces cuidados del señor Brundel á mis violencias. En fin, cada hora transecurrida lejos de ella me parecía aflojar el lazo que nos unía, y no podía menos de pensar con espanto en el momento eventual en que, llamado á su lado, me

viere en la precisión de presenciar las efusiones de afección y de agradecimiento que sir Ricardo había debido inspirar á Manuela. Prefería con mucho hacerme la ilusión de creer que aquellos tiernos cuidados la curarían pronto, y la joven se inclinaria á devolverme mi palabra. Mi orgullo no se sublevaba á la idea de ser suplantado por un hombre más hábil que yo, sino que reconocía haberme portado como un niño y merecer la lección que podían darme.

En este sentido y bajo estas impresiones escribí á mi amigo Vianne reprochándole que no hubiese vuelto á escribir. Recibí de él la siguiente respuesta:

«Puesto que ya estás razonable y puesto que reconoces, más pronto de lo que yo esperaba, la fragilidad de tu amor por la *odalisca*, te hablaré de ella sin temor. La veo todos los días y te aseguro que curará. Ya sabes que nunca he participado de la opinión de los médicos de Marsella sobre la gravedad de su mal. Las afecciones nerviosas tienen el privilegio de simular tan exactamente las demás afecciones orgánicas, que los más hábiles prácticos suelen equivocarse. El caso patológico de la señorita de Pérez es para mí de mucho interés, y como soy el único que ha considerado posible su curación, el señor Brundel me ha ro-



familias inglesas instaladas en Pau se aficionasen á entenderse conmigo y me recomendasen fácilmente las unas á las otras. Expresé á mi madre mi deseo de no separarme de su lado, lo cual fué para ella una gran alegría.

—Ganarás poco al principio—me dijo;—pero aun así viviremos muy bien, porque ya sabes que somos económicas, y veo que tú no tienes más necesidades ni caprichos que nosotras. Sí, sí, quédate á nuestro lado, y verás qué feliz eres.

—Y además—añadió mi hermana Juana—nos harás felices á nosotras.

—He ahí—respondí—una palabra que me decidiría si estuviese incierto.

Maduré, pues, en mi imaginación la ruptura de mis relaciones medicales con sir Ricardo, aun previendo que contra toda probabilidad tuviese que llegar á ser el esposo de Manuela.

Tres meses transcurrieron así en la espera de una solución. El señor Brundel seguía en Montpellier, escribiendo á menudo á mi madre; decía que la salud de Manuela iba mejorando notablemente. Por lo demás, no había ni una palabra para mí de parte de Manuela en aquellas cartas que mi madre se negaba siempre á enseñarme, diciéndome cuando la demostraba alguna desconfianza:

—Montpellier no está tan lejos. Vé á informarte por tí mismo.

¿Sabía mi madre que aquello era lo que más temía yo?

#### XIV.

El trato de mi hermana era cada día más interesante y más necesario á mi vida. Se revelaba en ella un ser nuevo que salía de las turbaciones de la adolescencia sin que yo hubiese comprendido la crisis de su desarrollo.

Yo había visto en Manuela, que debía tener más experiencia, ese fondo de candidez y de frivolidad que caracteriza las naturalezas vulgares. Juana era todo lo contrario. Juzgaba con franco atrevimiento lo que no había experimentado, y quería penetrar y comprender. Su juventud y la pureza de su existencia no impedían la curiosidad de un espíritu tanto más activo cuanto que había estado mucho tiempo replegado en sí mismo. Aun no me había atrevido á interrogarla sobre el punto más delicado de sus pensamientos; pero un día la casualidad iluminó aquel punto misterioso.

Un día que nos paseábamos en el parque del

castillo de Pau, que es uno de los sitios más hermosos de Francia, Juana, que me daba el brazo, me señaló una joven que parecía un espectro. Estaba ésta con los ojos fijos, y sentada en un banco al lado de una mujer anciana no menos triste que ella y como olvidada de todas las cosas de este mundo.

—¿No es esa la señorita C.....?—dije á mi hermana.—¿Aquella compañera tuya de colegio que se volvió loca?

—¡Ah, sí!—respondió Juana.—¡Ya ves cuál es su estado! Su madre se muere de pena, y sólo quiere vivir hasta el último suspiro de la pobre Luisa. Figuremos que no las hemos visto, porque no quieren saludar á nadie y huirían de nosotros.

—¿Y se sabe la causa de esa demencia?

—Sí que se sabe—respondió Juana.—Es una historia de amor, si así puede llamarse. Luisa fijó sus ojos y se enamoró de un joven que ni siquiera lo ha sabido ni jamás ha pensado en ella. Llegó un día en que este joven se casó, y Luisa, al saberlo, cayó en ese estado de negra melancolía que poco á poco ha llegado á ser una verdadera demencia. Los médicos dicen que esta inclinación contrariada no ha sido más que el pretexto for-

tuito que una imaginación ya extraviada se ha dado á sí misma. Sin embargo, yo recuerdo haber conocido á Luisa, siendo niña, muy razonable y muy alegre. ¿Cuál es tu opinión?

—No puedo formar juicio no conociéndola.

—¿Pero crees que pueda llegarse á la locura á causa de un amor no correspondido é ignorado?

—Todo es posible en un cerebro débil. Basta para turbarle un capricho malsano.

Involuntariamente, al hablar así, se transportó mi pensamiento al tiempo en que siendo niña Juana y no creyéndose mi hermana, pretendía impedirme que me casara; pero no le dí parte de este recuerdo de un pasado probablemente olvidado por ella, como lo había sido por mí el día en que vimos nuestras actas de nacimiento.

Mas con gran sorpresa mía, Juana, ya porque sintiese la misma reminiscencia, ya porque estuviere impresionada con el doloroso encuentro de su amiga, me habló por primera vez de sus ideas sobre el amor.

—Pocas cosas en la vida me han hecho tanta impresión—dijo—como la insensata desesperación de esta pobre Luisa. Seguíamos teniendo algún trato, aun después de salir del convento, y me confié, sin que yo le diese gran importancia, su



predilección por el joven Louret, que es un muchacho que no tiene nada de particular. Cuando he visto que la razón de Luisa se extraviaba, y he sabido la causa, he hecho reflexiones que quizá no eran de mi edad, pues sólo tenía entonces quince años. Mamá debe acordarse, porque entonces le dije todo cuanto pasó por mi cabeza acerca de esto.

—Me acuerdo muy bien—respondió mi madre.

—Mirabas el amor como una enfermedad del alma, y le tenías un miedo mortal, hasta el punto de querer hacerte religiosa para escapar de su influencia. Me costó mucho trabajo hacerte comprender que no se contraía esa enfermedad así como así, y que era muy fácil preservarse de ella, como se preserva uno de los males físicos por medio de un buen régimen y sanas costumbres.

—Y lograste curarme de mi miedo—dijo Juana; —pero no quitarme cierta repulsión que sentiría aún si el dios de amor en persona se presentase delante de mí.

—¿Y á qué llamas tú el dios de amor en persona?—dijo mi madre riendo, la cual interrogaba á Juana hasta en los asuntos más delicados, segura del immaculado candor de sus respuestas.

—El amor en persona—respondió Juana—es un fantasma muy peligroso. Los antiguos han he-

cho de él un dios porque divinizaban todo lo que temían, las furias, las pasiones y todos los peligros de la vida humana. Los modernos no son mucho más sabios en este punto. Me has permitido leer algunas novelas en las que he visto también divinizado el amor. Según los poetas, es un poder irresistible, y la monotonía de sus nociones ha acabado por desesperarme. Esas novelas y esas poesías me han hecho mucho bien, porque me han enseñado á razonar sobre un sentimiento del que las jóvenes hablan ordinariamente con infundado rubor, como si antes de experimentarle se sintiesen vencidas por él. Yo me he arriesgado á mirar frente á frente ese gran problema y he dicho al maligno dios: «Si eres un niño ciego y cruel, no me dominarás nunca. ¡Te desafío á que me hagas egoísta si yo no quiero serlo; y no quiero!»

En aquel momento pasaba una vendedora anciana que llevaba un cesto con figuritas de azúcar para los niños. Era una manera como otra cualquiera de pedir limosna, pues nos tendió la mano sin ofrecernos su mercancía. Juana le entregó una moneda, y cogiendo de entre las figuras un amorcillo con túnica color rosa que llevaba una tea en la mano, preguntó alegremente á la vendedora si aquel niño era *Amor ó Himeneo*.



—Ambas cosas á la vez—contestó la vieja.—  
Quedaos con él, bella señorita, y ¡ojalá os lleve la  
felicidad!

—Muchas gracias, dijo Juana.

Y le guardó en su bolsillo, donde muy pronto  
fué olvidado, pues encontramos á unos amigos que  
nos acompañaron el resto de la tarde.

Pero el capítulo del amor, casualmente interrumpido,  
fué casualmente proseguido al final de nuestra  
comida, pues buscando Juana una llave en su  
bolsillo, encontró la figurilla de azúcar y dijo colocándola  
sobre una naranja:

—Mira al amor, tirano del globo terrestre.

—¿Y persistes—la dije—en despreciarle profundamente?

—No se debe despreciar—me respondió—lo  
que antes se ha temido; pero se lo debe juzgar, y  
tengo gana de instruir el proceso de ese cupidillo.

—Vamos, ya estoy curioso por saber tu juicio.

—En primer lugar—replicó Juana examinando  
la figura—sepamos quién eres. ¿Amor ó matrimonio?

—Supongamos que soy el matrimonio—dije yo  
tomando la palabra por el problemático amorcillo.

—Si eres Himeneo, es muy diferente. Te supongo  
tranquilo, formal, bueno, tierno y cariñoso;

¡pero mientes! No eres un dios honrado y puro,  
sino el tonto y malvado Cupido; esa tea que parece  
un paraguas, tiene la pretensión de incendiar  
el universo. Pues bien, amigo mío, mira el caso  
que hago de tí. ¡Te destrono!

É hizo saltar en el aire al pobre hijo de Venus,  
que vino á caer en mi plato rompiéndose la  
nariz.

—Pero—exclamé yo—la vendedora ha dicho  
que ese era á la vez Cupido é Himeneo, es decir,  
el amor en el matrimonio.

—Falso; el amor no tiene nada que hacer en el  
matrimonio, que es la ternura, y no lo que nuestras  
novelas llaman el amor, es decir, el insomnio,  
los celos, la sospecha injusta, el dominio insopor-  
table, todas las cosas malas, malsanas y estúpi-  
das. Estáis destronado, señor amor, y mentís para  
que os vuelva á poner sobre la naranja; pero tenéis  
rota la nariz y voy á arrancaros las alas para  
que no hagáis más travesuras.

Y Juana mutiló á la figurilla con una especie  
de crueldad, riendo á carcajadas.

No pude menos de preguntarle por qué no se  
había casado con Vianne, que pensaba en todo  
como ella.

—¿Acaso está una obligada á casarse con aque-



llos de cuyas opiniones se participa? Pero tú, tú que hablas, ¿no piensas como yo?

—No, yo no hago esa distinción sutil entre el amor y la ternura.

—Entonces es cuestión de calificaciones. ¿Tú crees que el amor puede ser tierno?

—Y capaz del sacrificio.

—¿Y piensas que la ternura puede ser apasionada y violenta?

—Me confundes al hacer tantas indagaciones.

—Soy lógica. He pedido á Dios y á mi madre el secreto para ser dichosa, pues todos los niños quieren ser dichosos sin cuidarse de ser justos, y Dios y mi madre me han respondido: «Ser dichoso consiste en dar la dicha á los demás.» Reflexioné sobre esta teoría que mi madre sabía poner en práctica tan bien, y poco á poco, después de las inevitables caídas en el egoísmo natural, he conseguido mi objeto: «dar á los demás toda la suma de felicidad que esté en nuestra mano procurarles.» Es claro y sencillo, y desde que he tomado la costumbre de aplicar esta teoría á todas mis resoluciones, he notado una cosa, y es, que yo era muy feliz y no dependía de nadie mi felicidad. Así es que, me decida ó no á casarme, desafío al señor á quien yo quiera, á que me haga un re-

proche fundado, y le desafío también á que me cause un disgusto que yo no le perdone inmediatamente.

—Arreglas el matrimonio á tu gusto, pero la experiencia de la mayor parte de casos te desmiente. Por lo mismo que hay tantos hogares turbados ó desgraciados, es necesario, al casarse, profesarse el mayor amor posible.....

—¿Como compensación? Estás equivocado. El amor, tal como le entiendes, es la principal causa de esos disturbios.....

—¿Pero me estás procesando á mí también? ¿Acaso sabes como entiendo yo el amor, si no te lo he dicho jamás?

Me volví hacia mi madre, interrogándola con la mirada si Juana estaba informada de mi aventura y hacía alusión á ella. La mirada de mi madre me respondió que Juana no sabía nada y discutía por el placer de discutir.

—Es necesario que convengas en que hay dos clases de amores: el de las almas grandes, que es grande y generoso como el que tú sueñas, y el de las almas vulgares, los caracteres débiles y las inteligencias sin desarrollo. Yo no soy bastante grande ni bastante fuerte para negar mi indulgencia á los que están presos en sus redes; pero



—La he amado como la ama sir Ricardo, con los sentidos.

—Pero, aun suponiendo que eso fuera cierto, sir Ricardo ha sabido siempre dominarse, y tú no.

—¿Es que yo tengo veintiocho años!

—Sí, pero si el señor Brundel no llega á tiempo, no sé lo que hubiera sucedido.

—No sé. El encanto espiritual de la pobre Manuela me dió un momento de vértigo entusiasta, y el entusiasmo no es sensual. Te juro que cuando sir Ricardo nos sorprendió, mis pensamientos no podían ser más puros. ¿Por qué no quieres admitir que yo tampoco hubiese sucumbido?.... La repentina llegada del señor Brundel me obligó á contraer un compromiso cuya sola idea me hubiese hecho estremecer una hora antes, como me hizo estremecer una hora despnes. ¡Ah! comprendía perfectamente que nunca podría amar con todo mi corazón á una mujer que dividiese el suyo, como Manuela, entre su protector y yo. Bien claro he visto que no podía separarla de él sin causar á uno y otro un dolor mortal. Así, pues, nunca amaré á Manuela para hacerla feliz ni ser yo feliz á su lado.

Mi madre guardó silencio un instante, y después replicó:

—Sin embargo, si yo te dijese que á estas horas está curada y te espera....

—¿Será cierto?.... ¡No me ocultes nada!....

—Si el señor Brundel te exhortase en nombre del honor á cumplir tu imprudente palabra....

—Diría al señor Brundel que él tiene mucha más obligación de casarse con esa joven que yo, puesto que la ha hecho pasar por su mujer.

—¿Y si yo te dijera que te creo seriamente comprometido?

—¿Tú?.... Partiría en el mismo instante, pero con la muerte en el alma. Sacrificaría el reposo y la dignidad de mi vida á un instante de amor propio irreflexivo; pero si he de conseguir tu estimación á ese precio....

Y sin poderme contener estallé en amargos sollozos.

Mi madre me rodeó con sus brazos y me dijo:

—Tranquilízate. Estoy contenta de ti, y no he de exigir tan cruel expiación. Manuela no está todavía completamente buena, pero ya está fuera de peligro. Ya no está bajo el imperio de la pasión que tú la inspirabas, y desea evitar su violencia, porque ha comprendido que podía haberle costado la vida. Se prosterna como siempre ante la bondad del señor Brundel, y éste.... se casa con ella.



—¡Ah!—exclamé saltando al cuello de mi madre;—ese acto le devuelve todo mi cariño.

Mi alegría era tan grande y tan espontánea, que mi madre no pudo menos de echarse á reír.

—Me perdonarás—dijo—que no te haya dicho este resultado que conozco hace quince días; pero quería asegurarme antes de que tu amor no era verdadero.

—No, madre mía, yo no puedo dar mi alma más que á una mujer como mi hermana ó como tú. ¿Qué quieres? no es culpa mía..... pero explícame lo que dice el señor Brundel respecto á mí.....

—Te devuelve pura y simplemente tu palabra, y no te escribe directamente porque yo he exigido que no hubiese explicaciones verbales ni por escrito entre las personas interesadas. Yo seré la intermediaria en esta cuestión, y como tal, estoy comisionada por sir Ricardo para preguntarte si ves con satisfacción su matrimonio con la señorita de Pérez.

—¡Oh, sí, sí!—exclamé con viveza.—Dile que le pido mil perdones por haber turbado la paz de su hogar y que jamás volveré á ver á su esposa.

—Él no exige semejante promesa, y me parece que está muy por encima de todo sentimiento celoso.

—¿Crees tú que la amaba cuando nos sorprendió?

—La amaba y la ha amado siempre, pero como un padre amaría á su hija. Sabía que su delicada salud había de resentirse mucho con la violencia de una pasión, y por eso la ha tenido siempre encerrada en su casa. Al casarse con ella, nada cambiará tal vez en sus relaciones. El matrimonio es una rehabilitación que sir Ricardo le ofrece y que ella acepta con alegría. Yo encuentro que ahora, como siempre, se ha portado como un caballero y ha hecho lo mejor que podía hacer, pues siente una verdadera afección por su pupila; y si hubiese en él algo de amor, su conducta hacia ella y hacia tí cuando creyó que os amabais prueba la superioridad de su carácter.

—Es un hombre digno de admiración; pero en toda esta novela cuyo desenlace anuncia sir Ricardo, no veo aparecer el misterioso personaje de su hija. ¿La conoces tú?

—Ya te hablaré de ella más tarde, pues por ahora no quiero pensar más que en nuestros proyectos. ¿Estás decidido á no separarte de nosotras?

—Yo sí; á menos que Juana se case y tenga la desgracia de disgustar al que se llame su dueño.

—Juana no ama á nadie por ahora; pero ¿acaso



no te agradaría á tí que encontrase un buen partido?

—Pues bien, no. Dirás que soy un egoísta, y yo te prometo que haré cuanto pueda por vencer ese mal sentimiento; pero figúrate, madre mía, el sueño de felicidad que podíamos haber realizado si un extraño no viniese jamás á colocarse entre nosotros.

—¿Y te parecería mejor que por dedicarse Juana á nosotros renunciase á la dicha de ser madre? Yo no pienso así, y por eso aspiro á casarla; pero no es ahora ocasión de hablar de esto. Bástete saber que por ahora no tenemos ningún proyecto.... Ya es la hora en que acostumbras á salir todas las noches; véte pronto, á fin de que vengas antes á reunirme con nosotras.

—No tengo gana de salir, y prefiero quedarme aquí si te parece.

—No; que es bueno que salgas después de comer, y entre tanto nosotras nos ocuparemos de algunas cosillas de la casa que tenemos que hacer. Luego nos reuniremos.

Yo no tenía gana ninguna de salir, pues cada vez me hacía más casero; pero tenía que ver á un enfermo y sali como las demás noches, aunque no fui al café y volví más pronto que de costumbre.

Nuestra casa era, como ya he dicho, medio de ciudad, medio de campo. Estaba situada en un sitio magnífico desde donde se veía todo el pueblo. Tenía dos entradas; la una daba á una calle del pueblo y la otra al campo, teniendo que atravesar por este camino un sendero bastante difícil, por lo cual yo no le tomaba nunca. Sin embargo, aquel día le seguí, temiendo llegar demasiado pronto y estorbar á mi madre en sus ocupaciones domésticas.

La noche estaba muy oscura. En el momento de aproximarme á la puertecilla del jardín, ví que salía un hombre que dió dos ó tres pasos hacia mí, volviéndose luego en sentido contrario y perdiéndose en la obscuridad. Apreté el paso y me encontré entreabierta la puertecilla, que ordinariamente estaba cerrada por la noche. Penetré en el jardín y me encontré con Juana que iba hacia la casa lentamente y como absorta en sus sueños.

—¿Quién acaba de salir?—le dije.

—No sé—respondió.

—Estarías muy preocupada; porque un hombre ha debido pasar cerca de tí, y no es el jardín tan grande para que no le hayas visto. Acaba de salir en este instante.

—Sería el jardinero.



—No he podido verle bien, porque parecía huir de mí; pero no debía ser el jardinero..... Además recuerdo que el jardinero no viene por el lado que se ha ido ese hombre, y no habría dejado tampoco la puerta entreabierta.

—Si ha quedado abierta, vamos á cerrarla—dijo tranquilamente Juana.

Mi hermana estaba en uno de esos momentos en que no se preocupaba para nada de las cosas exteriores, y en que con tanta frecuencia la había ya visto los años precedentes; pero ahora, desde mi estancia allí, no la había vuelto á ver de aquel modo; así es que me impresioné tristemente. ¿Podía yo suponer que Juana tuviese un secreto para mi madre, ó que mi madre me hubiese engañado?

No me atreví á volver á hablar de aquel incidente, y esperé al siguiente día, prometiéndome observar á Juana.

## XV.

Al día siguiente, en lugar de bajar al pueblo, me paseé por los alrededores de nuestra casa. No ví á nadie, y oí casi sin interrupción el piano de Juana.

Quedé casi convencido de que había sido un visionario, y ya había olvidado esta aventura, cuando á los ocho días, estando una noche trabajando en mi habitación, me pareció oír ruido. Eran cerca de las doce, y todo el mundo acostumbraba á retirarse á las once. Temí que mi madre estuviese enferma, pues solía padecer ataques nerviosos, y nos lo ocultaba para no asustarnos. Quise sorprenderla para impedir que se encerrase sola, y bajé sin hacer ruido á su cuarto; pero de repente me detuve en el pasillo al oír un ruido de pasos ligeros y de palabras á media voz que partían del salón.

Entonces me dirigí hacia aquel lado. La puerta del salón no estaba cerrada, y por el resquicio que quedaba ví á Juana en los brazos de un hombre que estaba vuelto de espaldas, pero que me pareció por su figura sir Ricardo Brundel. Me repugnaba espiar á mi hermana, y subí precipitadamente á la habitación de mi madre. Ví que había luz; llamé y la encontré vistiéndose.

—¿Sabes—le pregunté—que hay gente en el salón?

—Sí; es una persona á quien no esperábamos esta noche, y que sin duda tiene algo interesante que decirnos.

—No he podido verle bien, porque parecía huir de mí; pero no debía ser el jardinero..... Además recuerdo que el jardinero no viene por el lado que se ha ido ese hombre, y no habría dejado tampoco la puerta entreabierta.

—Si ha quedado abierta, vamos á cerrarla—dijo tranquilamente Juana.

Mi hermana estaba en uno de esos momentos en que no se preocupaba para nada de las cosas exteriores, y en que con tanta frecuencia la había ya visto los años precedentes; pero ahora, desde mi estancia allí, no la había vuelto á ver de aquel modo; así es que me impresioné tristemente. ¿Podía yo suponer que Juana tuviese un secreto para mi madre, ó que mi madre me hubiese engañado?

No me atreví á volver á hablar de aquel incidente, y esperé al siguiente día, prometiéndome observar á Juana.

### XV.

Al día siguiente, en lugar de bajar al pueblo, me paseé por los alrededores de nuestra casa. No ví á nadie, y oí casi sin interrupción el piano de Juana.

Quedé casi convencido de que había sido un visionario, y ya había olvidado esta aventura, cuando á los ocho días, estando una noche trabajando en mi habitación, me pareció oír ruido. Eran cerca de las doce, y todo el mundo acostumbraba á retirarse á las once. Temí que mi madre estuviese enferma, pues solía padecer ataques nerviosos, y nos lo ocultaba para no asustarnos. Quise sorprenderla para impedir que se encerrase sola, y bajé sin hacer ruido á su cuarto; pero de repente me detuve en el pasillo al oír un ruido de pasos ligeros y de palabras á media voz que partían del salón.

Entonces me dirigí hacia aquel lado. La puerta del salón no estaba cerrada, y por el resquicio que quedaba ví á Juana en los brazos de un hombre que estaba vuelto de espaldas, pero que me pareció por su figura sir Ricardo Brundel. Me repugnaba espiar á mi hermana, y subí precipitadamente á la habitación de mi madre. Ví que había luz; llamé y la encontré vistiéndose.

—¿Sabes—le pregunté—que hay gente en el salón?

—Sí; es una persona á quien no esperábamos esta noche, y que sin duda tiene algo interesante que decirnos.



—Pero esa persona está sola con Juana en el salón. ¿Lo sabías?

—Sí—respondió tranquilamente mi madre,— porque tu hermana se ha vestido antes que yo y ha bajado al salón la primera. Vamos, cálmate, todo esto es muy natural, y ya te lo explicaré más adelante. Vé á tu cuarto, porque tu presencia nos estorbaría.

—¿Tenéis, pues, secretos para mí?

—Ya lo ves.....

—Yo creía que no. Sir Ricardo.....

—¿Qué?

—Es la persona que está ahí.

—Aun cuando fuera él, no quiero que le veas todavía. Haz lo que te mandó; vuelve á tu cuarto y duerme, á menos que estés aún celoso de Manuela Pérez y quieras oponerte á su matrimonio.

—Ya sabes lo que pienso en ese particular; pero encuentro muy raro, y permítame que te lo diga, encuentro muy mal que el señor Brundel venga aquí por las noches misteriosamente como un enamorado..... En fin, encuentro intolerable que abraze á Juana como si fuera su hija ó su hermana. ¿Qué significa esta repentina intimidad?

—Mira, mira, déjate de sospechas—dijo mi madre riendo,—y véte pronto á acostar.

Y después de abrazarme con ternura, se fué, dejándome estupefacto.

Me quedé en la alcoba de mi madre con los codos apoyados en la ventana, que tuve que abrir bruscamente para no ahogarme, la cabeza apoyada en las manos y presa de una agitación inconcebible.

¿Qué pasaba por mí? ¿Por qué odiaba en aquel momento á sir Ricardo con toda la fuerza de mi alma? Nunca habia estado celoso de Manuela como lo estaba de Juana.

—Es natural—me decía yo;—Juana es mi hermana, es decir, mi honor mismo, y me indigna ver que ese hombre viene á robarme hasta mi propia casa el ideal de pureza á quien tengo el derecho y el deber de defender..... ¡Y á eso llama mi madre un perfecto caballero! Hay que confesar que también se peca por exceso de virtud y candidez. ¿Puede haber nadie, más que mi madre, que crea que ese viejo experimentado abraza á Juana paternalmente, después que ella misma confiesa que ha tenido una juventud borrascosa? ¿Y por qué Juana, tan reservada, echa los brazos al cuello de un extraño, cuando todo lo más tiende su mano á nuestros más antiguos amigos, y cuando yo mismo no me atrevo á posar mis labios sobre su



frente?.... Ya no me cabe duda, Juana estaba con él en el jardín la otra noche.... y hoy, en cuanto ha sabido que estaba ahí, ha bajado la primera y le abrazaba sin testigos. ¿Le ama, pues? ¿Será con ella con quien va á casarse?.... ¿Me engañarán, dejándome para consuelo la problemática fidelidad de Manuela?.... Mi madre exige de mí una ciega confianza; pero yo no puedo consentir que Juana, engañada por su exaltada imaginación ó seducida quizá por el nombre y la fortuna, se haga en la flor de su edad la compañera, la enfermera de un viejo; no, no lo consentiré.... á menos (y un rayo de luz atravesó mi imaginación), á menos que Juana no sea su hija....

Mil recuerdos vagos se amontonaron entonces en mi ardiente cabeza.

Recordé lo que Juana me había dicho en otro tiempo, asegurándome que no era hija de mis padres, y por consiguiente que no éramos hermanos. Pero ¿por qué me ocultaban aquel secreto de familia? Cualquiera que fuera, yo le acogería bien; pero si no existía, si Juana era mi hermana, haría valer mi autoridad y no permitiría que dispusiera de sí misma sin consultarme.

Y dejando la ventana, iba á bajar al salón, á riesgo de ofender á mi madre, cuando al llegar á

la escalera oí á Juana que decía á media voz en el vestíbulo:

— Sí, sí, padre mío, iremos. ... Abrazadla de mi parte.

Mi madre y Juana acompañaron á sir Ricardo por el jardín, y entre tanto pude subir á mi cuarto y acostarme.

Puesto que disimulaban conmigo, quise disimular también, fingiendo ignorar el secreto que no se dignaban revelarme.

Pero en lugar de dormir, me entregué á nuevas y aterradoras reflexiones. Había visto la partida de bautismo de Juana, en que constaba ser ésta hija de legítimo matrimonio de mis padres. Al llamar ahora padre á sir Ricardo, hacía pensar en una falta de mi madre, aceptada ó ignorada por su marido. ¡Una falta de aquella santa mujer, objeto de una veneración sin límites!

— No — exclamé incorporándome en el lecho y retorciéndome los brazos; — ¡eso es imposible!

Y sin embargo, ¡había tantos detalles que podían despertar sospechas! El inmenso cariño de mi madre por Juana, su emoción cuando por vez primera la hablé de sir Ricardo, la intimidad que reinaba de nuevo entre ellos, su correspondencia que no me permitían leer, y aquellas citas misteriosas....



No pude contenerme más, y volví á bajar al cuarto de mi madre, que se había acostado ya, pero que aun no estaba dormida. Caí de rodillas ante su lecho, que regué de lágrimas, y le dije:

— ¡Estoy loco, desesperado! ¡Perdóname y dime que Juana no es tu hija!

— Por fin lo has adivinado — exclamó riendo y atrayendo hacia ella mi cabeza.

— Gracias, gracias — exclamé cubriendo sus manos de besos. — ¡Si supieras cuanto bien me haces!

— Pues si creí que iba á darte un disgusto al hacerte saber que Juana no era hermana tuya. ¿De qué proviene tu alegría?

— ¿Quieres saberlo?

— Creo que lo adivino. Sospechabas algo y no amabas á Juana como hermana.....

— Sí, madre mía, te juro que sí. No sabía ni sospechaba nada, y amaba á Juana tan santamente como te amo á tí.

— Entonces, no lo comprendo — dijo cándidamente mi madre.

No podía figurarse ni remotamente que yo había sospechado de ella. Me apresuré á evitar que cayese en esta suposición, hablándola de mis creencias sobre un proyectado matrimonio entre el señor

Brundel y Juana, el cual me parecía desigual y merecía mi desaprobación más completa.

— Precisamente esta noche — replicó mi madre — ha venido á rogarnos que asistiésemos á su matrimonio con Manuela. Yo he tenido que vencer algunas prevenciones; pero Juana, que no sabe nada de tu aventura y debe ignorarla siempre, está dispuesta á amar á la mujer de su padre.

— ¿Su madre habrá muerto entonces?

— Murió en Burdeos pocos días después de haberla dado á luz.

— Y era quizá.....

— Fanny Ellingston.

— Marquesa de Mauville. Recuerdo que fuiste á rezar con Juana á su sepultura. ¿Por qué no me lo dijiste entonces? Creo que ya estaba en edad de guardar un secreto.

— Pues he tratado siempre, por el contrario, de impedir que sospechases la verdad.

— ¿Por qué?

— Por que podías haberte enamorado de Juana, y el porvenir de ésta no me pertenecía.

— Sí, tienes razón como siempre..... nada más natural..... pero explícame su verdadera situación. ¿Puede reconocerla el señor Brundel? ¿No ha sido Juana inscrita como hija tuya y de mi padre? Sir



Ricardo no tiene ningún derecho sobre ella; ante la ley no es su padre.

—Lo mejor es que esperemos con calma el resultado de las reflexiones de sir Ricardo.

—Es que sir Ricardo puede comprometerte gravemente, pues no está permitido sustituir un niño por otro, como supongo que haríais poniendo á Juana en lugar de alguna hermana mía muerta al nacer. Si así ha sido, no quiero de ningún modo que sir Ricardo trate de hacer constar su paternidad perjudicándote á tí.

—¡Pobre sir Ricardo!—exclamó mi madre.—Bien veo que será muy difícil reconciliarte con él. En todos terrenos te pones en contra suya. De todos modos, te ruego que hasta que yo te avise no le molestes para nada.

—Bueno; pero dile de mi parte que le prohíbo que te exponga á la más leve sospecha. Conozco la ley, y sé muy bien que, según ella, Juana nos pertenece. Yo seré su hermano y su protector contra todos, y desde ahora me opongo á que asista al matrimonio de Manuela.

—Vamos—dijo mi madre,—será preciso tranquilizarte para impedir un conflicto inútil. Hubiera preferido dejarte creyendo aún algún tiempo que entre Juana y tú existían obstáculos insupe-

rables, pero me obligas á decir la verdad. No quiero que creas que tu padre, instigado por mí, ha cometido una falta tan grave como la de faltar así á la ley. El acta de nacimiento que has visto, perteneciente á tu hermana Juana, es de una hermanita tuya que murió al nacer, y en cuanto á Juana, la hija de mi amiga Fanny Ellingston, fué llevada á los niños expósitos, de donde luego se la sacó para ponerla en ama. Tal era la voluntad de su madre, que no quería dejarla expuesta al justo resentimiento de su marido..... pero para que comprendas mejor por qué adopté yo á Juana, será preciso que te cuente la historia de Fanny Ellingston y de sir Ricardo Brundel.

—Sé su principio—repliqué—porque muchas veces te he oído hablar de ello con mi padre. Fanny Ellingston era una huérfana sin fortuna, pariente de la marquesa viuda de Mauville, que se educaba con sus hijas y conmigo. El joven marqués de Mauville se enamoró de ella y se casó contra la voluntad de su madre, que hubiera deseado para él una unión más ventajosa.....

—Hasta aquí estás bien informado; pero ante todo quiero explicarte las razones que yo tuve para casarme con tu padre.



## XVI.

MI posición en Mauville se hacía cada vez más difícil y penosa. Fanny no amaba á su marido, y había cometido la imperdonable ligereza de casarse con él por despecho, al ver que sir Ricardo (de quien Fanny se había enamorado durante unas semanas que éste pasó en el castillo) no había vuelto á cumplir la palabra de casamiento dada á mi amiga durante sus cortos amores. El marqués que estaba enterado de todo, suplicaba á Fanny que se decidiese en favor suyo, afeando la conducta de sir Ricardo, hasta que por fin ella se decidió y entregó su mano al marqués.

Yo no aprobé esta conducta, porque presentía que había de traer grandes desgracias. El marqués era celoso hasta la exageración, y su mujer tan imprudente como él celoso, pues escribía á sir Ricardo, á quien no había dejado de amar, y aunque sus cartas eran inocentes entonces, no por eso dejaban de ser peligrosas. Quiso tomarme por intermediaria y confidente, á lo cual me negué. Fanny se quejó amargamente, diciéndome que no la

amaba como ella á mí, y hasta me dijo en un momento de cólera que tenía celos de ella porque estaba, como todas las mujeres de la casa, incluso su madre política, enamorada de sir Ricardo. No digo que no hubiera en esto algo de verdad; pero por lo que hace á mí era completamente falso. Cuando Fanny me dijo aquellas palabras ofensivas, ya nos amábamos tu padre y yo, y á los pocos días nos dirigimos á Burdeos en compañía de mi buen padre, y allí nos casamos, teniendo á poco tiempo el dolor de perderle. A su muerte heredamos un capitalito que tu padre quiso aumentar con el comercio. Pusimos, pues, cerca de Burdeos un modesto establecimiento donde naciste tú y donde pasé tres años de dicha sin nubes.

Después de aquellos años tranquilos vinieron muchos disgustos.

Yo veía aproximarse con alegría el momento en que iba á tener otro hijo, cuando recibí la siguiente carta:

«Comprendo que me he portado muy mal contigo. Las faltas y las desgracias que me anunciaste se han cumplido. Voy á ser madre, y la ausencia de mi marido en la época en que he faltado á mis deberes hace imposible la tentativa de engañarle. ¡Ten compasión de mí, Adela que-

»brida! Hasta ahora he podido ocultar mi estado, pero dentro de quince ó veinte días, si R.... no viene y tú me abandonas, estoy perdida. Te he ofendido.... razón de más para que me proteja un alma como la tuya.

»P. S. Todas las noches me paseo por el parque bajo los cedros....»

Quando lei esta carta, quise partir en seguida para Mauville; pero tu padre me detuvo.

—Tu presencia allí—me dijo—no haría más que confirmar las sospechas que todos deben tener. Yo iré por la joven marquesa, la robaré si es preciso y la ocultaré aquí cerca.

Y partió después de haberme dado sus instrucciones.

—Tu padre, el contrabandista, tenía un gran corazón! Merecía bien el amor que yo le profesaba. Resuelto, activo y prudente, consiguió llevar á cabo su empresa. No se presentó en el castillo, donde hubieran reconocido fácilmente á *Moreno* (tal era su antiguo apodo cuando estaba allí de pastor) y esperó á Fanny en el parque, donde la aconsejó que huyese con él.

El marqués estaba ausente por tres días, y Fanny había reñido violentamente con su madre política aquella misma noche.

—Tomad ese pretexto—le dijo tu padre—para escribir una carta en que digáis que el odio de la marquesa os causa tal desesperación, que ya no volverán á veros en esta vida. Nada más ni menos. Creerán en un suicidio y os buscarán en todos los alrededores de Mauville. Entre tanto tendréis tiempo de ir á Burdeos sin que nadie siga vuestras huellas.

—¿Y después?—dijo Fanny.

—Después, ya veremos. Sobre todo, no llevéis nada con vos; ni efectos ni dinero. Nadie hace preparativos cuando se va á matar.

Al cabo de un cuarto de hora, la marquesa de Mauville, siguiendo los consejos de mi marido, se alejaba con él disfrazada con un traje de aldeana.

Yo los esperaba á poca distancia de Burdeos, y todos juntos nos dirigimos á casa de una hermana mayor de tu padre, mujer muy buena y entendida en todos los cuidados que el estado de Fanny necesitaba.

Algunos días después vino al mundo tu hermana Juana. Su madre, llena de esperanzas y de ilusiones, se creía salvada ya.

La recién nacida fué llevada al hospicio é inscrita con el nombre de Juana, hija de padres desconocidos. En seguida se la sacó de allí para en-



tregarla á los cuidados de una buena nodriza que nos habían recomendado.

Ocho días después Fanny estuvo lo bastante restablecida para venir á nuestra casa.

Entonces nos explicó sus proyectos. No quería volver á casa de su marido, y esperaba que sir Ricardo viniese por ella para irse juntos á América. El Sr. Brundel había ido á buscar el dinero necesario para el viaje, pues se encontraba en mala situación por aquella época, y en cuanto lo tuviera vendría á buscar á Fanny como había prometido.

—Pero ¿cómo sabrá que estáis aquí?—preguntó tu padre.

—Le escribiré.

—¿Y á dónde?

—¡Ah! no sé; fué á Inglaterra y ya debía haber estado de vuelta, cuando al ver que no venía escribí á vuestra mujer pidiéndole auxilio.

—De eso hace ya diez días; de modo que no sabemos si continuará en Inglaterra ó estará ya en el camino.

—¡Oh! desde hace algún tiempo cada día está en un sitio, pues va buscando por todas partes el dinero que nos hace falta para nuestro viaje á América y estancia allí. Así es que me iba dando diferentes señas para que le dirigiese mis cartas.

Hice observar á Fanny con toda la dulzura posible que no debía fiar mucho en las promesas de sir Ricardo, puesto que ya había faltado á ellas una vez.....

—¡Oh, no digas eso!—exclamó Fanny.—Entonces no me amaba como ahora, y además no me había hecho promesas tan terminantes. Ahora tengo en él una fe absoluta. Le escribiré aunque sean diez cartas á todas las direcciones que me ha dado.

—Si ha cumplido su palabra—dijo tu padre,—debe estar ahora cerca de Mauville. ¿En qué sitio acostumbraba á ocultarse para veros?

—En casa de un cazador.

—Pues entonces no escribáis, yo iré; pero antes reflexionad bien lo que vais á hacer.

—¡Oh, sí! reflexiona bien—añadí yo.—Tu falta es un hecho consumado que puede quedar oculto para siempre. Tienes una hija á quien amar, que vivirá lejos de tí; pero te juro que yo velaré por ella. El tiempo y tu buena conducta borrarán las sospechas que hoy has debido despertar, y llegará un día en que puedas llevar á tu lado á esa hija sin que nadie sepa quién es.....; pero para todo esto es necesario que vuelvas á casa de tu marido diciendo que has querido morir y que te ha faltado valor



para matarte, viniendo á buscarte á mí para que te aconsejara..... Esto obligará á tu madre política á tratarte con más consideración en adelante; y en cuanto á tu marido, á pesar de sus violencias, te ama, y con paciencia y sumisión puedes influir mucho sobre él. La vida es siempre agradable para el que cumple con su deber..... Créeme, debes romper con el Sr. Brundel y hasta ocultarle el nacimiento de esa hija.....

—No, no—exclamó Fanny;—he querido que lo sepa todo, y previendo que podría morir al dar á luz, le había escrito una carta..... Después he vuelto á escribirle participándole el nacimiento de Juana.

—Esa es una imprudencia. ¡ Dame esas cartas!

—Tengo además todas las que sir Ricardo me ha escrito, cuidadosamente guardadas en una cajita, que es el único objeto que he traído de Mauville.

—Dame todo eso para quemarlo.

—No se debe quemar nada—dijo tu padre.—Es necesario respetar el único lazo que existe entre la niña Juana y su padre. Dadme todas esas cartas, señora marquesa, y os juró por mi honor guardarlas bien.

Fanny entregó á mi marido el paquete de cartas que guardaba en su seno.

Cuando tu padre pidió á mi amiga las cartas, debió obedecer á una inspiración divina, pues á los pocos momentos se oyó un ruido de pasos por la escalera.

Mi marido creyó que llamaban de la tienda, y se apresuró á abrir la puerta.

Pero de pronto le oímos gritar con voz clara y alegre:

—Llegáis á tiempo, señor marqués. Precisamente en este momento hablábamos de vos, y yo iba á escribiros..... Entrad, entrad, y seáis muy bien venido.

Y tu padre se retiró para dejar pasar al marqués de Mauville, que apareció en la puerta pálido y con los dientes apretados.

Fanny cerró los ojos para no encontrarse con los suyos.

—Veo que no llego tan á tiempo como decís—dijo entonces el marqués.

—No lo creáis—dijo tu padre con la misma jovialidad;—pero la emoción..... el temor, influyen en la señora Marquesa.....

Y sin dejar á nadie que tomase la palabra, prosiguió vivamente:

—¿Habréis pasado gran inquietud? Podía haber sucedido una gran desgracia, pero afortunada-



mente no ha tenido lugar..... La señora marquesa dice que vuestra madre no la quiere..... eso será cierto, pero de todos modos no es una razón para matarse..... A Dios gracias, se ha hecho después cargo de que no había motivo para hacer una cosa así, y ha venido á buscar á mi mujer para que la aconsejase en su difícil situación..... Nosotros tratábamos de convencerla de que volviese á su casa, ó bien de que os escribiese; pero la señora se resistía algo..... ¡Ya se ve, la pobre estaba encolerizada!

—¿Y vos por qué no me habéis escrito?—dijo vivamente el marqués.

—Porque la señora marquesa nos amenazaba con irse á ocultar á otra parte, y mi mujer ha creído que era mejor ir obteniendo su consentimiento para avisaros, por medio de la persuasión..... y precisamente cedía á nuestras súplicas cuando habéis entrado.

—¿Es verdad, señora—preguntó el marqués á su mujer—que consentiais en volver á vuestra casa?

—Sí—respondió Fanny, á quien yo había reanimado, comprendiendo que si negaba nos iba á comprometer.

Después añadió levantándose:

—Estoy dispuesta á seguiros.

—¿Estáis en estado de partir al momento?—preguntó el marqués con aire de duda.

—¿Por qué no había de estarlo?—replicó mi marido.—La señora marquesa ha tenido un gran disgusto y no cesaba de llorar; pero gracias á Dios y á los cariñosos cuidados de mi mujer, no ha estado enferma..... ¡Ah! veo que miráis nuestra pobre vivienda..... No es muy buena que digamos; pero está bien limpia, y pronto aumentará la familia que la ocupa, pues mi mujer me va á dar un segundo hijo.

Al hablar así tú padre no separaba sus penetrantes ojos de los del marqués, que estaban fijos en la cuna destinada á mi segundo hijo. Después su mirada se dirigió á mí y pudo apreciar que mi marido no mentía, pues si Fanny había conseguido disimular su estado, á mí me hubiera sido imposible.

Entonces el marido de mi desgraciada amiga pareció tranquilizarse y dijo tomando un aire de fingida calma, que no quería separar tan bruscamente á la marquesa de sus cariñosos amigos.

—Ahora—añadió dirigiéndose á Bielsa—quisiera hablaros dos palabras.

Salieron juntos, y el marqués entonces sacó un

papel de su bolsillo y dijo con tono imperativo, entregando aquel papel á mi marido:

—¿Dónde está el niño?

Tu padre vió que aquella era una carta de sir Ricardo que el marqués había sorprendido. Así, pues, había que renunciar á todo intento de engañarle.

—El niño ha muerto al nacer—respondió.

—¿Cómo ha sido inserito?

—Hijo de padres desconocidos.

—¿Quién ha traído aquí á la marquesa?

—Yo.

—¿Para reunirla con su amante?

—¡Oh, no!..... para salvar su honor y el vuestro.

—*Moreno*—dijo el marqués sacando un bolsillo lleno de oro,—siempre me habéis servido bien, y ahora acabáis de hacerme un gran favor. ¿Puedo contar con vuestro silencio y el de vuestra mujer?.....

Tu padre rechazó el bolsillo con un movimiento tan enérgico, que éste cayó al suelo y el marqués tuvo que recogerle.

—Quiero—dijo tu padre—el dinero que gano con mi trabajo, pero no el que constituye una prueba de desprecio. Si no contáis con mi discreción, es porque nunca me habéis estimado, y en

ese caso hacéis mal en pagarme, porque las gentes que venden sus favores pueden venderos á vos del mismo modo. No quiero aceptar condiciones, sino ponerlas; por consiguiente, os prometo que me callaré, con la de que perdonéis á vuestra mujer y la tratéis con dulzura.

—Hoy por hoy—dijo el marqués con extraña sonrisa que no escapó á la penetración de tu padre—puedo olvidar el pasado, pero en el caso de que mi mujer acepte el presente.

Volvieron adonde estábamos nosotras.

En su ausencia, Fanny, presa de la mayor desesperación, se había exaltado mucho, y un temblor nervioso agitaba todo su cuerpo.

—Señora—dijo el marqués entrando,—todo está explicado y aceptado. Si no podéis vivir al lado de mi madre, nos estableceremos en otra parte. Además, Mauville no podría ahora recordaros más que cosas tristes, pues uno de vuestros amigos acaba de perecer allí de muerte violenta, sir Ricardo Brundel, vuestro compatriota, que al querer saltar un foso del parque, yendo de caza, se mató con su propia escopeta.

É inclinándose hacia la marquesa, le dijo en voz baja, pero no tanto que tu padre no pudiera oír sus palabras:



—Y del mismo modo perecerá su hijo si alguna vez le encontrase en mi camino..... En cambio, si prometéis la enmienda y el arrepentimiento, todo queda olvidado y perdonado.

El marqués había añadido estas últimas palabras asustado como nosotros de la expresión del rostro de Fanny, que se había puesto lívido y con los ojos fijos y vidriosos.

Su marido entonces le tendió la mano, pero Fanny no levantó la suya y permaneció inmóvil y rígida; estaba muerta.

Empleamos cuantos medios estuvieron á nuestro alcance para reanimarla, pero fueron cuidados inútiles.

El marqués se había puesto tan pálido como su esposa y agitaba los brazos, pronunciando palabras incoherentes como un loco.

—¡Cerradle los ojos!—exclamó.—¡Cerrad esos ojos terribles que no quieren apartarse de los míos!

Y salió corriendo sin hacer caso de nosotros que le llamábamos para tranquilizarle.

Quince días más tarde se presentó en Manville atacado de una locura furiosa. Dos años después murió precipitándose desde una de las torrecillas de su castillo.

En cuanto á nosotros, horrorizados al ver á Fanny, llamamos en vano á un médico amigo nuestro, pero nada pudo volverla á la vida.

Había muerto como herida por un rayo al escuchar las palabras de aquel marido ultrajado que creyendo perdonar, mataba.

Algunos días más tarde di yo á luz una niña que nació casi ahogada y sólo vivió algunas horas, á la cual pusimos el nombre de Juana.

Al recibir este segundo golpe tomé horror á la casa en que vivíamos y quise mudarme, cuando tu padre me anunció un nuevo desastre. ¡Nuestro comercio había agotado todos nuestros recursos sin ofrecernos ninguna compensación!

Después de haber pagado todos los gastos de la modesta sepultura que dimos á Fanny sin intervención de nadie, nos quedó apenas con que ir á buscar trabajo á otra parte.

Tu padre había ya concebido un proyecto que no me confió. No estaba como yo abatido ni descorazonado, y juraba que saldríamos muy bien del desastre.

Habíamos adoptado á Juana como nuestra hija y estábamos resueltos á llevarla donde quiera que fuéramos, suponiendo que sir Ricardo había muerto y que la pobre niña era huérfana de padre y madre.

Partimos, pues, en cuanto estuve en estado de viajar, y nos dirigimos á San Juan de Luz, donde yo me dediqué al oficio de costurera y donde tu padre empezó á hacer, sin que yo lo supiera, las operaciones que ya conoces y que después supe yo con gran disgusto.

Sapimos conjurar la miseria, pero aun éramos muy pobres cuando nos trajo aquí donde nadie nos conocía, y donde Juana pasó por nuestra hija á los ojos de todos.

No sabíamos lo que había sido del marqués, cuando un día hizo la casualidad que me encontrase con una vendedora ambulante á quien conocía mucho en Mauville, que me hizo saber su muerte. Entonces pregunté también por el señor Brundel, y me dijo que no le conocía. Insistí diciéndola que si no recordaba haber oído contar dos años antes una desgracia ocurrida en el parque de Mauville; pero la mujer me contestó que no había oído nada.

Pensé que el marqués se había alabado de un crimen que no había cometido y que sir Ricardo no había vuelto á acordarse bienamente del nombre de Fanny. Rogné, sin embargo, á tu padre que procurase enterarse de la verdad.

Habíamos conservado las señas del sitio donde

nos dijo Fanny acostumbraba á ocultarse cerca de Mauville, y mi marido se dirigió allí, consiguiendo inspirar confianza al leñador, del cual obtuvo los siguientes detalles:

El hombre dijo efectivamente haber dado asilo varias veces á un *elegante señor inglés*, á quien había acompañado muchas noches hasta el parque de Mauville. El leñador no sabía si aquel señor tenía citas con la marquesa ó con alguna de sus cuñadas.

Después pasó una temporada sin que el inglés volviese á su casa, hasta que una noche del mes de Junio de 1825 (precisamente la época en que Fanny le esperaba) volvió misteriosamente y el leñador ayudó á John, el ayuda de cámara, á preparar todo para un rapto.

Se dirigieron juntos al parque y cuando aun estaban lejos de los cedros, el inglés quiso que le dejasen sólo; pero apenas había andado cuarenta pasos cuando se oyó un pistoletazo y se le vió vacilar y caer. John entonces echó á correr, seguido del leñador. Al aproximarse pudieron ver al asesino que huía; pero no le siguieron para prodigar sus cuidados al inglés, que estaba tendido en el suelo como muerto. Sus dos compañeros le cogieron y le metieron en el coche preparado para



el rapto. Así llegaron hasta la ribera del Garonne, donde el ayuda de cámara mandó bajar al leñador, le dió una bolsa llena de oro y el cochero desapareció en la obscuridad. Nunca desde aquel momento había vuelto el hombre á oír hablar del *señor inglés*, ni se había atrevido á pedir noticias suyas.

Entonces renunciamos á la esperanza, ó mejor dicho, al temor de que Juana fuese reclamada por su padre. Educamos á aquella niña con el mismo cariño que hubiésemos educado á la que acabábamos de perder.

Mi marido la llamaba, como recordarás, la hija de su corazón.

Más tarde, diversas casualidades nos hicieron saber que sir Ricardo había reaparecido en Londres después de una larga y cruel enfermedad y que iba á emprender un largo viaje.

No volví á saber más, hasta que tú me participaste tu singular encuentro con él en los Pirineos y la súbita y recíproca simpatía que os habíais inspirado.»

Aquí terminó mi madre su relato.

Entonces yo le pregunté cómo había sabido sir Ricardo que Juana era su hija, y cómo la quería tanto después de haberla tenido tanto tiempo

olvidada. Yo veía en aquella repentina ternura más bien un capricho que un verdadero sentimiento paternal.

Me extrañaba mucho, además, que al conocer mi nombre el señor Brundel no hubiese aprovechado la ocasión que se le presentaba para conocer con todos sus detalles la muerte de Fanny Ellingston.

—Eso lo explica una razón muy sencilla—dijo mi madre,—y es, que el Sr. Brundel no había conocido nunca más que á Adela Moessart, hija del administrador de Mauville. Aun cuando al volver él al castillo después de mi partida le dijieran que yo me había casado con *Moreno*, el pastor, no era lo natural que preguntase el nombre de mi marido, y mucho más viendo que mi recuerdo causaba en Fanny triste impresión, por lo cual no debía figurarse que en un caso desesperado la marquesa había de acudir á mí.

Tu nombre no ha podido, pues, recordarle nada, y cuando te encargué que le hablastes de mí, lo cual tardaste mucho en hacer, no sé por qué, no sabía yo si había guardado de sus amores un recuerdo tierno ó amargo.

En medio de los tristes acontecimientos de que sir Ricardo fué víctima, no supo las verdaderas

circunstancias del nacimiento de Fanny y de la muerte de su hija. Llevado moribundo por su fiel ayuda de cámara, fué recogido y cuidado secretamente en una casa de campo de las cercanías de Burdeos; así es que en el momento en que la infeliz Fanny espiraba en mis brazos, estaba sir Ricardo muy cerca de ella moribundo también.

La herida no era, sin embargo, muy grave por sí misma, aun cuando sir Ricardo tuviese atravesado el hombro por una bala; pero la agitación de la huida y la exasperación moral le ocasionaron tan horribles accesos nerviosos, que los médicos desesperaban de salvarle. Después cayó en una completa postración, de la que no salía más que para pedir á John noticias de Fanny. John le engañó para tranquilizarle, y en cuanto le vió en estado de viajar, le hizo creer que la marquesa le esperaba en Londres. El fiel servidor quería alejar á sir Ricardo cuanto antes de los funestos lugares en que aun podía alcanzarle la venganza del marqués.

Llegado á Londres sir Ricardo, corrió á casa de su hermana para saber noticias de Fanny, y ésta le dió parte de su muerte, Lady C....., que era íntima amiga de la marquesa viuda de Mauville, había recibido dos meses antes una carta de esta

señora en que la anunciaba, fingiendo gran consternación, que su hija política, estando muy adelantada en su embarazo, había cometido la imprudencia de ir á hacer unas compras á Burdeos, donde había tenido una caída que había producido su muerte y la del hijo que llevaba en su seno. La marquesa viuda no ponía en duda la legitimidad de este hijo, probablemente para evitar un nuevo encuentro entre el marqués y sir Ricardo. Éste quedó completamente engañado por dicha versión, y como la marquesa viuda añadía una postdata diciendo que tenían la inmensa desgracia de que el juicio de su pobre hijo se hubiese trastornado por el dolor, sir Ricardo renunció á toda idea de venganza, y dice que hasta llegó á persuadirse de que el marqués había creído tirar á un ladrón que se introducía en su parque, no dudando de la fidelidad de Fanny, que había tenido la desgracia de morir accidentalmente antes de ser madre.

Transido de dolor emprendió entonces los largos viajes que han logrado distraerle y sostenerle durante tantos años.

Ahora sir Ricardo me ha confiado la verdad de los sentimientos que experimentó en aquel tiempo. Al principio amó á Fanny con más arrebatos que ternura; pero el día que ésta le dió la esperanza de



ser padre, juró consagrarse á ella por completo, y entonces fué cuando contrajo aquella enorme deuda con su hermana para asegurar á Fanny y á su hijo una existencia cómoda en América.

Después de la catástrofe su vida ha sido un continuo remordimiento y no ha vuelto á amar á ninguna mujer. No vió, pues, en la pobre Manuela vendida por su padre más que la ocasión de hacer una buena obra para expiar sus faltas, y más tarde, como te he dicho y como él repite á menudo, la ilusión de la paternidad que tanto había deseado.

Sólo me falta explicarte cómo sir Ricardo se figuró que Juana era su hija antes de saber nada.

Cuando tú le recordaste mi nombre, concibió el proyecto de venir á verme para hablar conmigo de Fanny, pues sabía que yo había sido su mejor amiga, y al mismo tiempo para preguntarme si sabía algo relativo á su muerte, aun cuando estaba muy lejano de sospechar que yo hubiese asistido á sus últimos momentos.

Así, pues, en cuanto hubo cumplido los últimos deberes con su hermana, vino á verme, y la casualidad quiso que Juana se encontrase sola en la casa. El señor Brundel quedó tan asombrado de!

parecido de ésta con Fanny, que por un momento se quedó extático delante de ella, balbuceando palabras incoherentes.

Juana le hubiese tomado por un loco, á no sentirse muy conmovida ella misma, pues hacía mucho tiempo que había presentido ó adivinado el secreto de su nacimiento. Su romántica imaginación la ha hecho siempre esperar á su padre como á una especie de genio benéfico, y al ver ante sí á aquel hombre se sintió muy turbada. Llegué á tiempo para disipar su mutuo embarazo. Reconocí en seguida á sir Ricardo, é hice seña á Juana para que se retirase.

Entonces sir Ricardo me cogió ambas manos y exclamó con acento suplicante:

—¡Fanny!..... ¡esa niña!..... ¡explicadme, por Dios, ese parecido!..... ¡Habladme de Fanny Ellington!..... ¡de mi desgraciada y querida Fanny!

No quise confesar nada antes de haber penetrado sus sentimientos y conocido las causas de su aparente olvido. Cuando estuve segura de él, le revelé toda la verdad y le entregué todas sus cartas y las últimas que Fanny le había escrito y no había eriviado por no saber adónde dirigirlas. Le enseñé también el acta de nacimiento de su hija y el acta de defunción de la mía; pero sir Ricardo no nece-



sitaba de aquéllas para creer ciegamente en mi palabra.

Bien ves que nada tienes que temer de la autoridad de sir Ricardo sobre Juana. El señor Brundel no puede ni reconocerla ni adoptarla sin que se adivine el secreto de su nacimiento. Seguirá siendo nuestra para siempre.

—¡Ay! no tanto como crees—respondí tristemente;—está entusiasmada con ese padre romántico y fatal, y como es libre, puede seguirle al extranjero y llamarle allí «padre mío.» Creo que muy pronto le preferirá á nosotros.

—¡A mí no!—replicó vivamente mi madre;—desde que Juana conoce su historia, me quiere mucho más, y juró no separarse de mí en su vida.

—Pero será porque tú la sigas á todas partes, y yo entretanto me quedaré solo y abandonado de mi familia ahora que la quiero más que nunca.

Mi madre trató de tranquilizarme; pero la ví muy fatigada por la falta de sueño, y quise dejarla que durmiese las pocas horas que faltaban para que llegase la mañana.

Me despedí diciéndole que estaba muy contento y que la amaba más que nunca, pero llevando en el fondo de mi corazón una tristeza que no era fácil disipar.

## XVII.

Al día siguiente mi madre y Juana salieron para Montpellier para asistir, como habían prometido, al matrimonio de Manuela con el señor Brundel.

La ausencia de mi familia no debía durar más que algunos días.

Traté de distraerme durante ella con el estudio y el paseo; pero á mi pesar me sentía invadido por una profunda tristeza.

Tenia desgarrado el corazón y sentía que copiosas lágrimas rodaban por mis mejillas sin que yo pudiera definir bien la causa.

La verdad, de que hoy puedo darme cuenta perfectamente, es que amaba á Juana con toda la fuerza de mi alma; pero mi amor estaba impregnado y como santificado en la costumbre de amarla como á mi hermana.

Mi madre había fijado el día en que vendrían; pero ese día llegó y las esperé en vano. Volví muy triste pensando que el señor Brundel las habría retenido y que Juana se habría quedado gustosa por complacer á su padre.



sitaba de aquéllas para creer ciegamente en mi palabra.

Bien ves que nada tienes que temer de la autoridad de sir Ricardo sobre Juana. El señor Brundel no puede ni reconocerla ni adoptarla sin que se adivine el secreto de su nacimiento. Seguirá siendo nuestra para siempre.

—¡Ay! no tanto como crees—respondí tristemente;—está entusiasmada con ese padre romántico y fatal, y como es libre, puede seguirle al extranjero y llamarle allí «padre mío.» Creo que muy pronto le preferirá á nosotros.

—¡A mí no!—replicó vivamente mi madre;—desde que Juana conoce su historia, me quiere mucho más, y juró no separarse de mí en su vida.

—Pero será porque tú la sigas á todas partes, y yo entretanto me quedaré solo y abandonado de mi familia ahora que la quiero más que nunca.

Mi madre trató de tranquilizarme; pero la ví muy fatigada por la falta de sueño, y quise dejarla que durmiese las pocas horas que faltaban para que llegase la mañana.

Me despedí diciéndole que estaba muy contento y que la amaba más que nunca, pero llevando en el fondo de mi corazón una tristeza que no era fácil disipar.

## XVII.

Al día siguiente mi madre y Juana salieron para Montpellier para asistir, como habían prometido, al matrimonio de Manuela con el señor Brundel.

La ausencia de mi familia no debía durar más que algunos días.

Traté de distraerme durante ella con el estudio y el paseo; pero á mi pesar me sentía invadido por una profunda tristeza.

Tenía desgarrado el corazón y sentía que copiosas lágrimas rodaban por mis mejillas sin que yo pudiera definir bien la causa.

La verdad, de que hoy puedo darme cuenta perfectamente, es que amaba á Juana con toda la fuerza de mi alma; pero mi amor estaba impregnado y como santificado en la costumbre de amarla como á mi hermana.

Mi madre había fijado el día en que vendrían; pero ese día llegó y las esperé en vano. Volví muy triste pensando que el señor Brundel las habría retenido y que Juana se habría quedado gustosa por complacer á su padre.



El correo del día siguiente me trajo una carta de mi madre que leí con avidez y estupor.

«Retardamos nuestra marcha hasta mañana; pero no quiero que estés intranquilo y aprovecho unos momentos para participarte el extraño acontecimiento que ha ocurrido.

Llegamos muy bien á Montpellier, y tu hermana loca de contenta por asistir al matrimonio de su padre. Sir Ricardo vino á vernos un instante al hotel en que estamos, y nos dijo que todo estaba ya preparado para el día siguiente. Después de la ceremonia saldrían en silla de posta para ese chalet que sir Ricardo ha alquilado cerca de nuestracasa.

El señor Brunel nos dijo que quería que el matrimonio se hiciese con alguna ostentación, para lo cual había invitado algunos amigos. La desposada tenía ya preparado el magnífico traje que había de llevar al templo.

A las cinco de la mañana oímos unos golpes en la puerta de nuestra habitación y la voz de sir Ricardo que decía:

—Vestíos pronto y venid á mi casa. Tengo que hablaros.

Y se alejó precipitadamente.

Habita una preciosa casa que ha alquilado á un kilómetro del pueblo.

Cuando llegamos á ella nos estaba esperando en la puerta y nos hizo subir á su habitación.

—Nadie os conoce aquí—nos dijo;—de modo que podéis pasar muy bien por unas amigas ó parientas que han acudido á mi ruego para cuidar á Manuela, gravemente enferma.

Juana se levantó precipitadamente diciendo que quería verla, pero su padre la detuvo diciendo:

—No la busques, es inútil. No está aquí, ni volverá jamás. Ha huido esta noche con Dolores, y he aquí la carta que me ha dejado.

Al decir esto hablaba con la más perfecta calma y su rostro no denotaba la más leve alteración.

Nos mostró la carta de Manuela, que transcribo fielmente.

«No, no abusaré más tiempo de vuestra paternal bondad; comprendo que no sentís amor por mí, y sería una mujer despreciable si abusase más tiempo de vuestra sublime bondad. Parto con quien me dará el amor en el matrimonio, y creo cumplir mis deberes con vos y probaros en este acto mi agradecimiento sin límites, mi respeto y mi inalterable ternura filial.»

—Ha partido tan misteriosamente, que nadie lo ha notado en la casa; la casualidad ha querido que John, que era el encargado de dar unos golpes



en su puerta para despertarla, haya descubierto su ausencia, y sin enterar á nadie absolutamente me haya traído una carta que ha encontrado sobre la mesa del gabinete de Manuela. Entonces hemos cerrado sus habitaciones, prohibiendo que nadie se acercase á ellas ni hiciese ruido, pues la señora estaba muy enferma..... He mandado llamar á Vianne, que no debe tardar en venir mientras que vosotras me ayudáis á escribir á todos los invitados, diciendo que mi prometida ha sido acometida repentinamente de una grave indisposición, por lo cual el matrimonio se retrasará hasta su restablecimiento. Durante unos días voy á ser la fábula del pueblo; pero ¡qué le vamos á hacer! Quedaos hoy y mañana en mi casa; no veremos á nadie y nos servirá John solo. Los demás criados creerán que la enferma está en su cuarto. Pasado mañana partiremos todos al amanecer, diciendo que vamos á llevar á Manuela á tomar baños de mar por prescripción del doctor Vianne.

Juana estaba inquieta al ver la exagerada presencia de ánimo de sir Ricardo. En cuanto á mí, adivinaba que si había recibido un triste desengaño, en cambio se sentía aliviado de un gran peso.

Escribimos todos los billetes, que él firmó.

Todos los criados salieron, excepto John, para

ir á la alcaldía, al templo y á todas partes donde era necesario avisar que la ceremonia se había suspendido.

Esperamos á Vianne para que nos ayudase á salvar las apariencias, pero no vino, pues había partido la noche anterior para asistir á un enfermo grave.

Entonces sir Ricardo nos dijo con singular sonrisa:

—¿Qué pensáis de esto?

—Nada—respondió Juana;—que es una fastidiosa casualidad.

Sir Ricardo me llamó aparte.

—Es Vianne—me dijo riendo sin afectación—el que se ha escapado con Manuela.

Le respondí que no era posible.

—Al contrario—me dijo,—es la única cosa posible.

—¿Pero por qué? ¿Acaso no veía á nadie más que á él?

—Veía á otros muchos, pues ahora salía á menudo y recibía visitas. Estoy seguro que muchos jóvenes la habrán mirado con amor; pero sólo uno debió sentir por ella la pasión repentina é irresistible que hirió á vuestro hijo: el doctor Vianne. Decididamente la facultad estaba destinada á eter-



nizar mi celibato. ¡Gracias sean dadas á Dios y á ella!

—¿Pero cómo el doctor Vianne, tan frío y tan positivo, ha podido....?

—Precisamente por eso mismo. Se ha burlado tanto del amor delante de la joven, que ha inoculado en ella la necesidad que experimentan la mayor parte de las mujeres de vencer al que resiste. Vuestro hijo se hubiera casado con Manuela por cumplir con un deber; pero Vianne obra más resueltamente obedeciendo á una pasión verdadera, tanto más violenta cuanto más ha luchado contra ella. Es un muchacho muy bueno, y Manuela será feliz con él; pero no pensemos más en ellos. Desde ahora os pertenezco para siempre. Escribid á mi querido Laureano que ya no habrá más mujeres entre nosotros, á Dios gracias. Iré donde queráis. Mi chalet al lado de vuestra casa me espera. Nada se opone á que partamos juntos.

Esto, hijo mío, es todo lo que ha pasado. Saliremos de aquí pasado mañana, y dejaremos á sir Ricardo en su nueva residencia para ir á abrazarte una hora después.

¿Por qué no sales á esperarnos á ese chalet, donde sir Ricardo piensa pasar el verano, y así nos veríamos una hora antes?»

No vacilé, y al día siguiente, á la caída de la tarde, estaba camino del chalet, más tranquilo al pensar que volvería á ver á Juana, y sintiendo renacer por completo mi antigua amistad con el señor Brundel, al cual esperaba abrazar con el mismo cariño que en otro tiempo.

En cuanto á lo que el señor Brundel decía de Vianne, yo no creía una palabra; pensaba más bien que Manuela había huido de aquel matrimonio sin amor, que era al mismo tiempo su ambición y su espanto, fingiendo generosamente aquella mentira para que sir Ricardo quedase más tranquilo.

El chalet del señor Brundel estaba encantador, con todas sus ventanitas iluminadas, pues ya había anochecido por completo.

Ví el coche que traía á mis viajeros, y me dirigí apresuradamente á él.

Sir Ricardo se arrojó en mis brazos, llamándose su querido hijo, y parecía alegre y feliz como nunca.

En el chalet nos sirvieron una buena cena, que todos comimos con apetito. Después sir Ricardo cogió una luz para ver cómo estaba dispuesta su nueva casa. Todos le seguimos, y cuando llegamos á un precioso y alegre gabinete, dijo, dirigiéndose á mí:



—Esta será vuestra habitación, pues supongo que seguiréis siendo mi médico y mi compañero.

—¡Pero si estáis curado!—le dije.

—Sí, pero á condición de no vivir solo.

Y añadió en voz baja:

—Además es necesario. Ya os dirá vuestra madre por qué.

Yo estaba impaciente por saberlo, y en cuanto estuvimos solos interrogué á mi madre.

—Porque es necesario que la gente vea que sir Ricardo era tu mejor amigo antes de conocernos á nosotras, y de ese modo evitaremos las murmuraciones del mundo.

## XVIII.

Encontré muy duro que me alejasen así de Juana una parte del día, pero me sometí.

Ibamos á mi casa todos los días, pero nunca me encontraba sólo con Juana, y veía el cariño de ésta tan repartido, que empezaba á encontrar mi parte en él demasiado pequeña.

Traté de distraerme y no acompañé algunas tardes al señor Brundel con pretexto de mis excursiones botánicas.

Así pasó el verano, y yo me sentía cada vez más inquieto y nervioso. El sueño y el apetito me habían abandonado insensiblemente.

Una tarde que el señor Brundel había ido á hacer á mi madre su visita diaria, y que pretextando un trabajo no le había yo acompañado, sentí un gran desprecio de mi mismo y quise á toda costa vencer mi desaliento. Me dirigí á nuestra casa, y pronto llegué á la puertecilla del jardín; pero me sentí de repente tan débil y tan trastornado, que sólo tuve tiempo de entrar y de echarme sobre el césped para no caer. Allí me quedé con la frente cubierta de un sudor frío, cuando vi que el señor Brundel pasaba hablando con mi madre y ambos se sentaban en un banco á dos pasos de mí. No tuve fuerza para levantarme, y me quedé inmóvil para no hacer ruido y asustar á mi madre si me veía allí tendido.

—La prueba es más que suficiente—decía el señor Brundel.—El pobre muchacho la ama hasta el punto de haberse puesto enfermo..... ¡No hay más remedio que casarlos!

—Ya conocéis mis escrúpulos—dijo mi madre.—Habéis asegurado á Juana una gran fortuna, y mi hijo y yo somos pobres.....

—En cambio vuestro hijo tiene su apellido y

padres conocidos, y la pobre Juana es una niña expósita. Lo único que nos interesaba saber es si el la amaba realmente, y si después de haberla querido como hermana podría adorarla como mujer. Juana se empeña en decir que ella quiere más ternura que pasión, y sin saberlo, es toda fuego y amor. Su hermano ha sido el sueño de su vida entera, y desde que ella me lo dijo, sólo he pensado en unirlos.... ¡Figuraos cuál sería mi sentimiento al verle enamorado de otra! Afortunadamente sólo ha sido una ráfaga pasajera, y el sol ha salido después más radiante que nunca.

Yo me había levantado y aproximado á ellos sin hacer ruido; caí de rodillas ante aquel excelente hombre á quien tanto tiempo había desconocido, y prorrumpí en sollozos.

—¡Oye!—me dijo entonces abrazándome con ternura—el piano de Juana no suena ya, y eso es que ella viene á buscarnos. Creo que has dudado á veces de su afición, y ahora puedes oír la hablar con libertad. ¿Dónde estabas antes oculto?

Expliqué que no había tratado de ocultarme, sino que había caído allí rendido de fatiga.

—Pues bien, vuelve á tu escondite y no te muevas.

Obedecí.

A poco llegó Juana y la hicieron sentarse entre los dos.

—¿Estamos hoy tristes?—le dijo sir Ricardo.—Había algo como quejas y desaliento en la improvisación que hemos oído desde aquí. ¿Es porque no ha venido hoy?

—¡Sí, por eso es!.... Mamá se ha creído obligada á persuadirle de que yo no era su hermana, para que nunca se le ocurriese amarme.... y por lo visto, lo ha conseguido, porque nunca me amará de otro modo.

—Y sin embargo, está muy celoso de mí—dijo el señor Brundel.

—¿Acaso los hermanos y las hermanas no tienen también sus celos?

—¡Pero si está enfermo de tristeza por no estar aquí á todas horas!

—O bien porque ama á otra persona á quien va á ver á las horas que podría estar aquí.

—¡Ah Juana!—exclamó mi madre—¿También tú estás celosa?

—¿Por qué no he de estarlo?

—¿Y tus teorías sobre el amor desinteresado y sobre el egoísmo que debe vencerse.... sobre el gozo de sacrificar la dicha propia por la de los demás?....



—Sí—dijo Juana levantándose,—yo seré capaz de eso; que él me confie sus amores, y yo le serviré todo lo que pueda, encontrando fuerza en mi sacrificio.

—¿Y entonces serás dichosa? ¿No ya cuando le hayas consumado, sino cuando veas á Laureano á los pies de otra?

—Sí—dijo Juana haciendo un esfuerzo.

—¿De veras? Piensa que es muy grave lo que dices.

Juana se había levantado.

—¿Dónde vas?

—No sé—respondió con voz sofocada,—necesito llorar. Es una cobardía, lo sé; pero nunca he prometido que no tendría momentos de debilidad y de sufrimiento. ¡Si la virtud no nos costase nada, no tendría ningún valor!

—¿Pero y si costase la vida?—preguntó el señor Brundel deteniéndola.

—Si costase la vida.....—exclamó Juana,—¡sería la mayor felicidad!

—¡Ah! Juana mía, esa es desesperación.

—¡Tal vez!—exclamó, estallando por fin en amargos sollozos;—pero decíme la verdad..... quiero saber á quién ama....

—¡A tí, á tí sola!—exclamé yo estrechándola

entre mis brazos, en los que se desvaneció sofocada por la dicha.

Yo no estaba mucho más fuerte que ella, y nuestros padres tuvieron que sostenernos á los dos.

Después nos hicieron sentar en el banco y se alejaron. Eran tan felices como nosotros.

Siempre recordaré aquella primera efusión de nuestras almas, como un sueño encantador en el que nos vemos transportados á un mundo ideal.

A los pocos días se publicaron las amonestaciones con la alegría más grande por parte de todos.

En el pueblo se extrañaron mucho al principio, pero no nos fué muy difícil explicar á nuestros amigos que Juana no era mi verdadera hermana, sino una niña á quien mi madre había adoptado para consolarse de la tristeza que le produjo la muerte de su segunda hija.

El señor Brundel sigue siendo nuestro bienhechor, y todos atribuyen su cariño por nosotros á los cuidados que ha recibido de mí, lo cual me ha valido más reputación que si hubiese hecho curas admirables.

Desde entonces soy el más dichoso de los esposos y de los hijos, y el más ocupado de los médicos. Hemos comprado una casa mucho mejor y



más próxima al chalet del señor Brundel, lo cual nos permite estar á su lado á todas horas. Espero prolongar bastante la vida de este noble anciano para que vea crecidos á sus nietecitos. Pero no debo terminar esta historia sin que conozca el lector una carta de Vianne que recibí en Pau algunos días después de mi matrimonio.

«Ahora, amigo mío, comprenderás la causa de que yo renunciase sin pena á la que tú mirabas como tu hermana. Ya te habré dicho ella que al verme muy afectado por sus vacilaciones, y conociendo la firmeza de mi carácter, se dignó confiarme el secreto de su nacimiento y el de su cariño hacia tí. Preséntale el homenaje de éste que para vosotros será siempre el mejor de los amigos.

»En cuanto á mí, he creído necesario fijar mi destino, y me he establecido en Montpellier, donde estoy casado con una buena, bonita y amable persona que tú conoces. Me la llevé la víspera del día en que debía verificarse su matrimonio con ese excelente y caballeroso inglés, que tal vez no me querrá mucho, y hace mal, pues le he hecho el mayor favor que un hombre puede prestar á otro: el de preservarle de una locura que pudiera haberle sido tan funesta como era generosa.

»Manuela conoce el mundo demasiado poco

para que pueda pasarse sin un constante consejero. Me consulta, pues, sin ocultarme ni un ápice de las inocentadas y ligerezas de su vida, que ya conocía yo. No se presentó á mis ojos como á los tuyos bajo el aspecto de un enigma que te desvelabas por descifrar. Yo la he tomado como es, para decirle sin ironía ni temblor nervioso verdades menos duras, pero más positivas que las que tú le has dicho. Le he ofrecido, no mi culto idólatra, eso hubiera sido mentir, ni mis caricias apasionadas, pues soy poco expresivo, sino sencillamente el matrimonio. La pobre ha tenido miedo y no se ha decidido hasta última hora; pero por fin, la víspera de casarse se vino á mi casa á las dos de la madrugada, acompañada de su doncella. Alabé su determinación, y una hora después tomábamos el camino de Italia, dejando al novio sorprendido sin duda, pero libre.

»No la engañé; me he casado con ella, con gran escándalo de mis paisanos, que no la presentarán á sus mujeres; pero los aguardo tranquilamente para el día en que tengan una enfermedad que yo hubiese sabido conjurar. Entonces ya veremos la acogida que tendrán que hacer á esta mujercita mía, tan dulce, tan tímida y tan graciosa. He preferido á Manuela á ninguna otra mujer, porque es



un ser que no tiene ningún lazo con el mundo social, ni sabe apreciar las cosas humanas. De este modo me pertenece por completo; no ve más que por mis ojos, no oye más que por mis oídos, ni entiende más que por mi boca. Es una parte de mí mismo, y á fuerza de cuidados y de cariño he logrado curarla por completo, y al verla se diría que tiene quince años. Está loca de contenta con la esperanzas de un bebé que será su ideal y que tendrá dos madres, pues conservo á mi lado á la terrible Dolores.

»Todo lo que aquí te digo es para tí solo, y quiero que lo sepas para que no creas que tendré que arrepentirme de lo que tú llamarás mi locura. Por mi parte no dudo de tu felicidad, aunque esa palabra *felicidad* designa un absoluto que no existe pues es una cosa puramente relativa.

»Que Dios os conserve á todos en el más perfecto estado de salud, como desea tu mejor amigo— VIANNE.

P. S. Mi mujer me pregunta que si puede enviarte su amistoso saludo. La autorizo para ello, y dentro de diez años, recuerda la fecha, iremos á estrecharos las manos, y las cosas que hoy parecen penosas ó delicadas pasarán entonces porque nunca han sucedido.»

Esta carta, que me creí en el deber de enseñar á á sir Ricardo, tranquilizó á éste sobre la suerte de Manuela, por la cual se interesaba siempre.

Hace algunos años, queriendo poner en orden sus negocios, el señor Brundel, con su nunca desmentida bondad, nos pidió permiso para restituir por una disposición testamentaria, la dote que siempre había destinado á Manuela y que Vianne no hubiera aceptado bajo esta forma. De acuerdo con Juana fué convenido que aquel legado debía hacerse.

Es cierto que Vianne tiene razón en mirar la felicidad como una cosa relativa; pero á Juana y á mí nos parece que existe una dicha que se escapa de todas las definiciones humanas, y es la que consiste en la constante aspiración á los altos goces del corazón y del espíritu.

FIN.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA  
DE MEXICO

TE